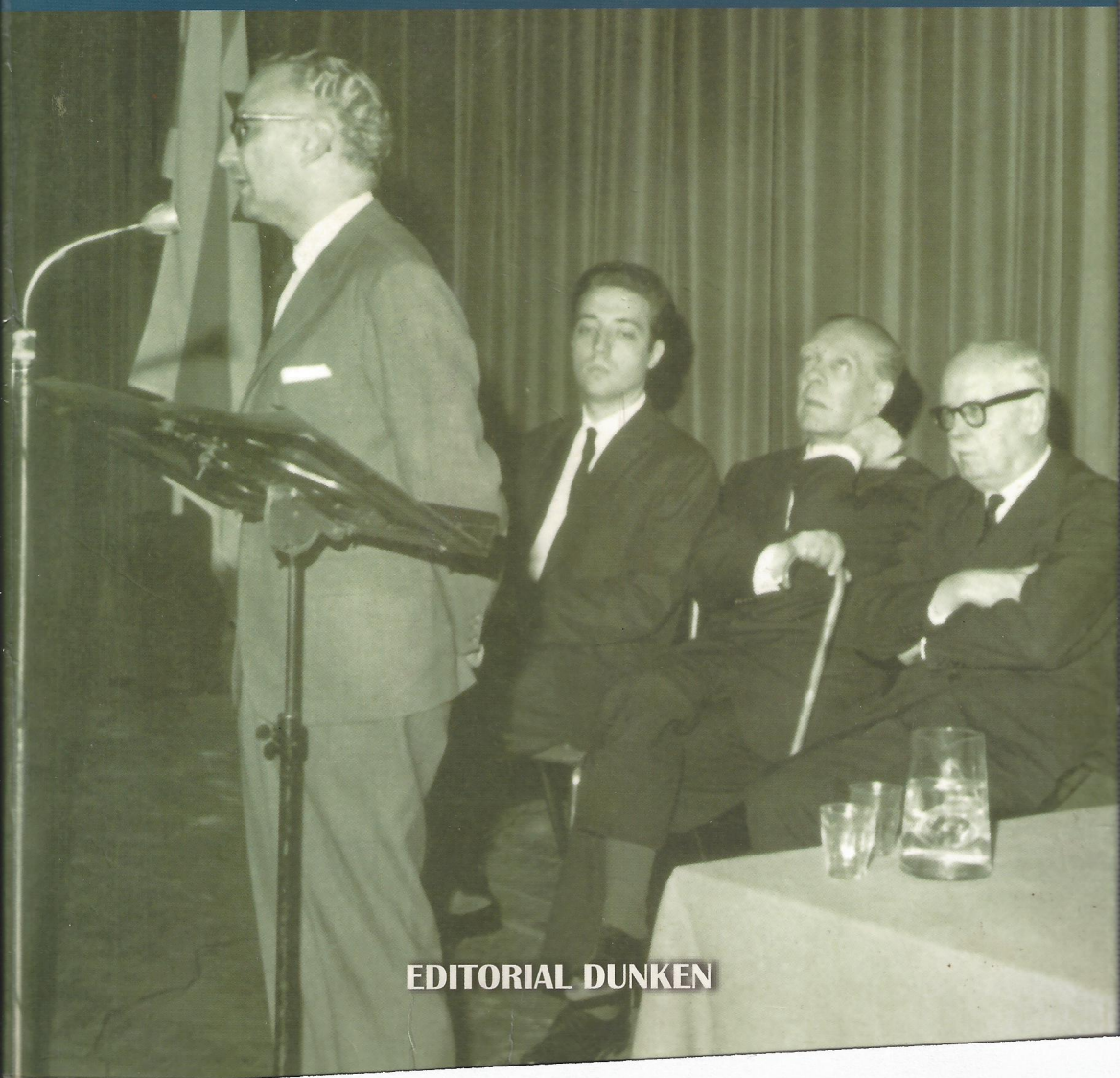


MI PADRE, OSVALDO FUSTINONI (1909-2000)

JUAN CARLOS FUSTINONI



EDITORIAL DUNKEN

**MI PADRE,
OSVALDO FUSTINONI
(1909-2000)**

JUAN CARLOS FUSTINONI

**MI PADRE,
OSVALDO FUSTINONI
(1909-2000)**

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2010

Foto de tapa: Osvaldo Fustinoni hace uso de la palabra en un acto del Instituto Cultural y Científico Argentino-Israelí con motivo de un homenaje a los Premios Nobel Shmuel J. Agnon y Nelly Sachs. Sentados aparecen Jorge Luis Borges y Bernardo Houssay (12 de diciembre de 1966).

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina
© 2010 Juan Carlos Fustinoni
e-mail: jcfustinoni@hotmail.com
ISBN en trámite

A Griselda, compañera ideal y madre ejemplar

*A Juan Carlitos y Juan Cruz, ya en el recto
camino de su venturoso y brillante porvenir*

A Marilina, que ya sabe dulcemente sonreír

OSVALDO FUSTINONI, UNA LECCIÓN DE VIDA

Haber conocido y tratado al doctor Osvaldo Fustinoni podría decirse que fue un lujo para los periodistas que, sin formación científica, buscamos un diálogo al alcance de nuestros conocimientos. Podríamos afirmar que Fustinoni fue, bajo ese aspecto, un hombre renacentista, apasionado por la evolución del pensamiento e interesado en todos los temas.

Lejos del rigor de la cátedra entendía perfectamente la ansiedad del ciudadano común afectado por las negligencias habituales de los políticos y, por ejemplo, muchos años atrás ya preveía las necesidades imperiosas del hospital público aún no cumplidas en el día de hoy. En 1965, por ejemplo, decía: “Un Hospital Escuela debe funcionar durante toda la jornada. Se hace una necesidad que no interrumpa por la tarde la atención médica en los consultorios externos.

“Esto demandará personal médico durante la tarde y, como la función primordial para la que fue creado el Hospital Escuela es la docencia, ¿qué mejor que sea el personal docente el que permanezca la mayor parte del día en él, pudiendo dictar las clases prácticas para los alumnos aun de tarde? Para esta dedicación exclusiva o semiexclusiva, aún reducida, se deberá elevar el concepto de pago por prestación de servicio, como es lógico”.

Y con una clara visión social, Fustinoni luego añadía: “Quizá este tipo de horario y las comodidades que el enfermo halle en la internación hagan desaparecer la diferencia de apreciación entre el sanatorio y el hospital, diferencia que, por cierto, no siempre se justifica”.

¿Qué hubiera dicho hoy Fustinoni frente a las largas colas de pacientes que se forman en la madrugada para sacar un número de atención?

¿Qué hubiera dicho, también, frente a los exiguos honorarios que lujosas prepagas destinan a los médicos que prestan servicio en ellas?

Por otra parte, la sed de justicia y libertad siempre formó parte de sus mayores preocupaciones. Recordemos bien la firmeza de sus planteos cuando, en 1966, en aquella famosa “noche de los bastones largos” el gobierno de facto había derrocado al presidente Illia y promulgaba la ley 16.912 que anulaba la autonomía universitaria y desalojaba con todo el rigor policial las universidades ocupadas por los estudiantes. Siendo entonces decano de la Facultad de Medicina, Fustinoni logró que ésta fuera la única Facultad en la que se respetó a los intelectuales. Su intervención hizo posible una tregua por parte de la policía y también fue escuchado por los estudiantes que, finalmente, abandonaron pacíficamente la universidad mientras que, como decano, Fustinoni vigilaba personalmente la puerta de salida del edificio para que nadie fuera golpeado ni detenido. Demás está decir que, acto seguido, presentó su renuncia aun cuando el gobierno de facto le había ofrecido permanecer en el cargo.

Años más tarde, 1974, en ocasión de recibir el Premio “Mariano R. Castex a la Docencia Universitaria”, Fustinoni se pronunció severamente en defensa de “todos aquellos que creemos que la Universidad es el vivero de donde surgen muchos de los conductores de la nacionalidad, vivimos momentos de angustia frente a los vaivenes políticos que se producen en los claustros. Todo el profesorado en comisión, alejados algunos profesores de sus cátedras... ambientes de estudio conflictuados, facultades clausuradas... juventudes frustradas en sus aspiraciones... Sepan quienes detentan los poderes públicos... que es necesario cumplir la ley con urgencia y con honestidad”, y nos permitimos citar estas palabras valientes y angustiadas recordando que fueron pronunciadas en circunstancias en que Isabel Perón era presidenta de la Nación y su ministro de Bienestar Social el tristemente famoso José López Rega, creador de la criminal y siniestra Triple A, el escuadrón de la muerte que preanunció la dictadura de 1976.

Tampoco escapó a la clarividencia del doctor Fustinoni el problema de la tercera edad. Recuerdo que, en varios reportajes, fue una de las primeras personalidades que manifestó su preocupación a nivel de divulgación periodística.

Como bien lo señala Juan Carlos Fustinoni en esta biografía de su padre, en la década del ‘40 del siglo XX, el promedio de vida oscilaba en cifras notoriamente menores que las actuales y era común que los médicos desestimaran gastar sus energías en tratar de mejorar la calidad de una persona mayor de 60 años. Fue así que, como presidente de la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriátrica, Osvaldo Fustinoni mantuvo una intensa actividad, abogando (de acuerdo a su profundo pensamiento humanístico) por “la creación de servicios que

permitan la permanencia de las personas de edad avanzada en sus hogares y junto a sus familias”, previendo, de manera profética, el abandono y la soledad a los que la vida moderna ha condenado a sus mayores en los geriátricos.

Y finalmente, en este médico ilustre, amante de la música y la pintura, encontramos siempre una inteligente compasión que no es ajena a los avances de la ciencia. Fustinoni nunca se dejó engañar por la sofisticación de procedimientos frente al dolor de la humanidad y como una suerte de testamento conmovedor habló y escribió en reiteradas ocasiones: “...me permito formular apreciaciones sobre la llamada ‘terapia intensiva’... El fundamento es salvar una vida que tiene grandes posibilidades de recuperación o prevenir grandes complicaciones. El problema médico se plantea cuando se trata de un enfermo terminal, irrecuperable. ¿Qué sentido tiene entonces este aislamiento de varios enfermos, conscientes o inconscientes, desnudos, sin ver a sus familiares, cuando tenemos la seguridad de su caso? Evitaríamos así una ‘muerte indigna’ y nos referimos a la forma de morir a que se somete a ese enfermo, en general lejos de su casa, fuera de su propio lecho, sin percibir el contacto de una mano que le haga sentir que es amado por alguien que quiere”. Su enorme erudición no le hizo olvidar la fuerza del amor y la permanencia de los lazos que ello implica.

Más allá de su fecunda y destacada labor en el campo de la medicina podemos hablar de él como de un hombre generoso que supo pensar en los demás. Esa solidaridad y ese saber pensar en “el otro” hacen de Osvaldo Fustinoni una lección de vida.

MAGDALENA RUIZ GUIÑAZÚ

OSVALDO FUSTINONI: LA EXISTENCIA COMO DEBER

Siempre resulta deslumbrante internarse en el intrincado laberinto que conforma la parábola de una vida humana. Es que en cualquier existencia, aun en la más simple, es posible descubrir aquellos rasgos que la hacen singular, que la definen como única. Pero resulta indudable que algunos de esos relatos biográficos adquieren una dimensión especial porque la tiene la estatura del protagonista de la vida contada. Tal es el caso de este libro en el que Juan Carlos Fustinoni relata el prolongado y rico tránsito de su padre, Osvaldo Fustinoni, durante las nueve décadas de lúcida existencia en las que tuvo oportunidad de construir, explorar y exhibir los más variados rincones de su naturaleza como ser humano.

Como es lógico, la mención del nombre de Fustinoni evoca de inmediato al renombrado médico clínico, uno de los grandes de la medicina en la Argentina. Pero junto a él, rápidamente aparecen la figura del maestro admirado y respetado; del escritor reconocido internacionalmente cuyos libros guiaron a incontables generaciones de médicos; del disertante a quien era una experiencia única escuchar; del universitario comprometido con su institución; del académico notable. Sobre todo, la del caballero culto, ese modo de ser humano que, lamentablemente, va desapareciendo de la galería de ejemplos que hoy exhibimos ante nuestras nuevas generaciones.

Como lo describe con prolijidad y rigor su hijo, en esta completa y documentada biografía, Fustinoni es un producto de aquella Argentina del ascenso. Su familia reconoce orígenes humildes y es gracias a la educación pública –que en épocas del Primer Centenario hacía gala de una calidad que deslumbraba al mundo– que el joven Fustinoni pudo ir construyendo el edificio de una vida que le permitiría alcanzar los más altos honores que una sociedad como la nuestra reserva para sus hijos más valorados. Muy tempranamente huérfano de padre, estudió en la escuela primaria pública de su barrio, completó su educación media en el Colegio Nacional “Juan Martín de Pueyrredón” y sus estudios de medicina en la Universidad de Buenos Aires y, en todas esas etapas, lo hizo enfrentando serios problemas económicos. Supo aprovechar lo que el entonces generoso estado argentino brindaba a todos quienes, como él, estaban dispuestos a encarar con seriedad el esfuerzo de aprender. Este y muchos otros ejemplos, desmienten a quienes hoy sostienen que la escuela de entonces sólo se ocupaba de un grupo social determinado, pues, como lo ha dicho en algunos de sus escritos el propio Fustinoni, él provenía de un hogar humilde y vivía en una casita de una sola planta en el barrio Sur de la ciudad de Buenos Aires.

No considero oportuno reseñar aquí lo que el libro de Juan Carlos describe recogiendo apasionantes detalles y datos, muchos de ellos desconocidos, reunidos como resultado de una cuidadosa investigación en los archivos familiares. En las páginas que siguen está reseñada la carrera del gran maestro, sin duda alguna, un diferente. Creo que basta con destacar la admiración y el respeto que la medicina argentina toda siem-

pre sintió por el hacedor incansable que fue Fustinoni. Más allá de sus indiscutidas dotes como médico, fue un adelantado a su tiempo, y a él, así como a otros gigantes de su época, se debe la promoción de cambios profundos en la educación médica, como la institución de las unidades hospitalarias, las residencias, el estímulo de la investigación científica y de la dedicación exclusiva. Son notables los planteos novedosos que ya hacía entonces a propósito de la organización del Hospital Universitario –en el que dirigía el Instituto de Semiología “Gregorio Aráoz Alfaro”–, cuestión que ocupó gran parte de sus preocupaciones.

Fustinoni perteneció a una generación que fue testigo de un cambio radical en la medicina. Pensemos que se graduó en 1932 cuando los procedimientos de diagnóstico y tratamiento eran limitados y rudimentarios. Su generación contempló asombrada avances que jamás hubiera imaginado. A diferencia de la época actual, cuando aunque ni lo intuyamos, ya no logra sorprendernos ningún progreso que se produzca, entonces ésos resultaban asombrosos. Por eso, creo apropiado denominar a las generaciones de médicos que vivieron esas dos épocas, que pudieron experimentar esas dos actitudes frente a lo nuevo, como “las generaciones de la sorpresa”. Pero los grandes médicos que actuaron como puente en ese período de revolución en la medicina, tal el caso de Fustinoni, mantuvieron una visión de su quehacer que, aun en plena era tecnológica, conservaba los principios básicos en los que fueron formados por los maestros más destacados de su época. De ellos fue la responsabilidad de que no se perdiera para

nosotros la herencia cultural, acumulada durante siglos, sobre la que nos fuimos construyendo como médicos.

La cordialidad y atención para con los pacientes eran proverbiales en Fustinoni y llevaron al historiador Félix Luna a decir de él: “Creo que en su larga vida fue el paradigma del buen médico, aquel que no sólo alivia y cura sino que da esperanza”. Como sucede con todos los maestros, esa lección de su ejemplo vital es la que perdura en el tiempo y la que ha quedado incorporada en las generaciones de médicos en quienes influyó directamente o por medio de sus innumerables discípulos. En el libro se cita un juicio de Miguel Falasco quien señala: “Su larga existencia estuvo dirigida permanentemente, sin claudicación alguna, a hacer el bien de sus pacientes sin discriminación de clase social, política o religiosa, cumpliendo a rajatabla principios éticos y reglas morales... Interpretó cabalmente los postulados hipocráticos del conocimiento científico dirigido a la protección de los demás... Toda su actividad la desplegó con amor a los otros, hacia sus enfermos, colegas o discípulos”. Su especial interés por la neurología lo llevó con el tiempo a ocuparse de las personas de edad, tanto que fue uno de los impulsores de los estudios en gerontología en nuestro medio y a los ancianos dedicó muchos años de su vida.

Si resulta posible identificar algún rasgo definitorio en la trayectoria de Fustinoni tal vez haya sido esa curiosidad, esa pasión por conocer, que lo llevó a iniciarse en la investigación científica con Bernardo Houssay, junto a quien realizó su tesis de doctorado y, al mismo tiempo, por compartir con los demás ese saber. Testigo de ese interés son sus libros que,

actualizados, aún se utilizan en los estudios médicos y sus clases y conferencias, inolvidables para quienes tuvimos el privilegio de escucharlas. La finura de su lenguaje, la calidad de su expresión, la complicitad cordial y amable que establecía con sus interlocutores juveniles, las continuas y eruditas alusiones a los más diversos campos del saber y, sobre todo, de la cultura y el arte, ponían de manifiesto una personalidad de una riqueza interior y una calidad humana poco frecuentes. En estas inquietudes siempre contó con el acompañamiento y el estímulo de su mujer, la poeta y artista plástica Marilina Rébora, proveniente de una familia a la que cupo una destacada actuación en la historia del país.

En el año 1962, siendo profesor titular de Medicina, Osvaldo Fustinoni fue elegido decano de nuestra Facultad de Medicina, cargo que desempeñó hasta 1966, cuando su período se vio abruptamente interrumpido por la intervención a las Universidades Nacionales –el triste episodio de “la noche de los bastones largos”– que lo encontró defendiendo la autonomía de la institución. A título personal, no puedo dejar de mencionar en el contexto de esta sucinta evocación del maestro, el hecho de que me correspondiera sucederlo como el primer decano electo al cabo de dos décadas de irregular gobierno universitario. Aquel día de marzo de 1986, cuando asumí el decanto de la facultad lo hice acompañado por todos los decanos democráticamente elegidos que me habían antecedido: Luis Munist, Florencio Escardó y Osvaldo Fustinoni, quienes suscribieron el acta que entonces se labró, un honor único que constituyó a la vez un grave compromiso de acción.

En los años que siguieron tuve oportunidad de hablar muchas veces con el decano Fustinoni quien siempre me aconsejó con prudencia y sabiduría pero no por ello dejó de estimularme a llevar adelante algunas de las osadas reformas que no pudo concretar durante su período. Releyendo sus escritos, varios de los cuales Juan Carlos Fustinoni ha tenido la feliz iniciativa de recoger en estas páginas, encontré muchas de esas propuestas que intenté impulsar, especialmente las que expone a propósito del Hospital Universitario. Cada vez que lo convocamos desde la facultad –en un período que tampoco fue sencillo como, en realidad, ninguno lo ha sido en nuestro país– acudió siempre a nuestro lado. En esos años, cuando nuestro trato se hizo más frecuente, aprendí a conocerlo mejor y a valorarlo aún más. Muchas veces, terminábamos conversando sobre pintura y música en el camino de regreso a su casa ya que me honraba al permitirme acompañarlo. Recuerdo esas clases de vida, esas lecciones itinerantes, impartidas casi al pasar, como son las que definen a los maestros. Coincidimos en varias instituciones y en innumerables actos públicos, en especial los desarrollados en la Academia Nacional de Medicina, institución en la que desarrolló una trascendente tarea y cuya presidencia también ocupó. En cada oportunidad en que lo veía dirigirse a esos auditorios colmados, crecía mi asombro ante su erudición sin límites, su expresión galana, su léxico inagotable, sobre todo, su humanidad, a la que los años habían agregado una pátina de sabia tolerancia.

Estoy convencido de que el esfuerzo que ha emprendido su hijo Juan Carlos para reconstruir la vida de su padre dará los frutos esperados pues quien se interne en estas páginas, que

encierran nada menos que una vida, las dejará con renovadas esperanzas en las inagotables capacidades del ser humano, aun en circunstancias poco propicias. Comprenderá que, como Fustinoni, cada uno de nosotros es producto de su esfuerzo, de su voluntad de sacrificio y de su afán de superación. De esas cualidades ha sido paradigma este médico ejemplar, este caballero renacentista, este hombre cordial y preocupado por todo lo humano, como lo descubrirán aquí quienes no lo conocieron y como lo recordaremos quienes tuvimos la fortuna de haber coincidido, aunque sea en parte, con su trayectoria vital.

Al despedir sus restos en mayo de 2000, Julio H. G. Olivera, quien fuera rector de la Universidad de Buenos Aires cuando Fustinoni era decano, inició sus palabras con una cita de Goethe quien en Fausto dice: “La existencia es deber”. Esa sea tal vez la síntesis más precisa de esta vida que aquí se nos presenta en todas sus alternativas: la asunción plena por parte de Osvaldo Fustinoni de sus deberes como hombre, como ciudadano, como médico y como maestro.

GUILLERMO JAIM ETCHEVERRY

ÍNDICE

Oswaldo Fustinoni, una lección de vida	9
Oswaldo Fustinoni: la existencia como deber.....	13
A manera de inicio	25
Capítulo 1. Sus comienzos.....	31
El dolor. La primaria	35
El Colegio Nacional Pueyrredón.....	38
La Facultad de Medicina.....	40
Primeros años.....	43
Marilina Rébora	47
Su delicadeza y perseverancia.....	52
La hidalguía	61
Capítulo 2. El médico y hacedor.....	65
El médico	65
El docente.....	69
El investigador	89
Sus diez trabajos más importantes	96
El hacedor	99
Síntesis final	109
Capítulo 3. El pensador.....	113
El saber.....	114
La problemática universitaria.....	116

La atención de los ancianos.....	123
El quehacer médico.....	131
Su actitud antidiscriminatoria.....	139
Los problemas éticos.....	141
Capítulo 4. El conferenciante.....	155
Discernimiento histórico y valoración de las doctrinas médicas	157
La vida prolongada y sus problemas.....	165
Los estudios médicos en la República Argentina. Origen, desarrollo y proyección.....	166
Los médicos argentinos en la literatura vernácula.....	176
Bernardo A. Houssay	185
Luis Federico Leloir	188
Capítulo 5. El publicista.....	199
Semiología del Sistema Nervioso	199
Síndromes Clínicos (en esquemas).....	209
Tratado de Patología Médica y Tratado de Patología Interna.....	212
Auscultación del Pulmón	213
Semiología Médica Fisiopatológica. Medicina	220
La Facultad de Medicina de Buenos Aires	221
La Tercera Edad. Gerontología y Geriatria.....	221
Libros de humanismo médico	224
Capítulo 6. El humanista.....	231
El Instituto Popular de Conferencias	232
Capdevila y el presbítero Cucchetti. René Favalaro	236
Laín Entralgo, Jiménez Díaz.....	240

El decanato de la Facultad de Ciencias Médicas.....	247
La pasión por el arte. Sus viajes.....	252
Marilina Rébora.....	258
La tolerancia.....	260
La automatización y la ética médica.....	263
El médico y el silencio.....	269
Capítulo 7. El académico de ciencias.....	277
Discurso de incorporación.....	279
Su labor en la Academia.....	284
Capítulo 8. El académico de medicina.....	291
Discurso de incorporación.....	293
La labor en la Academia.....	298
Declaraciones efectuadas por la Academia.....	304
Nominación de sitaliales.....	309
Galería de bustos.....	315
Renovación de autoridades.....	319
Capítulo 9. Sus últimos años. Epílogo.....	323
Currículo abreviado del Dr. Osvaldo Fustinoni.....	329
Actuación como estudiante.....	329
Actuación como médico.....	330
Premios.....	337
Distinciones.....	337
Publicaciones.....	338
Homenajes y distinciones post-mortem.....	343

Notas y discursos

El Decanato en la Facultad de Medicina de Buenos Aires (1962 – 1966).....	347
Discurso de incorporación a la Academia Nacional de Medicina, 17 de mayo de 1979.....	379
Discurso pronunciado con motivo de la entrega del Premio “Maestro de la Medicina Argentina”, Sociedad Científica Argentina, 8 de junio de 1979.....	409
Discurso con motivo de recibir el Premio “Barón Hirsch”, Museo Judío, 25 de octubre de 1979.....	417
“Reconocimiento de la Nación Argentina a la trayectoria en las Ciencias Médicas en beneficio de la Humanidad”.	429
Discurso del presidente de la Academia Nacional de Ciencias, Dr. Julio H. G. Olivera, en las exequias del Dr. Osvaldo Fustinoni, 26 de mayo de 2000.....	437

A MANERA DE INICIO

Con este libro me ha sucedido lo que se cuenta del Ticiano, quien, cuando comenzaba a pintar, tenía la sensación de entrar en el mar y el horizonte se agrandaba. Cuanto más estudiaba los comienzos, la personalidad y la labor de Osvaldo Fustinoni, más se ensanchaba el horizonte de mis pensamientos. A las innumerables fuentes consultadas, se agregaban nuevas reflexiones. Las publicaciones se multiplicaban y también su análisis. Su labor y su trayectoria daban la sensación de no concluir nunca. El “hacer” constantemente era una característica de su personalidad humanista. Seguramente haya pecado de omisión: nunca son fáciles estas biografías tan incluyentes y extensas.

Quiero dejar constancia de mi particular agradecimiento al profesor Carlos Ferrero que leyó los borradores y me hizo sugerencias y observaciones muy importantes que enriquecieron el texto final.

Osvaldo Fustinoni fue una figura señera de la medicina. Se caracterizó por su personalidad polifacética: docente, investigador, hacedor, funcionario, médico práctico, académico, humanista, conferenciante, publicista. Descolló al frente de la cátedra. Impulsó la enseñanza. Formó discípulos. Despertó inquietudes. No entró jamás en la competencia profesional

y su grandeza consistió en ayudar a todo el personal que lo acompañaba en la cátedra, a sus pacientes y a sus colegas. Ejerció su autoridad en cargos encumbrados con la coherencia más natural y un convencido sentido humanista y ético que jamás admitió dobleces ni claudicaciones.

Se había recibido de médico en 1932, cuando no existían los antibióticos, y las complejísimas tecnologías de diagnóstico a las que hoy estamos acostumbrados figuraban sólo en un puñado de soñadores. Eran tiempos en los que el médico de familia se ocupaba del cuerpo y del alma de sus pacientes, y la práctica de la medicina incluía comprensión, solidaridad y conocimiento por partes iguales.

Fustinoni combinó esas virtudes a lo largo de más de siete décadas en las que se dedicó al ejercicio de la medicina y de la cátedra. Fue una figura destacada del panorama nacional, tanto por su profundo amor a la profesión como por su vasta cultura, que lo llevó a interesarse no sólo por los aspectos científicos, sino también por las aristas sociológicas y filosóficas de la práctica médica.

Fue director del Instituto de Semiología “Gregorio Aráoz Alfaro” y profesor titular de Semiología y Clínica Propedéutica (posteriormente “Medicina”) entre 1956 y 1975. En ese mismo año fue nombrado profesor titular emérito de la Universidad de Buenos Aires.

Autor de doce libros y de más de doscientos trabajos científicos, se desempeñó como decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires entre 1962 y 1966, secretario del Ministerio de Salud Pública de la Nación (1955), presidente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos

Aires (1989-1993) y presidente de la Academia Nacional de Medicina (1994-1996).

Fue académico honorario de varias corporaciones extranjeras y doctor Honoris Causa de la Universidad de Tucumán.

Fue miembro fundador de las sociedades de Endocrinología y Enfermedades de la Nutrición, de la Sociedad de Nefrología –de la que fue también su primer presidente–, de la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriatria, y de la revista “Medicina”.

Entre la multitud de actividades e intereses que acaparaban su atención, la docencia fue, sin duda, una de las que ocuparon un lugar protagónico. *“La docencia es el motivo de mi existencia médica –confesó hace unos años– y he dado lo mejor de mí mismo. Fui profesor muy joven, me formé al lado del profesor Padilla, y mis discípulos son legión. Formé unas cuarenta generaciones de médicos y lo he hecho dedicándome con intensidad. En la actualidad soy profesor emérito, y todavía tengo la misma pasión por enseñar”*.

Viajó, dio conferencias en las principales capitales del mundo, fue condecorado por Francia con la “Orden al Mérito” y las “Palmas Académicas”, y recibió numerosos premios.

Muy pronto intuyó que junto con los indudables beneficios derivados de los adelantos en el conocimiento, la medicina estaba abrazando peligrosamente una parcelación que la conducía a deshumanizarse. *“Se ha transformado el ejercicio de la profesión en una especie de oficio exclusivo –advirtió–. Hoy la gente se enferma y va a ver un especialista que se dedica a mirar su ‘partecita’. Pero para el real beneficio del paciente*

hace falta el hombre que juzgue todos los elementos y saque de allí el que da el diagnóstico correcto”.

Sabiamente comprendió que, más allá de los aparatos, el acto médico es una conversación singular entre el que sufre y el que lo asiste para aliviar sus males. *“Hay dos cualidades que el médico no puede dejar de tener: esperanza y paciencia. La paciencia es lo único que lo va a llevar a un conocimiento verdadero de su enfermo; la esperanza es lo único que lo ayuda a triunfar sobre la angustia de la muerte”.*

Nunca militó políticamente ya que estuvo siempre dedicado a su profesión, sin disponer de tiempo libre para dedicarlo a otras actividades. La única actividad política que desarrolló en su vida tuvo relación con la profesión: *“Cuando fui decano me vi obligado a actuar en la Universidad. Claro que eso es diferente, la política en ese ámbito se maneja entre pares y no entre individuos de culturas, situaciones económicas y sociales diferentes. De todos modos, no rechacé la política como manifestación de civilidad, pero no fui activista. Creo que eso me perjudicó en cuanto a ascensos a otro tipo de puestos que hubieran permitido ampliar mis actividades. Nunca me sometí a los dictados de ningún gobernante de turno. Eso me postergó en el profesorado”.* A pesar de ello, por su consultorio pasaron ex presidentes, vicepresidentes y ministros de la nación, y además embajadores, poetas, escritores y artistas.

Al recibir la condecoración “Reconocimiento de la Nación Argentina a la trayectoria en las Ciencias Médicas en beneficio de la Humanidad” expresó estas palabras que resumen su propia vida: *“Fui fiel al Juramento Hipocrático con el que inicié mi profesión. Como profesor he tratado de dar a mis*

alumnos todo lo que he sabido. Creo haber sido justo y he prodigado a mis enfermos lo mejor de mí mismo. He sentido el placer de la recompensa afectiva y he pensado siempre en mi patria. Hoy, en esta etapa crepuscular de mi vida, cuando la noche se me viene encima, recibir esta distinción me enaltece y me depara una gran emoción”.

Este es mi más sincero homenaje, como hijo y discípulo.

Bibliografía

1. Murió el médico Osvaldo Fustinoni. *La Nación*, 27 de mayo de 2000.
2. Homenaje al doctor Osvaldo Fustinoni. *La Nación*, 28 de mayo de 2002.
3. Albano E. Longevidad, una proyección al futuro. Entrevista al Profesor Dr. Osvaldo Fustinoni. *Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires*, Vol. X, N° 37: 26-38, septiembre de 2000.
4. Reconocimiento de la Nación Argentina a la trayectoria en las Ciencias Médicas en beneficio de la Humanidad, *La Prensa Médica Argentina* 86: 515-517, 1999.

CAPÍTULO 1. SUS COMIENZOS

Existe en la vieja Europa, en el norte de la península itálica, una zona que —conformando una hoz plateada por la arena y bordeada de cumbres doradas y la espuma del mar— se extiende desde Ventimiglia hasta Spezia. Una rama del tronco de los Apeninos la rodea de finos eslabones que, constituyendo innumerables cabos, se sumergen en el mar siempre azul.

Por los pequeños valles paralelos que se suceden cruzan corrientes de agua cuyos lechos están siempre secos.

La tierra, propicia al arado, es extraordinariamente fértil. Sus árboles, cargados de melocotones y ciruelas aterciopeladas, invitan a la ensoñación.

En tan estrecho corredor, encerrado entre el mar y la montaña, sus habitantes supieron conservar los caracteres típicos de las regiones italianas: los valientes campesinos, plantando el olivo y la viña, después de cavar con la azada, y los niños, jugando y escapando a un tiempo de los furiosos torrentes montañosos.

Y esa tierra fértil suministra la indispensable materia vivificante a las ciudades que la componen (Ventimiglia, San Remo, Imperia, Allasio, Albenga, Savona, Santa Margherita, Rapallo, Chiavari, La Spezia). Esta tierra, verde de palmeras y olivos, al pie de áridas montañas, que se vuelve ampliamente hacia el mar es la Liguria.

En el centro de esta región, próxima a Génova, se yergue Santa Margherita.

Aunque el apellido Fustinoni es originario de Bergamo (Lombardía), en Santa Margherita nació Luigi-Giuseppe Fustinoni el 21 de junio de 1876, hijo de Paolo Fustinoni y de Guglielma Cristiani.

Luigi-Giuseppe formó parte de uno de esos contingentes inmigratorios que entre fines del siglo XIX y principios del XX tuvo la República Argentina, que parafraseando el título de un óleo de Antonio Alice era “Argentina, tierra de promisión”.

Luigi-Giuseppe, una vez instalado en nuestro país, se dedicó al comercio y contrajo matrimonio con Margarita Angelina Rodríguez, hija de Salvador Rodríguez y de Tránsito Rodríguez, nacida en la localidad de Ranchos (provincia de Buenos Aires) el 22 de febrero de 1884. De esa unión nacieron tres hijos: Abelardo, Lilia y Osvaldo Fustinoni.

Osvaldo Fustinoni, el menor de los tres niños, nació el viernes 16 de abril de 1909.

Presidía el país por ese entonces José Figueroa Alcorta, que había asumido el cargo por fallecimiento de Manuel Quintana y completó el período constitucional 1906-1910. Era un tiempo de expansión económica, en el que aumentaban constantemente las exportaciones de cereales y se multiplicaban los establecimientos fabriles que elaboraban alimentos. Los capitales extranjeros fluyeron con regularidad y hubo un aumento de 7000 kilómetros de vías férreas, al tiempo que llegaron al país cerca de un millón y medio de inmigrantes. En 1910 –fecha de los magníficos festejos del Centenario– la República Argentina tenía una población de 6.392.999 habitantes.

El ministro de Guerra de Figueroa Alcorta –al momento de nacer Fustinoni– era el teniente general Rafael M. Aguirre (1861-1931), que posteriormente sería electo en 1914 diputado nacional por la provincia de Mendoza al Congreso Nacional y cuya labor *se ajustó siempre al concepto que hace del Ejército el guardián austero de un orden institucional*. Este detalle, que quizá parezca nimio, se torna interesante por el hecho de que la nieta del mencionado general era Marilina Rébora, a quien Fustinoni desposó 38 años después.

¿Qué ofrecía Buenos Aires al nacer Fustinoni y en su tránsito hacia el primer año de vida?

El nuevo Teatro Colón, inaugurado el 25 de mayo de 1908 con la ópera “Aída”, estaba en marcha. Su temporada del año 1909 anunciaba títulos como “La Gioconda”, “Rigoletto”, “Tosca”, “El Barbero de Sevilla”, “Aurora”, “Amletto”, “Cavalleria Rusticana”, “I Pagliacci”, “La Wally”, “La Bohème”, “L’Elisir d’Amore”, “Aída”, “La Condenación de Fausto”, “Eidelberga Mia”, “Los Maestros Cantores de Nüremberg” y “Tannhäuser”. Debutaron en el Colón, en 1909, Giuseppe de Lucca, uno de los barítonos más brillantes de la época; Haricléé Darclée (nombre artístico de Hariclea Haricly de Hartulary, una de las sopranos más célebres de su tiempo); Eugenia Burzio, que gozaba de afamada reputación, especialmente en la lírica italiana; Alessandro Bonci, quizá el más importante tenor italiano de la época después de Enrico Caruso, y Florencio Constantino, nombre que lleva el teatro de la localidad de Bragado, en el que el tenor español habría cantado en una oportunidad después de haberlo supuestamente donado.

El avance del denominado cinematógrafo era un hecho. En la cartelera de “La Razón” de 1909 –año del nacimiento de Fustinoni– figuraban ya nueve salas de cine (algunas lo eran también de teatro). En el “Marconi” se reponía “Las de Barranco” de Gregorio de Laferrère, y en el “Argentino” la compañía de Florencio Parravicini anunciaba el debut de la actriz Ada Comaro en “La Tapera” de Alberto Novión.

Se abrirían más teatros: en enero, el “Olimpo” (Pueyrredón entre Santa Fe y Arenales), inaugurado por una compañía dirigida por Ezequiel Sosa, con Enrique Muiño en el elenco; y en febrero, el “Ateneo” (Corrientes 699, esquina Maipú), que llegaría hasta 1932 con el nombre de “Empire”. En mayo lo hacía el “Variedades”, en el barrio de Constitución, con la pieza teatral “Divorciémonos” del dramaturgo francés Victorien Sardou, por la compañía de la actriz italiana Emma Grammatica.

Eran las épocas del eclecticismo. En 1909 se levantó la residencia Anchorena (hoy cancillería argentina), construida por el arquitecto noruego Alejandro Chistophersen para doña Mercedes Castellanos de Anchorena. Esa residencia estaba prácticamente contigua a la finca Ortiz Basualdo (Maipú y Arenales), hoy demolida. Junto al edificio de la Bolsa de Comercio, la capilla del Hospital Español, el Colegio de Escribanos y la Catedral Ortodoxa Rusa, la residencia Anchorena constituye uno de los máximos exponentes del estilo de la época.

Ese mismo año, el Museo Nacional de Bellas Artes –cuyo patrimonio se había multiplicado por veinte– trasladaba su sede desde las galerías del Bon Marché de la calle Florida al

denominado Pabellón Argentino, erigido en la Plaza San Martín. Nuevas adquisiciones –en particular de pintura española– se destacaban en el acervo y la muestra de la nueva sede: obras de Benlliure y Gil, Alvarez de Sotomayor, Gonzalo Bilbao, Anselmo Miguel Nieto, y un importante conjunto de tres Zuloaga: *Las Brujas de San Millán*, *Españolas y una inglesa en el balcón*, y *La vuelta de la vendimia*, junto a *Interior de Iglesia* de Eugenio Lucas, *Lavanderas* de Eliseo Meifrén, *Alfonso XIII* de Ramón Casas y *Otoñal* de Santiago Rusiñol. Las obras permanecerían en la nueva sede por espacio de dos décadas, antes de ser instaladas en su lugar actual de la Avenida del Libertador.

A partir de 1909 muchos fueron los visitantes de prestigio que llegaron al país. El primero fue Vicente Blasco Ibáñez, y después lo hicieron Georges Clemenceau, Santiago Rusiñol, Anatole France, Adolfo Posada, Enrico Ferri y Guillermo Marconi. Por otra parte comenzaban por ese entonces las excavaciones en la Avenida de Mayo para la primera línea de subterráneos de la ciudad y también de América del Sur.

Así era Buenos Aires –ciudad cosmopolita– en el primer año de vida de Osvaldo Fustinoni.

El dolor. La primaria

Fustinoni conoció prontamente el dolor. Su padre falleció cuando él tenía diez meses de edad. A pesar de la orfandad paterna, su madre con gran temple y entereza se hizo cargo de la casa. Tan fuerte era su personalidad que a pesar de haber quedado viuda con tres niños de corta edad, consiguió superar el trance de tal modo que casi no se advirtió la ausencia de su

padre. Era un motor que los impulsaba a todos a vivir en plenitud y supo colmar de satisfacciones la infancia de sus hijos. Desarrollando una tarea ciclópea, les transmitía seguridad: teniendo en cuenta la corta edad de los niños, satisfechas las mínimas expectativas y atendidas las más elementales necesidades, la familia quedaba marginada de la problemática social imperante. La única inquietud se centraba en el estudio y los juegos infantiles. Con el correr del tiempo su madre contrajo matrimonio con un hombre extraordinariamente bueno, muy trabajador y generoso. Un gran ejemplo que contribuyó mucho a la crianza y felicidad de la familia.

Fustinoni provenía de un hogar humilde. Alguna vez confesó que jugaba con “dos latitas”. Su vivienda era una “modesta casita” de una sola planta situada en la Avenida San Juan 1554, donde hoy funciona una escuela estatal. Inició sus estudios primarios en un establecimiento del Estado: la Escuela Superior Número 5 del Consejo Escolar III, situada en la calle Sáenz Peña entre Humberto I y San Juan. Al finalizar el cuarto grado, el maestro de quinto don Pedro Mauricio Levy –atento a sus extraordinarias dotes y condiciones– le propuso prepararlo para rendir ese año libre y entrar directamente a sexto grado, cosa que hizo. Este hecho de desprendimiento y desinterés (económico) de parte de su profesor lo marcó a fuego; nunca olvidó ese gesto de generosidad. Así lo recordará:

“Estaba disfrutando de las vacaciones. Un día pasó frente a mí el profesor Pedro Mauricio Levy que tenía a su cargo el quinto grado y era el esposo de mi maestra de tercer grado, Ana Maggioli. Cuando me vio sentado en el umbral, se detu-

vo y me dijo: ‘mirá, yo te voy a preparar para que curses el quinto grado. Darás examen y pasarás directamente a sexto’. Me quedé asombrado. ¿Cómo era posible que ese hombre, generosamente, sin que mediara ninguna circunstancia que lo impulsara, estuviera interesado en mi persona, un pobre chico carente de recursos que le permitieran retribuir su generosidad? Era insólito. Esas vacaciones este profesor me enseñó geometría, gramática y otras materias, y en el mes de marzo me presentó ante el Consejo Nacional de Educación. Di el examen y lo aprobé. Pasé directamente a sexto grado”.

Sigamos oyendo a Fustinoni que traza los aspectos más salientes de su infancia. Porque los hombres que nos legaron su saber, sus vivencias, su rectitud y su ejemplo no mueren con la desaparición física. Perduran en las palabras –que en el caso de Fustinoni– tienen el signo de la lucha por las causas nobles, el cumplimiento del deber, la perseverancia en el trabajo y la pasión por lo bueno y por lo justo:

“Provengo de un hogar humilde. Vivíamos en una modesta casita de una sola planta. Al cumplir diez meses, fallece mi padre. Mi madre, una mujer de mucho carácter, poseedora de una gran vitalidad, quedó sola con tres hijos: mi hermano de dos años, una hermana de tres y yo. A pesar de lo precario de nuestra situación, mi madre con gran entereza, se hizo cargo de la casa y trabajando duramente (dirigió un taller de prendas femeninas) atendió a las necesidades de su familia. Con lo justo, pero sin carecer de lo elemental, nos fue criando.

“Recuerdo mi infancia como algo muy hermoso, apacible, exenta de violencia como la que tienen que soportar los chicos actualmente. Los barrios eran tranquilos. Recuerdo las casitas de techos bajos, los terrenos baldíos donde dábamos rienda suelta a nuestras fantasías, la Plaza Solís en la que jugábamos durante horas. Sí, tuve una infancia muy feliz.

“Recuerdo especialmente y con mucho cariño a los profesores que tuve en la escuela primaria. Eran hombres y mujeres muy capaces. Cumplían su tarea con amor y vocación... El colegio estaba ubicado en una vieja casona con un gran patio donde practicábamos ejercicios físicos y nos daban lecciones de música y canto. Siempre me gustó estudiar. Leía mucho en ese entonces; mis preferencias en materia de lectura se volcaban a Salgari, Alejandro Dumas, Victor Hugo y otros, excelentes autores que los chicos de hoy ignoran”.

El Colegio Nacional Pueyrredón

A los doce años terminó la escuela primaria e ingresó en el Colegio Nacional “Juan Martín de Pueyrredón” que se hallaba a once cuadras de su casa. El trayecto lo recorría a pie y eso le significaba un ahorro considerable. Esto, que hoy es difícil de comprender, tenía suma importancia en ese momento. El poder adquisitivo de esos veinte centavos diarios era significativo, ya que muchos trabajadores ganaban un peso por día. En el colegio tuvo compañeros que posteriormente se destacaron en sus respectivas profesiones, como Jorge A. Taiana y Abel Canónico, sin olvidar a otros que llegaron a ocupar posiciones señaladas. En una esquila que le enviara a Fustinoni en abril de 1997, uno de ellos lo recuerda así:

“Sentí tanta nostalgia recordando al condiscípulo del Pueyrredón; pretéritas remembranzas que me animaron a enviarte estas líneas simples que trasuntan la melancólica emoción de aquellos años del ‘pantalón corto’.

“Créeme que siempre sentí admiración, respeto y orgullo cuando decía a algún amigo, paciente o colega, si se terciaba: ‘¡Yo fui condiscípulo de Fustinoni!’; ya eras el as de la división.

“Desde el ‘ayer’ te llegue igual que nos decíamos, cuando a la salida del colegio caminábamos en grupo, cada uno a su casa: ‘¡Chau, Osvaldo!’”.

Recuerda Fustinoni respecto de los años del secundario:

“Tenía extraordinarios profesores. Era un momento cultural muy positivo. En mi época de estudiante secundario me aficioné a los clásicos. Uno de mis profesores nos orientaba hacia ese tipo de lectura. En lugar de enseñarnos literatura, informalmente nos llevaba libros para leer y comentar en clase. Me encantaba leer a Platón y Aristóteles. En quinto año le prestaba mucha atención a la filosofía. Creo que fue ese el motivo de duda al finalizar mis estudios. No sabía por qué disciplina inclinarme: si derecho o medicina.

“En lo artístico me sentía muy atraído por el teatro, pero no disponía de medios para concurrir. Mi gran pasión era la zarzuela. Fue entonces cuando me las ingenié para actuar de ‘clacqueur’, actividad que desempeñé junto con un compañero de estudios, posteriormente médico, Antonio B. Arroyo.

De ese modo, pudimos admirar a los grandes artistas del momento. Esto ocurría en los teatros Avenida y Liceo”.

La Facultad de Medicina

En 1926 rindió ingreso a la Facultad de Medicina con muy buena puntación. Cursó la carrera en seis años hasta 1932. Para costear sus estudios fue celador del Colegio Pueyrredón –donde había culminado su bachillerato– durante los años 1927-1931. Evocará así este hecho:

“Escasos los medios materiales con que se desarrollaban las actividades de mi hogar, desempeñaba el cargo de celador del Colegio Nacional de donde había egresado y costeara mis estudios con la magra paga que ese cargo devengaba y que me robaba horas para asistir con toda regularidad a los exigentes trabajos prácticos de los primeros años, a pesar de lo cual mi cumplimiento era correcto. Mis lecturas se efectuaban en la vieja biblioteca de la Facultad, donde mi presencia era habitual hasta horas de la noche”.

Y luego agregará: *“Cuando ingresé a la Facultad de Medicina la cultura no era muy accesible para el hombre común; recuerdo que en primer año se estudiaba una anatomía clásica, el libro de Testut. Eran cuatro volúmenes y un compendio. Había una librería ‘La Gran Desazón’, ubicada en la calle Bartolomé Mitre, que estaba en quiebra y remataba sus existencias a precios muy razonables; asistí al remate y fue en esa oportunidad que pude adquirir los cuatro tomos por 8*

pesos. Incluso mis hijos, médicos, tuvieron acceso a esa obra que conservo en mi biblioteca”.

Fustinoni que era muy responsable en el estudio llegó a destacarse como alumno. Durante su actuación estudiantil formó parte de comisiones del Centro de Estudiantes de Medicina y fue miembro del Comité de Redacción de la Revista del Círculo Médico Argentino. Fue practicante del Instituto Jenner (1927) y del Hospital Rawson (1930), en el servicio del profesor José Destéfano.

En aquel entonces, los diez alumnos de más alto promedio tenían acceso al cargo de practicante del Hospital de Clínicas, primero como ‘menor interno’ y luego como ‘mayor interno’. Era un practicantado de honor al que se lograba ingresar a través de un riguroso puntaje y de una muy estricta selección. Se tomaban en cuenta las notas a lo largo de la carrera y no cabía la menor posibilidad de transgresión a las normas, ni existían privilegios. Cada tres meses se rotaba por cada uno de los servicios. El Hospital de Clínicas era por ese entonces una escuela de formación excepcional. Las cátedras tenían al frente a los mejores, a los más grandes profesores en su especialidad: Castex, Arce, Padilla, Merlo, Segura y Garrahan, entre otros. Fustinoni tuvo el enorme privilegio de ingresar al practicantado del Hospital de Clínicas: fue practicante menor interno (1931) y practicante mayor interno (1932), ambos por concurso de calificación. Como practicante del Hospital de Clínicas ganaba 96 pesos, y a pesar de que fueron años muy difíciles (tuvo dificultad en continuar sus estudios y por primera vez experimentó la sensación de inseguridad econó-

mica), con ese dinero podía satisfacer sus necesidades más elementales e incluso ayudar a su familia. Comía y dormía en el Hospital.

Recordará así su paso por el practicantado:

“La vida del Hospital era muy linda. Los practicantes internos teníamos la oportunidad de estrechar lazos afectivos que en muchos casos eran muy firmes. Los diez practicantes menores y los diez mayores vivimos las más curiosas situaciones que uno pueda imaginar. Era una escuela en la que nos formábamos, no sólo como médicos, sino como personas; fue allí donde aprendimos a valorar la amistad y despreciar al inmoral. Aunque por suerte, primaba la nobleza de sentimientos. Como no existía la televisión (el gran mal de nuestra época), se leía mucho, intercambiábamos opiniones o escuchábamos algo de música. Vivíamos todas las expresiones naturales a nuestra edad. Todo con gran pasión”.

En ocasión de serle entregado a Fustinoni el premio “Maestro de la Medicina Argentina” correspondiente al año 1979, su amigo de toda la vida Alfredo Lanari rememoró aquellos años del Hospital y respecto de Fustinoni expresó:

“A Osvaldo Fustinoni lo conocí en el año 1931. Él era practicante menor del Clínicas cuando yo ingresé como practicante externo. Con la natural circunspección de quien entra en un ambiente desconocido, fui tratando uno a uno a mis superiores, pues aunque había uno o dos años de diferencia, esos años eran de ejercicio de la medicina y hacían un mundo. Entre los menores me impresionó Osvaldo Fustinoni. Tenía un aspecto

particular que lo distinguía de los demás; el pelo rizado, ojos vivaces, las facciones pequeñas, labios rojos y un pequeño bigotito le daban un aspecto de ‘Fígaro’. Pero Fustinoni también se distinguía no sólo por su aspecto de los demás practicantes. Hablaba con precisión y con claridad meridiana y sus ideas, como es lógico, también lo eran. Boileau lo dice bien: *‘Apprenez a penser: ce l’ on coinçoit bien s’ ennonce clairement et les mots pour le dire arrivent aisement’*. Cuando se recibió de médico tenía una situación económica muy difícil. Huérfano de padre, debía contribuir al sustento de su hogar. Nada de eso disminuyó su deseo de realizar una carrera académica, y estudiando incansablemente y enseñando, adquirió prestigio entre estudiantes y médicos que sabían apreciar lo que una mente clara y ordenada puede dar y enseñar. Vale la pena recordar que pasaron más de 8 años antes de que Fustinoni pudiera comprar un auto de segunda mano, para significarles a los apurados de hoy que, cuando se ha elegido un destino, todo tiene que subordinársele”.

Primeros años

Finalizados los estudios el 17 de diciembre de 1932 y habiendo ingresado a la Facultad en marzo de 1927 –en mérito a las calificaciones obtenidas le será concedido el Diploma de Honor–, Fustinoni tuvo que tomar una decisión muy importante. El practicantado le había dado cierta habilidad en intervenciones quirúrgicas: extracción de útero, apendicitis y diversas operaciones de cirugía menor. Un día en el viejo Hospital de Clínicas, en un alto después del almuerzo, bajo una hermosa magnolia situada en medio del patio, el profesor

Tiburcio Padilla –recién nombrado titular de la cátedra de Semiología Clínica y Propedéutica– se detuvo a conversar con Fustinoni. Aún le faltaba rendir la última materia para recibirse y en ese momento era practicante de ginecología en el servicio del profesor Juan Carlos Ahumada. Le preguntó Padilla qué pensaba hacer, a lo cual Fustinoni respondió que no sabía aún, pero que posiblemente se quedaría en el servicio del doctor Ahumada. Entonces le dijo Padilla, perentoriamente: *“No, usted se viene conmigo”*, para reiterarle enseguida: *“Usted se viene conmigo, lo voy a nombrar jefe de trabajos prácticos de mi servicio y se va a quedar en él”*.

Eso aconteció en 1932. Al nombrarlo ayudante y luego jefe de trabajos prácticos, Fustinoni ingresó a la docencia apenas recibido; desde 1932 hasta 1942 dictó anualmente un ciclo de clases de semiología, por pedido del profesor Padilla, a los alumnos de su curso oficial.

La circunstancia de enseñar le confirió carácter de profesor a muy temprana edad. Eso contribuyó enormemente a su formación. Abordó la enseñanza integral de la semiología (abdomen, aparato circulatorio, aparato respiratorio, sistema nervioso, nefrología), y aunque el número de clases dictadas sobrepasó el número que anotaremos, se referirá solamente a las computadas por la Facultad. Así, entre 1942 y 1946 dictó 291 clases (debe comentarse el hecho de que en 1945 dictó solamente 9 clases puesto que el curso fue interrumpido por el cese de las actividades universitarias). Ya como profesor adjunto –en el período 1947-1956– Fustinoni dictó 270 clases (se deben agregar las dictadas como profesor titular interino en 1952, a razón de dos clases semanales). Todo esto sucedía

en la sala IV del viejo Hospital. Allí ocupó todos los cargos hasta culminar como profesor titular y director del Instituto de Semiología “Gregorio Aráoz Alfaro”, en 1956.

La década de 1930 fue muy importante en su carrera, a pesar de que esa época estuvo plagada de tensiones y la vida era difícil. Fustinoni –paralelamente a su carrera en el Hospital de Clínicas– trabajó por ese entonces en el Hospital “Mariano y Luciano de la Vega” de la localidad de Moreno. El 29 de julio de 1935 fue nombrado médico de sala por la Comisión Administradora del hospital. Así recordará ese período de su vida:

“La crisis se agudizó y no había dinero para vivir. Había que trabajar mucho. Un médico recibido un par de años antes que yo, el doctor Enrique Fongi, ex practicante del Clínicas, se fue a trabajar a Moreno. En esta localidad había un ‘hospitalito’ y como consecuencia de un movimiento político al doctor Fongi lo designan director y me invita a acompañarlo. Decidí aceptar. En el Hospital de Clínicas trabajaba por la mañana temprano; luego me dirigía a la estación Once, allí comía algo y tomaba el tren hasta Moreno. Cuando llegaba a destino, me esperaba un ‘cochecito’ que me trasladaba por un camino de tierra hasta el hospital. Allí trabajaba hasta las cinco de la tarde. Esta fue una experiencia fundamental. Con el doctor Fongi y otro joven médico hicimos todas las especialidades. Operábamos, atendíamos partos y cumplíamos otros menesteres.

“Así transcurrieron dos años y medio; fue muy sacrificado, pero se pagaba bastante bien. Con ambos sueldos, y como era soltero, podía desenvolverme muy bien.

“La medicina de entonces dejaba margen de tiempo para escuchar a los pacientes. Los que atendía en Buenos Aires eran pocos y eso me permitía ahondar en sus problemas. Por otra parte, aún hoy mantengo ese criterio, no concibo otro modo de ejercer la profesión. En el ‘hospitalito’ de Moreno trabajábamos como locos, pero nos hacíamos tiempo para escuchar al paciente. En ese aspecto creo haber hecho una buena medicina. Nunca me apuré, nunca receté sin tener un criterio etiológico del proceso, jamás me interesó tratar lo sintomático sino la causa”.

Después de trabajar afanosamente en el Hospital “Mariano y Luciano de la Vega” de Moreno, Fustinoni debió abandonar su cargo en enero de 1937 por causas de índole política. Ocurrió que al caudillo de Moreno los propios conservadores lo removieron de su puesto; al exonerarlo a él, también destituyeron a los jóvenes médicos. Este hecho no lo afectó en gran medida porque ya había montado su consultorio: al principio “puso” en su casa una camilla y un lavatorio, todo comprado de ocasión. Así empezó. Al comienzo trabajaba poco y aprovechaba el tiempo libre para estudiar.

Al iniciarse la Segunda Guerra Mundial en 1939, con treinta años de edad, ya Fustinoni estaba afirmado en su profesión. Ese año concurrió al Instituto Cultural Argentino-Germano a estudiar alemán. También cultivó otros idiomas: para estudiar francés se inscribió en el Profesorado de Lenguas Vivas –aunque tuvo que interrumpir al año a causa de su actividad profesional– y aprendió inglés por sus propios medios.

Entrando en la década de 1940 atendió el consultorio médico gratuito de la Asociación “El Centavo” (en la calle Juncal 1264) y contrajo matrimonio con Marilina Rébora, su fiel compañera por más de 50 años.

Marilina Rébora

Marilina Rébora nació el 7 de enero de 1919 en el seno de un hogar prestigioso. Era hija de Juan Carlos Rébora y de María Celina Aguirre; su padre, además de haber sido uno de los jurisconsultos más sobresalientes que ha tenido nuestro país, desempeñó con dignidad y talento importantes funciones públicas. Fue, en efecto, presidente electo de la Universidad de La Plata (1938-1941), vicepresidente del Consejo Nacional de Educación (1942-1943) y embajador de nuestra República ante Francia (1955-1958). Por sus producciones jurídicas, de elevado valor científico, mereció en 1905 el premio “Vélez Sarsfield”, y en 1932, el primer premio Nacional de Ciencias, que es el galardón intelectual de más alta jerarquía que otorga la República. Fue profesor de Derecho Civil en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de La Plata. Presidió la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Falleció el 7 de noviembre de 1964. De sus tres centenares de publicaciones se destacan: “La Familia” –2 volúmenes– (1926), “Derecho de las Sucesiones” –2 tomos– (1932) e “Instituciones de la Familia” –4 tomos– (1945). Como dijo de él el destacado académico Segundo V. Linares Quintana: “ejerció con plenitud y sin claudicaciones la profesión de hombre; porque –empleando terminología y conceptos suyos– era *Hombre, Hombre* y vivió para la *Patria, Patria*”.

A los diez años, Marilina estudió dibujo con Ernesto Riccio; luego fue al atelier de Vicente Puig, y posteriormente –acompañada de su tía Susana Aguirre– asistió al taller de Lucía Capdepon.

Marilina se compenetró desde pequeña de los efluvios de la cultura, cuando frecuentaban su casa los amigos de su padre y de su infancia: Alfonsina Storni –que la sentaba en su regazo–, Arturo Capdevila, Pedro Bonifacio Palacios (Almafuerte), Leopoldo Lugones, Rafael Alberto Arrieta, Rafael de Diego, Norah Borges –que le hizo un retrato titulado *Marilina con una naranja en la mano*–, Horacio Quiroga y sus hijos Darío y Eglé, Ricardo Rojas, entre otros, y al decir de sus palabras:

*Es lástima que fuese demasiado pequeña
cuando nos visitaban aquellos escritores;
a una hora, mi padre –la consabida seña–
me obligaba a dejar tan afables señores.*

*El fuego consumía lentamente la leña
y la conversación alzabase en ardores;
mi madre apaciguando, se inclinaba risueña,
y al punto se calmaban los gestos y rigores.*

*En Alfonsina Storni y en las de Capdevila,
Rafael Alberto Arrieta, o Rojas y de Diego,
yo hubiera abandonado tiernamente mi mano;
pero Horacio Quiroga me contenía luego
con su barba cuadrada. Y yo, algo intranquila,
quedaba en la escalera, vuelta desde el rellano.*

(“Los Amigos”, Los Días de los Días.)

Marilina enfermó de salmonelosis en 1946. El médico tratante era un afamado especialista que erró el diagnóstico y por ende el tratamiento. Qué mejor caben en este sentido las palabras que pronunció Osvaldo Loudet –refiriéndose a los especialistas– en ocasión de presentar a Fustinoni en su conferencia sobre los médicos escritores en el Instituto Popular de Conferencias el 2 de junio de 1978: “El enfermo es un panorama que es necesario ver desde distintos ángulos para comprenderlo en su totalidad. No es posible estudiar un enfermo desde el agujerito de una especialidad. No es posible fragmentarlo”.

Marilina estuvo al filo de la muerte: su cuadro se agravaba y no había cura. Su madre María Celina –que poseía una fina sensibilidad y una inteligencia fuera de lo común– recordó el apellido Fustinoni. Un pariente cercano había sido tratado por “el doctor” con éxito y premura. Fustinoni ya se caracterizaba por sus diagnósticos certeros y por su pasta de clínico infalible. Tenía la capacidad de ver más allá de lo que los demás veían.

Es así como diagnosticó correctamente la enfermedad de Marilina, la medicó prontamente y su paciente volvió a revivir: el milagro se había producido.

Surgió entre ellos una amistad estrecha, que condujo a un pronto noviazgo y al matrimonio posterior: Marilina sería la madre de sus dos hijos, Osvaldo y Juan Carlos.

Después de su período de convalecencia, Marilina viajó a París el 27 de abril de 1947, de donde retornó el 2 de octubre del mismo año. La correspondencia entre Fustinoni y Marilina

fue masiva en esos casi seis meses de separación. Lo atestiguan treinta y ocho cartas de amor.

Marilina escribe a Fustinoni desde Bagnoles-de-L'orne:

“Mi querido amor: he venido a escribirle bajo los árboles, en busca de una soledad que no desearía, y de una calma que sé no he de encontrar...”

“Las hojas caen a mi alrededor, suavemente, como en un dulce vuelo, y a cada una que muere pienso que es un instante más que ha pasado junto con ella... Y así pasan los días, en una paz infinita, iguales los unos a los otros, silenciosamente...”

“Pero el otoño, lánguido, tibio, con ruido de hojas y tintas mortecinas me entristece... ¡Es tan opuesto lo que añoro en este momento!... Un cielo azul, árboles verdes y flores que se abran... rosas... y usted y yo, como si el tiempo no hubiera pasado y todo hubiera florecido para nosotros en ese ‘instante que tuvo algo de eterno’...”

“Y, sin embargo, hay algo de vida todavía; al levantar los ojos veo que el cielo es azul a través de las ramas, pero muy pálido... y que una mariposa se detiene sobre las plantas... pero no es la única... y un pájaro que aletea y se aleja...”

“Sólo yo permanezco con mi visión llena de luz y de recuerdo... y estoy tan cerca suyo, que cerrando estos mismos ojos, no es otoño lo que me rodea, ni melancolía lo que trae la brisa, sino primavera, y alegría, y azul, como mi vestido, y como la noche en que hemos de encontrarnos... llena de estrellas...”

... mi amor...”

Quizás fue esa exquisita sensibilidad la que condujo a Marilina a la poesía y llegó a publicar posteriormente nueve libros (“Los Días de los Días”, “Libro de Estampas”, “El Río Azul”, “Tiempos de la Vida”, “Las Confidencias”, “Animale-rías”, “El Lagarto estaba harto”, “No me llames Poeta” y “Ca-leidoscopio Artístico”) y a dejar más de veinte obras inéditas (entre ellas una mitología para niños y el “Evangelio según San Lucas” en verso). Ya encontramos poemas sin publicar que datan de 1936, 1937 –algunos en idioma francés como *Les etoiles que j’ aime*, *Madame la lune* y *Mon petit rêve*–, 1938, 1941, 1942, 1943 y 1946.

Marilina Rébora y Osvaldo Fustinoni se casaron el 26 de diciembre de 1947 en la Iglesia del Socorro. Las personalida-des más granadas de la cultura, la ciencia y las artes asistieron al importante enlace. La fiesta se llevó a cabo en la casa de la calle Charcas 2452 (frente a la Iglesia del Carmelo), donde vivió Marilina con sus padres (mansión ya demolida) y hoy funciona una librería comercial. De esa casa –construida en falsa escuadra, solemne y corpulenta– recordó siempre Mari-lina el comedor adusto, el patio florecido junto a la biblioteca, el recio tañir de las campanas del Carmelo y el paso del tran-vía treinta y cuatro (y con mayor intervalo el treinta y uno y sesenta).

Por ese entonces ya Fustinoni gozaba de sólido, merecido y bien ganado prestigio. El 30 de diciembre de ese mismo año fue nombrado Profesor Adjunto de Semiología y Clínica Propedéutica, propuesto por unanimidad de votos del jurado, en concurso de oposición. El tema sorteado para la exposición de los candidatos al concurso fue “Semiología del Temblor”.

La conferencia que pronunció Osvaldo Fustinoni alcanzó un brillo particular.

Su delicadeza y perseverancia

Fueron rasgos salientes de su personalidad. Afable en el trato y fino de modales, había una constante en él que lo acompañó toda su vida: la perseverancia en el objetivo por lograr hasta alcanzarlo.

En ocasión de descubrirse un busto de bronce con la imagen de Fustinoni, esculpido por la artista plástica Alicia Rescio de Batalla para la “Galería de Bustos de la Facultad de Medicina”, el 28 de mayo de 2002, en el Salón de Consejo, su hijo Osvaldo pronunció las siguientes palabras referidas a su padre:

“Es difícil hablar del propio padre, más aún cuando su trayectoria pública y académica tiene amplio reconocimiento. Para un hijo la notoriedad pública se aleja frente a la figura paterna con quien ha convivido, que lo ha ayudado con los deberes escolares, que lo ha asistido en las enfermedades de la infancia, y a quien, como corresponde, ha confrontado durante la adolescencia y la temprana y no tan temprana juventud. Decir públicamente lo que uno piensa de su padre o de su madre corre el riesgo de zozobrar en un remedo de guión cinematográfico de Ingmar Bergman.

“Sin embargo, hay una contraparte íntima, privada, de la personalidad de Osvaldo Fustinoni, que complementa, enriquece y añade humor a sus rasgos de conducta, que es a la que me voy a referir, ya que la ‘Comisión de Homenaje’, a la que

agradezco su temeridad, se ha animado a invitar a hablar a un miembro de su familia, sin imaginar las consecuencias.

“Cuando yo tenía 4 años y era todavía hijo único (mi hermano Juan Carlos es 8 años menor), mi padre decidió que a los 5, un año antes de la edad reglamentaria, debía iniciar el colegio primario. Con mentalidad de pionero, pensaba que las metas debían alcanzarse lo más pronto posible. Eligió un colegio inglés y se dirigió a inscribirme. Eran los tempranos años ‘50 y esos colegios orientaban con preferencia su selección a miembros de su comunidad.

“El dueño de la escuela, probablemente por la escasa resonancia británica de nuestro apellido, no era proclive a aceptarme. Preguntaba a mi padre por qué quería que yo fuera a su colegio, hoy notorio, a lo que él respondía, obviamente, que era para que yo aprendiera inglés.

“Como las intenciones del propietario iban probablemente más allá, en el sentido de formar *english-speaking-rugby-playing* y por ende *british-minded-gentlemen*, algo que seguramente a mi padre le interesaba menos, se rehusó. Y tantas veces como con tenacidad británica rehusó, otras tantas con tozudez genovesa su interlocutor insistió, hasta lograr su propósito. A regañadientes, me inscribieron en castellano en la división ‘B’, pero, seguramente por lo del apellido, en inglés lo hicieron en la división ‘D’. En aquella época tales divisiones implicaban distintos niveles de rendimiento: la ‘A’ era la de los mejores alumnos. Mi rendimiento en inglés resultó al parecer bueno, de modo que al año siguiente me promovieron a la ‘B’ y el subsiguiente a la ‘A’, de la que ya no me moví. Hasta el día de hoy le agradezco a mi padre haber insistido para que

ingresara a ese colegio, al que debo el inglés fluente que soy capaz de hablar en la actualidad y mucho de la manera de ver las cosas de este mundo. No le reconozco tanto el haberme anotado a los 5 años: en esos primeros períodos de escuela primaria, las matemáticas fueron para mí una ardua travesía del desierto.

“Creía imprescindible la cultura general, hoy trágicamente devaluada, para cualquier actividad. Así, nos ofreció otras educaciones. Francés y música, por ejemplo. No muchos de ustedes saben que quien les habla es ‘profesor de acordeón a piano’, con título reconocido por el Conservatorio Municipal. Quienes fueron mis compañeros de residencia recordarán algunas ruidosas *soirées* de acordeón y canto en esos años juveniles.

“Nos empezó a llevar al Teatro Colón desde la niñez, a mí a los 7 años y a Juan Carlos aún antes. Concurrimos regularmente al teatro desde entonces, fuente de enriquecimiento espiritual en música, historia, literatura, pintura y teatro. Fue tal el entusiasmo en mi primera función, ‘La Bohème’, que, acostumbrado a las funciones de cine ‘continuado’ de la época, quería quedarme ‘por si la daban otra vez’.

“Recuerdo claramente el cheque que mi padre, no sin alguna protesta, me daba mensualmente para abonar mi educación. Nunca vimos que dejara de pagar puntualmente sus obligaciones. Envío a sus dos hijos a colegios privados, y trabajó intensamente para brindarle a su familia el mejor nivel de vida que podía lograr, pero sin excesos materiales que consideraba innecesarios. Hay que reconocer que esto lo llevaba a veces a exagerar. Recuerdo cómo discutimos en varias oport-

tunidades porque se resistía a instalar aire acondicionado en el hogar. Lo consideraba un lujo que se podía, austeramente, evitar. Habiéndonos sus hijos ya independizado, la discusión continuaba, pero no lo instaló nunca.

“Tuvo su primer auto en la adultez. No concebía cambiarlo con regularidad: era una meta arduamente alcanzada y debía durar. Su auto era *el auto*, y era uno solo, como también el impermeable y el sobretodo. De éstos, por insistencia familiar, podía llegar a comprarse uno nuevo, pero después seguía usando el viejo. En los zapatos, sin embargo, tenía su ‘corazoncito’: había unos cuantos pares, se los confeccionaba Crisafio a medida y, como decía el profesor Burucúa, siempre se las arreglaba para lucirlos lustrados.

“Jamás supimos que tuviera deudas, y no las dejó cuando murió. A veces se adelantaba en sus pagos. Cierta vez, siendo nosotros ya profesionales, se trataba de abonar un nuevo equipo adquirido para el consultorio. Era una época de inestabilidad financiera, y una probable devaluación era un secreto a voces. Le ofreció al vendedor pagarle en dólares. Este, en un arranque de nacionalismo, sorprendentemente se negó aduciendo que estábamos en la Argentina y no tenía por qué cobrar sino en pesos. Le pagó así, y a los dos días la devaluación fue considerable.

“Cumplir compromisos contraídos fue escuela para mi hermano y yo.

“Su contracción al trabajo fue innegociable. Siempre ofreció a mi madre, a mi hermano y a mí, en nuestra infancia y adolescencia, vacaciones de verano en Mar del Plata. Pero él nunca las disfrutó con nosotros. Viajaba a vernos los fines de

semana en ómnibus. Lo tomaba el viernes por la noche y volvía a Buenos Aires en el del domingo a la tarde. En esa época eran ocho horas de viaje. Pero no le gustaba el esparcimiento que la costa atlántica podía brindarle. Cierta vez, se encontró con un colega amigo y le dijo: ‘Yo no sé... ¡Qué aburrido Mar del Plata! ¡Menos mal que encontré unos enfermos para ver!’ Recién en su ancianidad, siendo ya sus hijos adultos y a instancias de distintas administraciones que le señalaban los múltiples períodos de vacaciones acumulados, aceptó tomarse veinte días por año.

“Los domingos por la tarde, a las cinco en punto, el profesor Domingo A. Passanante de esta casa de estudios, colega y amigo de la infancia, concurría a nuestro domicilio para trabajar en textos médicos. No recuerdo realmente un solo domingo que no se haya cumplido este rito mientras su amigo estuvo en condiciones de hacerlo.

“Al volver en 1969 de un viaje de dos meses alrededor del mundo con mi madre, motivado por varias invitaciones académicas del exterior, el vuelo se atrasó y llegó tarde a Ezeiza, sobre la hora de turnos dados en su consultorio. Yo los había ido a buscar en el auto. Desde Ezeiza manejó él, llegó hasta la puerta de calle del consultorio, y se bajó a trabajar, dejándome a mí que llevara a mi madre con las valijas hasta su casa. Atendió toda la tarde, lo que en esa época significaba una quincena de enfermos. Volvió a su casa por la noche después de 15 horas de vuelo nocturno, 4 de diferencia horaria y 6 de consultorio particular.

“¿El consultorio? Toda su vida lo atendió martes, jueves y sábados por la tarde. El sábado fue siempre irrenunciable,

hasta aún después de operarse de su enfermedad. Le liberaba otros días de la semana. Volviendo de su consultorio un sábado al atardecer, se encontró con un colega, que se extrañó de que atendiera ese día: ‘Siempre es bueno terminar la semana con unos pesitos más en el bolsillo...’, le contestó.

“Evitaba el auto, manejándose en transporte público. Hasta avanzada edad, literalmente y para desesperación de mi madre, ‘corría’ a los colectivos.

“Se despertaba siempre a las cinco y media de la mañana y se sentaba a esperar el diario, si éste no había llegado, que era de lectura completa y asidua. A las siete y cuarto nos daba a conocer los golpes de estado, cambios de ministros, cierre del dólar, cotizaciones de la bolsa y obituario. Después partía para el Hospital de Clínicas. A menudo y por el deficiente funcionamiento de los ascensores del hospital, un clásico en esa institución, subía hasta el séptimo piso de su servicio por la escalera, no sin criticar a médicos más jóvenes por esperar el ascensor y llegar tarde. No dejó de hacer eso hasta su jubilación.

“La revista de sala comenzaba a las ocho de la mañana. Me consta, fui su médico residente, no sin cierta incomodidad: a veces era yo el que llegaba tarde. En su programa de residencia todos los pacientes que se internaban debían tener su ‘historia clínica’ terminada en el día, incluidos el fondo de ojo y el tacto rectal. Esta debía ser redactada y no ‘llenada’. Es decir, debía escribirse con artículos, verbos y conjunciones. No podíamos escribir ‘fosas supraclaviculares: libres’, sino ‘las fosas supraclaviculares están libres’. Era difícil que un residente de primer año se fuera a su casa antes de las nueve o diez de la noche.

“Todo el que quisiera trabajar tenía un lugar en su servicio. No quiero extenderme sobre su conducta en el plano institucional, sino sólo para decir que nunca le vimos tener actitudes discriminatorias o gratuitamente descalificadoras. Por el contrario, a veces parecía demasiado contemporizador. Varias veces recibió a ‘exiliados’ de otros servicios del hospital, aunque no siempre con buen resultado. En los ateneos anatomopatológicos, él moderaba la discusión, que se hacía libremente. Eso sí, ningún paciente fallecido en su servicio, ni siquiera médicos que trabajaban en él como ocurrió alguna vez, se salvó de la necropsia, que consideraba vital para el aprendizaje de todos. Tampoco digitaba o intervenía en las consultas que podían solicitarse de otros servicios, así se la pidieran a un residente de primer año. Para sus hijos, ésta fue una escuela de tolerancia, respeto y libertad.

“En una oportunidad, estando yo en el secundario, alumnos mayores que los de nuestra división decidieron –porque sí o quizás para contrariar a ‘los ingleses’– que ellos y nosotros debíamos hacer ‘huelga’ y no ir a clases al día siguiente, so pena de ‘manteo’. Como suele ocurrir, los más chicos les teníamos miedo a los más grandes, y muchos no fuimos. Una tía mía, de educación conservadora, manifestó al enterarse de que eso era ‘¡un acto de rebeldía increíble que merecía un castigo ejemplar!’ Lo primero que hizo mi padre cuando le expliqué fue preguntarme si con esa ‘huelga’ estábamos defendiendo alguna postura u opinión razonable...

“Los años de su decanato en la Facultad de Medicina no son de recuerdo agradable para su familia. Entendimos que el decanato formaba parte de sus aspiraciones y su interés por

la Universidad, y nos resignamos. Por la mañana se ausentaba antes que nosotros y por la noche las sesiones, virulentas en esa época, del Consejo Directivo y el Consejo Superior se prolongaban hasta la madrugada. No lo veíamos. El día de su elección se destruyó el decanato. Las tensiones eran diarias. Los anónimos telefónicos también. Una vez se presentaron en casa padrinos para retarlo a duelo. Todo culminó en la intervención del gobierno militar de 1966. No aceptó continuar su decanato, y nosotros respiramos...

“Así como era autoexigente con sus obligaciones y las de los demás, también lo era a la hora de defender derechos. Siempre lo oímos condenar y afirmar públicamente lo mal reconocido que está el trabajo del médico por las obras sociales o los servicios de salud prepagos. Lo consideraba injusto y confiscatorio. Nos consta que a sus directivos los instó en repetidas ocasiones, sin éxito, a corregir ese hecho.

“Es conocida su actitud valiente y serena ante su enfermedad mortal. Se sometió a los 89 años a una cirugía radical. Mantuvo su lucidez hasta el final. Pocos días antes de su muerte, una tarde que Juan Carlos y yo conversábamos con él sobre las personas que lo habían ido a visitar en su lecho de hospital, nos extrañamos cuando surgió el nombre de alguien de cierta notoriedad que no había ido. ‘Seguramente ya no me necesita’, contestó.

“Colegas y amigos, espero vivamente que este pequeño perfil íntimo y humano haya completado la imagen del ilustre profesor de esta casa y confío en haber sorteado con éxito los abismos de Bergman. Si no fue así, como dice el *Gianni Schicchi* de Puccini, ‘*Al meno... Datemi voi l’attenuante!*’”.

A lo dicho por mi hermano Osvaldo, yo recuerdo también otros hechos que quedaron grabados en mi memoria: sus “baños de inmersión” de los días domingo que nunca faltaron; el casi permanente uso del “moñito-corbata” que le daba un aspecto muy cálido, juvenil y elegante, y causaba –me consta– algunas delicias y comentarios en el género opuesto; sus extraordinarias condiciones histriónicas, cuando jugábamos a ‘decirlo con mímica’; las medialunas que nos compraba los fines de semana para el té de la tarde y para el desayuno en Mar del Plata; cuando agasajaba a invitados en su casa y servía el vino con una servilleta en la muñeca, diciendo “acá está el mozo de cordel”; su pasión por la economía y los negocios bursátiles (que lo llevaba todos los días a esperar el informe radial de la “cotización de cierre” a las cinco de la tarde); sus partidas de truco en Punta del Este junto a su dilecto y querido amigo Julio Pratesi... En una ocasión, con motivo de la celebración de Nochebuena, invité a un becario ecuatoriano de la cátedra de Neurología, Amable Sánchez Ceballos, a nuestro departamento de la calle Larrea. El plato: tomates rellenos. Y Fustinoni atendíendolo “a cuerpo de rey”, el mismo profesor que –diría el becario– había conocido de nombre en la Loja natal, estudiando a través de su “Semiología del Sistema Nervioso”.

Nunca lo vi en un bar. No le gustaba tomar allí el clásico café que motiva un “alto en el día” o un corto esparcimiento antes de retomar las tareas. Lo consideraba una pérdida de tiempo. Sin embargo, en sus últimos años aceptó un “cafecito” en el bar de la esquina de su domicilio cuando se reunía con uno de los decanos de la Facultad que le pedía consejos frente a la gestión.

Era celoso en el estricto cumplimiento del horario. En una oportunidad un reconocido periodista televisivo lo invitó a su programa. Al pasar veinte minutos de la cita acordada –sin que el periodista apareciera– Fustinoni se retiró ante la sorpresa del personal del canal, no habituado a ese tipo de situaciones.

La hidalguía

La hidalguía es condición innata de ciertos espíritus de selección. No representa un refinamiento. Traduce una virtud.

A lo largo del “caminar” incesante de los años, el hombre se renueva de acuerdo con las circunstancias ambientes, camino del bien o camino del mal.

Adquieren unos vasta cultura en los sosiegos fecundos, junto al libro amigo. Otros, el refinamiento exquisito del *gentleman*; aquéllos, el brochazo de la visión segura y rápida que revela al estadista; y éstos, la experiencia inteligente que con el paso del tiempo acrecienta las reservas intelectuales.

La hidalguía es, en cambio, el timbre natural que plasma una actitud generosa frente a la vida. Osvaldo Fustinoni fue un hidalgo.

Aparte de la condición esencial que privó en su temperamento, la expresión reposada y tranquila que rubricó juicios profundos sobre muy diversos temas que analizó con singular claridad y erudición fue siempre digna de admiración.

Afable y ameno, tuvo la fuerza moral de los triunfadores, que saben plantarse en la palestra de las altas luchas con una

divisa de acción, trabajo y constancia, sostenida por normas éticas inflexibles y principios rígidos e inmutables.

Así se convirtió en ejemplo, desde el mismo instante que su aptitud, versación y talento abreviaron todas las distancias, y su faena múltiple, brillante y consagratoria abrió todas las posibilidades a su noble apostolado.

Con voluntades templadas en la lucha, la clásica Atenas rompió la medida del tiempo y se proyectó a través de las edades.

Con hombres como Osvaldo Fustinoni –desinterés, ensueño, capacidad, estudio y talento– nuestra patria perdurará en la obra que alienta la inquietud de su etapa victoriosa.

Bibliografía

1. La Argentina en el siglo XX. *La Nación*, s/f.
2. Díaz de Molina A. *José Figueroa Alcorta. De la oligarquía a la democracia, 1898-1928*. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1979.
3. Valenti Ferro E. *Las Voces. Teatro Colón 1908-1982*. Ediciones de Arte Gaglianone, Buenos Aires, 1983.
4. Schoo E. La cartelera de 1909 en Buenos Aires. *La Nación*, 7 de febrero de 2009.
5. *120 años de pintura española. Muestra en conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de América 1810-1930*. Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires, 1991.

6. Albano E. Longevidad, una proyección al futuro. Entrevista al Profesor Dr. Osvaldo Fustinoni. *Geriatría Práctica* 2 (8): 21-31, 1992.
7. El Profesor Dr. Osvaldo Fustinoni cumplió su mandato como presidente de la Academia Nacional de Medicina. *Vivir en Plenitud* 40 (10): 3-12, 1996.
8. Lanari A. Premio “Maestro de la Medicina Argentina” a los doctores Osvaldo Fustinoni, José M. Mainetti y José E. Rivarola. *La Prensa Médica Argentina* 66 (edición especial): 1-19, 1979.
9. *Dr. Osvaldo Fustinoni. Antecedentes, títulos y trabajos.* Buenos Aires, 1965, 1978 y 1991.
10. Se produjo un desorden esta mañana en el Hospital de Moreno. El hecho se produjo al exigir el Comisionado Municipal la renuncia del director y dos médicos. *Noticias Gráficas*, 5 de enero de 1937.
11. Ocurrió ayer en el Hospital de Moreno un deplorable incidente. *La Nación*, 6 de enero de 1937.
12. Un consultorio médico gratuito inaugurará la Asociación El Centavo. *La Prensa*, 11 de noviembre de 1943.
13. www.marilinarebora.com.ar
14. Linares Quintana SV. Juan Carlos Rébora, Hombre de la Constitución. Anticipo de *Anales de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires*; XXIV (17), 1980.
15. Rébora M. *No me llames Poeta*, Editorial Alhora, Buenos Aires, 2001.

16. Fustinoni (h.) O. “Palabras pronunciadas en ocasión del homenaje y descubrimiento de un busto al profesor Osvaldo Fustinoni, en el Salón de Consejo de la Facultad de Medicina”, el día 28 de mayo de 2002.

CAPÍTULO 2. EL MÉDICO Y HACEDOR

Osvaldo Fustinoni se impuso como misión mejorar la calidad de la enseñanza, promover la investigación científica y difundir el conocimiento. Su actuación se ciñó a tres ideas dominantes que moldearon su personalidad médica: 1) la enseñanza de la medicina, a la cual se consagró con fervor y constituyó la razón primordial de su misión; 2) la promoción de la investigación clínica, ya que consideró siempre que la creación del conocimiento, la búsqueda de la verdad y la inquietud científica es lo que fundamenta la existencia de una cátedra; y 3) la formación de discípulos que pudieran prolongar en el tiempo el espíritu que la misión anima. Satisfizo así su vocación más íntima de universitario con la consagración total a la cátedra.

El médico

Fustinoni desarrolló una importante carrera asistencial. Fue médico, jefe de consultorios externos y jefe de clínica del Instituto de Semiología “Gregorio Aráoz Alfaro”, del que llegaría a ser subdirector y finalmente director (1956-1975). En sus primeros años fue también médico asistente de la sala XXVI del Hospital Muñiz (a cargo del profesor Raúl Vacca-rezza), donde se graduó de médico fisiólogo en 1941 con la calificación de sobresaliente.

Durante su gestión como director del Instituto de Semiología –su servicio llegó a contar con 76 camas–, los consultorios externos intensificaron sus actividades, y aparte del consultorio de medicina general se atendieron consultorios especializados de gastroenterología, cardiología, endocrinología y metabolismo, psicopatología, nefrología, neurología, reumatología, hematología, neumonología y dermatología, todos ellos a cargo de distinguidos especialistas. Al organizarse las respectivas secciones del departamento de Medicina, en su traslado a la nueva sede del Hospital Escuela “José de San Martín”, los jefes de esos consultorios fueron designados coordinadores (por concurso).

El departamento de radiología desarrolló una intensa tarea, tanto en los consultorios externos como en la atención de enfermos internados. Además de la labor de rutina, se agregaron técnicas especializadas como retroneumoperitoneo, aortografía, broncografía, electroencefalografía, etcétera. Esto, desde luego, deber ser analizado en la época y el contexto histórico en que tuvo lugar. Por otra parte, el mencionado departamento desarrolló actividades docentes y se dictaron dos clases de seminario por semana y un ateneo radiológico para alumnos.

El laboratorio de análisis clínicos, sea para análisis clínicos generales o especializados, se equipó con los elementos modernos para su adecuado funcionamiento, tanto para la atención de pacientes ambulatorios como internados. Fustino ni organizó reuniones semanales en las que –con motivo del estudio de determinado paciente– se analizaban técnicas de laboratorio, se evaluaban resultados con su valor semiológico aplicado a la clínica y se aconsejaban métodos, a la par que los

bioquímicos exponían su experiencia en materia de análisis clínicos.

Al poco tiempo de estar al frente del Instituto y de la cátedra, Fustinoni se compenetró en la necesidad de crear un departamento quirúrgico –que comenzó a funcionar en 1960–, y el motivo fundamental de su puesta en marcha se basó en lo útil que significaba para el médico clínico la observación directa de los problemas de diagnóstico que requieren la ayuda quirúrgica, la facilidad de la obtención de biopsias y la discusión con un cirujano permanente en la sala. No se trató de montar un servicio de clínica quirúrgica sino, por el contrario, de satisfacer las necesidades de la clínica en problemas de diagnóstico quirúrgico. Fustinoni consideró siempre importante la colaboración prestada en ese sentido. Años después, cuando se organizó la sección Cirugía en el (nuevo) Hospital Escuela “José de San Martín”, como una prolongación de la actividad asistencial, Fustinoni realizaba una vez por semana reuniones conjuntas con los médicos cirujanos, en las que se presentaban los enfermos pasibles de un tratamiento quirúrgico.

Organizó asimismo un laboratorio de patología en conexión con la cátedra de anatomía patológica de la facultad, que permitió el procesamiento del material de biopsias y de las piezas quirúrgicas de los pacientes del servicio. Semanalmente se realizaron lecturas de preparados de biopsia –a las que concurrían los alumnos del curso–, que sirvieron además para entrenar al personal del Instituto, incluidos los médicos residentes, con una doble finalidad diagnóstica y docente.

Debe dejarse constancia que desde que actuó al frente del Instituto de Semiología, Fustinoni procuró que en todos los

enfermos fallecidos se realizaran autopsias, y en este sentido el servicio tuvo un índice de necropsias del 95 al 97%.

Como director del Instituto de Semiología “Aróz Alfaro”, Fustinoni cumplió un papel destacado tanto docente como protector sobre sus discípulos. Permanecía hasta bien avanzada la tarde con los practicantes a los que orientaba, y su actitud para con los médicos también era paternalista. En todas las situaciones límite de sus médicos él estaba presente. En una oportunidad salió con premura junto a sus colaboradores, a los que se les había comunicado la gravedad del estado de un joven médico de la cátedra, que había sufrido un cuadro sincopal a causa de una sobremedicación con broncodilatadores. Fustinoni no mandaba a los demás, concurría él. También sabía poner límites, como cuando uno de sus médicos internó a un paciente con enfermedad de Paget para efectuarle una aplicación de *mitromicina*, droga oncológica de reciente uso en esa época. Consideró que era de riesgo para el paciente y se debía desistir del intento. Marcaba los límites que aconsejaba la ética y el sentido común.

Fue amado por todos sus enfermos por su “pasta” de clínico infalible y, más aún, por su enorme calidad humana. Siempre tuvo la capacidad de ver más allá de lo que los demás veían, probablemente a causa de una sólida formación médica que no descuidaba en ningún momento. En el diagnóstico sabía separar lo importante de lo que no lo era, y además poseía la sagacidad de saber cuándo el paciente debía ser internado o remitido a la consulta con otro especialista.

Era amigo de todos los pacientes, pero no el médico que palmeaba la espalda del enfermo sin solucionarle su problema.

Siempre trató de que el estado de salud y la calidad de vida de sus pacientes fueran los mejores.

Dice Miguel Falasco: “Su larga existencia estuvo dirigida permanentemente, sin claudicación alguna, a hacer el bien a sus pacientes, sin discriminación de clase social, política o religiosa. Cumplió a rajatabla principios éticos y reglas morales. Su meta no fue el poder. Su honradez y su pureza se lo impedían. Interpretó cabalmente los principios hipocráticos del conocimiento científico dirigido a la protección de los demás. Su comportamiento no fue diferente del de Ambroise Paré, el padre de la cirugía moderna, cuando Enrique II, rey de Francia, lo consultó como médico y le recomendó que tuviera en cuenta que era el rey y lo asistiera mejor que a sus pacientes. ‘No puedo, Su Majestad’, contestó Paré, ‘ya que a ellos también los atiendo como a reyes’. Así era Fustinoni. Toda su actividad la desplegó con amor a los demás, hacia sus enfermos, colegas o discípulos”.

El docente

Fustinoni siguió todos los pasos de la carrera docente hasta culminar en 1975 como profesor titular emérito de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

Desde 1932 –año de su graduación– colaboró en la enseñanza de la semiología en la cátedra de los profesores Pedro Cossio y Tiburcio Padilla, donde dictó trabajos prácticos en calidad de encargado de los distintos seminarios (respiratorio, sistema nervioso, circulatorio y digestivo). Fue ayudante de cátedra, jefe de trabajos prácticos, docente libre, profesor ad-

junto en 1947, y profesor titular de Semiología y Clínica Propedéutica (posteriormente “Medicina”) entre 1956 y 1975.

En efecto, entre los años 1957 y 1960 Fustinoni dictó Semiología y Clínica Propedéutica, y desde 1961 a 1975, Medicina, que no sólo abarcaba semiología, sino también clínica y tratamiento.

Desde el primer momento de su acceso a la cátedra tuvo la convicción de que era necesaria una modificación del plan de estudios que racionalizara la enseñanza, disminuyera el número de alumnos y le diera un contenido eminentemente práctico, como quedó consignado en su clase inaugural. Por otra parte, pensó asimismo reemplazar la enseñanza en gran parte magistral por una enseñanza objetiva.

El plan denominado Unidad Docente Hospitalaria fue –además de novedoso– muy importante; mientras que en los primeros tres años el curso de Fustinoni contó con 225, 213 y 298 alumnos, respectivamente, desde 1961 –primer año de la aplicación del nuevo plan– el número de alumnos se redujo a 128 –que continuaron en la cátedra durante los años 1962 y 1963–, y a 191 en el año 1964, que lo hicieron durante los dos años siguientes. Esto significó un adelanto positivo en la enseñanza, a pesar de que a partir de 1970 –con el aumento de alumnos y el hecho de tener que actuar primero con dos y luego con tres unidades simultáneamente por disposición de la Facultad– se vio afectado el espíritu del plan primitivo y el contacto privilegiado entre el docente y el alumno.

Desde el comienzo de su labor como profesor titular, Fustinoni dispuso intensificar la enseñanza por métodos audiovisua-

les, y logró gracias a diversas colaboraciones proyectar todas las semanas películas científicas de alto valor pedagógico.

El sistema de unidades hospitalarias permitió intensificar la enseñanza desde el punto de vista práctico. De las veinte comisiones de trabajos prácticos formadas –con menor cantidad de alumnos–, trabajaban diariamente diez en la sala y diez en los laboratorios. La enseñanza abarcaba toda la mañana y se repartía así: clases que se dictaban de 8 a 9, trabajos prácticos de 9 a 10.30, y nuevamente ejercicios, de 10.30 a 12. Fustinoni controlaba en forma personal la labor de los alumnos, a quienes se les exigió, por otra parte, la concurrencia –durante el primer año de Unidad Hospitalaria– de 183 mañanas, 20 pruebas de laboratorio y 3 exámenes de práctica clínica.

Dado que semiología (primer año de Medicina) constituía una disciplina única durante todo el año –a diferencia de lo que es hoy en día con semiología semestral y materias superpuestas–, Fustinoni aprovechó algunas tardes para completar la enseñanza y la formación de sus alumnos, y con ese propósito se efectuaban en la cátedra trabajos prácticos de auscultación cardíaca los días jueves de 16.30 a 18, y dos trabajos prácticos con un aparato de auscultación simultáneo, uno sobre interpretación de electrocardiografía y vectocardiografía –los lunes, miércoles y viernes–, y otro sobre interpretación radiográfica, los martes y jueves.

En el segundo y tercer año de unidad docente (1962-1963) estos mismos alumnos también tuvieron una enseñanza intensiva desde el punto de vista práctico. Todas las mañanas de 8 a 9 se les dictaba una clase en la que se trataba un tema de patología médica; a las 9.15 concurrían a la sala y debían

confeccionar la historia clínica completa (realizada conjuntamente por dos alumnos) de un paciente por semana, en la cual se debía consignar el examen clínico, el diagnóstico, el diagnóstico diferencial y el tratamiento. El paciente así estudiado debía ser presentado al jefe de trabajos prácticos con quien se analizaba la historia y finalmente la calificaba.

A las 10.30 los alumnos debían concurrir: los días lunes a la proyección del cine científico; los martes al ateneo anatomopatológico que se realizaba en la sala; los jueves a las mesas redondas y conferencias; los viernes a los ateneos radiológicos, y los días miércoles y sábados lo hacían en grupo a los laboratorios que ellos mismos habían elegido, donde se les impartía una enseñanza teorico-práctica relativa a cateterismo cardíaco, medio interno, electrocardiograma y sangre.

La aprobación de estos trabajos prácticos se completaba con la redacción de una monografía, ya fuera sobre un tema pedido por los alumnos o indicado por el jefe de trabajos prácticos. Las monografías eran calificadas por tres docentes: el jefe de trabajos prácticos, un profesor adjunto y el propio Fustinoni.

Entre 1957 y 1965 Fustinoni dictó 477 clases de un total de 1917 (casi el 25%), se realizaron 1619 trabajos prácticos y 247 ateneos anatomopatológicos. Entre 1966 y 1975, Fustinoni dictó 433 clases. Con posterioridad siguió dictando clases como profesor titular emérito, aunque de manera más esporádica.

Como ya se dijo antes, se le asignó un gran valor docente a la realización de ateneos anatomopatológicos, correspondientes a todos los enfermos fallecidos en el Instituto, donde nunca se dejó de practicar la necropsia.

La presentación de los ateneos anatomopatológicos estaba siempre a cargo de los médicos residentes. Los estudiantes intervenían con sus preguntas y sus dudas, y aprendían acerca de las dificultades que para los médicos de experiencia significaban los diagnósticos observando sus errores, oyendo sus comentarios y escuchando sus razonamientos. Esto contribuyó mucho a la formación médica de los alumnos, que aprendieron a ratificar y rectificar el diagnóstico clínico con el anatomopatológico, y con la garantía que significaba la presencia autorizada de los profesores titulares de las materias respectivas.

Con el mismo fin didáctico se llevaron a cabo reuniones clínicas y radiológicas, y de la discusión libre –en la que los estudiantes participaban en forma activa y entusiasta– se obtuvo un enorme beneficio.

Paralelamente se desarrollaron durante todos esos años, los días jueves a las 10.30 (como ya fue consignado), conferencias o mesas redondas –alternativamente a cargo de los médicos del Instituto o de algún invitado– que tenían por objeto poner al día un tema determinado, o bien explicar algún aspecto motivado de investigación personal o de trabajos especializados.

Ese era el Instituto que dirigió Osvaldo Fustinoni y esa era su modalidad de trabajo. Su personalidad se caracterizó por la laboriosidad extrema, la modestia, la generosidad sin par, la prodigalidad, la dedicación ejemplar a la cátedra y a su organización, la vocación por servir a las instituciones (como veremos luego) y el estricto respeto a los principios éticos de la medicina hipocrática. Su cátedra fue la cátedra modelo.

¿Cómo era Fustinoni como profesor? Era un eximio pedagogo que sabía enseñar. Sus gestos eran sobrios y adecuados.

Lo ayudaba una voz agradable y suave como sus sentimientos. Jamás sus oyentes caían en el sueño o en el aburrimiento. Hablaba con claridad meridiana y manejaba la lengua cervantina con majestuosidad, para lo cual utilizaba el término castellano preciso. Era un gran orador. Daba habitualmente las clases de auscultación respiratoria, semiología del sistema nervioso y nefrología. Fue muy querido por sus alumnos. Utilizaba la persuasión, nunca se enojaba ni trasuntó fastidio frente al error.

Dice Jorge Fellner: “Fuimos muchos los que tuvimos la fortuna de beneficiarnos con su vida prolongada y su notable actividad universitaria e intelectual. Toda su existencia giró en torno del quehacer médico y universitario, sin descanso y hasta sus últimos días. Dejó tras de sí una infatigable actividad médica, docente y académica que iluminó la cátedra y los claustros durante muchos años. Tuve la suerte de pertenecer al Instituto de Semiología del Hospital de Clínicas que con acierto, tacto y disciplina Fustinoni heredó de sus mayores y lo acrecentó notablemente en todas sus riquezas intelectuales y científicas. Supo dirigir y organizar sin erigirse en la figura fundamental, sin hacer notar su presencia, como si todo fluyera espontáneamente por un viento de suerte favorable. Nunca levantó la voz ni apeló al lenguaje procaz para mostrar su enojo y tampoco perdió la calma, aun en los momentos más difíciles de su existencia. Todo debía resolverse armónicamente dentro de los principios filosóficos fundamentales de la verdad, la bondad y la belleza, y ese convencimiento profundo lo mantuvo siempre sereno, pero implacable en sus decisiones. En su vida demostró una falta completa de egoísmo.

Nunca pidió ni usufructuó de ninguna situación de privilegio personal. Dio a la Universidad de Buenos Aires sus mejores esfuerzos y sus definiciones clarificadoras en los momentos fundamentales, sin esperar nunca reconocimiento alguno por ello. En las circunstancias mundanas en que la posibilidad de contar con ventajas personales puede torcer hasta las mejores intenciones, su actitud de renuncia fue firme. Su espíritu va a rondar la Facultad de Medicina para siempre y su recuerdo permanecerá en nosotros eternamente”.

Recuerda Alfredo Buzzi: “Sus clases se destacaban por la claridad, orden y riqueza del contenido. Eran clases inolvidables, en las que mi admiración oscilaba entre el brillo de su elocuencia y la profundidad de su erudición. Al acceder Fustinoni a la cátedra, entre mis funciones como asistente de trabajos prácticos estaba la de acompañarlo a las clases teóricas que dictaba por las mañanas, dos veces por semana. Durante el recorrido que hacía desde su despacho hasta el aula disfrutaba de sus eruditas disquisiciones sobre diversos aspectos de la situación cultural, social y política de ese momento. Cuando se daba la posibilidad de realizar una demostración práctica durante la clase, como la medida directa de la presión venosa o el examen de la circulación arterial con el oscilómetro de Pachon, el profesor Fustinoni hacía el honor de cederme la palabra para explicar las bases y la técnica del procedimiento. Constituyó también un privilegio poder asistir a las conferencias prácticas que dictaba por la tarde, en las cuales llevaba un paciente al aula, del que explicaba detalladamente el origen y mecanismo de sus signos y síntomas, para terminar elaborando el diagnóstico del síndrome que padecía”. Acota Buzzi que

“entre otras relevantes dotes intelectuales, Osvaldo Fustinoni poseía una memoria prodigiosa, y en alguna ocasión le oímos recitar, en una cena de camaradería, la sucesión de los reyes de Roma, como si los hubiera estudiado el día anterior”.

Es que Fustinoni iba en sus clases prácticas del “análisis” previo a la “síntesis” del síndrome final, ya que ésta no existe sin la ayuda de aquél. La mayoría de los errores de la síntesis tiene su origen en una visión parcial de los síntomas recogidos, de su falta de coordinación, de la interpretación predominante de unos sobre otros, sin establecer la jerarquía que corresponde. La semiología elemental debe guiar al médico para evitar los espejismos de las falsas rutas y llegar a la alta cumbre del diagnóstico certero. Se ha dicho muchas veces que el verdadero espíritu analítico no prescinde de la síntesis, así como el verdadero espíritu sintético tampoco desdeña el análisis. El ideal es unir el conocimiento minucioso de los hechos con la amplia visión de todos. Así enseñaba Osvaldo Fustinoni.

Desde su acceso al Instituto, Fustinoni se preocupó especialmente en organizar cursos para graduados, que al mismo tiempo que contribuyeron al perfeccionamiento docente del personal de la cátedra, actualizaron conocimientos dirigidos a los jóvenes médicos. Entre los años 1957 y 1965 se llevaron a cabo 51 cursos para graduados. Dos de ellos adquirieron enorme trascendencia, no sólo por su jerarquía, sino también por lo que significaron como intercambio científico y cultural. Uno sobre “Nefropatías” (1960), dictado por Jean Hamburger (profesor titular de la cátedra de Enfermedades Metabólicas de la Universidad de París) con la colaboración de Henri Du-

crot (jefe de laboratorio del Centro de Investigaciones para Enfermedades Renales de la Asociación Claude Bernard) y Hyacinthe de Montera (encargada del laboratorio de anatomía patológica de la cátedra de Enfermedades Metabólicas de la Facultad de Medicina de París). Este curso –que consistió en diez lecciones teóricas, dos mesas redondas y diez demostraciones prácticas, para lo cual dispuso de películas científicas, microfotografías y presentación de aparatos– fue el germen de la creación de la Sociedad Argentina de Nefrología (el 23 de agosto de 1960) de la que Fustinoni fue miembro fundador y su primer presidente. El otro estuvo a cargo de Jean Lenègre (profesor titular de la cátedra de Cardiología de la Universidad de París) en colaboración con Jean Himbert (profesor agregado de la Universidad de París), versó sobre “Temas de Cardiología” (17 clases, 1962), se desarrolló intensivamente mañana y tarde durante quince días, y consistió en clases, mesas redondas y demostraciones prácticas de alto nivel científico.

A su vez, con todo el personal del Instituto, Fustinoni dictó cursos de perfeccionamiento en diversas ciudades del interior (Junín, Ushuaia, Mendoza, Puerto Belgrano, Santa Fe, Mar del Plata, Río Santiago, Tandil, Salta, Posadas, San Nicolás, Bariloche, Jujuy, La Rioja, etc.) y conferencias en el extranjero: Porto Alegre (Brasil), Caracas, Madrid, Lima, Milán y Tel-Aviv. En Porto Alegre (1960, 1961, 1967) participó –entre otras– con las conferencias: “Las uremias reversibles”, “Las denominadas nefritis intersticiales”, “La insuficiencia renal crónica a la luz de los nuevos conocimientos” y “El uso del riñón artificial en la insuficiencia renal aguda y crónica. Sus limitaciones y contraindicaciones”, y fue distinguido con el

título de Miembro da Honra de la Universidad de Porto Alegre. En Caracas (1963) lo hizo con las conferencias: “Nuevos aportes sobre la insuficiencia renal aguda y crónica”, “La educación médica y la enseñanza de la medicina en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires”, “Las cardiopatías coronarias y la hipertensión arterial en la senectud” (en la Academia Nacional de Medicina de Caracas), “Probabilidad de curación de la nefrosis lipoídica en el niño y en el adulto” y “Medio interno y riñón en geriatría”, y fue designado Huésped de Honor de la Universidad Central de Venezuela. En Madrid dictó cinco conferencias con motivo de la “Semana de la Medicina Argentina” (3 al 8 de mayo de 1965): “La fiebre hemorrágica argentina”, “La insuficiencia renal crónica y su tratamiento”, “Casos insólitos de insuficiencia renal aguda (en aortografía y la intoxicación por tetracloruro de carbono), “16 casos de pericarditis crónica constrictiva estudiados y operados en el Instituto de Semiología” y “La enseñanza de la medicina en la Facultad de Medicina de Buenos Aires”, mesa redonda en el paraninfo central de la Facultad de Medicina de Madrid. En Milán, invitado por la “Fundación Carlo Erba”, pronunció la conferencia: “Diálisis en la insuficiencia renal crónica” (17 de abril de 1969), que se continuó con una mesa redonda, presidida por los profesores Luigi Gallone (Universidad de Milán) y Sergio Giovannetti (Universidad de Pisa), con la participación de reconocidos nefrólogos italianos: Vittorio Bonomini y Aldo Martelli (Bologna); Piero Confortini (Verona); Giuseppe D’Amico, Giuseppe Sorgato, Mariano Della Grazia y Claudio Ponticelli (Milán); Luigi Migone y Vincenzo Ferioli (Parma), y Guido Vallarino (Génova).

La formación del personal docente constituyó para Fustinoni una gran preocupación. Cumplió con una de las funciones fundamentales de un profesor, la de contribuir a la formación de quien pueda reemplazarlo en el futuro y mejorar si cabe las condiciones docentes. Contó desde que estuvo al frente de la cátedra con la valiosa colaboración de una pléyade de distinguidos profesores adjuntos que años después alcanzarían el grado de profesores titulares y –en una verdadera obra de prolongación del Instituto– adaptarían los sistemas, programas y características de la cátedra: Enrique Fongi, José E. Burucúa, Victor R. Miatello, Julio A. Berreta, Héctor Mosso, Héctor A. Ruggiero, David Gotlieb, Rubén G. Lancestremère, Alfredo Buzzi y Luis D. Suárez.

Fustinoni mantuvo y promovió el sistema de residencias médicas, establecido en el mismo Instituto de Semiología por Tiburcio Padilla en el año 1946 por primera vez en el país. Fomentó asimismo la concurrencia de médicos al Instituto con el fin de perfeccionar sus conocimientos (el tiempo de permanencia varió entre tres meses y un año, y algunos de ellos rotaron por distintos servicios de la cátedra). Además concurrieron en calidad de libres asistentes un contingente de médicos jóvenes que seguía la actividad del Instituto con verdadero y particular interés. Diariamente con los residentes y concurrentes, Fustinoni pasaba revista a todos los enfermos internados, y tres veces por semana, en horario vespertino, se hacían sesiones de discusión (clínicas, radiográficas y ateneos bibliográficos) para estudiar a los pacientes de sala. Los ateneos bibliográficos buscaban orientar y familiarizar al médico con la producción médica internacional. De la reversibilidad

de conocimientos se extraían conductas terapéuticas que luego eran analizadas en los “ateneos de alta” que semanalmente se realizaban. A las labores comunes de los residentes se agregó como obligación la presentación de los casos en los ateneos anatomopatológicos, y el día anterior Fustinoni estudiaba con sus médicos el caso que se iba a presentar y quedaba sentado el diagnóstico en coincidencia o disidencia. Por otra parte, los residentes debían presentar en el curso del año un trabajo de monografía acerca de un tema analizado en mutua elección.

Una de sus motivaciones principales fue propender a que los jóvenes médicos del Instituto pudieran gozar de becas que perfeccionaran sus conocimientos. Estas becas fueron orientadas en el sentido de cultivar disciplinas que luego tuvieran aplicación y desarrollo en el propio Instituto, tanto para las becas internas como para las externas. Debido a ellas Fustinoni impulsó en la cátedra estudios originales y trabajos de investigación clínica, y despertó inquietudes y vocaciones.

Lograron becas en el exterior: Rubén G. Lancestremère, David Gotlieb, Carlos Vaamonde, Eduardo L. Gravano, Alfredo J. Burlando, Enrique Sciandro, Adolfo M. de Elizalde, Ignacio de Larrechea, Carlos A. Barros, José Emilio Burucúa, Raul Houssay, Jorge P. Fellner, Hugo Morosi, Tomás Gutiérrez, René Vidal, Juan Andersson y Jorge I. Presser.

Los becarios internos fueron: Tomás Gutiérrez, Carlos Vaamonde, Beatriz Carbajal, Emilio Freixas, Jorge I. Presser y Elena Galdo.

En ocasión de recibir el Premio “Maestro de la Medicina Argentina” José E. Burucúa expresó lo siguiente: “Al profesor Fustinoni le he pedido que me entregue el premio como tam-

bién le pedí que me presentara el día de mi clase inaugural. Él ha sido para mí profesor, consejero y amigo. Fue él quien me impulsó a presentarme para ganar una beca en Francia, de la que mucho provecho obtuve, y fue él quien me entusiasmó para ejercer la profesión en mi consultorio. Si la beca contribuyó a formarme como médico, la decisión de atender en público me permitió realizarme como persona. Por ambos consejos reciba usted, profesor Fustinoni, la seguridad de todo mi agradecimiento. Si pensamos que la inteligencia es expresión de una actividad cerebral integrada, Osvaldo Fustinoni es el ejemplo más conspicuo que conozco”.

Fustinoni –a lo largo de su vida médica– dirigió e inspiró las tesis doctorales de los siguientes médicos: “La pleuresía hemorrágica. Contribución a su estudio” de José Skibinsky (1942); “Pericarditis hemorrágica” de Albino M. A. Perosio (1952); “Interpretación vectorial del electrocardiograma. Desviaciones torácicas bipolares y su contribución a la electrocardiografía espacial” de Alberto A. Bibiloni (1955); “Angiosis cerebral. Sobre el problema de las así llamadas tromboangeítis obliterantes de los vasos cerebrales” de José Brandt (1955); “Pleuresías fibrinosas primitivas” de José A. Cornejo (1956); y “El tratamiento quirúrgico de la hipertensión arterial” de Héctor A. Ruggiero (1974).

Fustinoni entendió que la cátedra necesitaba –como herramienta fundamental– la organización de una biblioteca que posibilitara el conocimiento de la bibliografía relativa a los trabajos en ejecución, o la referente a las distintas disciplinas o especialidades del Instituto. De tal manera, desde el primer momento se abocó a su formación y llegó a contar con

2611 volúmenes y una importante colección de revistas. La concreción de la biblioteca fue una de las grandes satisfacciones que Fustinoni tuvo como profesor. Debe consignarse la importancia de las donaciones a aquélla por parte de familiares de cuatro miembros del Instituto fallecidos: los doctores Rodolfo Dassen, Samuel Gitlin, Gerónimo H. Alvarez y Hugo Boverini.

Desde el primer momento Fustinoni se consagró a mejorar el equipamiento de la cátedra para lo cual obtuvo la ayuda de la Universidad, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, y la cooperadora del Hospital de Clínicas. El Departamento Gráfico –donde la labor docente requería el auxilio permanente de láminas, gráficos y demás elementos didácticos, reemplazados hoy en día por el “power point”– también fue eficazmente remozado.

Prestigiosas figuras de la medicina mundial visitaron la cátedra durante los años en que Fustinoni ejerció su dirección. Algunas disertaron en el Instituto y prestigiaron su tribuna. Fustinoni jamás dudó de que de la reversibilidad de conocimientos y del contacto personal –allende las fronteras– se obtienen los beneficios que brinda la universalidad de la cultura.

La nómina de los visitantes del Instituto de Semiología con las respectivas conferencias dictadas (años 1957 a 1965) fue la siguiente:

Año 1957:

Profesor Dr. David Adlersberg. “Hiperlipemias esenciales”, en el mes de julio.

Profesor Dr. Aldo Luisada. “Importancia de la fonocardiografía en el diagnóstico de las enfermedades cardíacas”, en el mes de septiembre.

Año 1959:

Profesor Dr. Alvaro Barcellos Ferreira. Profesor de la Universidad de Porto Alegre, Brasil. “Modificación hemodinámica de los vicios valvulares”, 3 de junio.

Profesor Dr. Ricardo Katz. Escuela de Medicina, Chile. “Tratamiento de la cirrosis hepática con drogas inhibidoras de la aldosterona”, 7 de agosto.

Profesor Dr. Seymour Grey. “Serotonina y síndrome carcinoide”, 8 de noviembre.

Año 1960:

Dr. Andrés Cornejo. Ciudad de Salta. “Enfermedad de Chagas-Mazza”, 24 de mayo.

Dr. Joao Tranchesí. Hospital de Clínicas de San Pablo, Brasil. “El vectocardiograma y el electrocardiograma en las hipertrofias ventriculares derechas de las cardiopatías congénitas”, 11 de julio.

Dr. Franchi Padé. República Oriental del Uruguay. “Multi-instantánea funcional del riñón (una prueba simple, completa y segura de función renal)”, 1º de agosto.

Dr. Agustín Chaves Zamora. México. “Morfología y cinética del tejido miocárdico en cultivo de tejidos” y “Enfermedad del colágeno”, 30 de agosto.

Profesor Dr. Agustín Pedro-Pons. España. “Enfermedad de Sheeban”, 12 de septiembre.

Año 1961:

Profesor Dr. Israel Harold. Profesor de la Universidad de Filadelfia. “Sarcoidosis”, 14 de abril.

Profesor Dr. Alvaro Barcellos Ferreira. Profesor de la Universidad de Porto Alegre, Brasil. “Consideraciones generales sobre disturbios del ritmo cardíaco”, 25 de abril, y “Shock”, 16 de octubre.

Profesor Dr. Pedro Laín Entralgo. Profesor de Historia de la Medicina de la Universidad de Madrid. “El signo físico y el síntoma a la luz de la historia”, 31 de agosto.

Año 1962:

Profesor Dr. Paul Ghaliounghi. Profesor Titular de la Universidad de El Cairo. “Punción biopsia en el diagnóstico de las enfermedades del riñón”, 10 de agosto.

Profesores Dres. Jean Lenègre y Jean Himbert. Profesores de la Universidad de París. Curso sobre “Temas de Cardiología”, 3 al 18 de septiembre.

Profesor Dr. Ulises Lemos Torres. Profesor de la Universidad de San Pablo, Brasil. “Avances en el conocimiento del síndrome de hipertensión portal”, 2 de octubre.

Profesor Dr. Mario Degni. Profesor de la Universidad de San Pablo, Brasil. “La operación de Lemos Torres-Degni en

el diagnóstico y tratamiento de la hipertensión portal”, 2 de octubre.

Profesor Dr. Alvaro Barcellos Ferreira. Profesor de la Universidad de Porto Alegre, Brasil. “Neumopericardio y diagnóstico”, 3 de noviembre.

Año 1963:

Profesor Dr. Alvaro De Scoville. Profesor Titular de la Universidad de Katanga, África. “Esplenoportografía trans-parietal”, 22 de agosto.

Profesor Dr. Alvaro Barcellos Ferreira. Profesor de la Universidad de Porto Alegre, Brasil. “Insuficiencia cardíaca”, 9 de octubre.

Profesor Dr. M. Beltrán Báguena. Profesor Titular de Clínica Médica y Geriatría de la Universidad de Valencia, España. “Volúmenes funcionales de la adaptación cardíaca”, 4 de noviembre.

Doctores Droight E. Haken, Richard Garlin, Arthur Grishman, Louis Bishop y Patrick A. Ongley. Bajo el patrocinio del “American College of Cardiology”. Curso sobre “Cardiopatías Congénitas”, 4 de noviembre.

Profesor Dr. Adrián C. Lacroix. Profesor Titular de la cátedra de Enfermedades Infecciosas de la Universidad de Argel y Lyon. “Mixedema”, 12 de diciembre.

Año 1964:

Profesor Dr. M. Beltrán Báguena. Profesor Titular de Clínica Médica y Geriátrica de la Universidad de Valencia, España. “Volúmenes funcionales de la adaptación cardíaca”, 21 de abril.

Profesor Dr. Pedro Laín Entralgo. Profesor de Historia de la Medicina de la Universidad de Madrid. “Antropología de la exploración manual”, 3 de septiembre.

Profesor Dr. Jean Crosnier. Profesor Titular de la cátedra de Enfermedades Metabólicas de la Universidad de París. “Estado actual del trasplante de riñón en la escuela francesa”, 4 de octubre.

Profesor Dr. Joao Tranchesi. Profesor del Hospital de Clínicas de San Pablo, Brasil. “Avances en el diagnóstico electrocardiográfico del infarto de miocardio”, 20 de octubre.

Profesor Dr. Carlos Jiménez Díaz. Profesor Titular de la Universidad de Madrid. “Linfadenopatías poco conocidas”, 6 de noviembre.

Profesor Dr. Paul Milliez. Profesor Titular de la Universidad de París. “Hipertensión arterial nefrógena”, 15 de noviembre.

Profesor Dr. Gilbert Lagrue. Profesor Titular de la Universidad de París. “Quimioterapia en el síndrome nefrótico”, 29 de noviembre.

Año 1965:

Profesor Dr. André de Vries. Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Tel-Aviv y Profesor de Patología Médica. “Los nuevos conocimientos sobre litiasis urinaria”, 29 de julio.

Profesor Dr. Gerard Richet. Profesor de la Universidad de París. “El riñón en la gota”, 30 de julio.

Profesor Dr. Vicente Pozuelo Escudero. Profesor de Patología Médica de la Universidad de Madrid. “El Hospital de hoy”, 5 de agosto.

Profesor Dr. Oliver Wrong. Profesor de la Universidad de Londres. “Movimiento de los electrólitos en el colon humano”, 19 de agosto.

Profesores Dres. H. Sarles y C. Houton. Profesores Titulares de la Universidad de Lyon. “Exploración funcional del páncreas por sondeo duodenal”, 23 de agosto.

Doctor Donald Ostrow. Western Research University. Ohio, Cleveland, EE.UU. “El metabolismo de la bilirrubina normal y patológica”, 15 de septiembre.

Profesor Dr. José María Segovia de Arana. Profesor y director de la Clínica de Puerta de Hierro, Madrid. “La organización de un moderno servicio hospitalario”, 8 de noviembre.

En una obra de prolongación de la cátedra –verdadera caja de resonancia de la educación médica–, Fustinoni presidió el 42º Congreso de la Pan American Medical Association (P.A.M.A.) que se reunió en Buenos Aires –del 26 al 30 de no-

viembre de 1967— y agotó la temática de la patología médica, a través de la organización de medio centenar de especialidades. Se analizaron en esa reunión todas las ramas del conocimiento médico, a través de la autorizada opinión de dos mil participantes. Entre los asistentes figuraron las más caracterizadas personalidades médicas del mundo, como el caso del profesor Willem J. Kolff —de la Universidad de Utah—, inventor del riñón artificial.

Hubo tres temas centrales: trasplante renal; aspectos modernos de la ultraestructura y la función de la célula; y hemorragias agudas esofágicas y gastroduodenales. En forma paralela y simultánea sesionaron las 50 secciones de especialidades, tanto médicas como farmacéuticas y odontológicas. De tal suerte que ningún punto de tan dilatado campo de observación quedó sin ser valorado. Tampoco escaparon a esta visualización excepcional temas de rigurosa vigencia, como la medicina espacial, la militar y la social. Todo ello se enfocó con mesas redondas, debates, temas libres y ponencias especiales. Médicos argentinos en número cercano a 1400, de Estados Unidos (400) y el resto de diversos países, Japón inclusive, prestigiaron con su saber esta asamblea.

La medicina argentina concurrió no únicamente a aprender, sino que, en paridad de potencial de experiencia, se apresó a demostrar su alto grado de perfeccionamiento.

Queremos mencionar un episodio que enaltece a Osvaldo Fustinoni y no hace más que corroborar su trayectoria intachable. Como presidente de la P.A.M.A. recibió una subvención del gobierno del Dr. Arturo U. Illia para la realización del mencionado Congreso. Como éste arrojó un superávit y el

dinero no fue utilizado, el Comité Ejecutivo, a instancias de Fustinoni, lo devolvió en su totalidad. Volveremos sobre este punto en el capítulo siguiente.

Por último, debemos recordar que Fustinoni presidió la Sociedad de Medicina Interna (1957), la Sociedad Argentina de Nefrología (de la cual fue miembro fundador y su primer presidente, 1960), la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriatria en tres ocasiones (1955, 1973 y 1987) y el II Congreso Argentino de Gerontología y Geriatria (del 9 al 14 de septiembre de 1979).

El investigador

Fustinoni realizó su tesis de doctorado en el Instituto de Fisiología que dirigía Bernardo A. Houssay. La tesis versó sobre la insuficiencia adrenal experimental en el sapo suprarrenoprivo. Concluyó que la destrucción de las glándulas suprarrenales produce fatalmente la muerte del sapo como consecuencia de trastornos generales de todas las funciones del organismo. Los más importantes fueron los del sistema nervioso central, del sistema circulatorio, y del equilibrio mineral (potasio y sodio) entre la sangre y los tejidos. Los trastornos del metabolismo hidrocarbonado parecieron ser secundarios, ya que no fueron constantes y podían faltar en animales con astenia y alteraciones avanzadas.

Fustinoni publicó varios trabajos sobre su tesis en revistas importantes del extranjero como *Endocrinology* y *Comptes Rendues de la Societé de Biologie de Paris*, que demuestran el valor que Houssay dio a esas investigaciones. Así recordó Fustinoni la figura de Bernardo A. Houssay, en ocasión de

asumir la presidencia de la Academia Nacional de Medicina, el 28 de abril de 1994:

“No se ha borrado de mi mente la primera entrevista con Houssay, cuando a poco de graduarme me acerqué a su laboratorio para solicitarle realizar mi tesis en su Instituto. Me preguntó: ¿Usted quiere trabajar o cumplir con el reglamento? Opté por la primera variante y ello significó tres años de trabajo. Sufrí muchas desazones, el fracaso de muchas experiencias entristeció mi espíritu, pero aprendí cuánto se debe a la tenacidad y el estudio.

“Entre tantas enseñanzas aprendí sobre todo a valorar el trabajo científico. Me dirigió con talento, dedicación y aptitud excepcionales. Durante los tres años que pasé a su lado trabajando con mi tesis, pude valorar lo que significaba para la ciencia don Bernardo Houssay. Su Instituto fue el emporio que nutrió a nuestra ciencia médica de brillo y de figuras que fueron señeras en el campo de la investigación básica y clínica. Compartía allí la labor de mi tesis de doctorado con personalidades que acompañaban a Houssay en la labor del Instituto: Braun Menéndez, Leloir, Foglia, Lanari, Taquini, Stoppani, Orías, Lewis, Cicardo, y los que formaban su cuerpo permanente: Laclau, Deulofeu, Mazzoco, Rietti.

“Recuerdo aún con nostalgia aquellas tardes cuando haciendo un paréntesis en la tarea, nos reuníamos a conversar sobre nuestras investigaciones y trabajos. Allí Houssay nos formulaba indicaciones, suministraba bibliografía y corregía nuestras conclusiones. Estaba al tanto de lo que cada uno de nosotros elaboraba. Nada de lo que pasaba en el Instituto le

era ajeno. Para cada persona tenía una palabra, una indicación, y como lector apasionado que era, conocía hasta el último detalle de lo que cada uno hacía y todo pasaba por el tamiz de su inteligencia”.

Terminada la tesis y aprobada en 1938, Fustinoni dejó la fisiología para retomar plenamente el camino de la clínica. Su experiencia con Houssay fue un buen ejemplo de la vocación científica y la voluntad de perfeccionamiento de muchos médicos jóvenes, que en aquella época concurrían gratuitamente al Instituto de Fisiología para realizar su tesis o trabajos de adscripción a la carrera docente.

En el Hospital de Clínicas, como director del Instituto de Semiología “Aráoz Alfaro”, Fustinoni emprendió una labor de investigación clínica centrada fundamentalmente en los estudios de patología renal y cardíaca, como ya era tradición en esa cátedra.

Una de sus primeras preocupaciones fue dotar al Instituto de los elementos necesarios para una adecuada labor de investigación clínica, entrenar al personal y fomentar un espíritu de investigación armónico. Todo esto lo había aprendido muy bien bajo la experta tutela de Houssay. El equipamiento del Laboratorio de Medio Interno y Riñón Artificial fue el punto de partida para iniciar las investigaciones clínicas: muchos recuerdan a Jorge Fellner tratando de poner a punto un gran tambor –que llamaba la atención por el tamaño y la tecnología– destinado a la hemodiálisis y que había llegado al Instituto. En ese sentido, la labor del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Universidad de Buenos Aires y la

denominada Comisión Ley 11.333 fue ímproba. Recibió además la cátedra numerosas donaciones particulares.

Fustinoni se rodeó de médicos jóvenes, y con la eficaz colaboración de Víctor Miatello organizó un grupo de trabajo. Consiguió que quienes llevaban a cabo estas investigaciones –Rubén G. Lancestremère, Carlos Vaamonde, Hugo Morosi, David Gotlieb, Jorge Fellner y Emilio Freixas– gozaran de becas de perfeccionamiento en aquellos centros que marchaban tradicionalmente a la cabeza: Estados Unidos, Francia e Inglaterra. La Universidad de Buenos Aires otorgó también becas internas a muchos graduados para desarrollar sus investigaciones.

El Instituto de Semiología trabajó por esos años en los siguientes temas de investigación:

1. La función renal en la enfermedad de Chagas-Mazza.
2. El manejo del sodio por los enfermos de mixedema.
3. El papel de la hormona antidiurética en la insuficiencia cardíaca congestiva.
4. La acción de la co-carboxilasa sobre la función renal de los cirróticos.
5. Mecanismo de acción de la 2-4-7-triamino-6-fenilteridina (triamtiren) sobre la filtración glomerular.
6. La excreción de beta-glucuronidasa en la insuficiencia renal aguda.

Esta labor de investigación se proyectó a la parte docente, ya que su personal colaboró en casi todos los cursos que sobre

patología renal se dictaron en el país: lugar de coincidencia a cuantos demostraban interés por estas investigaciones, en respuesta al elevado espíritu creativo demostrado por Fustinoni como precursor de la nefrología en la Argentina.

Entre los años 1957 y 1966, el Instituto publicó 47 trabajos de investigación en nefrología, algunos de ellos en reconocidas publicaciones extranjeras como: *Nephrology*, *New England Journal of Medicine*, *Journal of Clinical Investigation*, *J. Lab. Clin. Med.*, y *Archives of Internal Medicine*. En cinco de esos trabajos participó Fustinoni, lo cual demuestra que por más que fuera el director del Instituto jamás firmó trabajos en los que no intervenía.

También se puso al día el laboratorio y los elementos destinados a posibilitar una adecuada investigación cardiológica. Las investigaciones en este aspecto se centraron al principio en las cardiopatías congénitas, y se estudió el haz de His y sus ramas en condiciones normales y patológicas, tanto en enfermedades cardíacas como generales. Con la supervisión del profesor Armando Parodi, se investigó la influencia de la enfermedad de Chagas-Mazza sobre el aparato cardíaco y su sistema de conducción. En el período 1956-1973 el Instituto publicó 101 trabajos de cardiología y otros referidos a casuística. Fustinoni firmó once de ellos, nueve como autor principal.

Bajo la dirección de Ignacio de Larrechea, se emprendieron asimismo varios trabajos de investigación en gastroenterología. En endocrinología se trabajó en el dosaje de las catecolaminas y la hipertensión arterial y en estudios sobre la función de la corteza suprarrenal.

Por esos años Fustinoni emprendió una línea de trabajo referida a coagulación y tromboelastografía, en íntima colaboración con la sección Hematología del Instituto.

Despertó asimismo en el vasto sector médico la idea de la importancia que tiene la patología geriátrica en la clínica médica general y la necesidad de consagrar especial atención a sus problemas. Respecto de este tema, dictó cursos para graduados y conferencias a lo ancho y a lo largo del país, publicó trabajos y presentó un proyecto al Honorable Consejo Directivo de la Facultad de creación de la cátedra de gerontología y geriatría.

Igualmente preocupó a Fustinoni la necesidad de la enseñanza de la psicología médica. Hizo dictar cursos sobre esta materia a los cuales los alumnos podían concurrir libremente. Todos esos años impartió nociones de psicología médica. Estimó tan necesarios esos estudios dentro de la formación médica, que presentó a las autoridades de entonces un proyecto de creación de esa cátedra. Considerado por la Comisión de Enseñanza de la Facultad, fue despachado favorablemente y sancionado por su Honorable Consejo Directivo. La cátedra de psicología médica fue una realidad. Fustinoni vio colmadas sus expectativas.

Otra idea que ocupó la mente de Fustinoni fue la referida a los estudios históricos de la medicina. En colaboración, publicó los siguientes trabajos:

Curas milagrosas en el primer período argentino. *La Nación*, 16 de junio de 1963.

Un antecedente médico bibliográfico en el Río de la Plata. *La Nación*, 1º de diciembre de 1963.

Un edificio y su espíritu. La primera ubicación de la Facultad de Medicina de Buenos Aires. *La Nación*, 9 de febrero de 1964.

Magia y luto entre los indios mocovíes. *La Nación*, 24 de abril de 1964.

De la Medicina a la economía. El Hospital de Clínicas y la Escuela Práctica de Medicina. *La Nación*, 10 de mayo de 1964.

Seis insignias para un símbolo. El edificio de la Facultad de Ciencias Médicas. *La Nación*, 29 de noviembre de 1964.

El Hospital que el país espera. El Hospital Escuela José de San Martín. *La Nación*, 25 de julio de 1965.

La segunda fundación de la Facultad de Medicina. *La Nación*, 1967.

Los médicos en las letras argentinas. Lo tétrico. *La Prensa*, 30 de marzo de 1969.

Los médicos en las letras argentinas. Gregorio Aráoz Alfaro. *La Prensa*, 15 de junio de 1969.

Los médicos en las letras argentinas. Pedro Mallo y Eliseo Cantón. *La Prensa*, 7 de diciembre de 1969.

Los médicos en las letras argentinas. Lo social: Manuel T. Podestá. *La Prensa*, 26 de julio de 1970.

Los médicos en las letras argentinas. Lo social: Francisco A. Sicardi. *La Prensa*, 18 de julio de 1971.

Eduardo Wilde y Guillermo Rawson. Los estadistas y el conventillo. *La Prensa*, 23 de enero de 1972.

Los médicos en las letras argentinas: el teatro. *La Prensa*, 29 de octubre de 1972.

Los médicos en las letras argentinas. De Gonzalo Bosch a Susini. *La Prensa*, 10 de marzo de 1974.

Sus diez trabajos más importantes

Fustinoni dejó constancia en el currículo personal (Antecedentes, títulos y trabajos) del año 1966 que sus diez trabajos más importantes hasta esa fecha eran los siguientes:

1. El soplo sistólico del segundo y tercer espacio intercostal izquierdo en el hipertiroidismo. (En colaboración con Pedro Cossio y Enrique B. del Castillo.) *La Semana Médica*, 42: 149, 1935.
2. Motricidad y absorción digestivas en las insuficiencias hipofisaria y suprarrenal del sapo. (En colaboración con Bernardo A. Houssay y Virgilio G. Foglia.) *C. Rendu Soc. Biol.*, Paris, 1937; 126: 627.
3. Insuficiencia suprarrenal. Estudio experimental. Tesis de Doctorado, 1938, N° 4980. *Revista Sudamericana de Endocrinología, Inmunología y Quimioterapia*, 21; págs. 255, 395, 473 y 561.
4. Diagnóstico de la sífilis cardioaórtica. (En colaboración con Pedro Cossio.) Trabajo presentado en las Jornadas Médicas de la República Oriental del Uruguay, 24 de enero de 1938. *El Día Medico*, 10: 18, 1938.
5. *La resistencia a la anoxemia de animales suprarrenoprivos e hipofisoprivos*. Trabajo correspondiente al primer

- año de adscripción, realizado en el Instituto de Fisiología. Biblioteca de la Facultad de Ciencias Médicas, 1940.
6. Intestinal absorption of sugar in the toad with hypophyseal or adrenal insufficiency. *Endocrinology*, 1941; 28, N° 6: 915.
 7. *Valor semiológico de la reacción de Takata-Jetzler*. Trabajo correspondiente al segundo año de adscripción. Biblioteca de la Facultad de Ciencias Médicas, 1942.
 8. Angina de pecho y hernia diafragmática. (En colaboración con Pedro Cossio.) *Revista Argentina de Cardiología*, 9: 217, 1943.
 9. *Semiología del sistema nervioso*. (En colaboración con Rodolfo Dassen.) Biblioteca de Semiología. Un tomo de 502 páginas y 237 figuras. Editorial El Ateneo, Buenos Aires. Este texto –el libro editado (en plaza) más antiguo de la medicina argentina– tiene 74 años de vida, período durante el cual se han hecho 14 ediciones (1936, 1939, 1941, 1943, 1949, 1953, 1959, 1972, 1974, 1978, 1987, 1991, 1997, 2006) y 10 reimpressiones (1946, 1947, 1951, 1955, 1957, 1965, 1976, 1981, 1983 y 1985).
 10. *Auscultación del pulmón. Estudio fononeumográfico*. Un tomo de 126 páginas. Editorial López y Etchegoyen, Buenos Aires, 1952. En este trabajo de investigación clínica, Fustinoni –ya con veinte años dedicados al estudio y a la enseñanza de la semiología– emprendió la interesante tarea de registrar y comparar los hallazgos clínicos y radiológicos de las enfermedades pulmonares con los obtenidos mediante la inscripción gráfica de los ruidos respiratorios valiéndose de un aparato Cambridge modelo

“Simpli Troll” (fononeumogramas). Lo movió el objeto de justipreciar con un método más preciso el valor de la auscultación, para esbozar finalmente una clasificación simplificada, más lógica y fácil de aprender y transmitir (las conclusiones de este trabajo se analizan en el capítulo referido a “El publicista”). Demostró que algunas lesiones evidentes desde el punto de vista radiológico y clínico no se ponen de manifiesto por signo físico alguno, y que determinados signos tenidos como “patognomónicos” (de la neumonía, de la pleuresía, etc.) no son patrimonio de tal o cual enfermedad, sino la manifestación de cambios estructurales del parénquima pulmonar.

Deben destacarse asimismo las siguientes publicaciones: “Enfisema pulmonar y su repercusión cardíaca”, *Monografías Médicas Argentinas*, 12 (II), 1946 (trabajo que consta de 44 páginas) y “Cirrosis biliar xantomatosa” (en colaboración con Enrique G. Fongi y Pedro C. Rospide), *Revista de la Asociación Médica Argentina*, 1954; 779-780: 404, que obtuvo una mención especial de la Sociedad de Medicina Interna, el 14 de mayo de 1954.

Es preciso consignar por otra parte que en 1980 publicó una obra fundamental: su libro *La Tercera Edad* (se continuó luego con *Gerontología y Geriatría*, en 1986), que en sus respectivos capítulos analiza las edades de la vida; la vejez en la historia, en el orden físico y biológico, en el orden espiritual y social; la vejez desde el punto de vista económico y filosófico; el pasado, el presente y el futuro en la vejez; la prolongación de la vida y el rejuvenecimiento; la preparación para la vejez;

las enfermedades y las causas del envejecimiento; la prevención y el tratamiento de la senectud y de sus enfermedades; la vejez y la seguridad social; el derecho y la vejez; y la problemática de la vejez en nuestro país. El término “tercera edad” responde a la necesidad de encuadrar causas y efectos naturales por definición, y el primero en adoptarlo entre nosotros fue precisamente Fustinoni para despertar la “conciencia geriátrica” en la Argentina.

Se debe comentar finalmente que en el curso de los años 1967-1974 se adjudicaron seis premios a trabajos desarrollados en el Instituto de Semiología que dirigió Osvaldo Fustinoni.

El hacedor

La decisión de dotar a Buenos Aires de un hospital “modelo” y de una moderna Facultad de Medicina data del año 1908, cuando el Congreso de la Nación sancionó la ley que disponía la construcción de la policlínica “José de San Martín”, creaba los recursos y los destinaba a la citada edificación. Pero la vida de esta ley conoció múltiples zozobras que culminaron con su derogación.

En 1925 fue reproducido el proyecto en la Cámara de Diputados, pero sólo un año después el Senado incluyó en la ley general de presupuesto una disposición que pasó luego a formar parte de la ley 11.333 y decía así: “Destínanse las tres manzanas rodeadas por las calles Charcas, Azcuénaga, Córdoba, Uruburu, Paraguay y Junín, a cuyo efecto se proseguirán las expropiaciones ordenadas por la ley 6026 –la que había sido derogada–, a la construcción de los Institutos que requieran la enseñanza de la Escuela de Medicina y Odontología.

“La expropiación, construcción y habilitación de los nuevos locales, a medida que sean liberados al servicio, se harán con imputaciones a los recursos creados por la ley 6026 y al efecto serán depositados en cuenta especial en el Banco de la Nación Argentina”.

Esto fue aprobado el 18 de agosto de 1926. Se reglamentó entonces la ley y se creó una comisión que debía ocuparse de la realización del proyecto.

Un azar adverso quiso que, ante la presentación de un nuevo proyecto que cambiaba de lugar el hospital escuela, la obra se relegara hasta el 2 de octubre de 1936, en que por decreto del presidente Agustín P. Justo se reactualizó la vapuleada iniciativa. Continuaron luego las vicisitudes hasta que por fin el 7 de mayo de 1939 se iniciaron las obras que culminan con la inauguración de la Facultad de Medicina actual en 1942.

Es evidente que el espíritu de la ley 6026 cambió fundamentalmente desde que fue modificada por la ley 11.333. La primera preveía la construcción de una policlínica, pero la segunda habla de los “Institutos que se refieren a la enseñanza de la Escuela de Medicina y Odontología”.

Desde entonces varias fueron las personas que integraron la comisión encargada de organizar y fiscalizar la labor, y en algunos momentos el organismo pasó a depender del Ministerio de Obras Públicas, pero en 1957 se recuperó el control universitario con la creación de una comisión integrada por los decanos de las tres facultades y por tres profesores, presidida por el rector de la Universidad.

Se inició desde entonces una vigorosa acción, debida a la labor de las distintas comisiones que se fueron sucediendo:

la construcción de la Facultad de Medicina, Odontología, Farmacia y Bioquímica, el Instituto de Anatomía Patológica, la 3ª cátedra de Clínica Médica (hoy asiento de la Escuela de Salud Pública), los Institutos de Maternidad y Neurocirugía, y el Hospital Escuela “José de San Martín”.

Fustinoni fue un hacedor de instituciones. Como vocal de la Comisión Ley 11.333 –art. 6–, desde el 21 de mayo de 1958, y posteriormente como presidente, designación que le fue conferida el 14 de junio de 1965, tuvo a su cargo el emprendimiento de la provisión de equipos para el funcionamiento del nuevo Hospital Escuela “José de San Martín”, mediante un préstamo otorgado por el Banco Interamericano de Desarrollo. Junto a los demás miembros de la comisión (entre ellos los profesores Carlos E. Ottolenghi y Andres O. M. Stoppani), adaptó la estructura del edificio a las actuales necesidades de una facultad moderna y funcional, integrada con la recién creada Facultad de Farmacia y Bioquímica, que aportó su competencia en el análisis clínico.

Consideró de vital importancia para la docencia y la asistencia que el nuevo nosocomio debía ofrecer el desarrollo del siguiente plan de cinco puntos principales que fundamentara el perfecto accionar del Hospital Escuela:

1. Autofinanciación del Hospital Escuela.
2. Horario extenso de atención médica en los consultorios externos.
3. Estudios preventivos individuales.
4. Residencia hospitalaria.
5. Investigación científica.

Autofinanciación: “Es indudable que la marcha de un establecimiento de esta magnitud, con los requerimientos de las técnicas modernas de investigación clínica, obligan a erogaciones amplias, muchas veces imprevistas, que no se pueden sufragar con los escasos recursos de que dispone la Universidad. Por otra parte, no se puede prescindir de aparatos quirúrgicos o reactivos químicos, por poner un ejemplo, que son importantes no solamente en la investigación sino en la práctica diaria de la medicina.

“El Hospital Escuela deberá movilizar los recursos necesarios para librar a la Universidad de la carga que su costoso mantenimiento significa”.

Atención integral en el sentido horario: “El Hospital debe funcionar durante toda la jornada. Se hace una necesidad que no interrumpa por la tarde la atención médica en los consultorios externos.

“Esto demandará contar con personal médico durante la tarde y, como la función primordial para la que fue creado el Hospital Escuela es la docencia, qué mejor que sea el personal docente el que permanezca la mayor parte del día en él y pueda dictar las clases prácticas para los alumnos incluso de tarde.

“Para esta dedicación exclusiva o semiexclusiva, aún reducida, se deberá elevar el concepto de pago por prestación de servicio, como es lógico.

“Quizá este tipo de horario y las comodidades que el enfermo halle en la internación hagan desaparecer la diferencia de apreciación entre el sanatorio y el hospital, diferencia que, por cierto, no siempre se justifica”.

Estudios mínimos preventivos: “El Hospital Escuela deberá practicar todos los exámenes radiológicos, de laboratorio, clínicos y electrocardiográficos que soliciten aquellas personas, aparentemente sanas, que deseen un estudio preventivo.

“De estos estudios y de todos los que se practiquen en el Hospital Escuela deberá llevarse una estadística perfecta que compita con la de los países de avanzada”.

Residencia hospitalaria: “La medicina es una ciencia eminentemente práctica y tanto es así que se la considera un arte. De ahí el valor de la residencia hospitalaria, sistema ya largo tiempo ensayado en nuestro país y definitivamente impuesto en las salas-cátedra de nuestra Facultad.

“Este diario convivir con el enfermo, la urgencia y el dolor permite al joven médico adquirir una experiencia que —dirigidas y canalizadas sus fuerzas— no desperdicia afanes y progresa con creciente facilidad”.

Investigación científica: “Una parte de este enorme edificio estará destinada a la investigación médica. Qué podemos decir de ella que no lo expresen las modernas conquistas y adelantos de la ciencia. Trasplantes de riñón humano, estudios genéticos, aplicaciones de isótopos radiactivos, implantación de marcapasos cardíacos, no son sino una pequeña muestra de los hallazgos prodigiosos.

“Nuestros investigadores deberán encontrar en el nuevo Hospital el ambiente acogedor (reconocimiento espiritual y material) que evite su emigración hacia otros horizontes. De ahí que el Hospital Escuela ‘José de San Martín’ deberá posibilitar todos los desvelos de la juventud estudiosa del país”.

Se insiste una vez más: sobre esos puntos fundamentales se podía lograr un perfecto accionar del Hospital Escuela. Este plan cayó en saco roto por la agonía política que sumió posteriormente a nuestro país. El fracaso de las instituciones no se condijo con lo que fue la vida y el accionar de Fustinoni, pleno de realizaciones, emprendimiento y optimismo. Un hecho previo constituyó el principio de la decadencia: la derogación de la ley 11.333 y por ende la supresión de los ingresos que por esa ley provenían de la Lotería Nacional (el 5% de impuesto sobre la venta de billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia y Casinos de la Nación).

Referente a su labor en la Comisión Ley 11.333, junto a sus otros miembros (Carlos E. Ottolenghi y Andrés O. M. Stoppani), en una carta enviada al matutino “La Nación”, el 19 de agosto de 1970, Fustinoni expresó lo siguiente:

“En 1958, presididos por el entonces rector de la Universidad, profesor Risieri Frondizi, nos abocamos a la ímproba tarea con real entusiasmo, porque estábamos seguros de que podíamos realizar una obra útil para nuestra Facultad. Fue así como citamos a cada uno de los profesores titulares de las materias clínicas que debían instalarse en el nuevo Hospital y les impusimos de las ideas renovadoras de la Comisión.

“Proyectamos 800 camas de internación y 24 quirófanos, un servicio central de cuidados postoperatorios y terapia intensiva. Unificamos los consultorios externos y los dotamos de los elementos necesarios para cada especialidad, pero eliminando todo lo que fuera común. Creamos el Laboratorio General y el Archivo Central, unificando el sistema de fichas

e historias clínicas. Destinamos toda un ala del edificio, sobre la calle Azcuénaga, a la instalación en cada piso de servicios especiales de investigación, como: investigaciones cardiológicas, nefrológicas, hematológicas, gastroenterológicas, medicina nuclear, etcétera.

“Se consideró muy especialmente la departamentalización, en particular en Medicina Interna y Cirugía, para reunir en los departamentos respectivos las diferentes cátedras, con el objeto que cada una de ellas dispusiera de los elementos necesarios para la investigación, enseñanza y asistencia.

“En 1966, cuando todo este programa estaba ya en gran parte realizado, al cambiarse el gobierno presentamos la renuncia a la Comisión, que en ese momento uno de nosotros presidía, al entonces secretario de Educación de la Nación.

“Debemos dejar constancia que durante el período en que formamos parte de la Comisión se iniciaron las gestiones tendientes a obtener un préstamo del BID, destinado al equipamiento del Hospital, por la suma de 3.800.000 dólares, cuya aprobación se obtuvo durante nuestro mandato, quedando sólo los trámites finales de la firma de los convenios respectivos, que se realizó a continuación del término de nuestras funciones.

“Cuando finalizamos nuestras tareas ya funcionaban en el Hospital Escuela el Departamento de Radiología, el Servicio de Medicina Nuclear; estaban instalados y funcionaban los consultorios de otorrinolaringología y oftalmología; estaban habilitados la dirección del Hospital, la administración, el lavadero, el depósito central, la ropería y la oficina de correos.

“El hecho de ser el ente constructor de carácter estatal fue quizá la causa de la tardanza en la edificación de la gigantesca obra.

“Comprendemos cuántos son los problemas de toda índole que se presentan para entregar al servicio público una obra de tal magnitud, pero deseábamos dejar constancia de la labor que realizamos, juntamente con otros muy estimables colegas que no ahorraron tiempo ni esfuerzo en pro del objetivo final: la terminación del edificio del Hospital Escuela José de San Martín”.

La labor de Fustinoni en la Facultad de Medicina fue beneficiosa. Integró el Consejo Académico durante el período 1958-1962 y fue delegado al Honorable Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires. Fue uno de los propulsores de la reforma de la enseñanza y –como ya se hizo mención– de la creación de las unidades docentes hospitalarias, y promovió además la dedicación exclusiva a la enseñanza y la investigación. Fue uno de los artífices de la actual estructura académica de la Universidad de Buenos Aires y de su Facultad de Medicina. Su contribución debe ser juzgada en el contexto histórico que le tocó actuar. Los organizadores de la nueva Universidad se habían formado en la década de 1930. Habían percibido las ventajas pero también los defectos de una institución conducida por personajes de alto perfil político, imbuidos de personalismos, que a veces postergaban legítimas aspiraciones de valiosos candidatos al profesorado. Ello tuvo sin duda influencia decisiva para promover un estatuto universitario en el que la autoridad se distribuía en diferentes niveles

de la comunidad académica, con mayor participación de los estudiantes y, valga la novedad, de los “graduados”. Fustinoni y los que pensaban como él nunca dudaron de la razonabilidad de su proyecto, y ante falencias que se manifestarían con el correr de los años, la adhesión de Fustinoni a los principios que habían guiado su gestión permanecieron incommovibles.

El 15 de noviembre de 1962 Osvaldo Fustinoni fue elegido decano. Dice Julio H. G. Olivera, rector de la Universidad de Buenos Aires en el período 1962-1965, que “fueron años de intensa actividad. La Facultad de Medicina, bajo la experta y calificada conducción del Dr. Fustinoni, hizo significativos progresos tanto en los aspectos docentes como en los científicos: provisión de cátedras mediante concursos públicos de antecedentes y oposición; creación de nuevas cátedras, cursos y carreras; incorporación de docentes con dedicación exclusiva; visitas de eminentes profesores extranjeros; adquisición de equipos técnicos para la investigación experimental y la atención de pacientes; promoción de residencias médicas; becas para estudiantes y graduados; reorganización y ordenamiento administrativo”.

El 2 de agosto de 1966, ante la intervención de la Universidad, renunció al decanato, por considerar que era incompatible con el avasallamiento de la autonomía universitaria.

La intervención de 1966 inició un largo período de perturbación institucional, que afectaría profundamente a la Universidad y sólo terminaría en 1983. Durante ese período Fustinoni se mantuvo alejado del gobierno universitario, lo cual le impidió tener acceso a las más altas jerarquías de la Universidad y la administración nacional, funciones a las que

era “candidato obligado”, por su capacidad profesional y los principios rectores que siempre inspiraron su conducta. Ni las dictaduras podían acallar su reputación: cuando en 1969 renunció el Dr. Raúl A. Devoto, dos eran los nombres que con mayor insistencia circulaban en torno de la provisión del rectorado de la Universidad de Buenos Aires: Antonio Pires, ex decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria y ex vicerrector de la Universidad de Buenos Aires, cuando desempeñaba el rectorado el ingeniero Hilario Fernández Long, y, “el otro candidato que, según las versiones cuenta con mayores posibilidades”, Osvaldo Fustinoni. Hasta se difamó el nombre de Fustinoni, a pesar de que todos los cargos que ocupó en su vida fueron por elección o por concurso. Jamás aceptaría ese cargo en nombre de un gobierno de facto. Así lo haría saber en una carta enviada a la redacción de la revista “Análisis”:

“Señor Director: En el número 436 de la revista de su digna dirección, en el artículo titulado ‘Universidad’, se menciona mi nombre en el subtítulo sobre autocandidatos a rectores de la Universidad. Como la noticia implica una falsa información, me dirijo a usted a objeto de la correspondiente rectificación por lesionar mi particular modo de ser. En la mencionada noticia se dice ‘que habría incluso llegado a pedir audiencia al general Onganía para ofrecer sus servicios en el rectorado’. Esto es absolutamente falso, y aunque redactado en forma condicional, implica un criterio peyorativo que no puedo ni voy a tolerar, ya que ni he pedido audiencia ni he ofrecido mis servicios en el rectorado.

“Nunca he solicitado a lo largo de mi vida cargo alguno y todos los que he ocupado han sido por concurso o elección.

“Mal podría, por lo tanto, adoptar situaciones como las mencionadas en su digna dirección”.

Palabras de Fustinoni que constituyen una suficiente aclaración que quedó hecha con la correspondiente publicación de su carta.

El 22 de septiembre de 1972 fue designado director académico del Hospital Escuela “José de San Martín”. En su corto mandato –renunció en mayo de 1973 con la nueva intervención a la Universidad– trató de crear un departamento de imágenes destinado a mejorar la calidad de la enseñanza médica, con la centralización de la iconografía correspondiente que tendiera a facilitar la actividad docente. Posteriormente sería nombrado presidente del Comité de Ética del Hospital (1990), designado por el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina.

Su labor de hacedor también quedó grabada a fuego como presidente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (1989-1993) y como presidente de la Academia Nacional de Medicina (1994-1996), labor que se trata en otros capítulos.

Síntesis final

En conclusión podemos afirmar que Fustinoni cumplió con las obligaciones que su tarea mereció. Impulsó la enseñanza. Mantuvo el espíritu de trabajo de sus colaboradores. Contribuyó a la formación del personal docente y aumentó el

número de profesores del Instituto. Mejoró la labor asistencial. Promovió la investigación. Otorgó becas internas y externas. Orientó las investigaciones en el sector de la patología renal y la cardiología especialmente. Despertó inquietudes hacia la geriatría, la psicología médica (a su iniciativa se debe la creación de la mencionada cátedra) y los estudios históricos de la medicina. Fue un hacedor en el ejercicio de los altos y honrosos cargos que le fueron conferidos. Era puntilloso hasta el extremo en el manejo de los fondos públicos.

Cuando es reconocido que la mayoría de los protagonistas se acerca a los centros de decisión y de gobierno de las instituciones en una búsqueda incesante de beneficios personales o sectoriales, la postura que Osvaldo Fustinoni adquirió a lo largo de su vida toma una trascendencia de ejemplo para recordar e imitar. Su vida personal, sin riquezas materiales y con los mínimos reconocimientos académicos innegables para su estatura, constituye la mejor garantía del pasaje prístino de su existencia.

Bibliografía

1. *Dr. Osvaldo Fustinoni. Antecedentes, títulos y trabajos.* Buenos Aires, 1965, 1978 y 1991.
2. *Informe sobre la actuación como profesor ordinario titular del Dr. Osvaldo Fustinoni, años 1957-1966 y años 1967-1974.*
3. En memoria del académico titular y ex presidente Dr. Osvaldo Fustinoni. Separata de *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires*, Buenos Aires, 2000.

4. Las designaciones de profesores en la Universidad de Buenos Aires. *La Nación*, 16 de diciembre de 1956.
5. Fustinoni O. Conferencia inaugural del curso de 1957, en el Instituto de Semiología “Profesor Gregorio Aráoz Alfaro”. *La Prensa Médica Argentina* 9 (XLIV): 664-671, 1957.
6. Realizó ayer su primera reunión ordinaria la Sociedad Argentina de Nefrología. *La Prensa*, 25 de noviembre de 1960.
7. Visita del profesor Jean Lenègre. *El Día Médico*, Buenos Aires, 27 de septiembre de 1962.
8. Efectuaráse el 42º Congreso Aniversario de la Asociación Médica Panamericana. *La Prensa*, 17 de noviembre de 1967.
9. Inaugúrase el 26 el Congreso de la Asociación Médica Panamericana. *Clarín*, 16 de noviembre de 1967.
10. Reunión de Médicos Americanos. *La Prensa*, secciones ilustradas de los domingos, 10 de diciembre de 1967.
11. Trasplante de riñón. Una lucha con la naturaleza. *Análisis*, año VII, Nº 330, págs. 66-67, 10 de julio de 1967.
12. Fellner JP. Recordando al Dr. Fustinoni. *Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires*, Vol. X, Nº 37: pág. 12, septiembre de 2000.
13. Buzzi A. Profesor Dr. Osvaldo Fustinoni. *La Prensa Médica Argentina* 87: 419-421, 2000.
14. Loudet O. *Filosofía y Medicina*. Emecé Editores, Buenos Aires, 1977.

15. Fustinoni O. *Insuficiencia suprarrenal. Estudio experimental*. Establecimiento tipográfico de A. Guidi Buffarini, 1938; N° 3980.
16. Palabras del señor presidente entrante, Dr. Osvaldo Fustinoni. *Boletín de la Academia Nacional de Medicina*; 1994 (1er. semestre), Vol. 72.
17. Fustinoni O., Pérgola F. Algunos aspectos de la Facultad de Medicina de Buenos Aires y el Hospital Escuela José de San Martín, *Gaceta Sanitaria*, año XXI, N° 3/4, mayo-agosto 1966.
18. El Hospital Escuela Gral. San Martín. *La Nación*, 19 de agosto de 1970.
19. Vicisitudes en las obras de la Facultad de Medicina. *La Prensa*, 23 de septiembre de 1971.
20. En torno de los posibles rectores de la Universidad. *La Nación*, 8 de julio de 1969.
21. Cartas al Director. Rector. *Análisis*, año IX, N° 437, pág. 82, 4 de agosto de 1969.

CAPÍTULO 3. EL PENSADOR

Los hombres públicos están expuestos, hoy más que nunca, a la opinión de la sociedad entera. Los medios radiofónicos y televisivos de comunicación los someten permanentemente a indagaciones, que si bien en la mayoría de los casos avanzan sobre temas fútiles, en algunas oportunidades pueden profundizarse y tener valor testimonial que apunten a los conceptos sobre la vida en todos sus aspectos. Osvaldo Fustinoni, por profesión y por temperamento, siempre sorprendió con respuestas adecuadas que tendieron no sólo a informar, sino también a formar conciencias. Hecho semántico el del correcto uso de la palabra, aparentemente insignificante, pero que tiene un valor excepcional. En la axiología está en las antípodas de la expresión vacua, carente de contenido, tan frecuente en los medios políticos (recordemos a Robert Louis Stevenson, quien decía que “la política es quizá la única profesión para la que no se considera necesaria ninguna preparación”). Como desde joven ocupó cargos relevantes, fue frecuentemente requerido para reportajes, entrevistas, notas...

Abordó de este modo los temas más disímiles: la vejez, el aborto, el antisemitismo y, sobre todo, los relacionados con la educación universitaria y el quehacer médico en general. Su continuo contacto con hombres de ideas —él era uno de ellos— lo fue forjando tempranamente como una personalidad interesada en los problemas antropológicos de la medicina y

los filosóficos de su historia. Lector incansable, la solidez de sus conceptos se fraguó en esas dos vertientes.

El saber

Basó toda su labor intelectual en la disciplina y el esfuerzo. Me consta que, en los días que podía dejar de atender las múltiples obligaciones de la profesión, trabajaba –sin prisa pero sin pausa– en la pila de libros, folletos y revistas que había recibido a fin de seleccionar y atesorar en su memoria lo útil y desechar aquello que, por su escaso aporte, significaba una pérdida de su precioso tiempo. Sabía desbrozar la maleza, virtud importante que muchos logran recién cuando han transcurrido largos años de profesión. Los que tuvieron el privilegio de acompañarlo en su sala del Hospital de Clínicas comprendieron cómo sistematizaba el trabajo, de manera de asistir a ateneos clínicos y anatomopatológicos, reuniones bibliográficas y conferencias, que en forma habitual y semanal ocupaban el tiempo. En las conferencias daba a sus discípulos la posibilidad de intervenir activamente con el objeto de que se perfeccionaran. Su espíritu democrático no generaba más obligaciones que las morales.

En 1963 definió con claridad su pensamiento acerca del saber y así lo expresó dirigiéndose a sus pares, los profesores de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, cuando él era decano:

“Cuando los profesores creen que nada tienen por aprender, las instituciones se paralizan (...) Esta verdad meridiana

no solamente puede aplicarse a la ciencia de curar, que cada día encuentra nuevos métodos y específicos más eficaces para combatir las dolencias del hombre; halla su aplicación en cuantas actividades pueda dedicarse la inteligencia humana y es, aparte de prudente, sabia y justa, el único camino por el cual se llega a toda forma de superación. No es un delito ignorar, pero sí una reprochable inadvertencia conformarse con lo aprendido, sólo porque se da en creerlo insuperable. Cada vez que el hombre ha querido poner al conocimiento la valla del 'non plus ultra' del helénico de los doce trabajos ha surgido una nueva conquista para derribarla. Y es que el mejor saber, por lo menos el más elevado, no es tanto el que se encuentra en los textos y se da por insuperable e insuperado. El saber que ha de buscarse afanosamente es el de la propia experiencia en las materias que se tratan y el cotejo con quienes comparten esa vocación en el ejercicio de la propia (...) Así todo profesional que desee dar un paso más de los rutinarios a que se halla sometido debe frecuentar las fuentes que procuren nuevos aportes a sus conquistas, que nunca serán tantas que no puedan merecer el plus de otra más interesante expansión”.

No se interprete que Fustinoni priorizaba el saber enciclopédico o la práctica, cada una de ellas en forma exclusiva. Lector infatigable, como hemos señalado, tenía adquirida la práctica de quien trabaja diariamente con el enfermo y, además, su eclecticismo le hacía dar gran valor a los adelantos tecnológicos. En su cátedra se instaló uno de los primeros aparatos para hemodiálisis que le permitía prolongar la vida a

los enfermos terminales. En cierta ocasión expresó: *“La medicina ha avanzado considerablemente en los últimos años. Esto es un hecho. Y es indudable también que una gran parte de ese progreso se debe a la tecnología desarrollada en el plano de los equipos, los instrumentos quirúrgicos, la electrónica. Nosotros, los médicos, no podemos permanecer ajenos a esta realidad, y menos aún en oposición a ella. Yo no estoy de acuerdo con algunos colegas que sostienen que ‘la clínica desaparece al automatizarse la medicina’. A mí me parece que lo que hay que procurar es la conjunción armónica del médico y los medios. La tecnología es positiva en la medida en que contribuye al progreso médico en su totalidad. Pero eso sí, ha de ser utilizada siempre en función de servicio. Yo en este sentido creo que el médico clínico tiene que tamizar todos los progresos y utilizarlos con sabiduría y prudencia, en el momento oportuno. Y temo que los docentes que enseñan medicina puedan caer a veces en el error de querer dar la última pauta, en el convencimiento de que así enseñan más. Lo que hay que enseñar, a mi juicio, es a discriminar, entre todo ese cúmulo de progresos técnicos, aquello que es realmente útil a la medicina y para un determinado enfermo, esto tanto en lo que atañe a la clínica médica como a la quirúrgica”*.

La problemática universitaria

Fustinoni, a través de su actuación en la Comisión Ley 11.333 –art. 6–, de la cual fue también presidente, puso en marcha el funcionamiento del Hospital de Clínicas “José de San Martín”, y –junto con los miembros que la constituían– se ocupó de su equipamiento. Como lo dejó escrito, bregó incan-

sablemente en favor de la autofinanciación del establecimiento y el régimen de residencias médicas, y por algo que todavía no se pudo concretar en su totalidad: la asistencia vespertina de los consultorios externos. No resulta una novedad que, sin descuidar sus innumerables pacientes, dividió su tiempo entre el Hospital y la Facultad.

En sendos editoriales de la Revista “Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires”, entidad que presidió durante casi una década (1991-2000), dejó plasmada su posición frente a los problemas de la Facultad, como el de los profesores con tiempo incompleto, la gran cantidad de alumnos y la escasez de material didáctico (involucraba también al humano), capaces de otorgar una formación integral. Es más: desde el primer número de la revista fue el autor de sus editoriales. Todos ellos contuvieron siempre acertadas opiniones sobre el ejercicio profesional, la medicina como ciencia y como arte, y la educación médica como instrumento formativo, y todos, de forma siempre elevada, aportaron propuestas actualizadas plenas de coraje universitario, puestas al servicio del auténtico progreso.

Fustinoni proyectaba el accionar de su cátedra a toda la Facultad y tenía la sensación de que las normas que imponía no eran cumplidas en su totalidad.

En uno de los editoriales mencionados, publicado en diciembre de 1999, cuando la enfermedad terminal que lo aquejaba le restaba fuerzas pero no espíritu combativo, señalaba los problemas de la capacidad educativa de nuestra Facultad y sacaba conclusiones de una serie de datos estadísticos, realmente preocupantes: “1° *La Facultad cuenta en las 52 Unida-*

des Docentes Hospitalarias (UDH) y Hospitales Asociados con 4515 docentes, de los cuales sólo el 15% son rentados. 2° De ellos, 220 son profesores: 57 titulares (26%), 4 asociados (2%) y 159 adjuntos (72%). Por su parte, la cantidad de docentes asciende a 1085, 304 autorizados (28%), 219 asociados (20%) y 562 adscriptos (52%). 3° 1014 son los jefes de trabajos prácticos, de los cuales solamente 236 son rentados (23%). 4° Los ayudantes de primera son 2196: 216 rentados (10%) y 1980 honorarios (90%).

“Estos datos son lo suficientemente elocuentes para formarnos una idea clara de la situación, aunque el estudio realizado ofrece más información”. Se preguntaba si sobre esta base la Facultad podía garantizar la calidad de sus graduados.

Durante su extensa y bien aprovechada existencia, Fustinoni supo desglosar cada uno de los problemas que acuciaban a nuestra Facultad. Sobre todo comprendió cuáles eran aquellos que ponían trabas a su desenvolvimiento, no digamos normal, puesto que el desarrollo gozaba de esas características, pero no transcurría por carriles armónicos. De tal modo, antes de su desaparición y cuando ya no ejercía funciones directivas en la facultad, conociendo los problemas, decía en otro editorial que el plan de estudios se mantenía sin actualizarse, que el número de alumnos no era el razonable para impartir una enseñanza adecuada, que también el número de profesores –que recibía una paga indigna– era excesivo, que el presupuesto era reducido y mal utilizado, que muchos alumnos desconocían el nombre del profesor que les dictaba la materia, que el número de investigadores era escaso y las investigaciones aún más,

que la enseñanza clínica tenía muchas limitaciones por el reducido número de camas para las prácticas, que el cupo para las residencias médicas era insuficiente, etcétera. Sostenía que *“ha llegado el momento en que las autoridades se aboquen, de una vez, al estudio para resolver estas cuestiones, dejen a un lado otros intereses y den razones de base para un cambio realista, que resulte en un paso al frente para la resolución de estos problemas tradicionales”*.

Fustinoni fue consultado en varias oportunidades en relación con la proyectada reforma curricular del programa de estudios de la Facultad. En términos generales, puesto que no puntualizaba –como era de suponer ante su visión filosófica, totalizadora– un cambio especialmente determinado, en otro editorial de la época expresaba su opinión de esta manera:

“Es cierto que en los últimos años se ha intentado cambiar el plan de estudios, pero por no variar y estudiar a fondo el problema, o por tabúes existentes, no ha perdurado la idea, a pesar del ponderado esfuerzo de actualizar suficientemente el currículo que permita que el médico egresado resulte competente e idóneo.

“Complican este objetivo variadas circunstancias: el exceso de alumnos, la falta de presupuestos razonables y suficientes, un plan de estudios difuso y no vinculado a un concepto integral y primordial, una evaluación incorrecta de los beneficios aportados por la nueva tecnología, una enseñanza que no incluye prácticas mínimas e imprescindibles, y la falta de valoración de estos estudios en lo referente a su concepto social y a la prevención de la enfermedad.

“Existe hoy igualmente un consenso general de que el alumno que concluye su carrera y no puede obtener una residencia, base de un aprendizaje básico indispensable, resulta un profesional no idóneo, no competente, carente de una calidad profesional garantizada como eficiente.

“Son muchos los que no pueden alcanzar la residencia. En realidad, esto es serio y significa estudios frustrados en su desarrollo.

“La cuestión resulta grave y necesita imperiosamente una solución plausible”.

Como presidente de la Academia Nacional de Medicina, Fustinoni sostuvo que la calidad médica es uno de los temas de mayor interés y que parte de esa calidad depende de la preparación que reciben los alumnos en la Facultad, que *“en el caso de la Argentina es muy pobre”*, para añadir seguidamente: *“Sólo una relativa cantidad de alumnos puede hacer la residencia médica; la otra parte, un 50 a 60%, posee un entrenamiento inferior y por lo tanto no está capacitada para ejercer profesionalmente”*. Como consejo a los más jóvenes, Fustinoni subrayó una vez más la importancia de la residencia médica: *“Un médico que no hace la residencia es un médico no formado”*.

La reforma curricular, no obstante, siguió siendo una asignatura pendiente para la Facultad de Medicina de Buenos Aires, aunque los cambios se fueron sucediendo insensiblemente. No podemos dejar de reconocer que el mismo Fustinoni los propició e introdujo mejoras en los planes de estudio, primero de semiología y clínica propedéutica, y luego, con su

cambio de designación, de medicina interna. En conjunción con los directores de las diversas especialidades que agrupaba en su cátedra y junto con el jefe de trabajos prácticos, año tras año, se encargaba de modificarlos mediante el agregado de cualquier nuevo hallazgo médico importante y comprobado fehacientemente. Esa fue una reforma curricular real, persistente, anónima, progresista, que efectuaron todos los grandes profesores de nuestro establecimiento.

Debemos recordar dos hechos que enaltecen aún más la figura de Osvaldo Fustinoni, quien siempre tuvo coraje y valentía para resolver y exponer la problemática universitaria sin tapujos ni medias tintas.

Dice Maccagno –al definir a Fustinoni como “arquetipo”– que el arquetipo debe amar y defender la libertad y la democracia. Qué mayor expresión de ese amor que la noche del 29 de julio de 1966. Un gobierno de facto había derrocado al presidente Arturo U. Illia y promulgado la ley 16.912 que anuló la autonomía universitaria. Como respuesta inmediata, los estudiantes ocuparon las facultades. La policía recibió órdenes de proceder a su desalojo, y así ocurrió lo que tristemente se conocería como “la noche de los bastones largos”.

La única facultad en la que se respetó a los intelectuales fue la de Medicina. Su decano, Osvaldo Fustinoni, después de conseguir una tregua de quince minutos por parte de la policía, logró ser escuchado por los estudiantes, a pesar del caos que se había desarrollado, y consiguió que éstos abandonaran la Facultad pacíficamente. Nadie fue lastimado físicamente ni humillado en su dignidad. El decano en persona custodió

desde la puerta la salida de cada uno de los estudiantes, sin que nadie fuera molestado ni denigrado.

A los tres días, pese al ofrecimiento del gobierno, no aceptó continuar en el cargo. Había sido elegido por el claustro y a él se debía.

Como decano se interesó asimismo por los detenidos políticos. Junto a los demás miembros de la Comisión Especial creada por la Universidad para tal fin, se entrevistó con el entonces vicepresidente de la Nación, doctor Carlos H. Perette. En la reunión se trataron distintos aspectos de la derogación de la llamada legislación represiva y la anulación por decreto de los decretos-leyes, mientras no fueran tratados por el Congreso de la Nación.

Años después, cuando le fue otorgado el “Premio Castex a la Docencia Universitaria”, el 13 de diciembre de 1974 (Ricardo Balbín recibió en esa oportunidad el correspondiente a “Política”), el país estaba sumido en la violencia política de ambos extremismos (el de izquierda y el “terrorismo de Estado”). Fustinoni, después de trazar una cálida semblanza científica y humana de Mariano R. Castex, declaró que *“en mi condición de universitario no puedo dejar de formular ciertas consideraciones que hacen a la realidad actual”*. Ponderó que *“aquellos que creemos que la Universidad es el vivero de donde surgen muchos de los conductores de la nacionalidad, vivimos momentos de angustia frente a los vaivenes que los extremos políticos –de una u otra ala– producen en los claustros. Todo el profesorado en comisión, alejados algunos profesores de sus cátedras por ejecutores de distintas tendencias, ambientes de estudio conflictuados, facultades clausuradas o*

currículos suspendidos, modificaciones de éstos sin ser sometidos al estudio sereno y reflexivo, profesores impuestos por designio político –sin concurso y sin una actuación que lo justifique–, inseguridad en un futuro próximo y lejano, juventudes frustradas en sus aspiraciones, conforman un panorama nada halagüeño que es necesario, rápidamente, modificar”. Para continuar: *“Sepan quienes detentan los poderes públicos, sepan los políticos de todos los sectores, sepan quienes han dictado una ley, que es necesario cumplirla con urgencia y con honestidad”.* Evaluemos el contexto histórico en el que Osvaldo Fustinoni pronunció estas palabras. Era presidente de la Nación la señora María Estela Martínez de Perón. Y era su ministro de Bienestar Social José López Rega, creador de la tristemente célebre “Triple A”, escuadrón de la muerte con base en esa dependencia.

La atención de los ancianos

Como dijera Fustinoni en las diversas oportunidades en que fue entrevistado, el problema de la senescencia lo preocupó desde sus primeros años de médico. En la década de 1940, en el siglo pasado, el promedio de vida oscilaba en cifras notoriamente menores que las actuales. Era común y corriente que los médicos desestimaran gastar sus energías en procura de mejorar la calidad de vida de una persona mayor de 60 años. Como bien lo expresó en una ocasión, hasta una simple hernia inguinal era pasible de postergación quirúrgica a esa edad. Debemos convenir que los cuidados anestésicos y posquirúrgicos no eran los actuales y el riesgo cardiovascular de la cirugía era mayor. No obstante, bajar los brazos o dis-

criminar no era aquello que el Juramento Hipocrático le decía a los médicos.

Así fue como, con la inquietud al principio y con la convicción después, Fustinoni se decidió por una constante entrega en favor de esos desvalidos: los ancianos enfermos.

Medio siglo se mantuvo en esa cruzada, sea como presidente de la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriatria, o bien con la asistencia a congresos, el dictado de conferencias y la redacción de libros y artículos para revistas médicas y de divulgación general.

En una obra escrita en colaboración con su amigo y condiscípulo Domingo A. Passanante, ellos mismos explican –dos décadas atrás, por cierto– esos avatares:

“Podemos afirmar con cierta satisfacción que en los últimos 30 años se ha avanzado decididamente desde un nivel prácticamente nulo en la solución de los muy diversos problemas que afectan a las personas de edad avanzada. Hace más de 30 años la geriatría no contaba en nuestro cuerpo médico con ningún cultor; hoy existe un buen número de especializados en esa rama del quehacer médico; en hospitales y centros médicos oficiales y privados se cuenta con servicios dedicados especialmente a la atención de ancianos, inclusive con hospitales geriátricos, no sólo en Buenos Aires, sino también en otras ciudades, como el que se instaló en la ciudad de Rosario, en 1979, con una capacidad de internación de 350 camas. Se cuenta con sociedades científicas, tanto en la ciudad de Buenos Aires como en las ciudades de algunas provincias, que realizan una activa labor en los campos de la

gerontología y de la geriatría, tanto oficial como privadamente; se han ido creando sistemas modernos institucionalizados para la atención de personas de edad avanzada.

“Se han realizado congresos de gerontología y geriatría con la intervención de relevantes especialistas del extranjero, que han contado con una notable adhesión de los funcionarios de la sanidad y del cuerpo médico del país; se han creado cursos de postgrado de nivel universitario, para la formación de especialistas en dichas disciplinas; se han adoptado disposiciones legales para determinados aspectos de asistencia médica y social en la ancianidad.

“Los aspectos culturales de la tercera edad han merecido también preocupación en nuestro medio con la creación de la ‘Fundación Cultural Argentina para la Tercera Edad’, que en 1979 inició sus actividades, organizando varios cursos: idiomas, psicología, derecho civil y sistemas de previsión social, y temas de medicina geriátrica. Esta fundación podrá transformarse en una verdadera ‘universidad de la tercera edad’, tal como las que funcionan ya en Francia, España, Holanda, etcétera.

“Pero todo esto es aún insuficiente; si bien en relación al tiempo transcurrido, constituye un progreso rápido y sostenido, es mucho lo que todavía queda por hacer para colocarnos a nivel de las naciones más adelantadas en la materia. Especialmente se nota todavía la falta de una ley dedicada particularmente a los ancianos (aunque existe un proyecto elaborado por una comisión especial del Ministerio de Acción Social), así como también la creación de servicios que permitan la permanencia de las personas de edad avanzada en sus

hogares y junto con su familia, como es la tendencia actual respecto al problema social de la ancianidad; pues se admite, de manera cada vez más general, que las necesidades específicas de las personas de edad avanzada, en materia social y psicológica, no pueden atenderse en ningún sitio mejor que en el medio familiar activo y afectuoso, en el que el geronte tenga un papel que desempeñar y se sienta querido por los que lo rodean, y él mismo se sienta útil dentro del núcleo familiar. En otros términos, la solución de los problemas sociales y de salud de las personas de edad avanzada no consiste necesariamente en abrir más establecimientos geriátricos, por modernos que sean y por bien equipados que estén, sino que los programas de asistencia social y atención de la salud para los 'viejos' deben tratar de reforzar la vida hogareña o familiar, en vez de contribuir a destruirla. Tal como el plan de acción, elaborado por la Conferencia sobre Envejecimiento de las Naciones Unidas, realizada en 1982, especifica en sus recomendaciones”.

Vale la pena comentar el siguiente hecho: alrededor de 3000 personas rubricaron en Buenos Aires, el 17 de julio de 1978, la necesidad de la creación de una Universidad de la Tercera Edad al asistir a la clase inaugural de un curso cuyo tema fue: “La preparación biológica para la vejez”. La presencia de este extraordinario auditorio sorprendió a las mismas autoridades de la Fundación Cultural Argentina para la Tercera Edad, que habían organizado el evento, las que tuvieron que habilitar la sala del Teatro del Globo, en lugar del salón-biblioteca de la Asociación Biblioteca de Mujeres

con capacidad para 300 personas. Hubo necesidad de colocar sillas en los pasillos, muchos hombres y mujeres, entre 40 y 80 años, quedaron de pie y no pocos se sentaron directamente sobre el alfombrado de la sala. Todos ellos realmente ávidos de escuchar la palabra de Osvaldo Fustinoni. No había llegado aún a ocupar su asiento frente al pupitre, situado en el centro del escenario, cuando una atronadora salva de aplausos saludaba su presencia. En esos momentos se apagaron las luces del teatro y solamente quedaron las indispensables y las que iluminaban al catedrático. *“Debió ser ésta la primer clase de la Universidad de la Tercera Edad”*, dijo en esa oportunidad Fustinoni. *“Pero no pudo ser; espero con el tiempo que lo sea”*, sentenció seguidamente. Las autoridades de la Fundación mencionada habían invitado a la clase inaugural del primer curso, pero en Buenos Aires había nacido espontáneamente (sin serla todavía, ni tampoco hasta el día de hoy) la Universidad de la Tercera Edad.

También le preocupaban a Fustinoni los problemas que el correr del tiempo acentuaría de manera manifiesta hasta el extremo de llevar al desequilibrio social que estamos padeciendo en la actualidad. Había avizorado que, con un país que se avejentaba demográficamente en forma acelerada, el aporte de los trabajadores en actividad no alcanzaría para mantener las arcas de la previsión social. Así lo escribía:

“A medida que en nuestro país se ha ido considerando el problema del envejecimiento de su población y ahondando en él, se han podido determinar consecuencias, en principio insospechadas, que hacen al potencial de crecimiento demo-

gráfico y económico, que prospectivamente pueden llegar a alterar su posición política dentro del continente, en relación con otros países de éste.

“El envejecimiento de nuestra población ha sido y es un fenómeno muy acentuado. De acuerdo con una publicación reciente del ‘Instituto Nacional de Estadísticas y Censos’, el envejecimiento de la población continúa agudizándose, y el aumento de la natalidad, si bien lo desacelera, no alcanza para neutralizarlo. Los grupos de 65 años o más en 1980 alcanzaban al 7,3% del total de la población, y se estima que en 2000 llegarán al 8% y en 2025 al 9,4%.

“Ahora bien, si se suma la población de los comprendidos entre la edad de 0 a 14 años, con la de más de 65 años, y este resultado se divide por la cifra de la población comprendida entre los 15 y los 65 años, se obtiene una relación entre la parte de la población que generalmente no trabaja con la que generalmente trabaja, y es así como, para 1950, teníamos por cada 1000 habitantes activos o que trabajaban 532 pasivos o que no lo hacían.

“En la actualidad (se refiere a la década de 1980), por cada 1000 activos tenemos 582 pasivos. Con este persistente cambio en la estructura poblacional, nos encontramos con que se afecta desfavorablemente la fuerza laboral, o sea, la oferta de mano de obra en el país. Estos resultados se ven corroborados por el desequilibrio progresivo entre el número de habitantes que ingresa a la fuerza del trabajo y el que se retira, o sea que se retira un número mayor con respecto al que ingresa.

“En este fenómeno, un factor de gran gravitación es la baja tasa de natalidad que registra la República Argentina, que es de 23, mientras que la tasa de natalidad para América Latina es de 36, y para el total mundial, de 29. De acuerdo con ello, la Argentina, con una tasa de mortalidad de 9, tiene una tasa de crecimiento natural de 1,3% anual.

“Significa esto que para duplicar su población nuestro país requerirá 53 años. En cambio, los países limítrofes necesitarán un tiempo menor. Bolivia, con una tasa de crecimiento natural de 2,9%, necesitará, para duplicar su población, 24 años. Brasil, con una tasa de crecimiento de 2,8%, requerirá 25 años. Paraguay, con una tasa de crecimiento de 3,1%, 22 años. Chile, con una tasa de crecimiento de 1,8%, 38 años. O sea que proyectados estos datos al año 2000, mientras nosotros tendremos una población de 32,9 millones, Bolivia tendrá una población de 8,7 millones, Brasil 205,2 millones, y Paraguay 5,3 millones. Hace excepción el Uruguay, que, con una tasa de natalidad de 2,1, tiene una tasa de crecimiento natural de 1,1 y necesita para duplicar su población 63 años.

“Según un informe elaborado en 1978 por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la población activa, o sea, aquella formada por las personas que trabajan o buscan empleo, progresará de manera distinta en los países que hemos mencionado, lo cual puede agravar un problema ya agudo de desempleo. La desigualdad entre la Argentina, a este respecto, y los países limítrofes, con excepción de Uruguay, puede crear una presión inmigratoria, a través de sus fronteras, de los habitantes de esos países que no hallarían ocupación”.

Debemos decir que 30 años después de formuladas estas apreciaciones, la realidad y el tiempo transcurrido las han puesto de manifiesto.

En una entrevista periodística que le realizara Carlos Dueño Cavero, Fustinoni se refería de este modo a la Sociedad de Gerontología y Geriátrica (que contaba también con un miembro fundador de lujo: el Premio Nobel Bernardo A. Houssay), donde había depositado sus mejores expectativas y entregado sus mayores esfuerzos: *“En la década de 1950 –por razones profesionales que no hacen al caso– debí atender a muchos ancianos y me daba cuenta de que aquellas personas estaban reducidas a una vida casi vegetativa, sin ningún aliciente que hiciera más gratos y llevaderos los últimos años de su vida. Por lo general la situación era ésta: no valía la pena hacer nada –se decía– por los ‘viejitos’. Entonces nosotros, quiero decir un grupo de colegas y amigos, nos empezamos a preocupar por este problema de la ‘tercera edad’ y resolvimos crear la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriátrica. Era hasta cierto punto gracioso, porque la gente por aquellos días me preguntaba qué diablos era aquello de ‘gerontología y geriátrica’. Nos reuníamos, pues, periódicamente para comentar e intercambiar problemas y experiencias. Pero he aquí que el tema fue creciendo en interés, no sólo en nuestro país sino en el resto del mundo. Y la problemática relacionada con la rehabilitación geriátrica adquirió pronto un desarrollo insospechado. Mis colegas y yo hacíamos jornadas en distintos puntos del país, con un éxito por demás alentador. Fue por entonces –corría 1954– cuando nos enteramos de que en Londres se realizaba el III Congreso Nacional de Gerontología*

y Geriátría. Ni cortos ni perezosos resolvimos concurrir a la reunión. Queríamos averiguar qué pasaba en ese campo de la medicina en Europa. Fue así como pudimos apreciar el grado de importancia que la especialidad había cobrado y los avances que se estaban logrando para el mejoramiento de las condiciones de vida de la gente de mayor edad”.

Si algo caracterizaba a Fustinoni era su entusiasmo (uno de los términos de Ignacio Maldonado Allende para definir a un buen médico) y la libido que ponía en todas las empresas. Sus palabras lo reflejaban diariamente. Ese entusiasmo parece haber prendido en la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriátría, a la que él se refiere tan encomiablemente, porque su antorcha pasó a manos que la mantuvieron con vida e incluso propendieron con ahínco a su mayor esplendor.

El quehacer médico

El primer tratado del mundo relativo a la ética médica data de comienzos de 1800, escrito por el médico inglés Percival, pero no estaba dedicado a los problemas que se suscitaban entre el médico y el paciente sino a aquellos de los propios galenos. Estas interrelaciones, que habitualmente no fueron buenas, adquirirían un carácter absolutamente contrapuesto en Osvaldo Fustinoni. Pocas personas fueron tan generosas como él para aquellos que lo acompañaban a diario. Ayudó con puestos de trabajo, becas en el país y en el exterior, sabios consejos, apoyo afectivo y moral en las situaciones límite, ayuda económica (como nos consta por boca de un beneficiario) e incluso con la recomendación, paternal y medida, para tratar de cambiar una actitud que consideraba equivocada.

Nunca fue autoritario, y dirigió el Instituto de Semiología “Gregorio Aráoz Alfaro” del Hospital de Clínicas con infinita paciencia, rectitud y bonhomía. Tenía un amplio concepto del universitario –sobre todo de sus pares– que le hacía obrar en consecuencia con afecto y ecuanimidad.

En ocasión de su incorporación como miembro de número de la Academia Nacional de Medicina, el 17 de mayo de 1979, expresó:

“El devenir del tiempo ha traído modificaciones del ejercicio profesional que han deshumanizado y debilitado el sentido de la moral médica. Esta deshumanización se ha producido por haberse roto el contacto íntimo del médico con el enfermo o en otras palabras oposición a la medicina de la persona”. Volveremos luego sobre este punto. Más adelante agregó: “El médico debe buscar perfeccionar sus conocimientos continuamente, y aunque no se puede pretender que domine toda la patología, debe desconfiar de sus lagunas.

“La ignorancia es la tara mayor del médico y no puede ser compensada con sentimientos bondadosos o piadosos.

“Un procedimiento que el médico desconozca por no estar al día, por haber omitido la lectura de un libro o una revista importante, puede traducirse en resultados perjudiciales para sus pacientes. El médico que no se mantiene actualizado debe tener el valor, la franqueza de abandonar la medicina”.

Finalmente expresó: *“También por encima de su reputación o del prestigio del médico debe primar el interés del enfermo; por ello, no debe tener el orgullo de empecinarse en un diagnóstico o un tratamiento si las circunstancias lo*

hacen dudoso, y no vacilar en consultar a los que puedan reunir mejores conocimientos, mayor habilidad quirúrgica o una mayor especialización, sin preocuparse de lo que pueda pensar la familia o el paciente”.

Un editorial titulado “Descontento Médico” –publicado por la conocida revista americana The New England Journal of Medicine– lo motivó a escribir acerca de las desventuras de los médicos en la postmodernidad en los términos siguientes:

“Su contenido me ha parecido de tal actualidad, en especial en relación con lo que se observa en nuestro país, que he considerado oportuno realizar su comentario.

“El editorial mencionado comienza por plantear una serie de interrogantes que creo dignos de reiterar: ¿Cuáles son los reclamos de los médicos y qué se está haciendo por satisfacerlos? ¿Cuán satisfactorias pueden ser las respuestas por obtener? ¿Puede un sistema de salud funcionar en forma efectiva si una proporción importante de sus médicos está disconforme? ¿Pueden médicos insatisfechos con su profesión prestar buena atención a sus pacientes?

“Estas preguntas surgen naturalmente como consecuencia de las frustraciones a que se ven sometidos muchos colegas que actúan en ciertos sistemas ‘gerenciados’ de salud, que de una manera u otra imponen condiciones que culminan con la restricción de su tiempo útil, lo tientan con incentivos financieros que no sólo ponen en peligro principios profesionales sagrados, sino que además acotan el control de las decisiones clínicas. Por diversas causas, el tiempo de los médicos resulta

cada vez más ocupado por el papeleo complejo a través del cual deben solicitarse autorizaciones para utilizar recursos auxiliares, y que culminan con el necesario cumplimiento de demandas administrativas que bien pueden recibir el calificativo de exageradas o innecesarias a los fines médicos. Acuciados por la necesidad de mantener ingresos suficientes, muchos médicos se ven obligados a trabajar un número excesivo de horas en las que deben incluir un mayor número de pacientes en sus ya atiborradas agendas. El conjunto de esas diferentes actividades deja poco tiempo para gozar en compañía de sus familias, para dedicarse a la reflexión o para mantenerse al día con los progresos médicos.

“Los sistemas de incentivo que premian a los que gastan menos dinero en el cuidado de los pacientes constituyen un agente creador de asfixiantes dilemas éticos.

“Mientras que el costo de la atención médica aumenta como consecuencia de la incorporación de nuevas tecnologías y nuevos medicamentos y por el aumento de la edad de la población por atender, las entidades que financian los sistemas de atención responden reduciendo los honorarios médicos, muchas veces en forma unilateral y sin aviso previo o retrasando los pagos con argucias burocráticas.

“Los médicos se quejan además de los aumentos del costo de mantenimiento de sus consultorios, así como de la continua amenaza de reclamos legales fundados en presunta mala práctica.

“El editorial citado menciona que en una encuesta realizada en 1995 entre más de mil setecientos médicos, aproximadamente el 40% de ellos respondió que advertía que estaba

utilizando menos tiempo en la atención de los pacientes que el que dispensaba tres años antes, y que su capacidad para adoptar buenas decisiones médicas había declinado. Por otra parte, el 60% de esos médicos refería haber tenido serios problemas con las auditorías externas, y casi un tercio de ellos se encontraba insatisfecho con la práctica realizada”.

Dos posiciones conceptuales derivadas directamente del quehacer médico, en momentos que presidía la Academia Nacional de Medicina, dejó establecidas en sendas preguntas que le formulara Marcelo Castaños, periodista de “La Capital” de Rosario, en una entrevista publicada el 12 de noviembre de 1995:

“Una pregunta sobre la ética. Dicen que el ana-ana –esa suerte de convenio no reconocido que incluye cometas y retornos por derivaciones– se ha generalizado tanto que hoy está prácticamente incorporado al ‘marketing’ de la salud. ¿Le consta a usted que haya aumentado la corrupción en la medicina?

“Es la fase perversa, la degeneración de la profesión. Tengo constancia de que estas cosas se hacen, pero las condeno. Es una deformación, consecuencia de algunas lacras que también tienen su explicación: lo que antes era un contrato entre el médico y el paciente, desapareció; las instituciones han convertido al médico en un proletario mal remunerado, obligado a recurrir a prácticas nefastas. El otro aspecto es el moral. Si prevalece la mentalidad de que la profesión es para

enriquecerse y no para ayudar, se impondrá la idea de la medicina como comercio, que se presta para cualquier cosa.

“¿Cómo ve el futuro de la medicina y de los médicos en el país, sobre todo con la reestructuración del sistema que se opera en estos años?”

“Hay tres cuestiones que deberán debatirse en el futuro: el número de médicos que salen de las universidades, su formación y el desafío ético. En el país hay un exceso de médicos. Las dificultades para ganarse la vida hacen que aparezca la corrupción en aquellos que no tienen una estricta moral. También está el problema de los juicios por mala praxis, que el médico deberá afrontar en el futuro. Por último, hay que debatir los temas éticos en la ciencia, un desafío que nos imponen nuevas prácticas, como la de la fertilización asistida”.

Poco antes había manifestado: *“El médico tiene una función social muy importante, que es tratar de lograr el bienestar de la persona que solicita su ayuda. Esta es una obligación que no puede eludir jamás, menos en casos de urgencia”.* Enemigo confeso de la falta de rigor con que se tratan a veces temas médicos en televisión, afirmó que el público no tiene la culpa de esta situación sino que es víctima de ella: *“Reconocemos la necesidad de la educación sanitaria de la comunidad, y que todos deben conocer los grandes progresos de la medicina. Pero es necesario que, sin menoscabo de la libertad de expresión, se controle la seriedad y la calidad de los temas que se tratan. En ocasiones, la difusión de temas médicos o de técnicas, drogas y procedimientos nuevos que*

no están avalados por una experiencia seria y responsable estimula falsas expectativas”.

En una última entrevista concedida, que fue publicada en mayo de 2000, y en referencia a la práctica médica actual, expresó: *“Creo que la que se hace ahora es otra medicina. Antes era una medicina personal. Los protagonistas éramos dos: el médico y el enfermo. Ahora somos tres: los terceros en discordia son las sociedades comerciales o corporativas que tienen un interés sumamente distinto del que existía en la relación médico-paciente y que han distorsionado totalmente el ejercicio de la medicina. Todas estas instituciones de ‘pre-pago’ son un factor donde lo único que se mira es la ganancia. No interesa la salud, lo que interesa es poder establecer pautas, que generalmente llaman ‘ajustes’, y que hacen sobre el trabajo médico”.* Veinte años antes había pronunciado estas palabras, tan de actualidad: *“La socialización de la medicina ha creado un tremendo problema. El acto médico es un acto singular de dos personas: una que sufre y que se entrega a la otra para que alivie sus males. Es un binomio: el médico y el enfermo. La medicina socializada es un trinomio: la sociedad, el médico y el enfermo, que se desdobra en dos binomios, sociedad-médico y médico-enfermo. El primero es de orden ‘administrativo-contable’. Se trata de ver a tantos enfermos en el día, porque si no, no conviene. Y el segundo también se perturba porque a ese médico se le exigen exámenes rápidos y, a veces, ni revisa a los pacientes, porque tiene que cumplir con treinta o cuarenta enfermos. Por otra parte, el individuo que está en una institución socializada exagera sus derechos*

y exige del médico una serie de circunstancias que no exigiría si tuviera que pagarle (...) La socialización así encarada trae la deshumanización del acto médico, que es lo único que importa”.

Frente a las condiciones que debería reunir el médico ideal, su pensamiento fue el siguiente: *“Ser estudioso, mantenerse al día. Tener gran comprensión, gran paciencia y verdadera vocación. Si no se tiene vocación, la medicina se transforma en una especie de comercio. Hay que tener una dosis de cariño para el enfermo y, vuelvo a repetir, estudiar; si no se estudia, uno se transforma en un peligro público”.*

Fustinoni intuyó que, junto con los indudables beneficios derivados de los avances en el conocimiento, la medicina estaba abrazando peligrosamente una parcelación que la conducía a deshumanizarse: *“Se ha transformado el ejercicio de la profesión en una especie de oficio exclusivo. Hoy la gente se enferma y va a ver un especialista que se dedica a mirar su ‘partecita’. Pero para el real beneficio del paciente hace falta el hombre que juzgue todos los elementos y saque de allí el que da el diagnóstico correcto”.*

Sabiamente comprendió que, más allá de los aparatos, el acto médico es una conversación singular entre el que sufre y el que lo asiste para aliviar sus males: *“Hay dos cualidades que el médico no puede dejar de tener: esperanza y paciencia. La paciencia es lo único que lo va a llevar a un conocimiento verdadero de su enfermo; la esperanza es lo único que lo ayuda a triunfar sobre la angustia de la muerte”.*

Es que Osvaldo Fustinoni, pese a su formación académica, no solamente amó a la medicina, sino que puso todo su intelecto en hacer lo mejor para sus enfermos, y al alejarse de una actitud fría y calculadora, arribó a esa meta de la dedicación al otro, al prójimo, en toda la calidad del Buen Samaritano.

Conocía muy bien los problemas de los médicos y aquellos de los que adolecía la Facultad. Lo sabía: *“La Facultad de Medicina tiene una característica muy especial. Primero, es una facultad muy concurrida. La cantidad de personas que quiere ingresar a ella es superior a las posibilidades de enseñanza. Este exceso de estudiantes crea a la facultad un problema serio. Pero hay otro no menos grave y es que en nuestro país el número de médicos es desproporcionado con el número de habitantes. Es lamentable que nunca se haya logrado una proporción justa entre las necesidades reales del país, las posibilidades de enseñanza de las facultades y la cantidad de gente que se recibe en ellas. Esto crea una serie de disonancias y desajustes. Por citar un solo problema: el número excesivo de profesionales que se quedan en Buenos Aires, mientras que el interior sufre la escasez de médicos. Esto es una falla enorme de nuestra sociedad, y así se da el espectáculo de jóvenes que una vez recibidos no encuentran trabajo y se dedican entonces a otros menesteres o, en el peor de los casos, emigran”*.

Su actitud antidiscriminatoria

El 26 de octubre de 1979, en el Museo Judío de Buenos Aires, Fustinoni recibió el premio “Barón Hirsch”. En esa oca-

sión, además de agradecer tal distinción y elogiar al filántropo que le diera nombre al lauro, dijo:

“No sé si merezco este premio, pero sí sé que nunca animó mi espíritu una idea que no fuera valorar a los demás sin tener en cuenta su religión, su raza o el color de su piel. Siempre he pensado que cada ser es una criatura de Dios y por tal es acreedor al respeto de su condición humana. Nunca sentí el antisemitismo, ni el racismo, ni la discriminación, ni las diferencias que la fortuna crea o las pasiones alientan”. Luego agregó que “detrás de un antisemita hay siempre una mentalidad totalitaria”. Para sostener después que “en un mundo de evolución acelerada, donde la técnica domina al intelecto, las leyes morales deben erigirse en un dogma para neutralizar la deshumanización del hombre”.

Finalizó su alocución expresando: *“Para terminar diré con Juan Pablo II en sus palabras destinadas a la grey judía, en su reciente viaje a los Estados Unidos: que nuestras dos comunidades estén estrechamente relacionadas a nivel de sus identidades religiosas; que la causa de la libertad, quintaesencia de la condición humana y aspiración universal en el mundo de hoy, también lo sea de la búsqueda de la justicia, ya que la primera no existe si no se apoya en la segunda, ya que las dos constituyen la demanda esencial del espíritu humano.*

“Y así que para nosotros, judíos y cristianos, quede desbrozado el camino que deben tener el diálogo fraterno y la colaboración fructífera”.

Fustinoni había estado vinculado a la cultura y a la ciencia de Israel. En una entrevista realizada por la revista “Vivencias”, en 1995, explicaba cómo había tenido acceso a ellas: *“Eso fue muy particular. Yo era entonces decano de la Facultad de Medicina y miembro del Consejo Superior Universitario. Un profesor, que en esa época era representante de la Facultad de Filosofía y Letras al mencionado claustro, el Dr. León Dujovne, me llamó para decirme que había necesidad de una persona con el objeto de integrarla al Instituto Cultural Argentino-Israelí. Me nombraron presidente y estuve casi 30 años en ese cargo. Fue una labor muy interesante. Mi vinculación con Israel fue muy gratificante, pues es un ejemplo de democracia para todo el mundo. Se vive en concordancia”*.

Comentaba en esa entrevista que el Consejo Consultivo del Instituto se reunía bimensualmente y allí se encontraba con Jorge Luis Borges, Rodolfo Mondolfo, Bernardo Canal-Feijóo, Conrado Nalé Roxlo, Fermín Estrella Gutiérrez, Bernardo Ezequiel Koremblit, Ernesto Sábató, José Babini, Gregorio Klimovsky, José Luis Romero, Marcos Aguinis, María Angélica Bosco, Marco Denevi, Syria Poletti, César Tiempo, Raúl Soldi, Vicente Forte, Juan Carlos Benítez, Florencio Escardó y el juez Carlos Fayt, entre otras personalidades.

Con esa misma actitud abierta y universal dirigió a sus médicos y a sus alumnos. Dio primacía al trabajo, al talento, a la disciplina creativa, sin importarle la religión, el color de la piel o el estado social de los médicos que le solicitaron trabajar con él. Nunca tuvo prevenciones en ese sentido.

Los problemas éticos

La honestidad fue un bien preciado de Osvaldo Fustinoni. Tuvo gestos que lo enaltecieron por lo paradigmático. Del 26 al 30 de noviembre de 1967 se desarrolló en Buenos Aires el 42° Congreso de la Asociación Médica Panamericana (P. A. M. A). La Lotería Nacional de Beneficencia y Casinos le había entregado un subsidio por tres millones de pesos, destinado a sufragar los gastos de ese evento que estuvo coronado por el éxito y fue multitudinario.

Meses después, hecho el arqueo correspondiente, el superávit hablaba a las claras del resultado del Congreso y de la buena administración de los fondos. Fustinoni dirigió la siguiente carta al presidente de la institución que otorgó el beneficio:

“Buenos Aires, 16 de mayo de 1968.

*“Señor Presidente de la Lotería Nacional de Beneficencia y Casinos, General de Brigada (R.E.)
Don Eduardo C. Conesa:*

“Tengo el agrado de dirigirme al Señor Presidente en mi carácter de Presidente del Comité Ejecutivo del 42° Congreso Aniversario de la Asociación Médica Panamericana, para cuya realización el Poder Ejecutivo acordó un subsidio de tres millones de pesos moneda nacional (\$ 3.000.000 m/n) por decreto N° 6322/67.

“Sobre el particular y conforme puede apreciarse en el detalle de ingresos y egresos que acompañó, esos fondos no resultan necesarios en razón de haber dispuesto de los medios que permitieron financiar cómodamente el referido Congreso.

“Es por el motivo expuesto que me permito reintegrar el monto del beneficio que se acordara, a cuyo fin adjunto el cheque N° 3.777.297 del Banco de Galicia y Buenos Aires por el importe que más arriba menciono.

“Al agradecer al Sr. Presidente la deferencia con que tanto la Presidencia de la Nación como esa repartición a su cargo tuvieron para la Asociación, le saludo con mi consideración más distinguida”.

*Oswaldo Fustinoni
Presidente*

La contestación de las autoridades no se hizo esperar:

***Poder Ejecutivo Nacional
Secretaría de Estado de Hacienda
Lotería Nacional de Beneficencia y Casinos
Nota N° 541***

“Buenos Aires, 22 de mayo de 1968.

“Señor Jefe de la Sala IV (Instituto de Semiología) del Hospital de Clínicas, Prof. Dr. Oswaldo Fustinoni:

“Tengo el agrado de dirigirme al Señor Jefe a efectos de acusar recibo de la muy atenta nota de fecha 16 del actual, que suscribe en carácter de Presidente del Comité Ejecutivo del 42° Congreso Aniversario de la Asociación Médica Panamericana.

“De dicha nota ha sido desglosado el cheque N° 3.777.297 del Banco de Galicia y Buenos Aires a la orden de esta Lotería, por tres millones de pesos moneda nacional (\$ 3.000.000 m/n), importe del subsidio que por igual monto fue acordado mediante decreto N° 6322/67 para contribuir a la financiación del Congreso. Ese reintegro se ha efectuado a mérito de que, conforme ha manifestado en su comunicación, la suma concedida no resultó en definitiva necesaria por cuanto el Comité Ejecutivo arbitró los fondos que permitieron cubrir holgadamente las necesidades en el aspecto económico, tal como puede apreciarse en el detalle de ingresos y egresos que tuvo a bien acompañar.

“Aprovecho la coyuntura que me brindan estas líneas para destacar la actitud asumida en la emergencia por quienes han actuado en el Comité Ejecutivo Argentino de la Asociación Médica Panamericana, ya que con su correctísimo proceder han evidenciado poseer un cabal concepto en materia de administración al par que un elevado sentido de la responsabilidad que les cabía en el manejo de fondos oportunamente facilitados por el Estado, circunstancias ambas que honran en grado sumo a los profesionales que han intervenido en todo cuanto se relacionó con la organización y realización del Congreso.

“Por ese acierto financiero, revelador de una dirección diligente y acertada que sin duda habrá redundado fructuosamente en las conclusiones de las jornadas cumplidas, me permito felicitar al Sr. Jefe en su condición de Presidente, y por su digno intermedio a los profesionales integrantes del Comité Ejecutivo.

“Augurándole nuevos éxitos en el desenvolvimiento de la actividad científica que compete a la Asociación, me complace en saludarle con mi consideración más distinguida”.

*Eduardo C. Conesa
General de Brigada (R.E.)
Presidente*

Todos los periódicos de Buenos Aires se hicieron eco de la actitud de las autoridades del Congreso de la P.A.M.A.: el 2 de julio lo hizo “Clarín” y el 8 del mismo mes “La Prensa”, pero la nota la dio “La Razón”, también el día 8, que tituló “Rara avis” a su escueta noticia.

Sin embargo, el texto más elocuente, que reproducimos a continuación, fue el de “La Nación” del 16 de julio de 1968, con su título “Pocas veces ocurre”: “Se está tan poco acostumbrado a la buena faz de las cosas que cuando ello sucede no deja de causar general sorpresa. Sobre todo si se trata del factor dinero; de entregarlo a quien corresponde por no ser de pertenencia individual o de la entidad que se represente. Sin embargo suele ocurrir, aunque no con frecuencia, y menos todavía si en el hecho intervienen sumas millonarias. Como

en lo acontecido en los últimos días, en que el Presidente del Comité Ejecutivo del 42° Congreso de la Asociación Médica Panamericana, profesor doctor Osvaldo Fustinoni, se dirigió al Presidente de la Lotería Nacional de Beneficencia y Casinos para devolverle a dicho organismo la suma de tres millones de pesos que le habían otorgado en calidad de subsidio para sufragar los gastos originados por la realización de la antedicha asamblea. Se hace constar en la nota que una vez finalizado el congreso –en noviembre del año anterior– se practicó el respectivo balance del debe y haber. Confrontados el ingreso y los egresos se verificó que, con las inscripciones de los participantes en la reunión, los gastos habían sido totalmente cubiertos, por lo cual los tres millones de pesos debían ser devueltos al organismo integrante. Este es un gesto de consideración hacia la comunidad”.

La posición de Fustinoni fue siempre clara en cuanto a los temas médicos relacionados con la moral y la ética. Mientras ejercía la presidencia de la Academia Nacional de Medicina y se le pidió su opinión dijo en forma contundente: *“El aborto es liquidar una vida humana”*, y señaló los muchos procedimientos que existen para evitar el embarazo, incluso uno de ellos aceptado por la Iglesia Católica. *“No podemos permitir que se mate a una persona. Yo creo que la felicidad más grande que puede tener una mujer es quedar embarazada y criar a su hijo. Eso es lo que filosóficamente define a la condición femenina”*, agregó a continuación.

Osvaldo Fustinoni mostraba siempre una actitud dialoguista.

El 19 de agosto de 1980, en ocasión de integrar una mesa redonda junto con el presbítero Rafael Braun y el rabino León Klenicki, se debatieron problemas como el aborto, la eutanasia y la fecundación artificial, que recién se iniciaba. Su pensamiento fue el siguiente:

“La Argentina se ha caracterizado por ceñirse a sus propias normas morales o éticas, aunque los extraordinarios progresos de las últimas décadas determinaron en cierto modo situaciones que vienen a vulnerar las viejas normas. En el hombre existe el sentido moral y la conciencia moral. En consecuencia, actúa honestamente cuando tiene conciencia de la licitud del acto que va a realizar. En el caso de la determinación del momento de la muerte, el primer principio es agotar los recursos para rescatar al paciente de la muerte y desdeñar el pronóstico infausto que pudiera tener la enfermedad. En el caso de que el final mortal es seguro y la muerte puede llegar en medio de horribles sufrimientos, se plantea el problema de la eutanasia, que pese a las argumentaciones esgrimidas por sus sostenedores, no lograron conmover la ética médica en ese sentido. Hasta que no aparecieron las modernas técnicas de reanimación, el problema de la eutanasia se planteaba entre aquellos pacientes desahuciados, cuyo último período de vida estaba rodeado de sufrimientos, y muchas veces hasta el mismo enfermo reclamaba la muerte como punto final. Pero al surgir los medios de reanimación nos encontramos con situaciones paradójicas. Así, por ejemplo, la de aquel anciano de 87 años que padece de cáncer y en lo extremo de su padecimiento el hijo apresura su muerte.

Al ser juzgado por homicidio, dice: 'Mi padre era mi amigo; debe tomarse esto como un acto de amor'. En nuestra legislación la norma ha sido establecida por la secretaria de Salud Pública. De cualquier manera, cuando el médico se encuentra ante casos desesperantes, la respuesta no la encontrará en los textos. El móvil que orientará esta respuesta puede no ser más que íntimo: guiado por la imagen que el mismo médico se ha hecho del mundo de los hombres, de la importancia del coloquio singular médico-enfermo, la responsabilidad médica y, finalmente, el conjunto de reglamentos que consideramos con sentido moral”.

Fustinoni también se ocupó en repetidas oportunidades del tema de la muerte. El 11 de septiembre de 1996 presentó, durante la “Segunda Reunión Conjunta Chileno-Argentina de Academias de Medicina”, el trabajo “La muerte con dignidad”, y expresó lo siguiente: *“La vida humana es una parábola que comienza con el nacimiento y termina con la muerte; es el destino del hombre; nadie escapa a esta regla (...) La muerte es un enigma cuya explicación ha preocupado al hombre a través de la historia; quiéralo o no, cualquiera sea la religión que profese, llegará un día en que inexorablemente se enfrentará con el dolor, la enfermedad y la muerte (...) La aceptación pacífica de la muerte es una alternativa, pero si la muerte sobreviene en un momento en que nuestros afectos son todavía muy fuertes, la situación es vivida como un desgarramiento”.*

Con referencia a la muerte digna, su pensamiento fue el siguiente: *“Existen dos formas de morir, hoy formalmente acep-*

tadas: la denominada ‘muerte digna’ y la ‘indigna’. La ‘digna’ significa que merece el respeto de los demás y de sí mismo; decorosa, decente, no humillante. Se entiende por ‘indigna’, sin mérito ni disposición, que no corresponde a la categoría social diaria; vergonzosa, humillante, que deshonra”.

Posteriormente abordó el tema de la denominada terapia intensiva: *“Una situación más complicada es cuando estamos ante un paciente que sufre dolores físicos atroces o un estado de desesperación, que motiva a veces al enfermo a querer poner fin a su propia vida. ¿Cuál será nuestra conducta? La decisión deberá tener muy en cuenta el justo deseo del enfermo y sus familiares (...) Nada nos hará dudar entonces ante la inminencia de la muerte inevitable de suspender el tratamiento, ya que lo contrario significaría prolongar una vida penosa y precaria (...) Esto me permite formular apreciaciones sobre la llamada ‘terapia intensiva’. Este recurso terapéutico, en la forma que entre nosotros se practica, consiste en el aislamiento del paciente a quien se le suministra vigilancia permanente. El fundamento es salvar una vida que tiene grandes posibilidades de recuperación o prevenir grandes complicaciones. El problema médico se plantea cuando se trata de un enfermo terminal irrecuperable. ¿Qué sentido tiene este aislamiento, que ocurre en general en una sala de varios enfermos en las mismas condiciones, conscientes o inconscientes, desnudos, sin ver a sus familiares, con médicos y enfermeras que cambian continuamente, cuando tenemos la seguridad de su ocaso? Evitaríamos así una ‘muerte indigna’, con lo cual no queremos decir que el que muere es indigno, sino la forma de morir a que se lo somete, en general lejos*

de su casa, fuera del propio lecho, sin percibir el contacto de una mano que le haga sentir que es amado por alguien que quiere”.

Los conceptos de los médicos, como los de todo el conocimiento científico, se modifican a lo largo del tiempo. El dialoguismo será el arma principal del médico. Por ello, los problemas deberán ser analizados en el contexto histórico en que han acontecido. La historia de los intelectuales, sus luchas y sus ideas, tienen el reducido marco de la contemporaneidad, del diálogo con el limitado núcleo de sus mismos pares y de aquellos a los que se accede con el consejo o la enseñanza. No obstante, así se forjan personalidades, con sus actitudes paradigmáticas, que a su vez serán formadoras de nuevas generaciones, que, ante conceptos siempre renovados y cambiantes, procederán con verdad, sabiduría y nobleza.

Oswaldo Fustinoni, como dice Longfellow en el poema “El salmo de la vida”, ‘dejó marcadas sus huellas en las arenas de los tiempos’.

Bibliografía

1. La obligación de aprender. *El Territorio*, Misiones, 22 de diciembre de 1963.
2. Fustinoni O. Los estudios médicos (Editorial). *Medicina Panamericana* 2 (I): 49-50, 1959.
3. Ceitlin J, Fustinoni O. La enseñanza de la medicina en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires. *El Día Médico* (número aniversario), agosto de 1963.

4. PÉrgola F. Profesor Dr. Osvaldo Fustinoni. Su fallecimiento. *Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires*; Vol. X (Nº 37): 6-10, septiembre de 2000.
5. Manrique J. Osvaldo Fustinoni: el Hombre. *Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires*; Vol. XI (Nº 40): 7-9, junio de 2001.
6. La residencia médica es muy formativa. *Clarín*, suplemento especial, pág. 3, 27 de junio de 1994.
7. Maccagno A. Premio Arco de Triunfo: El Arquetipo de Hoy. *Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires*; Vol. X (Nº 37): 18-21, septiembre de 2000.
8. Entrega de premios de la Fundación Castex. *La Nación*, 15 de diciembre de 1974.
9. Entregáronse los premios anuales de la Fundación Mariano R. Castex. *La Prensa*, 15 de diciembre de 1974.
9. La Universidad y la Violencia. *La Razón*, 14 de diciembre de 1974.
10. Fustinoni O, Passanante DA. *La Tercera Edad: estudio integral*. La Prensa Médica Argentina, Buenos Aires, 1980.
11. El problema no sólo patológico del anciano. *La Nación*, 23 de septiembre de 1977.
12. Tercera edad: dictarán cursos sobre preparación biológica. *Clarín*, 6 de julio de 1978.
13. Se propone una entidad dar cauce a inquietudes espirituales de ancianos. *La Prensa*, 9 de julio de 1978.

14. Tareas que alargan la vida. Editorial, *La Prensa*, 16 de julio de 1978.
15. En Buenos Aires nació espontáneamente la Universidad de la Tercera Edad. *La Razón*, 18 de julio de 1978.
16. La Argentina comienza ya a ser un país de ancianos. *La Razón*, 19 de junio de 1979.
17. Geriátría: revolución vital del siglo. *Clarín*, 2 de septiembre de 1979.
18. Sobre las edades del hombre disertó en el Rotary Club el Dr. Fustinoni. *La Prensa*, 7 de febrero de 1980.
19. Se requiere una legislación civil, económica, penal, laboral y cultural que ampare a la tercera edad. *La Razón*, 21 de diciembre de 1981.
20. Duelo Cavero C. Chequeo a la fama. Doctor Osvaldo Fustinoni: enseñar a la juventud, remozar a la vejez. *Jano. Medicina y Humanidades*, Nº 22: 18-24, 1982.
21. Delegados ante un Congreso. *La Nación*, 19 de julio de 1954.
22. Nadie se ocupa de los ancianos. *Clarín*, 7 de agosto de 1987.
23. Osvaldo Fustinoni: Maestro de la Gerontología. *La Prensa*, 13 de noviembre de 1989.
24. Incorporación del académico titular Dr. Osvaldo Fustinoni (Sital número 1). *Academia Nacional de Medicina*, separata del Vol. 57, 1er. semestre, 1979.
25. Castaños M. Por una medicina sin distorsiones: el presidente de la Academia Nacional de Medicina se refirió al

- presente y a las perspectivas de la geriatría. *La Capital* (Rosario), 2ª sección, pág. 1, 12 de noviembre de 1995.
26. Cuáles son nuestros derechos en la relación médico-paciente. *La Nación*, Salud, sección 6ª, pág. 1, 23 de agosto de 1995.
 27. La TV quiere curarse en salud. *La Nación*, Espectáculos, sección 4ª, pág. 1.
 28. Yankilevich A. Los mayores en la salud y en la sociedad: reportaje al fundador de la geriatría y gerontología en el país, doctor Osvaldo Fustinoni. *Hospital y Comunidad* 3 (1): 238-243, mayo de 2000.
 29. Vázquez ME. Función e incógnitas de la medicina actual: reportaje al Profesor Osvaldo Fustinoni. *La Nación*, sección 4ª, pág. 4, 6 de abril de 1980.
 30. Murió el médico Osvaldo Fustinoni. *La Nación*, pág. 10, 27 de mayo de 2000.
 31. Premio Barón Hirsch. *La Razón*, 26 de octubre de 1979.
 32. El premio Barón Hirsch 1979 se entregó en un acto al Doctor Osvaldo Fustinoni. *La Prensa*, 27 de octubre de 1979.
 33. La colectividad judía premió al Dr. Fustinoni. *La Nación*, 28 de octubre de 1979.
 34. Entrega del Premio Barón Hirsch al Dr. Osvaldo Fustinoni. *Museo Judío de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1980.
 35. Radunsky I, Grynberg C. Profesor Dr. Osvaldo Fustinoni: Una trayectoria de vida dedicada a la ciencia y la cultura. *Vivencias*, Buenos Aires, 1995.

36. El médico debe volver a dialogar con su paciente. *Revista Hadassah*, 9: 20-21, 1997.
37. Carta de las autoridades de P.A.M.A. donde se efectúa la devolución del subsidio entregado. *Prensa Universitaria*, 8 de julio de 1968.
38. Carta de agradecimiento y felicitación del Presidente de la Lotería Nacional, Gral. Eduardo Conesa. *Prensa Universitaria*, 8 de julio de 1968.
39. Entregan un subsidio. *Clarín*, 2 de julio de 1968.
40. Fue devuelto un subsidio de tres millones de pesos. *La Prensa*, 8 de julio de 1968.
41. Rara avis. *La Razón*, 8 de julio de 1968.
42. Encomian el proceder de una entidad. *La Nación*, 9 de julio de 1968.
43. Pocas veces ocurre. Editorial, *La Nación*, 16 de julio de 1968.
44. Ruiz Guiñazú, Magdalena. ¿Hasta dónde debe prolongarse una vida condenada? *Vosotras*, año XLV, N° 2313, septiembre de 1980.
45. Temas que queman, en debate. *La Razón*, 20 de agosto de 1980.
46. La muerte con dignidad. *Revista de la Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires*, Vol. X (N° 37): 44-48, septiembre de 2000.

CAPÍTULO 4. EL CONFERENCIANTE

Entre sus múltiples actividades, Osvaldo Fustinoni se distinguió como conferenciante, unas veces desde tribunas académicas o de sociedades científicas, o de muy diversas instituciones.

Perteneció en calidad de miembro al Instituto Popular de Conferencias, del cual llegó a ocupar la presidencia en 1994, y en esta relevante tribuna pronunció numerosas disertaciones entre las que mencionaremos: “Discernimiento histórico y valoración de las doctrinas médicas”, “La vida prolongada y sus problemas”, “Los estudios médicos en la República Argentina. Origen, desarrollo y proyección”, y “Los médicos argentinos en la literatura vernácula”.

Entre más de doscientas conferencias pronunciadas –la mayor parte de índole médica– se destacan asimismo las siguientes: “La enseñanza de la medicina en la Facultad de Medicina de Buenos Aires” (pronunciada en la Facultad de Medicina de Madrid, en el paraninfo central, el 7 de mayo de 1965), “La Facultad de Medicina en los 10 años posteriores a Caseros” (S.A.D.E., 27 de octubre de 1966), “El medio social finisecular y los escritores médicos argentinos” (Biblioteca de la Academia Nacional de Medicina, 18 de mayo de 1971), “Los adelantos de la cirugía y la ética médica” (Sociedad de Cirugía Cardíaca y Torácica, 4 de abril de 1975), “El Insti-

tuto de Semiología ‘Gregorio Aráoz Alfaro’ en la celebración de su cincuentenario” (Hospital Escuela ‘José de San Martín’, 18 de agosto de 1977), y “Buenos Aires antiguo y la medicina” (Asociación Biblioteca de Mujeres, 15 de octubre de 1980).

Trazó las semblanzas de numerosas personalidades médicas: Rodolfo Dassen, vida y obra; Vicente López y Planes; Gregorio Aráoz Alfaro; Pedro Mallo; Albert Sabin, una vida consagrada a la humanidad; Osvaldo Loudet, vida, obra y pensamiento (conferencia pronunciada en la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, el 28 de noviembre de 1986), de quien asimismo habló en la inhumación de sus restos, el 8 de octubre de 1983; Bernardo A. Houssay, adalid y precursor de la investigación científica en la Argentina (Academia Nacional de Ciencias, 15 de junio de 1987); Luis Federico Leloir, grandeza y humildad de la investigación (Academia Nacional de Ciencias, 28 de noviembre de 1988); José Arce, a 110 años de su nacimiento (Academia Nacional de Ciencias, 9 de octubre de 1991); Mariano R. Castex, al cumplirse el trigésimo aniversario de su fallecimiento (Academia Nacional de Ciencias, 29 de julio de 1998).

Con motivo del discernimiento de premios y becas, Fustinoni evocó a otras figuras de las ciencias médicas: Eduardo Braun Menéndez, Alfredo Lanari, Eduardo de Robertis, Armando Parodi, Roberto E. Mancini, Braulio A. Moyano, Salvador Mazza, Carlos A. Gianantonio, Héctor Marino y Marcelo Royer.

Discernimiento histórico y valoración de las doctrinas médicas

El 9 de septiembre de 1949, Osvaldo Fustinoni disertó acerca de este tema. Comenzó refiriéndose a la evolución de los conocimientos médicos y expresó:

“Cuando contemplamos la acción del hombre frente a la enfermedad, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente, vemos que esa acción está regida por las ideas que el género humano ha tenido en cada época sobre el origen de aquélla. Así, el habitante de los tiempos prehistóricos vio la enfermedad como la consecuencia de una influencia maléfica y no de causas naturales, como lo creemos ahora.

“Es necesario llegar hasta el gran Hipócrates, 469 a.C., para desechar que la enfermedad sea un maleficio o un castigo de los dioses y que depende en cambio de ciertas causas naturales.

“Nada importante –puede decirse– existió en medicina antes de Hipócrates; sus enseñanzas debían animar los 25 siglos siguientes.

“Roma no legó nada a la medicina, quizás por el menosprecio con que miraba al médico.

“Sin embargo, Celso, un romano, dejó una obra no igualada en cuanto a la completa descripción de los conocimientos médicos de su tiempo, denominada ‘De re Medicina’. Este período grecorromano debía culminar con un hombre, Galeno, cuyas enseñanzas se mantendrían por espacio de 1200 años.

“El predominio de la Iglesia Católica, con el advenimiento del cristianismo y la caída de Roma –continuó Fustinoni–,

sustituye a la medicina científica por la medicina canónica. Los enfermos acuden con gran fervor a la Iglesia en busca de salud moral y física. La enfermedad se mira ahora como castigo de los pecados cometidos; muchos sacerdotes son a la vez médicos y los remedios consisten en la oración, la abstinencia y el arrepentimiento. Es la época de la medicina dogmática.

“El Medioevo contempló el florecimiento cultural del Islam, a quien debió la medicina una notable aportación.

“Finalmente, durante la Edad Media surge la primera escuela médica organizada de Europa: la de Salerno, y parece que en ella ya enseñaron doctoras de nombres sugestivos: Trótula, Abella, Constanza y otras”.

Fustinoni comentó luego la medicina en la época del Renacimiento y sostuvo:

“En el orden médico podemos afirmar que el Renacimiento surgió con el perfeccionamiento de los conocimientos anatómicos; el cuerpo humano fue mirado por los artistas como un elemento de belleza y por lo tanto se requirió un amplio dominio de su anatomía.

“En el Renacimiento se observa igualmente la expansión de la cirugía. Un francés, Ambroise Paré, dotado de aguda observación, elevado amor por el arte de curar y gran laboriosidad, adquirió admirable experiencia en las campañas militares de su época y alcanzó una habilidad quirúrgica extraordinaria”.

Luego analizó Fustinoni la obra de Paracelso, enigmática figura que se yergue también en esta época contra el pasado, y prosiguió:

“El ciclo renacentista se extingue en el siglo XVII, en el que vemos iniciarse un movimiento que ha de madurar en los siglos siguientes y que conducirá al gran desarrollo de la medicina científica. Punto inicial en el trascendente descubrimiento de la circulación por Guillermo Harvey.

“En el siguiente siglo comienzan a estudiarse las lesiones anatómicas que las enfermedades determinan, y nace así la anatomía patológica”.

Se adentró posteriormente Fustinoni en la medicina del siglo XIX, el siglo de la medicina científica, es decir, de la medicina no sólo basada en la observación, sino también en la experimentación y en la aplicación de las leyes, y de los progresos de la física y de la química a la patología.

Después de mencionar las figuras de Claude Bernard, Luis Pasteur –fundador de la bacteriología–, Koch y Eberth, entre otros, rescató los aportes de Jean Martin Charcot y de Sigmund Freud.

Expresó seguidamente Fustinoni:

“Paralelamente, el campo de la actividad médica sufre una gran escisión; el cuerpo humano no puede ser abordado en forma unitaria por un mismo médico, el denominado médico general, sino que queda parcelado, parcelas que atañen a

distintos médicos, cada uno perito eximio de esa zona. Surge así la especialización, y el médico se fragmenta en ginecólogo, en urólogo, en neurólogo, en psiquiatra...

“Pisamos ya en pleno siglo XX un terreno firmísimo, pues aquel conjunto de reglas empíricas que nutre a la medicina de muchos siglos ha sido reemplazado por una técnica perfecta, fundada en conocimientos ciertos que permiten llegar a diagnósticos muy sutiles.

“Los avances médicos en las últimas décadas son tan extraordinarios que exceden ampliamente a los logrados durante los milenios de la civilización que llevamos. ¿Cuál es su explicación? La investigación en gran escala y la aplicación de los elementos suministrados por otras ciencias”.

Fustinoni se refirió luego al concepto de la medicina general:

“Hasta principios de este siglo el dominio médico comprendía tres ramas que actuaban con cierta independencia, se puede decir casi desde que existe el arte de curar.

“Estas ramas son la medicina, la cirugía y la obstetricia. Pero se descubren las hormonas, las vitaminas, la insulina, las sulfamidas, la penicilina, los rayos X, los virus, la electrocardiografía, la electroencefalografía, y paralelamente se ven fragmentar estas ramas en numerosas subdivisiones. Antes un solo profesional bastaba para cumplir su misión dentro del dominio respectivo. De ahí que se lo denominara el médico general o el cirujano, pero desdichadamente después de haber cumplido una función útil en el sentido sanitario y social

han pasado a la categoría de seres casi inexistentes pese a que, como lo afirma Guthrie, constituyen la columna vertebral de la profesión médica. Nos proponemos demostrar la necesidad de que perduren. Abonan nuestro punto de vista las siguientes razones: la salud como la enfermedad no se refiere a un órgano o a una parte del organismo, sino a la totalidad del individuo, e individuo es etimológicamente lo que no se puede dividir. El médico general posee este valor, el de abarcar esta individualidad; el de comprender que el paciente no es sólo un cuerpo enfermo sino un espíritu que sufre. Es el único capaz de abordar panorámicamente la situación patológica. Claro está que debe estar al tanto de todo lo que a su ciencia se refiere y no sólo conocer todas las innovaciones, sino tener discernimiento crítico respecto de las mismas. En esta forma podrá actuar a la manera de un comandante en jefe en el campo de batalla de la enfermedad, haciendo actuar a los especialistas cuando ello sea menester. Es, pues, el hombre que domina el conjunto, concentra y simplifica el saber y posee el valor de la síntesis”.

Respecto del especialista Fustinoni expresó lo siguiente:

“Frente al médico general aparece hoy otra jerarquía médica que conoce una boga extraordinaria, el especialista (cardiólogo, endocrinólogo, dietólogo, gastroenterólogo, cancerólogo, hemoterapeuta, anestesista). Lo curioso es que casi siempre el especialista se titula así ‘motu proprio’, pues su título oficial dice simplemente que es médico o doctor en medicina como el médico general. El vulgo acepta muy

complacido el autotítulo de especialista. Además, al decir especialista parece jerarquizársele, vale decir, colocarlo en un estrato superior al médico general, y resultado de ello es que el especialista se tenga por un ente más importante que el médico corriente”.

Seguidamente agregó:

“Es así como se dice que su medicina es de tono mayor y la del médico general de tono menor. La existencia del especialista proviene de la aplicación del principio de la división del trabajo. Se justifica en determinados aspectos del arte de curar que exigen una manualidad o un adiestramiento muy asiduo y continuado, pero, pese a que él cree que su tarea es mayúscula, resulta siempre minúscula, limitando siempre su acción a aquel estrecho campo que profundiza. El hombre es para él una máquina formada por piezas desmontables, una de las cuales conoce muy bien, la que constituye su especialidad; pero carece de la visión del conjunto y olvida que el paciente no es sólo corazón, pulmón, estómago, sino que posee un alma. Tan estrecho es el horizonte de su acción que asombra oírle decir a un especialista del pulmón ante una afección del corazón, como cosa de buen tono: ‘de esto no entiendo nada’, viniendo así a establecer una antinomia precisamente negada por la biología misma, puesto que no hay órganos más correlacionados funcionalmente que el corazón y el pulmón, y como irónicamente señala Oriol, esa afirmación no se atrevería a lanzarla ante un capitel románico, si alguien le interrogara acerca de su emoción estética, o le instase a distinguirlo de un capitel gótico.

“El especialista debe subsistir porque lo exige el progreso médico, pero no con el tono mayor que se atribuye, sino como colaborador en una tarea que coordine y justifique el médico general”.

Después de abordar el concepto de la “moda en medicina”, Fustinoni se refirió a la denominada crisis de la medicina:

“La crisis en medicina reviste varias dimensiones, pero sólo nos referiremos a dos de ellas. Una la denominaremos dimensión científica, la otra dimensión profesional. En su dimensión científica, esto es, como sistema racional de conocimientos referentes al estado de salud y enfermedad del hombre, el debate crítico se inició hace varios años con la obra de un biólogo insigne, Alexis Carrel, que causó sensación: ‘La incógnita del hombre’. Carrel plantea en primer término la ignorancia en que nos hallamos respecto al género humano”.

Dijo posteriormente Fustinoni:

“La otra dimensión de la crisis, la crisis profesional, se puede resumir como una pugna abierta entre una profesión médica liberal y una profesión médica planificada. En el primer caso, el médico se mantiene en una postura singular, con un perfil independiente; tiene aire de apóstol y siente la satisfacción de salvar la vida de sus enfermos. En el otro caso, el médico se convierte en una pieza de máquina, se burocratiza, se transforma en funcionario.

“Esta crisis profesional se ha planteado con gran intensidad en estos años en Gran Bretaña. Se estableció en esta nación un sistema de estatización de la profesión médica en que los profesionales prestan asistencia a la población por cuenta principalmente del gobierno. Al señalarse este propósito la Asociación Médica Británica, previa encuesta entre sus asociados, llegó a una conclusión adversa, pero aceptó el sistema cuya aplicación se inició a principios de 1948. No ha transcurrido mucho tiempo sin que hayan aparecido los inconvenientes del nuevo sistema. La asistencia médica ha descendido a un nivel muy inferior. ¿Cuál es la causa de este fracaso? A nuestro modo de ver son varias: en primer término una razón psicológica; en ese drama humano que es el hombre y su padecimiento, es evidente que éste ha de sentirse más confortado cuando conoce a su médico o puede elegirlo a su libre albedrío, que cuando se lo dispensa el azar, porque figura en la lista o en el turno del distrito sanitario en que vive. Falta aquí aquel elemento, la fiducia o fe indispensable en toda acción curativa. En segundo término, una razón económica. Los honorarios que se asignan al profesional son inferiores a los que obtiene con el ejercicio liberal y con ello se le veda la posibilidad de perfeccionar su técnica y sus conocimientos”.

Finalizó Fustinoni su alocución, expresando lo siguiente:

“En el panorama médico-histórico que ha desfilado ante nosotros hemos visto sucederse métodos, doctrinas, sistemas, cada uno de los cuales ha implicado una superación,

un progreso con respecto a los anteriores, en algún caso una verdadera revolución.

“Pero no olvidemos que la medicina no ha cristalizado aún como ciencia, que se trata de una ciencia en formación y que no ha podido independizarse de ciertas ataduras del pasado.

“El ejercicio profesional se ha diversificado y han surgido los especialistas. Estos no pueden ahogar al médico general, cuyo papel ha de ser principalísimo, de mayor jerarquía, eje real de la práctica médica.

“El Estado tiene un deber: estimular y conferir ayuda a la investigación, sin limitar la iniciativa, y proveer los medios de asegurar la salud y evitar las enfermedades, es decir, la higiene médico-social y la medicina preventiva. Es cierto que también en la medicina existe un problema crítico, pero de esta crisis ha de surgir algún nuevo método fecundo que le haga imprimir nuevos y grandes avances.

“Entretanto, procuremos que médicos y enfermos conozcamos el largo camino y fecundo recorrido por el arte de curar y percibamos en ellos, como en todo lo vital, también el sentido de la eternidad y de lo divino. Que los primeros, junto con su ciencia, mantengan el soplo ético que legó Grecia y la preocupación humanista que le imprimió el Renacimiento, de modo que en el mundo convulsionado del presente continúen siendo paradigma de comprensión, generosidad y tolerancia”.

La vida prolongada y sus problemas

El 7 de agosto de 1959, Osvaldo Fustinoni se refirió al citado tema, y expuso soluciones frente al aumento de la po-

blación senil. Todas estas ideas las plasmaría posteriormente en sus libros “La Tercera Edad” (1980) y “Gerontología y Geriatría” (1986).

Los estudios médicos en la República Argentina. Origen, desarrollo y proyección

El 29 de septiembre de 1967 Fustinoni disertó sobre los estudios médicos en nuestro país.

Al comienzo de su conferencia se refirió al cuadro del pintor González Moreno, emplazado en el aula magna de la Facultad de Medicina, en el que se representa el juramento como protomédico del doctor Miguel Gorman frente al virrey Vértiz y otros personajes principales de la época.

“Esto ocurría el 17 de agosto de 1780.

“Pero habrían de pasar aún 20 años antes de que la formación de médicos fuera una realidad en el país, pues hasta ese entonces el protomedicato, institución de carácter medieval, sólo actuó como tribunal de habilitación de los profesionales del arte de curar: médicos, boticarios, etcétera.

“En virtud de lo dispuesto por el rey Carlos IV, el –en ese entonces– virrey Olaguer y Feliú nombró, en enero de 1799, catedráticos de medicina a Miguel Gorman y de cirugía a don José Capdevila, que debido a su avanzada edad debió renunciar y fue reemplazado por el licenciado Agustín Eusebio Fabre. El mismo Gorman tuvo que desistir por razones de salud y lo sustituyó Cosme Mariano Argerich.

“Es curioso que los dos catedráticos inicialmente nombrados no pudieran realizar su cometido.

“A Miguel Gorman se debe la creación de la enseñanza médica en lo que habría de ser luego nuestro país, pues hasta 1780 no hubo siquiera la menor intención de implantar este tipo de estudios. Gorman fue un hombre muy activo, culto, erudito, íntegro y enérgico. Se atrajo muchos enemigos, pero puso orden en la caótica situación en que se hallaba la medicina en la época colonial. Hizo guerra sin cuartel al charlatanismo y desplegó gran dinamismo en la lucha contra las epidemias.”

Fustinoni recordó que las primeras clases se dictaron en la esquina de Alsina y Perú, entonces Potosí y Representantes, para pasar luego a dictarse en la casa particular del doctor Argerich y en algunas aulas del Colegio San Carlos, actualmente Colegio Nacional de Buenos Aires. Analizó después la evolución de esos estudios hasta el advenimiento de Rosas.

“Se aproxima la noche oscura; los estudios médicos continuaban desarrollándose con aparente normalidad, pero en el año 1835 se produce un hecho que revela el poco respeto que se tenía por la institución. Juan Antonio Fernández es destituido por Rosas y reemplazado por Miguel Rivera, su cuñado por matrimonio con su hermana Mercedes.

“Poco después, en 1838, Rosas infiere a la Universidad el zarpazo definitivo, quitándole el presupuesto y suprimiendo, por lo tanto, el sueldo a los profesores y disponiendo que los emolumentos fueran pagados por los alumnos.”

Fustinoni se refirió al resurgimiento de la Universidad, como consecuencia del derrocamiento de Rosas, y recordó la medida del gobernador Vicente López por la cual se reorganizaba la enseñanza de la medicina. Evocó los discursos pronunciados en la inauguración del nuevo local, en el Hospital de Hombres, y después expresó:

“En el año 1860, recién instalada la Facultad en la calle Comercio, se graduaron 12 médicos, que eran los mismos 12 estudiantes que habían ingresado a primer año, hecho revelador de la vocación con que éstos habían abrazado la carrera médica. ¡Ni una deserción, ni una baja!

“La colación de grados se hacía con gran pompa: toga, birrete con borla, anillo doctoral y padrino.

“En el edificio de la calle Comercio funcionó la escuela médica, hasta que en 1880 pasó a ocupar los locales del flamante Hospital Buenos Aires, o sea el actual Hospital de Clínicas (se refiere al viejo Hospital, hoy demolido), que fue planeado e inspirado en un hospital berlinés y que era un verdadero modelo de concepción para su época.

“El Hospital quedó a cargo de la Facultad de Medicina a partir del 14 de junio de 1884. Felizmente la introducción de la antisepsia permitió desterrar del flamante nosocomio aquellas terribles infecciones que en el viejo Hospital de Hombres habían llegado a ser de gravedad extrema, y a menudo mortal, hasta las más insignificantes intervenciones quirúrgicas, confiriéndole una fama tétrica. Manuel T. Podestá, doctorado en 1878, y que lo frecuentaba, lo ha descrito en su novela ‘Irresponsable’ como un lugar dantesco”.

Después de comentar algunos aspectos de los estudios en la Facultad de Medicina que funcionaba en Córdoba, el disertante se extendió sobre la que en Buenos Aires se constituyó en 1939 “gracias al dinamismo y el desvelo del doctor José Arce”. Luego se ocupó del funcionamiento universitario en otras zonas del país, tanto en el plano oficial como privado.

Más adelante expresó Fustinoni:

“Si bien los estudios médicos en nuestro país permitieron –como se pudo apreciar por los hechos narrados– la formación de profesionales del arte de curar en un número satisfactorio para las necesidades de la población, y del seno de las facultades surgieron notables médicos y algunos investigadores que impulsaron el adelanto científico, su desarrollo no siguió una línea continua de progreso porque variados factores lo perturbaron en diversas épocas.

“Ya hemos aludido a lo que aconteció durante la época de Rosas, pero en el presente siglo, la labor universitaria se vio igualmente alterada en diversas oportunidades.

“En 1905 medidas arbitrarias, tomadas con algunos profesores que protestaron por la designación de ciertos catedráticos, motivaron una huelga estudiantil que dio por resultado la eliminación de la Academia de Medicina en el manejo de la Facultad.

“Esto significó en algún grado una protesta por la conducción aristocrática que la Academia había impreso a la dirección de la Facultad.

“Pero la gran conmoción se suscitó en el año 1918, en que aconteció el movimiento denominado de Reforma Universitaria.

“Una serie de circunstancias gravitaron en ese suceso. Se estaba todavía en la Primera Guerra Mundial y esta contienda, que llevaba 4 años de destrucción y de ingentes sacrificios materiales y humanos, había creado un anhelo general de paz y de medios que evitaran las guerras. Por otra parte el país vivía una época de desarrollo económico intenso. El número de estudiantes, como consecuencia del gran crecimiento demográfico, era importante. Con el aporte inmigratorio, la fisonomía social tradicional del país iba sufriendo un cambio y las clases dirigentes se veían ya jaqueadas por una pujante clase media que, con el otorgamiento del voto obligatorio y secreto, había logrado incorporar en el Poder Legislativo y Ejecutivo a figuras que encarnaban sus ideales.

“A mediados del año 1918, como consecuencia de conflictos suscitados en diversas facultades del país, se reunía en Córdoba un congreso de estudiantes en el que estuvieron representados los alumnos de todas las universidades existentes.

“Fue allí donde surgió el clamor de la Reforma, que buscaba democratizar las universidades, eliminar sus resabios feudales, imponer la libertad de enseñar y obtener la participación de los estudiantes en el gobierno de sus respectivas casas de estudio.

“En verdad los propulsores del movimiento soñaron con propósitos más trascendentes, pues el manifiesto inaugural decía: ‘Pisamos una revolución, vivimos una hora ameri-

cana'. Es decir, que todo el continente participara en sus propósitos.

“Sin embargo, aunque la Reforma repercutió en otros países americanos, su destino fue mucho más modesto y se limitó a lograr la docencia y la participación estudiantil en la conducción de las facultades por medio de delegados elegidos por el voto de los alumnos”.

Fustinoni se refirió seguidamente a los progresos logrados en los estudios médicos:

“En la Facultad de Medicina se reglamentó la docencia libre en 1919, de acuerdo con un excelente proyecto de Gregorio Aráoz Alfaro, y se comenzó a practicarla con resultados proficuos. Al año siguiente se dictaron ya 18 cursos libres completos y su número fue en creciente aumento.

“La Reforma fue, sin duda, un movimiento inspirado en el progreso de la enseñanza superior, pero sus corolarios suscitaron abundantes crisis de disciplina, tanto en Buenos Aires como en La Plata, en el Litoral como en Córdoba, generalmente con más gravedad en las universidades del interior.

“¿Por qué? ¿Qué ocurría?

“El aspecto electoral de la Reforma derivó en frecuentes pretextos para interrumpir a cada rato la vida normal de las casas de altos estudios; los actos comiciales no fueron siempre puros, las finalidades espirituales fueron desvirtuadas por elementos políticos que buscaban e introducían el fermento de su partidismo entre los estudiantes; así, dicho sistema trajo a

la arena universitaria las pasiones políticas, los métodos de propaganda de los partidos, sus 'slogans' destemplados y las tácticas de lograr el triunfo sin tener en cuenta principios ni ideales, y la Universidad, que en materia política como religiosa debe ser neutral, se vio invadida por los profesionales y los métodos de la política.

“La consecuencia fue que las normas tradicionales de disciplina escolar, como lo dijo Ricardo Rojas, no bastaron ya para conducir las casas de estudio y se requería de sus dirigentes cierta capacidad política”.

Fustinoni recordó entonces que en 1919 se creó el Instituto de Fisiología, dirigido por el profesor Bernardo A. Houssay, al que siguieron luego los institutos de Anatomía y Fisiología Patológicas, el de Anatomía, el de Histología y Embriología, el de Medicina Legal, el de Clínica Quirúrgica, el de Semiólogía, el de Higiene, etcétera.

“Hasta 1944 el progreso fue sin duda prácticamente ininterrumpido, pero los avatares políticos del país, a partir de esta fecha, debían repercutir sobre las casas de estudio en una medida que traía al recuerdo lo acontecido en la época rosista.

“Se asistió al avasallamiento progresivo de las facultades, y muchos de sus profesores debieron interrumpir su labor por no comulgar con el régimen imperante, caracterizado por un espíritu puramente sectario y demagógico”.

Expresó seguidamente Fustinoni:

“La Revolución Libertadora de 1955 dispuso la intervención de las universidades, depuró su profesorado y dictó un decreto que posteriormente se convirtió en ley, reorganizándolas sobre nuevas bases.

“Dio a las mismas una autonomía total, pues las designaciones de los catedráticos no requirieron ya el nombramiento por el Poder Ejecutivo Nacional, e introdujo en el sistema de gobierno de las universidades y de las facultades el denominado ‘sistema tripartito’, o sea que estaban representados en el Consejo Superior Universitario y en el consejo directivo de las facultades los estudiantes con mayoría y minoría para cada uno de los claustros respectivos.

“Esta organización favoreció, como ocurrió con la Reforma del 18, la politización de las casas de estudio y volvieron a reproducirse las situaciones que ya hemos mencionado”.

Fustinoni consideró seguidamente las conclusiones del Primer Congreso de Educación Médica, efectuado en 1957, y luego afirmó:

“La medicina ha evolucionado en el sentido de adquirir cada vez más el carácter de ciencia y disminuir cada vez más el de arte. Los métodos pedagógicos forzosamente tienen que adaptarse a este cambio fundamental.

“Los hombres responsables de la preparación de médicos debieron realizar planes, programas y métodos de enseñanza

y adaptarlos a la nueva situación, para lo cual ha tenido que modificarse forzosamente la antigua estructura.

“Se estableció que en la formación médica deben cumplirse tres etapas: una primera, de formación premédica; una segunda, constituida por las disciplinas básicas; y la última, por las disciplinas clínicas.

“Con este sistema se ha logrado una serie de ventajas: primero, distribuir los estudiantes en una forma más proporcionada, evitando el abarrotamiento de las cátedras oficiales; segundo, posibilidad de un mayor contacto, tanto en el aspecto médico como en el humano, de los estudiantes con sus camaradas y profesores; tercero, oportunidad de ver y hacer personalmente; cuarto, realizar el estudio de las asignaturas en un lugar donde los profesores no van como visitantes o desconocidos, sino que constituye el sitio de sus quehaceres cotidianos”.

Más adelante, dijo Fustinoni:

“¿Estos objetivos han podido ser logrados por las facultades actuales? Para responder a esta pregunta se hace necesario considerar dos hechos muy importantes, que son el número de alumnos a los que se puede impartir una enseñanza como la que se propicia en la actualidad y los recursos crematísticos necesarios e indispensables para obtenerlos.

“Desgraciadamente ninguno de estos dos hechos se cumplen. ¿Por qué? Alguna excepción, la mayoría de las facultades tiene plétora de estudiantes y las asignaciones de

presupuesto son notoriamente insuficientes, agravado esto por la gratuidad absoluta de la enseñanza que se brinda y los costos marcadamente ascendentes ocasionados por nuestra hasta ahora economía inflacionaria.

“En nuestro entender los estudios médicos deben organizarse teniendo en cuenta que las facultades de medicina no pueden admitir un número ilimitado de estudiantes; por consiguiente debe hacerse un ajuste estricto entre ese número de alumnos y las posibilidades de la capacidad docente de los establecimientos. Con esto no queremos significar que se impida el acceso a los estudios médicos de las personas que tienen vocación”.

Expresó por último Fustinoni:

“Con vuestra benevolencia hemos hecho un largo recorrido por los caminos pedregosos de la historia de la educación médica en nuestro país; hemos visto así sucederse numerosas generaciones que se han ido transmitiendo de mano en mano la antorcha de los conocimientos, cada vez más luminosa por el aporte sucesivo del progreso. La modestia de su origen nos hace reverenciar su pasado; los hombres que la han tenido luego, bajo su responsabilidad, merecen nuestro respeto y son los manes que deben inspirar nuestro futuro. Laboremos porque ella esté de acuerdo con los mayores avances científicos de la hora y al servicio del progreso de nuestra patria y del bienestar de sus hijos, y estemos seguros de que aquéllos, desde los arcanos inaccesibles del más allá, nos aprueban con el silencio de sus sombras venerables”.

Los médicos argentinos en la literatura vernácula

El 2 de junio de 1978, Osvaldo Fustinoni ocupó la tribuna del Instituto Popular de Conferencias para hablar de los médicos escritores. Inició su disertación afirmando que *“vivimos tiempos de crisis”* y agregó seguidamente que esta crisis se funda en dos premisas: *“de un lado, que los extraordinarios progresos conseguidos en la vida no han tenido su equivalencia en la faz espiritual, y por otra parte, las necesidades del hombre han aumentado en una medida superior a las posibilidades de satisfacerlas. Sin mucho razonar, pues, podemos decir que estos hechos podrían ser la causa de la crisis de la moral, de la política, de la economía, de la familia. ¿Pero podríamos por ello hablar de una crisis de la medicina?”*.

Dijo entonces que, en los últimos 25 años, la medicina encontró la causa de muchas enfermedades, descubrió otras nuevas y una terapéutica altamente eficaz que ha permitido curar el dolor, cuando no erradicar procesos que se tenían por incurables. Señaló que el hombre ha prolongado su vida y vive rodeado de comodidades materiales mayores que antes. *“¿Pero es más feliz?”*. Después de diversas consideraciones, en las que criticó el excesivo parcelamiento de las especializaciones para olvidar *“el organismo como unidad”*, dijo: *“Hay que repetir que existe una fatal escisión entre lo que es espiritual y lo que es el quehacer práctico de la concreta existencia. Así el hombre se segmenta en sectores sin comunicación entre sí. Hay que integrar al hombre atomizado. El espíritu debe inundar la vida en todas sus dimensiones.*

“Los grandes médicos siempre han sabido, indiferentes a sí mismos y también en cuanto a las bajas de sus coetáneos, analizar la propia persona y su disciplina, y entonces el médico siente la angustia de su propia conciencia. Por ello, al margen de su diario menester, volcó en páginas escritas a través de lo tétrico, de lo poético, de lo social, de lo político, del teatro, su angustia del diario trajinar profesional. Y lo hizo, no empuñando el escalpelo, sino la pluma. Comprendió que a medida que su poder curativo aumentaba con las armas terapéuticas modernas, crecían en él doradas inquietudes, como si castigado por haber jugado a aprendiz de brujo, no podía juntar el rompecabezas que las partes disgregadas por la superespecialización había creado para formar el todo individual, particular y único de su paciente.

“Muchos fueron los médicos que cultivaron la poesía, desde lo tétrico hasta lo lírico. Ricardo Gutiérrez, Casinelli, Cuenca, Del Campo, Delboy y muchos otros. Nos ocuparemos de Baldomero Fernández Moreno, nacido en Buenos Aires el 15 de noviembre de 1886. A los seis años viajó a España con su familia que se radicó en Barcelona y vivió allí hasta 1896. Cursó luego en Madrid parte del bachillerato y en 1899 regresó a Buenos Aires y terminó en el Colegio Central estos estudios. Ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires donde recibió su título de médico en el año 1912 y como tal actuó en Chascomús y en pueblos de la entonces gobernación de La Pampa hasta 1924.

“Desde ese momento hasta la fecha de su muerte, el 7 de julio de 1950, se dedicó a la enseñanza de la literatura en colegios secundarios”.

Reseñó entonces la trayectoria poética de Fernández Moreno, comentó algunos de sus libros, en los que destacó “*la frescura y sencillez con que se acercó a las realidades cotidianas*”, y citó juicios acerca de su obra de Martínez Estrada, Borges y Banchs. Después de enumerar los temas dominantes de su poesía, Fustinoni dijo que Fernández Moreno no pudo despojarse de su condición de médico y leyó el famoso ‘Soneto de tus vísceras’:

*Harto ya de alabar tu piel dorada,
Tus externas y muchas perfecciones,
Canto al jardín azul de tus pulmones
Y a tu tráquea elegante y anillada.*

*Canto a tu masa intestinal, rosada,
Al bazo, al páncreas, a los epiplones,
Al doble filtro gris de tus riñones
Y a tu matriz profunda y renovada.*

*Canto al tuétano dulce de tus huesos,
A la linfa que embebe tus tejidos,
Al acre olor orgánico que exhalas.*

*Quiero gastar tus vísceras a besos,
Vivir dentro de ti con mis sentidos.
Yo soy un sapo negro con dos alas.*

“Aunque no carece de ingenio, justo es reconocer lo tétrico de esta pieza. Al dolor, la sangre, la muerte y los restos

humanos, amén de lo imprevisto, lo imprevisible y lo inexorable siguen perpetuamente al médico. Podemos decir pues que Baldomero Fernández Moreno fue un médico poeta.

“Similares consideraciones podemos formular acerca de la poesía de Ricardo Gutiérrez. Aunque Gutiérrez, uno de nuestros primeros poetas líricos y fundador del Hospital de Niños, no cultivó una poesía que podemos llamar tétrica, toda su obra es de un sabor amargo, aunque impregnado –lo que lo lleva a un buen final– de una profunda fe cristiana”.

Se ocupó seguidamente de Marcos Victoria, neurólogo destacado, que tiene además de su producción poética una vasta labor de escritor que abarcó la narrativa de ficción, el teatro y el ensayo. Después de analizar su producción poética, expresó: *“Disfruté con Victoria de una larga amistad; le asistí como médico hasta sus últimos días, fui así testigo de su honda espiritualidad y conocí y aprecié su estoicismo ante el mal inexorable y fatal. Nunca oí una queja de sus labios ante el intenso sufrimiento y lo vi fervoroso trabajando hasta el final en el libro que no pudo ver publicado: ‘Teoría del ensayo’.*

“Marcos Victoria poseyó un talento múltiple, que le permitió descollar en los más variados géneros literarios y en su profesión médica, que lejos de interferir en su dedicación a las letras lo impulsó a ellas”.

Fustinoni se refirió luego a la actividad teatral en Buenos Aires, desde la época de su precursor, Manuel J. de Lavardén, hasta los típicos sainetes de entraña popular y pintoresca:

“Muchos fueron los médicos que tuvieron al teatro como tribuna de sus exteriorizaciones literarias: Carlos Damel, Gonzalo Bosch, Pedro Benjamín Aquino, Francisco A. Sicardi, José Eneas Riú, Faustino Juan Trongé, Arturo Lorusso, Enrique T. Susini, entre otros, de los cuales nos hemos ocupado en varios artículos periodísticos. En contacto con los más variados tipos humanos, con el dolor y la muerte, y la realidad política del país, tomaron los argumentos para hacer a través del teatro la crítica de la sociedad en que vivían, así como el análisis de sus costumbres”.

Se extendió luego en el comentario a la obra y la personalidad de Carlos Damel, que fue médico de los hospitales Fernández, Piñero y Rawson, y recordó sus piezas en colaboración con Camilo Darthés, como ‘El viejo hucha’ y ‘Los chicos crecen’. Criticó la “comercialización desafortunada de la escena”, que rebajó el valor de los sainetes de otros autores, y añadió:

“Sin embargo, ninguno de los médicos cultores del teatro cayó en esta tendencia y siempre en su mente estuvo presente la medicina y su entorno.

“Es así como estos médicos, empuñando la pluma y dando vida a sus obras, si bien disímiles en su significado, constituyeron un valioso aporte para la literatura nacional, llegando así con la simplicidad y la inocencia de la vida cotidiana a trazar el cuadro de la realidad social del país”.

Se refirió a continuación a la personalidad de varios médicos políticos:

“Uno de ellos, Nicolás Repetto, se vio absorbido por dos pasiones más que vocaciones, la medicina y la política. Una larga y fecunda vida lo hizo descollar en ambas. Tuvo la virtud de una serenidad estilística que le permitió recopilar, pausadamente, con una proyección más regionalista que universal, a modo de anecdotario, los hechos menudos o magnos que fueron salpicando la existencia del país y la suya propia”.

Comentó Fustinoni los libros “Mi paso por la medicina” y “Mi paso por la política” del doctor Repetto. Citó párrafos de esos volúmenes y más adelante expresó:

“Más de 90 años de vida sirvieron para que este argentino, hijo de inmigrantes italianos, dejara escrita con su pluma de gran belleza narrativa una historia cálida con su prisma particular, pero en honor a la verdad, bastante desprovista –si se la sabe leer– de color partidario.

“Otros legisladores y políticos, entre los que recordamos a Wilde, Rawson, Agote, Cantón, Justo, Giménez, Dickman y Padilla, de distintas extracciones políticas y de ideologías dispares, volcaron también en la palabra impresa sus vivencias emocionales, sus inquietudes como profesionales, quizá con distintos matices, pero todos ellos imbuidos de una misma

pasión por el bien público. Medicina, política y literatura, aunadas, para servir a la patria”.

Evocó entonces la personalidad como filósofo del médico argentino Alejandro Korn, de quien después de recordar datos biográficos y comentar algunos de sus libros, se detuvo en ‘Poemas’, obra escrita en alemán, inspirada en Heinrich Heine, cuya versión castellana estuvo a cargo de Ernesto Palacio:

“Cuando tenía 75 años, en 1935, publicó ‘Apuntes filosóficos’, un libro donde dejó a un lado el lenguaje técnico para hacerlo accesible al gran público. Escrito con estilo ameno, pretende –en toda su obra– llegar a la juventud por la que sintió verdadera vocación de orientador, sintiéndose él mismo, con su ímpetu, un joven de espíritu. En una parte del libro dice: ‘Los progresos materiales crearon la civilización, los mitos, la cultura. Todo sentimiento tiende a manifestarse, porque el hombre físico no es una cantidad distinta del hombre psíquico. Es una unión indisoluble sin división posible’, lo que define sintéticamente su pensamiento filosófico”.

Se refirió, asimismo, a la obra escrita por José Ingenieros:

“Su producción literaria es múltiple. No intentaré bosquejar toda su obra que me llevaría a un prolongado estudio. Dentro de sus escritos ‘El hombre mediocre’ ocupa un lugar relevante. Al ser nombrado profesor de Medicina Legal quien ocupaba el segundo lugar de la terna que él encabezaba,

abandona sus ocupaciones, distribuye su biblioteca y parte a Europa. Los ideales que alentaron sus pensamientos fueron los universales del trabajo, estudio, energía aplicada a las vivencias totales de dignidad, deber moral y cultura”.

Comentó luego Fustinoni la labor literaria del médico David Prando, de quien destacó los valores de sus libros ‘Majaderos eruditos’, ‘Médicos humoristas’, ‘La tijera de Bermúdez’, ‘El arte de curar’ y ‘El buen médico’. Señaló que en casi todas estas obras la forma elegida fue el diálogo, y a través de ellas realizó Prando *“una crítica constructiva de los males de nuestra profesión y los problemas universitarios de la época.*

“Hombre de fina cultura, amante de los clásicos y profundo conocedor de Cervantes, no escapa a su fino humor una elegancia de estilo, que aunque propio, lo acerca a los clásicos de la lengua. Ubicaremos a Prando entre los humoristas a quienes cabe bien aquello de ‘corrigo riendo mores’. Prando, escritor intuitivo, autodidacta, fallece en Buenos Aires en marzo de 1949. En su hijo Alberto, diplomático, escritor de fina pluma, pintor, crítico de arte y hombre de mundo, perduran las virtudes que adornaron a David Prando”.

Quiero destacar precisamente la gran amistad que unió a Osvaldo Fustinoni con Alberto Prando y que perduró incólume en aquélla de sus hijos Juan Carlos Fustinoni y David Prando, destacado historiador y vexilólogo.

En la parte final de su exposición, expresó Osvaldo Fustinoni:

“Todo acto médico es siempre un coloquio singular y particularísimo para cada ser. Si en otra relación humana cabe solamente el interés, la ventaja, el placer, aquí siempre debe estar presente la comprensión y el amor. Y esta pasión profesional escapa a los más sofisticados elementos técnicos descubiertos o por descubrirse. Por eso la medicina está imbuida de cierta aureola que la nimba como a ninguna otra profesión. Así lo entendieron los que con la pluma ensayaron cubrir las falencias que no poseían, seguramente, en su técnica profesional. Unos, los poetas, llevando a la altura del sentimiento sus más puras emociones; otros, bosquejando a través del teatro la vida multiforme que, en el diario trajinar, observaron en sus enfermos; los políticos, imbuidos por el problema social de la miseria y de la enfermedad, perfilaron en las letras estas inquietudes; los filósofos, meditando en los problemas del misterio del cosmos, y de la vida y la muerte.

“Pero todos, angustiados, superados por el problema e impotentes ante ese misterio de la muerte. Lo hicieron por estar animados de una motivación humana y profunda.

“Por eso plasmaron en las letras lo más puro de sus almas. Lo hicieron por bondad, por generosidad, por elevación de espíritu como símbolo del más puro goce terrenal. Muchos más de los aquí mencionados buscaron lo mismo en las letras. Dieron lo mejor de sí mismos, volcaron en la letra impresa sus vivencias más puras, difundieron ideas de altruismo y nobleza, y enriquecieron el patrimonio intelectual de la patria. Honor pues a ellos, ilustres colegas de la historia”.

Bernardo A. Houssay

El 15 de junio de 1987, Osvaldo Fustinoni evocó en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires el centenario del nacimiento del doctor Bernardo A. Houssay y disertó acerca de “Bernardo Houssay, adalid y precursor de la investigación científica en la Argentina”.

Señaló Fustinoni que *“su acción fue señera y ejemplar”* y que su paso por la vida *“fue pleno de realizaciones; no supo de halagos ni comulgó con la demagogia imperante en ciertas épocas de la Universidad; fue un profesor eminente, que hasta sus últimos días tuvo fe en los destinos de su patria. Fue el adalid de la investigación científica y el propulsor de la misma en nuestro país.*

“Al trazar la biografía de Houssay –dijo el orador– nos hallamos en presencia de un magnífico ejemplo de quien, a través de la medicina, encontró su vocación de científico puro, que lo llevó a abandonar el ejercicio profesional de aquélla para encerrarse en el laboratorio de investigación experimental, consagrado por entero al adelanto de una de sus ciencias básicas: la fisiología, llegando a obtener en 1947 el Premio Nobel de Medicina.

“Hasta su aparición –agregó– la Argentina volvía a exhibir notables personalidades dedicadas a la medicina aplicada, como grandes clínicos, grandes cirujanos, grandes especialistas, pero todavía no contaba con un auténtico hombre de ciencia. Houssay no sólo llenó este vacío, sino que luchó denodadamente para impulsar la investigación científica, alentando a quienes mostraron interés en ella y formando una legión de discípulos, algunos de los cuales, como el doctor

Luis Federico Leloir, logró también la distinción del Premio Nobel”.

Más adelante, Fustinoni se refirió a la vasta cultura de Houssay, adquirida a través de años de estudio, y luego afirmó que *“una vez graduado de farmacéutico, inició los estudios de medicina”*. Se refirió a la estrecha amistad que mantuvo con el doctor Abel Sánchez Díaz; a los años que fue practicante en el antiguo Hospital Nacional de Clínicas, hasta pasar a ejercer la docencia universitaria.

“Pese a haberse consagrado al estudio de dos carreras, Houssay –fiel al aforismo de Juvenal (‘mens sana in corpore sano’)– cultivó los deportes; así practicó carreras llanas, logrando el primer puesto en una carrera de ochocientos metros; integró equipos estudiantiles de fútbol y también practicó el rugby.”

En otro de sus pasajes recordativos de la personalidad de Houssay, Fustinoni expresó:

“Fustigando a quienes publicaban trabajos de investigación sin rigor científico, como experimentador seguía estrictamente las reglas del método científico de la medicina experimental, tomando como base las normas claramente señaladas por Claude Bernard en su obra ‘Introducción a la medicina experimental’ y también ‘Las reglas y consejos para la experimentación biológica’ de Santiago Ramón y Cajal”.

Durante su amplia exposición, Fustinoni también trazó claros perfiles del científico evocado, así como de las múltiples actividades desarrolladas por Houssay en el campo de las especialidades que abarcó, y ponderó la creación de los institutos de investigaciones médicas *“para el adelanto del*

país y para el enaltecimiento espiritual y el bienestar de la humanidad”.

Se refirió, asimismo, a las relaciones científico-experimentales que Houssay mantuvo con eminentes profesionales extranjeros durante las primeras décadas del siglo; a las condecoraciones que le otorgaron y a su proficua labor como autor de numerosas obras relativas a la investigación científica.

“Sus ideas para la investigación –dijo Fustinoni– fueron volcadas por Houssay en un pequeño libro titulado ‘La investigación científica’, publicado por la Editorial Columba, en 1955, donde ponía de manifiesto que ‘la ciencia es un producto de colaboración internacional, que crece en el mundo entero por transmisión, aumento, revisión y perfeccionamiento incesante’.

“El cultivo de la ciencia –decía Houssay– desarrolla el espíritu de imparcialidad, justicia y tolerancia; el respeto a la dignidad humana y el sentimiento de los deberes hacia la comunidad.

“En oposición a muchos investigadores científicos que se concentran en su laboratorio ocupándose casi exclusivamente de sus experimentos y se aíslan del medio social que los rodea, Houssay se destacó por cuidar sus tareas y estudios en grado sumo, pero al mismo tiempo, por entregarse generosamente a las solicitudes de los demás.”

Posteriormente, Fustinoni reseñó la labor desplegada por el evocado en su Instituto de Biología y Medicina Experimental, para agregar que *“hoy Houssay es la figura legendaria de la ciencia argentina, la misma a la que dio impulso, señaló*

objetivos, fijó metas y se mostró así como un ser que sometió su vida a una norma de ética rigurosa.

“Investigador severo y meticuloso, académico por antonomasia, conferencista profundo, publicista fecundo, maestro de maestros; su acción fue señera y ejemplar; su paso por la vida fue plena de realizaciones.

“Era un hombre de trabajo cuya inquietud lo mantenía en perfecta vigilia. Siempre estaba activo, investigando, enseñando. No fue un político ni quiso serlo. No supo de halagos ni comulgó con la demagogia imperante en ciertas épocas de la Universidad”.

Expresó finalmente Fustinoni: *“Fue un profesor eminente que hasta sus últimos días, y aun en circunstancias desfavorables, tuvo absoluta fe en los destinos de su patria. Quede para las generaciones jóvenes el ejemplo de esta vida sin par y para todos los argentinos como el arquetipo del investigador y del hombre de ciencia. Por eso decimos que fue el adalid y propulsor de la investigación científica en nuestro país”.*

Luis Federico Leloir

El 28 de noviembre de 1988, Osvaldo Fustinoni disertó sobre la vida del eminente investigador, conferencia titulada: “Luis Federico Leloir, grandeza y humildad de la investigación”. Revistió carácter de homenaje conjunto de las Academias Nacionales, al cumplirse el primer aniversario del fallecimiento del destacado hombre de ciencia.

El acto contó con la presencia de todos los presidentes de las Academias Nacionales con sede en Buenos Aires y

Córdoba, representantes de las universidades de Belgrano, Católica Argentina y del Salvador, además de personalidades del ámbito sociopolítico.

Al comenzar su exposición, dijo Fustinoni:

“Las Academias Nacionales rinden hoy homenaje al Dr. Luis Federico Leloir al cumplirse un año de su fallecimiento.

“Las Academias al rendir este homenaje hacen honor también a su misión.

“Ellas representan un camino sin fin para superar los beneficios del saber y la cultura.

“Sus objetivos más ambiciosos son la posesión de la verdad, del bien y la belleza, en una atmósfera de libertad, de dignidad, de energía creadora.

“Contribuyen a la formación moral de las generaciones, y junto con las universidades representan la más alta expresión del grado de la cultura alcanzada por un país, y constituyen el orden adecuado de la sociedad para la manifestación, progreso y acrecentamiento de las ciencias, las artes y las letras, según reza en el decreto-ley de noviembre de 1955.

“Nada queda subordinado, bajo ningún pretexto, a la pérdida de su plena autonomía.

“Es por eso que al rendir hoy testimonio del homenaje a uno de los hijos predilectos de este país, hacen honor así a los fundadores de su existencia.

“Me cabe el alto honor, que mucho agradezco, de hablar en nombre de ellas”.

Después de agradecer a los señores académicos el honor discernido, Fustinoni no dejó escapar detalles sobre la vida

de Leloir. Tras un bosquejo de su ascendencia navarra, relató el camino científico que lo llevó a recibir, en 1970, el Premio Nobel de Química.

Recordó sus prácticas médicas en el Hospital Municipal José María Ramos Mejía en 1928, donde junto con sus compañeros –quienes lo denominaban familiarmente “Lucho”– creó “una sociedad en parte científica y en parte social”.

Asimismo, destacó su labor como ayudante de investigaciones del Instituto de Fisiología de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, entre 1937 y 1943.

Exaltó su condición de “buen discípulo” ya que tras el golpe del 4 de junio de 1943, Bernardo Houssay fue destituido del profesorado y Leloir se fue tras de él.

Uno de los principales pasos de Leloir en su trayectoria científica, según Fustinoni, fue su tesis doctoral, un trabajo dedicado al metabolismo de los hidratos de carbono que le mereció el Premio de la Facultad de Medicina en 1934 y que signaría su vida por el camino de la bioquímica.

Leloir, *“magro y fino, hablaba muy poco y solía de cuando en cuando descansar fumando un cigarrillo”*. Cambridge y años más adelante Nueva York observaron sus investigaciones.

Según Fustinoni, la entrada en funcionamiento del Instituto de Investigaciones Bioquímicas, Fundación Campomar inauguró un nuevo capítulo en la obra científica de Leloir *“que iba a culminar con la obtención del galardón de la academia sueca”*.

En 1970 se premia el descubrimiento de los nucleótidos azúcares y su función en la biosíntesis de los hidratos de carbono, en reconocimiento por la notable serie de hallazgos que arrojaron nuevas luces acerca del comportamiento del organismo y el conocimiento más perfecto de la diabetes y otras enfermedades internas.

Enterado de la distinción de la academia sueca, el doctor Leloir *“fue fiel a su modestia –indicó Fustinoni– y comentó que ‘por algo tan pequeño me han concedido un premio tan grande’”*.

Fustinoni citó uno de los tantos artículos de Leloir, en el cual menciona que *“uno de los problemas más frecuentes de la investigación científica es cómo organizar el trabajo para arribar a descubrimientos.*

“La habilidad para investigar es algo que uno aprende trabajando con investigadores experimentados –decía–, y es similar a la adquisición de cualquier habilidad, pero el descubrimiento no se brinda con facilidad.

“El objetivo que persigue la búsqueda científica –señaló seguidamente Fustinoni– no es el de establecer verdades eternas, sino el de producir o generar la acumulación de conocimientos capaces de comprender y controlar el medio biofísico que nos rodea y de nuestro propio organismo.

“La historia de la humanidad –dice Papp– está movida por revelaciones, revoluciones, guerras y descubrimientos científicos. Las únicas revoluciones científicas son la copernicana, la newtoniana y la darwiniana.

“Leloir se incorporó con su obra a la legión de científicos que sube los peldaños de una escalera que nunca termina”, afirmó Fustinoni, y finalizó:

“Cuando la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires incorporó en su seno al Dr. Luis Federico Leloir, en el discurso que pronuncié para recibirlo dije que ingresaba a la mencionada entidad una persona que ya era un mito.

“Sus condiciones humanas, su capacidad de trabajo, su renuncia a la vida fácil que la situación social y económica le permitían, su proverbial modestia, su honestidad científica, su solvencia intelectual, su responsabilidad, su patriotismo testimoniado en su permanencia en el país, cuando se le ofreció tanto en el extranjero, lo muestran como una vida ejemplar.

“Si estas condiciones de Leloir sólo bastaran para enriquecer su personalidad, lo señalarían como un modelo de investigador.

“Pero a mi juicio éste trasciende a nuestra comunidad para adquirir las dimensiones de un arquetipo de la argentinidad.

“Este es el hombre que hoy honran las Academias Nacionales. Leloir fue un sabio justo, honrado y bueno. Comprensivo. Quiso verse rodeado de la gente de bien y de talento. Tuvo amigos en todas las latitudes y en todos los ambientes de su patria. Capaz de sentir la más intensa emoción estética y el más profundo amor a la virtud, a la verdad y a la justicia. Fiel a la más ilustre tradición de la patria y abierto a los reclamos de su porvenir. Tenía fe en sus destinos de grandeza. No hacía eco al coro de las alabanzas y no le alcanzaban ni

la envidia ni la insidia. Era capaz de perdonar y gozar de la felicidad en la serenidad de su hogar modelo.

“En horas tan inciertas como las que vivimos, donde tantos jóvenes se sienten frustrados, la vida, la palabra y la obra de Leloir son un paradigma de esperanza y optimismo.

“Si trabajando con medios precarios nos legó un rosario de descubrimientos; si con su capacidad de trabajo superó los peores momentos que la investigación tuvo en el país; si con su honestidad, su seriedad, su responsabilidad, trajo a nuestra tierra un Premio Nobel; si nos permite decir con ello en el extranjero que nuestro país no es sólo un granero con una economía puramente pastoril, y si se nos respeta en los centros académicos del mundo por la importancia de sus trabajos, su obra sobrepasa los límites de su propia personalidad para ser un ejemplo de lo que se puede hacer con tenacidad y voluntad cuando se vive una pasión que yo quiero argentina.

“Su vida vehemente, apasionada por la investigación, frenética a veces, pero alta, desinteresada, empapada en el amor más inteligente que hijo de la Tierra le haya profesado, brillará con la soberana serenidad en el mundo sideral, y las generaciones de argentinos se habituarán a contemplarlo en el cielo de nuestra historia, en sus días de triunfo o en sus horas de amargura, con el cariño grato o la esperanza con que los viejos pueblos creyentes miraban a los astros divinizados, y por su ética, por su saber, por su moral, todo al servicio de la ciencia en el más grande acto de amor: vivir para hacer vivir.

“Grandeza y humildad de la investigación”.

Osvaldo Fustinoni, además de eximio y reconocido conferenciante, presentó a destacadas figuras del quehacer científico y cultural. Tal el caso de Pedro Laín Entralgo –que ocupó la tribuna de su cátedra en dos oportunidades–, Gregorio Marañón, Paul Ghaliounghi, Carlos Jiménez Díaz, Agustín Pedro-Pons, Jean Hamburger y Jean Lenègre.

Puso en posesión de la cátedra a los profesores José Pángaro, Leoncio A. Arrighi, Domingo A. Passanante y José E. Burucúa, y pronunció un discurso en el banquete ofrecido al profesor Atilio Viale del Carril con motivo de su nombramiento de profesor titular de la cátedra de otorrinolaringología.

Presentó –entre otros– a Eugenio Pucciarelli, Alberto Prando, Juan R. Michans, Venancio Deulofeu, León de Soldati, Marco Aurelio Risolía, Enrique Nores Martínez, Adalberto Goñi, José E. Rivarola, Leoncio Gianello, al presbítero Carlos Cucchetti y al escritor gallego José Figueira Valverde, en el Instituto Popular de Conferencias.

Evocó la figura de José Luis Romero y su actuación universitaria, y habló en el homenaje a Melquíades G. Arana, y al que se le tributó en vida a Nerio Rojas –al cumplir los 50 años de su graduación– y a Alicia Moreau de Justo. En el Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino-Israelí presentó a Jorge Luis Borges y habló en los homenajes a Luis M. Boffi Boggero, a Margarita Argúas y a los Premios Nobel Shmuel J. Agnon y Nelly Sachs. Despidió los restos de Tiburcio Padilla y de Osvaldo Loudet. Integró paneles junto a Jorge L. García Venturini, Eugenio Pucciarelli, el presbítero Rafael Braun, Magdalena Ruiz Guiñazú, María Esther Vázquez,

Marcos Aguinis, René Favalaro, Berta Singerman, María Angélica Bosco, Guillermo Roux y Clorindo Testa, entre otros.

Fue entrevistado por las más prestigiosas personalidades del periodismo nacional, gráfico, radial y televisivo.

Pronunció discursos con motivo de la inauguración de siete congresos nacionales e internacionales o de colación de grados –en calidad de decano de la Facultad de Medicina–, y en nombre de delegados extranjeros a congresos fuera del país (como el V Congreso Latinoamericano y I Congreso Paraguayo de Gerontología y Geriátrica, que se llevó a cabo en Asunción del 29 de septiembre al 3 de octubre de 1985, en el que pronunció un emotivo discurso reivindicando el papel de la “heroica mujer paraguaya”). También lo hizo en calidad de presidente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires o de presidente de la Academia Nacional de Medicina, en ocasión de inaugurar congresos, reuniones conjuntas, jornadas médicas, simposios o seminarios, o bien con motivo de entrega de premios, diplomas u homenajes a académicos fallecidos. Como miembro de esta última corporación habló en el centenario del nacimiento de los académicos Emilio Julio Palacio y Marcelino Sepich.

Presentó diversos libros de medicina, referidos a distintas disciplinas y especialidades médicas: cardiología, neurología, infectología, dermatología e historia de la medicina.

Enseñaba Confucio a sus discípulos que “lo que busca el hombre superior, lo busca en sí mismo. Lo que busca el hombre inferior, lo busca en los otros... El objetivo del hombre superior es la verdad. El hombre superior, en el mundo, no pone su inteligencia en favor ni en contra de nada, sino que

se atiene a lo justo”. Osvaldo Fustinoni como conferenciante demostró una vez más ser un hombre superior.

Bibliografía

1. *Antecedentes, títulos y trabajos del Dr. Osvaldo Fustinoni*. Buenos Aires, 1978 y 1991.
2. De las Doctrinas Médicas se habló en el Instituto Popular de Conferencias. *La Prensa*, 10 de septiembre de 1949.
3. Ocupó ayer la tribuna del Instituto Popular de Conferencias el Dr. Osvaldo Fustinoni. Se refirió al tema ‘La vida prolongada y sus problemas’ y expuso soluciones para el aumento de la población senil. *La Prensa*, 8 de agosto de 1959.
4. En el Instituto Popular de Conferencias habló de los Estudios Médicos el Dr. Osvaldo Fustinoni. *La Prensa*, 30 de septiembre de 1967.
5. La Facultad de Medicina de Buenos Aires. *El Día Médico*, 22 de junio de 1970.
6. El Dr. Osvaldo Fustinoni habló sobre los médicos escritores en el Instituto Popular de Conferencias. *La Prensa*, 3 de junio de 1978.
7. El medio social finisecular y los escritores médicos argentinos. *Boletín de la Academia Nacional de Medicina*, Vol. 49, primer semestre, 1971.
8. El Instituto de Semiología en la celebración de su cincuentenario. *La Prensa Médica Argentina*, 64 (15): 545-551, 1977.

9. Celebróse el 50° aniversario de la creación del Instituto de Semiología. *La Prensa*, 19 de agosto de 1977.
10. El 50° aniversario del Instituto Aráoz Alfaro. *La Nación*, 25 de agosto de 1977.
11. Fustinoni O. Osvaldo Loudet: vida, obra y pensamiento. Anticipo *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*. Tomo XV, 1986.
12. Fueron inhumados los restos del Dr. Osvaldo Loudet. *La Prensa*, 9 de octubre de 1983.
13. La Academia de Ciencias evocó el centenario del nacimiento del doctor Bernardo Houssay. *La Prensa*, 16 de junio de 1987.
14. Fustinoni O. Luis Federico Leloir. Grandeza y humildad de la investigación. Separata de *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1988.
15. Academias Nacionales. Homenaje a Leloir en el primer aniversario de su fallecimiento. *La Prensa*, 29 de noviembre de 1988.
16. Fustinoni O. José Arce, a 110 años de su nacimiento. Separata de *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1992.
17. Fustinoni O. Homenaje en memoria del Dr. Mariano R. Castex al cumplirse 30 años de su fallecimiento. Separata de *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1998.

CAPÍTULO 5. EL PUBLICISTA

Osvaldo Fustinoni enseñó por medio de la pluma y la palabra. Fue autor de más de doscientos trabajos, algunos de ellos publicados en distinguidas revistas científicas extranjeras como *Comptes Rendues de la Societé de Biologie de Paris*, *Endocrinology* y *Archives of Internal Physiology*. Escribió doce libros de Medicina –incluida su tesis doctoral “Insuficiencia Suprarrenal, estudio experimental” (1938), apadrinada por Bernardo Houssay– que merecieron numerosas ediciones y reimpressiones. Su libro “Semiología del Sistema Nervioso” con 74 años de vida –en un hecho que se sospecha único– es el libro editado (en plaza) más antiguo de la medicina argentina. Publicó en “La Nación” y en “La Prensa” artículos de historia de la medicina. Prologó libros. En la “Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires”, durante casi diez años, Fustinoni plasmó su pensamiento vivo y actualizado en numerosos editoriales acerca del acuciante quehacer médico y la problemática universitaria.

Semiología del Sistema Nervioso

En 1936 Osvaldo Fustinoni publicó –junto con Rodolfo Dassen– “Semiología del Sistema Nervioso”. Este libro formaba parte de la “Biblioteca de Semiología” que dirigieron los

profesores Tiburcio Padilla y Pedro Cossio, texto obligado en todas las universidades de habla hispana.

Se sucedieron posteriormente las ediciones de los años 1939, 1941, 1943, 1949, 1953, 1959, 1972, 1974, 1978, 1987, 1991, 1997 y 2006, con las reimpressiones correspondientes a los años 1946, 1947, 1951, 1955, 1957, 1965, 1976, 1981, 1983 y 1985. Cabe destacar que el libro fue traducido en 1941 al idioma portugués y que cuenta con una edición clandestina en su historial.

El libro tiene 517 páginas en la actualidad y consta de 19 capítulos (nociones de anatomía, fisiología y patología; exploración; funciones craneanas sensoriales, oculomotoras y de equilibrio: pares craneanos I, II, III, IV, VI y VII; funciones sensitivomotoras de cara, boca, fauces y cuello: pares craneanos V, VII, IX, X, XI y XII, y síndromes de pares craneanos asociados; motilidad; tono muscular; trefismo; taxia; reflejos, clonus y sincinesias; manifestaciones motoras de hiperexcitabilidad central y periférica; movimientos anormales y síndromes extrapiramidales; sensibilidad; sueño, conciencia y coma; palabra y funciones cerebrales superiores: lenguaje, praxia, gnosia, memoria; síndromes vasculares; síndromes cognitivos; síndromes semiológicos de otras afecciones del sistema nervioso; semiología psiquiátrica y comportamiento; estudios complementarios).

En 1996, al cumplirse los 60 años de la primera edición, hecho que se presume singular en la literatura médica argentina –se insiste–, en un comentario titulado “A 60 años de un tratado argentino de semiología neurológica príncipe”, Federico Pégola expresó:

“Hace cuatro años publiqué una nota-homenaje que titulé ‘A cien años de un tratado de medicina príncipe’ referido al libro ‘Principles and Practice of Medicine’ (con su primera edición en 1892), obra de Sir William Osler, texto clásico por muchos años, que tuvo la virtud de desterrar los tratados basados en observaciones personales con poco fundamento científico, que cayeron como castillo de naipes frente a la prosa brillante de este genial médico canadiense.

“Hoy, con parecido epígrafe y un mismo reconocimiento, quiero ocuparme de los 60 años (su primera edición trata de 1936) de ‘Semiología del Sistema Nervioso’ de Osvaldo Fustinoni. Las sucesivas ediciones (doce hasta ahora) dejan poco de aquel libro primigenio –en colaboración con Rodolfo Dassen– que fuera parte de la recordada ‘Biblioteca de Semiología’ dirigida por Tiburcio Padilla y Pedro Cossio. Debo admitir que más de una vez pensé –e incluso llegué a escribir– que los libros de medicina que menos se desactualizan son los que se refieren a su historia y los de semiología. Quien compare las distintas ediciones podrá comprobar el esmero de su autor por refrescar la disciplina y examinar hasta en sus mínimos detalles las nuevas adquisiciones diagnósticas y las modificaciones fisiopatológicas en consonancia con los descubrimientos recientes.

“¿Pero cuál es el motivo de esta nota? Son muy pocos los libros que en la actualidad, durante un período tan prolongado que supera el medio siglo, han podido mantener tal vigencia y tan favorable acogida por parte de médicos y alumnos. Los que apreciamos la historia de la medicina sabemos con qué rapidez los libros pasan a reposar en sus cementerios, que

son las polvorientas bibliotecas que poco o nada se consultan. Mas, es verdad, el conocimiento médico no puede volver atrás.

“El otro aspecto que debo considerar puesto que no hay libro sin autor (miento, algunos pocos son anónimos) es la labor de Fustinoni –al que tal vez la amistad me inhibiría de juzgar–, a quien el académico Armando Maccagno definió como ‘paradigma’ en ocasión de la entrega de una importante distinción que le otorgara el Hospital Francés cuando culminaba el año próximo pasado. Solamente agregaré que paradigma es quien merece ser imitado. Justamente en este momento de sociedades en crisis, cuando los paradigmas son escasos y los jóvenes no tienen a quien copiar, es cuando la figura de Fustinoni se agiganta.

“Son muy pocos, reitero (y mi memoria se detiene en la anatomía de Testut-Latarjet), los libros que mantienen su vigencia durante seis décadas. Osvaldo Fustinoni ha demostrado que ello se puede lograr con tesonera inspiración, trabajo y rigor científico”.

Analicemos algunos tramos de esta magnífica obra.

Respecto de la marcha dice Fustinoni:

“Hay una diferencia entre ciertos animales, que pueden marchar ya desde el nacimiento, y el hombre, que requiere que trascurren algunos meses para comenzar a marchar, haciéndolo primeramente con ayuda de las manos y las rodillas, arrastrándose sobre el suelo; luego puede ya sentarse sobre sí mismo y tenerse en pie, y después de esfuerzos repetidos consigue por fin caminar; pero durante este proceso

de aprendizaje es frecuente que titubee y caiga, exactamente como se verá que lo hace un enfermo del cerebelo.

“Durante la marcha normal los miembros inferiores avanzan, ejecutando alternativamente movimientos de flexión y extensión; la pierna que avanza o pierna activa es la que lleva el peso del cuerpo y por eso el tronco y la pelvis se inclinan ligeramente del lado correspondiente a dicha pierna; durante la fase activa del movimiento, al avanzar un miembro inferior, el miembro superior del lado opuesto es automáticamente llevado hacia delante (movimientos automáticos asociados).

“Se ve, pues, que la realización de la marcha requiere una serie de movimientos bien coordinados y el mantenimiento al mismo tiempo de un equilibrio, o mejor dicho de una actitud determinada, que continuamente, a su vez, experimentará modificaciones. La marcha es en sí un movimiento complejo que está constituido, a su vez, por una serie de movimientos elementales que se asocian en el espacio y en el tiempo simultánea y sucesivamente. Para que la marcha sea efectuada correctamente es, pues, necesario, además, que estén aseguradas: 1) la asociación armónica de los movimientos elementales simultáneos o sinergia; 2) la continuidad del movimiento complejo por el desarrollo de una seriación lógica de los movimientos elementales sucesivos o diadococinesia, y 3) una adecuación tal de los movimientos que no se excedan o resulten inferiores al fin propuesto: eumetría. La sinergia, la diadococinesia y la eumetría son regidas por el cerebelo, obrando por intermedio de modificaciones del tono muscular.

“La marcha exige, pues, actividad motriz cinética para que tengan lugar los desplazamientos y actividad motriz es-

tática para asegurar el ajuste perfecto de los músculos que intervienen y la actitud. Su mecanismo es complejo: requiere en primer lugar la intervención del sistema motor voluntario piramidal, y además la intervención del mecanismo del tono muscular, de las vías propioceptivas, del cerebelo, del aparato laberíntico, de la visión, como se los ha visto actuar en el caso de la estación de pie”.

En el capítulo referente a “Motilidad”, Fustinoni resume de manera magistral la compleja comprensión de las hemiplejías alternas:

“En síntesis, toda lesión de la parte anterior del tronco cerebral, a la que se denomina pie, se caracteriza por producir una hemiplejía alterna. La lesión piramidal determina la parálisis del lado opuesto, y la lesión del par craneano la parálisis de los músculos por él inervados ipsi u homolateral. Cuando se reconoce una hemiplejía alterna la lesión no puede estar sino en el tronco cerebral, y de acuerdo al par comprometido se razonará: es un síndrome del pie del pedúnculo si el afectado es el III par, de la protuberancia si lo están el VI y VII, y del bulbo si los afectados son los pares craneanos bajos. No hay síndrome tegmental (tegmento: parte media del tronco cerebral) sin compromiso de las vías sensitivas y cerebelosas. El compromiso de las vías sensitivas ya decusadas se caracterizará por producir una hemianestesia del lado opuesto. El nervio trigémino, sin embargo, se decusa por encima del bulbo. Por ello, una hemianestesia alterna es un síndrome bulbar. Una hemianestesia directa, por el contrario,

exigirá una lesión de las vías sensitivas de la protuberancia hacia arriba. Las manifestaciones cerebelosas, por último, suelen ser del mismo lado de la lesión y por ello el enfermo estará atáxico de ese lado”.

Posteriormente, Fustinoni describe de manera tácita y puntual la verdadera noción del sentido de la apraxia, de la siguiente manera:

“Supóngase que se ha ordenado al enfermo que encienda un cigarrillo. Para ejecutar correctamente este acto, el sujeto deberá sucesiva y ordenadamente: 1) tomar la caja de fósforos; 2) abrirla; 3) extraer de ella el fósforo; 4) frotar el fósforo contra la caja; 5) encender el cigarrillo.

“Si hay una apraxia, podrá observarse lo siguiente:

“1) El sujeto se detiene en las primeras etapas y no continúa; por ejemplo, ha sacado la caja de fósforos y la mantiene en la mano sin ir más lejos, o llega hasta sacar el fósforo, pero no lo enciende.

“2) El sujeto trata de hacer primeramente una de las últimas etapas del acto e intenta encender el cigarrillo sin haber extraído el fósforo o sin haber encendido este último.

“3) Invierte el orden de las etapas: trata de encender el cigarrillo con la caja de fósforos o hace ademán de frotar el fósforo antes de haberlo sacado de la caja.

“4) Prolonga o repite determinadas etapas del acto. Es lo que se denomina perseveración. Por ejemplo, conserva el fósforo en la mano en actitud fija (perseveración tónica) o

frota el fósforo contra la caja varias veces, estando ya encendido (perseveración clónica o cinética), o si se le ordena continuar el acto, por ejemplo encender el fósforo, repite la etapa precedente, es decir, sigue extrayendo fósforos de la caja (perseveración intencional).

“5) Hace con el fósforo un gesto distinto al de encender el cigarrillo; por ejemplo, el gesto de escribir.

“6) En lugar de cumplir el acto o esbozar su cumplimiento, aunque sea incorrectamente, como en las circunstancias anteriores, el enfermo responde a la orden de encender el cigarrillo con movimientos absolutamente incoherentes, que ni esbozan el acto por cumplir. Si se dan otras órdenes, como por ejemplo, hacer la venia, coloca la mano de plano sobre la cabeza; si se le dice que tome un vaso, se queda quieto, como si no hubiera comprendido o se limita a levantar un brazo o a abrir la boca”.

Respecto de la inversión del reflejo cutáneo plantar (signo de Babinski y sucedáneos), dice Fustinoni:

“Cuando al provocar el reflejo cutáneo plantar, en lugar de la flexión plantar del dedo gordo se produce su extensión, se dice que hay inversión del reflejo cutáneo plantar o signo de Babinski. Si por la forma en que se obtiene la respuesta constituye una inversión de un reflejo normal, no lo es, en cambio, por su significado fisiopatológico, que es más complejo.

“La identificación del signo de Babinski debe ser cuidadosa. En primer lugar no debe confundirse con un movimiento

atetósico del dedo gordo; la diferenciación es fácil, pues el dedo atetósico se mueve espontáneamente; basta, pues, con mirar, antes de hacer la excitación de la planta del pie. No debe confundirse tampoco con el 'seudosigno' de Babinski, que se encuentra en los estados de hiperexcitabilidad nerviosa. En estos casos el movimiento de extensión del dedo gordo se hace con rapidez y se acompaña de una retracción del miembro, no habiendo contracción del tensor de la fascia lata; en cambio, en el signo de Babinski verdadero la extensión del dedo gordo se hace con lentitud, asociada a la contracción de dicho tensor. Es importante establecer, asimismo, que en caso de parálisis de los músculos flexores cortos de los dedos del pie, puede obtenerse también una respuesta en extensión: inversión del reflejo plantar de causa periférica, secundaria en muchos casos a secuela de poliomielitis (seudobabinski periférico). Por último, la anestesia de la planta del pie puede impedir tanto la respuesta refleja en flexión como en extensión. Adquiere valor en este caso la búsqueda de los sucedáneos.

“El signo de Babinski puede observarse normalmente en los niños hasta los dos años de edad, aunque en general se halla presente hasta que el niño camina bien. Su presencia se atribuye en estos casos a la falta de desarrollo completo (mielinización) de los haces piramidales.

“El valor de este signo, excluidas todas las causas de error en su identificación, es de primer orden, pues indica, cuando es constante, que existe una alteración orgánica de la vía piramidal. Por ello su observación constante y permanente, vale decir, todas las veces que se lo busca, cuidando

de no agotar el reflejo, permite afirmar la existencia de una lesión piramidal. En este caso puede ir acompañado de sus sucedáneos y de exageración de los reflejos profundos. En casos de intensa lesión piramidal, el signo de Babinski puede presentarse, a veces, como una serie rítmica de movimientos (clónicos) de flexión dorsal”.

Agrega Fustinoni: “Es menester, sin embargo, tener en cuenta que una simple irritación de la vía piramidal, por ejemplo a nivel de la corteza rolándica, puede dar lugar al signo de Babinski, pero en este caso su comprobación es transitoria. Con este carácter se lo observa en el curso de la crisis de epilepsia o de convulsiones epileptiformes y también, durante algunas horas, después de pasada la misma. En cambio, no se comprueba el signo de Babinski en las crisis pseudoconvulsivas de la histeria, lo que es muy importante para el diagnóstico diferencial. También se lo comprueba con carácter transitorio en las intoxicaciones barbitúricas y alcohólicas, en la fase de apnea del Cheyne-Stokes y en la intoxicación aguda por quinidina; la causa probable en estos casos es la anoxia cortical en la zona motora. Igualmente puede comprobarse en la hemorragia meníngea y en las meningitis agudas, en la migraña hemiparética, en la atrofia amarilla aguda y en los comas hepático, urémico, hiperglucémico e hipoglucémico”.

Finaliza Fustinoni: “En suma, el signo de Babinski y sus sucedáneos traducen una perturbación orgánica de la función de la vía piramidal y constituyen, con la paresia o plejía y la hiperreflexia, los elementos más significativos del denominado piramidalismo”.

Síndromes Clínicos (en esquemas)

En 1943, junto con Tiburcio Padilla, Osvaldo Fustinoni publicó “Síndromes Clínicos (en esquemas)”, libro que desde entonces tuvo diecisiete ediciones (1943, 1944, 1945, 1947, 1948, 1950, 1951, 1953, 1956, 1962, 1974, 1976, 1978, 1983, 1985, 1990, 1997) y cinco reimpressiones (1988, 1993, 1996, 2000, 2002). En la última edición, el libro consta de 285 páginas.

Esta obra reúne numerosos cuadros sinópticos confeccionados con lo que pudieran ser precisamente las anotaciones varias, derivadas de la exploración de diversos enfermos.

La rápida aceptación que tuvo la obra en nuestro país y en el extranjero ha transformado este libro en un clásico, al igual que “Semiología del Sistema Nervioso”.

Respecto de la decimoséptima edición, en un comentario se lee lo siguiente:

“Recuerdo ese pasado cuando acometíamos la semiología en los once tomos de la ‘Colección Padilla-Cossio’. Leíamos estos ordenados textos con la idea de que era la Biblia semiológica. Sin pecar de irreverente por lo sagrado, la lectura pausada y repetida nos facilitaba enormemente el desarrollo posterior de la clínica médica (la Facultad lo comprendió y fundió todo el estudio de la medicina interna en una sola materia). Nuestra cursada se extendía toda la semana (incluía los sábados) de 8 a 12 horas. Empezábamos recién iniciado marzo y teníamos dos o tres días de descanso antes del primer turno de examen, el voluntario, en diciembre. Recurríamos, en esos últimos días previos al examen, con el objeto de categorizar y

fijar los conceptos, al volumen de ‘Síndromes Clínicos’ donde esquemáticamente se resumían las ideas más importantes, ineludibles de desconocer.

“Tengo en mis manos la séptima edición de ‘Síndromes Clínicos (en esquemas)’ de la ‘Biblioteca de Semiología’, dirigida entonces por Tiburcio Padilla y Pedro Cossio. Es de 1951 y sus hojas amarillas delatan el casi medio siglo transcurrido. Son 75 láminas con esquemas (la impresión es sólo en una página), sintetizadas en su máxima expresión, que perseguían el mismo objetivo que el texto de la última edición: injertar conocimientos simples pero fundamentales. De la comparación surge el abismo que separa uno del otro. En el último, el alumno tiene una herramienta de precisión, perfectamente calibrada para su uso.

“Como ayer, no debemos buscar en ‘Síndromes Clínicos’ un carácter textual: enseña a ordenar los conocimientos en la medida de que éstos se hayan adquirido. Un requisito mnésico fundamental para estudiar, e incluso para ser un buen médico, es poseer un orden jerárquico de los temas, además del sentido común necesario para darles categoría. En esas anteriores ediciones (tal vez algo menos en las últimas) se habían soslayado gran número de temas porque, insisto, el objetivo era trabajar en los conceptos básicos.

“A fin de siglo la situación ha cambiado. Los planes de estudio y la exuberante población estudiantil, con materias que se agolpan con la ilusoria creencia de que se acorta la carrera, han obligado a un corte cuatrimestral –con clases tres veces por semana– de la semiología. El incremento de los conocimientos médicos y la comprensión a que se los somete en los

planes de estudio hacen del estudio de la semiología –para los alumnos– más que un placer (como debe ser), una tortura.

“Aquí aparece entonces la utilidad de ‘Síndromes Clínicos (en esquemas)’, la decimoséptima edición del libro de Padilla y Fustinoni. Es cuando nuestro enfoque debe ponerse la piel del alumno: ese que está apremiado por el tiempo y la superposición de conocimientos apresurados, próximo a ser examinado, que encuentra en los esquemas sencillos de este texto la estructura, el andamiaje, como una forma plausible de retener conceptos importantes. De ninguna manera puedo decir que esta lectura es suficiente para conocer la semiología. El concepto global del estudio de las enfermedades humanas debe ser profundo y acabado; el esquema para recordarlas, simple, con algoritmos (que tanto entusiasman a los ‘educandos’ y que pueden ser ‘digeridos’ con facilidad).

“Esas virtudes reúne este libro. Véalo el médico con los ojos del estudiante y comprenderá que esta simplificación logra su cometido. Incluso con estadísticas y tiempos de intervención que servirán para refrescar la memoria de muchos profesionales. De ninguna manera los autores podrían haber brindado toda la semiología y muchos conceptos de patología médica en 285 páginas. Tampoco los alumnos, contar con una ayuda-memoria eficaz para aclarar esos conceptos, si hubiera claudicado en el farrago de los conocimientos médicos especializados.

“Este libro –en su estructura– se divide en síndromes circulatorios, respiratorios, digestivos, renales, del medio interno, neurológicos, endocrinos, hematológicos y una miscelánea de variadas enfermedades. Esto da la pauta de cómo se

ha trabajado en la simplificación. Ese, que es el mayor mérito del trabajo, es el espíritu con que debe abordarse la lectura: fundamental utilidad para el estudiante y el médico novel. No se busque en él la enfermedad poco frecuente o la exhaustiva descripción de las mismas. Su subtítulo: ‘en esquemas’, es por demás aclaratorio. Sin embargo, los autores se han permitido una licencia: en cada capítulo, cuando se considera un síndrome, se menciona escuetamente el tratamiento. Además, al comenzar con el estudio de cada grupo de aparatos o sistemas existe un acertado recuerdo semiológico a modo de introducción.

“El profesor W. Löffler, de la ciudad de Zürich, escribió en una oportunidad que ‘es menos importante para el estudiante asimilar los conocimientos del especialista, que saber en qué circunstancias éste debe intervenir y qué tendrá que hacer cuando el enfermo vuelva a sus manos. Una vez satisfechas estas condiciones por parte de los especialistas y de los investigadores, será superfluo hacerse la pregunta para dilucidar si el médico general está llamado a desaparecer. Permanecerá porque es indispensable’. ‘Síndromes Clínicos (en esquemas)’ está pensado para ese médico indispensable”.

Tratado de Patología Médica y Tratado de Patología Interna

En 1945, Osvaldo Fustinoni da a luz, en colaboración con Rodolfo Dassen, Pedro C. Rospide y Enrique Fongi, el primer tomo del “Tratado de Patología Médica” (827 páginas y 28 figuras), ya que los restantes tres tomos se publicaron en 1947 (1036 páginas y 312 figuras), 1948 (940 páginas y 293 figuras)

y 1953 (872 páginas y 223 figuras). Este libro fue sucedido, a su vez, por el “Tratado de Patología Interna”, editado en los años 1957 (Tomo I, 1338 páginas y 653 figuras), 1960 (Tomo II, 1212 páginas y 495 figuras) y 1965 (Tomo III, 1373 páginas y 420 figuras), con la colaboración de los mismos autores, salvo Dassen que había fallecido prematuramente el 16 de diciembre de 1953, víctima de una hemorragia cerebral. La posterior modificación de los planes de estudio de la carrera de medicina hizo que este copioso tratado no tuviera la acogida de los anteriores volúmenes. Fustinoni siempre manifestó que en esta obra había trabajado de manera excesiva.

El “Tratado de Patología Interna” trataba en su primer tomo acerca de las enfermedades del aparato digestivo, hígado, bazo y páncreas, y las afecciones del sistema nervioso. En el segundo, las enfermedades del aparato respiratorio, circulatorio y del riñón. Y en el tercero, acerca de las enfermedades de las glándulas de secreción interna, alérgicas, por agentes físicos, de los huesos y articulaciones, musculares, del tejido conjuntivo intersticial y sistema reticuloendotelial, del colágeno y sistema neurovegetativo, del metabolismo y de la nutrición, de la sangre, del bazo y ganglios linfáticos, infecciosas, y el síndrome general de adaptación. Este tomo incluyó un apartado de dietas de aplicación corriente.

Auscultación del Pulmón

En 1952, Fustinoni publicó “Auscultación del Pulmón (Estudio semiológico y fononeumográfico)”, un tomo de 128 páginas y 12 observaciones fononeumográficas. En este libro, el autor emprende precisamente la tarea de registrar y com-

parar los hallazgos clínicos y radiológicos con los obtenidos a través de la inscripción gráfica (fononeumograma).

En el *período estetacústico*, correspondiente a la “semiología de la enfermedad”, según sus expresivas palabras, que sobrevino por la influencia de Laënnec, se había creado una fronda de signos, en la búsqueda del “signo patognomónico”. Pero la aplicación de los rayos X, *período estetorradiológico*, la aparición de la broncoscopia y la tomografía, que nos muestra lesiones en superficie y profundidad, había menguado el valor real de la auscultación. Osvaldo Fustinoni, después de 20 años de práctica semiológica ininterrumpida, consigue convertir en registro objetivo y método verificable la falaz impresión subjetiva del origen sensorial de los ruidos pulmonares.

Lo movió precisamente el objeto de justipreciar con un método más preciso el valor de la auscultación y tratar de simplificar la nomenclatura un poco engorrosa, derivada en gran parte de las numerosas descripciones que el período de la semiología clásica había creado artificialmente.

Fustinoni obtuvo numerosos registros gráficos que denominó fononeumogramas y publicó aquellos más característicos y que mejor evidencian los ruidos en estudio.

Dice Fustinoni:

“J. Wilson –en el libro de R. L. Pullen: Medical Diagnosis– ha hecho una crítica que consideramos interesante reproducir aquí: ‘La ingenuidad de generaciones de maestros y autores, tomando como base variadas teorías, ha producido un formidable acumulación de designaciones y clasificaciones respecto al tema de los estertores. Muchas de las

distinciones entre los tipos de estertores existen solamente en la imaginación del examinador; por ejemplo, estertores húmedos versus estertores secos. Algunos de los términos usados para clasificar los estertores son realmente nombres impropios aunque sancionados por la tradición; por ejemplo, el estertor subcrepitante’.

“Somos partidarios de simplificar la clasificación de los estertores teniendo en cuenta las necesidades de la práctica.

“Desde este punto de vista mantenemos los dos grandes grupos tradicionales: estertores secos y estertores húmedos.

“Los primeros, denominados también vibrantes o sonoros y musicales, comprenden los ronquidos y sibilancias.

“Los segundos, llamados asimismo mucosos, burbujeantes, comprenden tres variedades: finos, medianos y gruesos.

“Agregamos un tercer grupo formado por los estertores húmedos modificados, denominados también consonantes, cavernosos o anfóricos, y un cuarto integrado por los estertores crepitantes.

“Lo mismo que la clasificación, la definición de los estertores es motivo de controversia.

“Sin entrar a recordar todas, reproducimos como la más atinada, a nuestro criterio, la de Wigniolle, que dice: ‘Los estertores son ruidos agregados al ruido respiratorio normal en sus dos fases o en una sola de ellas, ritmados por la respiración y constituidos, según los casos, por una yuxtaposición de ruidos elementales, breves y aproximados o por un sonido continuo y más o menos musical’”.

Respecto del valor semiológico de los estertores crepitantes, expresa Fustinoni lo siguiente:

“El estertor crepitante se encuentra fundamentalmente en la neumonía franca, siendo auscultable en el primer día, correspondiendo, por lo tanto, al período de congestión, y permaneciendo como máximo hasta cuarenta y ocho horas, en que desaparece, percibiéndose entonces el soplo tubario, signo típico del período de hepatización. Al sobrevenir la resolución del proceso se ven aparecer numerosos estertores que han sido considerados, impropriamente, crepitantes (crepitatio redux de los autores antiguos), porque son, en realidad, simples estertores burbujeantes.

“También los estertores crepitantes se presentan en el edema agudo de pulmón, pero a este respecto no existe acuerdo definitivo sobre si estos estertores han de considerarse puramente crepitantes o si se trata, en rigor, de la variedad de ellos que Laënnec denominó subcrepitantes, o bien son estertores burbujeantes de burbujas muy finas y exclusivamente inspiratorios.

“Los estertores crepitantes también han sido señalados en el infarto de pulmón. La auscultación da dos signos principales en la ingurgitación hemoptoica (del infarto pulmonar): el primero es la ausencia de la respiración, en una parte poco extensa del pulmón; el segundo, es un estertor crepitante que existe en los alrededores del punto en el que la respiración no se oye y que indica la ligera infiltración sanguínea. Este estertor crepitante se produce siempre en el comienzo de la enfermedad; más tarde deja de percibirse”.

Agrega Fustinoni seguidamente: *“Fuera de estas circunstancias patológicas, los estertores crepitantes pueden observarse en varias situaciones. Así, ciertos sujetos que deben permanecer prolongadamente en decúbito dorsal presentan, cuando se los hace sentar –a nivel de las bases y senos costodiafragmáticos–, estertores crepitantes, que se producen durante los primeros movimientos respiratorios que siguen al cambio de posición. Estos estertores crepitantes se distinguen de los patológicos precisamente por su fugacidad, y Brouardel los denominó estertores crepitantes de desplegamiento, también conocidos con los nombres de crepitaciones marginales o estertores de decúbito. También se los oye en las primeras respiraciones que siguen a la reexpansión de zonas pulmonares atelectasiadas, constituyendo los denominados estertores atelectásicos.*

“Se describen también en pacientes con insuficiencia ventricular izquierda y pulso alternante, afectados de ‘edema de báscula’, porque los estertores desaparecen cuando se hace acostar al enfermo, alternativamente, sobre un lado y sobre otro.

“Estertores crepitantes de desplegamiento pueden observarse a nivel de zonas pulmonares normalmente poco ventiladas, por ejemplo por causa de una insuficiencia nasal o respiratoria. En estos casos, basta un golpe de tos más o menos brusco para ver aparecer estos estertores a consecuencia de la aireación de los alvéolos anteriormente colapsados”.

Como aporte importante a la neumología y a la auscultación del pulmón, Fustinoni, junto con Fongi y Marguery,

estudiaron el ruido del síndrome de Hamman (enfisema espontáneo del mediastino).

Dice Fustinoni:

“La auscultación en estos casos pone de manifiesto la existencia de un ruido muy particular, en forma de crujido intenso, que se ausculta sobre la región precordial, mezclado o superpuesto a los ruidos cardíacos normales. Son ruidos ásperos, secos, que cubren la sístole y también la diástole.

“Efectuando el estudio fonocardiográfico en tres casos de síndrome de Hamman, observamos que los ruidos anormales registrados en esos casos pueden dividirse en dos categorías: 1) ruidos que se sobreponen a los ruidos normales del corazón, reforzándolos y modificándolos en su carácter, y 2) ruidos que se agregan sin sobreponerse a los ruidos normales, que se perciben al realizar la auscultación como crujidos o estallidos, y que se inscriben con caracteres gráficos que a veces se asemejan a otros ruidos ya conocidos en fonocardiografía: ruido de frote, chasquido mesosistólico, soplo.

“Siempre se evidencia el carácter agudo de los ruidos y su estrecha relación con el ciclo cardíaco, y además se objetiva su predominio sistólico. Se observan, en ocasiones, gráficos muy semejantes en casos de frotos pericardíacos; por otra parte, ya clínicamente habían sido observados en casos de síndrome de Hamman, ruidos comparables”.

De diez capítulos se compone esta pequeña obra. El primero a manera de introducción, el segundo sobre la historia del tema y el tercero de técnica auscultatoria, en que además de la exposición de los métodos clásicos, compara los ruidos

auscultados con su registro fonoelectrico mediante la ayuda de un aparato Cambridge modelo "Simpli Troll". En ruidos normales y sus modificaciones, capítulo IV, estudia el ruido laringotraqueal, el murmullo vesicular y la modificación fisiológica de los ruidos respiratorios.

Con los soplos, los ruidos patológicos agregados y la auscultación de la voz llega a la parte más original del libro, el estudio fononeumográfico, cuya técnica describe con claridad meridiana. De enfermos tuberculosos crónicos, en quienes se apreciaban claramente los signos semiológicos, obtiene los registros gráficos y muestra las radiografías correspondientes en 12 casos bien estudiados. Con la descripción de trece síndromes estetacústicos termina la obra.

Según criterios del mismo Fustinoni, se pueden esquematizar las siguientes conclusiones de su obra: 1) El registro gráfico de los ruidos pulmonares es un complemento útil para la correcta identificación e interpretación de la auscultación. 2) Comprobación de la existencia normal de los ruidos laringotraqueal, murmullo vesicular y respiración broncovesicular, que varía fisiológica y patológicamente. 3) En la génesis de los ruidos patológicos se consideran las leyes señaladas por Ameuille: del volumen mínimo, de la profundidad máxima y de la transmisión. 4) Se debe mantener la designación de: a) *estertores secos y vibrantes*; y b) *húmedos, burbujeantes o mucosos*, y desterrar de la literatura el término "subcrepitante", muy generalizado para designar a estos últimos, porque induce a confusión. Se han de reconocer: c) los *estertores modificados*, d) los *estertores crepitantes*, e) los *frotos pleurales*, con la *sucusión hipocrática* y los *crujidos del síndro-*

me de Hamman. 5) Destaca los *caracteres semiológicos del ronco de estenosis*. 6) En la auscultación de la voz señala el *valor semiológico que reviste la broncofonía apicoescapular izquierda*. 7) Es imposible establecer en el fononeumograma elementos especiales que permitan distinguir el soplo de los estertores. Se agrupan finalmente los signos auscultatorios que corresponden a determinadas alteraciones broncopulmonares y que constituyen los *síndromes estetacústicos*.

Cabe señalar que con la publicación de este libro de investigación clínica, documentado con extensa bibliografía, se inició una biblioteca llamada “Manuales Médicos Modernos”, que dirigió Osvaldo Fustinoni y cumplió una alta misión científica en nuestro país.

Semiología Médica Fisiopatológica. Medicina

En 1955, Osvaldo Fustinoni, en colaboración con Pedro Cossio, Isaac Berconsky, Enrique Fongi, Francisco Martínez, Víctor R. Miatello y Pedro C. Rospide, publicó “Semiología Médica Fisiopatológica”, que tuvo a lo largo de los años siete ediciones (1955, 1966, 1970, 1973, 1978, 1982, 2001) y catorce reimpresiones (1960, 1975, 1979, 1987, 1989, 1991, 1992, 1994, 1996, 1997, 1998, 2004, 2005 y 2008). En la edición 2001 (1072 páginas), Fustinoni redactó el prólogo, el día 16 de abril de 2000, al cumplir 91 años de edad, poco antes de fallecer.

En esta última edición se jerarquizó el estudio concierne a los signos y síntomas de las enfermedades: el libro volvió a su primer nombre, que sirve como título, ya que en las ediciones posteriores a 1966, con el agregado de sendos

apartados correspondientes a clínica y tratamiento, había pasado a denominarse “Medicina”.

La Facultad de Medicina de Buenos Aires

En 1969, Osvaldo Fustinoni, Federico Pέργola y Oscar Pέργola publicaron “La Facultad de Medicina de Buenos Aires” (214 páginas). Los autores hacen una reseña de la evolución cronológica de los estudios de la Escuela de Medicina de la Universidad de Buenos Aires desde sus comienzos. Además de los tres trabajos que fundamentan el volumen (“La Facultad de Medicina de Buenos Aires”, “Historia médica argentina” y “Hechos y actores”) se agregan dos breves estudios acerca de las plantas en la medicina y la medicina antigua, todos ellos escritos con abundancia de testimonios históricos, experiencias personales y opiniones específicas sobre determinados problemas con sus soluciones respectivas.

Existen en el libro notas de interés médico-histórico, como la vida y obra de Carlos Jiménez Díaz, de Cecilia Grierson, la muerte de Lavalle y el triste y conmovedor viaje de sus despojos, hurtados por sus leales de la persecución rosista; otras, sobre la novela histórica de la digital y sobre el significado precolombino del maíz, y termina con tres breves capítulos referentes a las medicinas egipcia, china y etrusca.

La Tercera Edad. Gerontología y Geriátría

En 1980, Osvaldo Fustinoni, junto con Domingo A. Pasanante, publicaron “La Tercera Edad: estudio integral”, un tomo de 272 páginas.

El calificativo “tercera edad” surge simplemente de un ordenamiento ya esbozado por muchos autores –el primero en adoptarlo en la Argentina fue Fustinoni– y responde a la necesidad de encuadrar causas y efectos naturales por definición.

La bibliografía es abundante y las citas cimientan con solidez este libro, que adquiere dimensión de tratado. No escapará al lector sagaz la experiencia personal de los autores, anterior a la creación de la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriátrica, el 25 de abril de 1951.

La República Argentina, que “tiene una estructura joven hasta 1914, madura en 1947 y vieja en 1970”, es después de Uruguay el país que presenta actualmente la proporción más elevada de ancianos.

Ello es índice elocuente de los progresos de la medicina y también del triunfo de la tecnología pese a los riesgos inherentes a sus innovaciones.

“En la actualidad –comentan los autores– por cada 1000 activos tenemos 582 pasivos en nuestro país”. Y aquí la temática toma otros cauces tanto o más importantes que los anteriores. Las consideraciones son optimistas en lo que se ha avanzado en materia de convivencia comunitaria del hecho, legislaciones gubernamentales y cobertura dinámica de los planteamientos. Pero lo previsto no es suficiente.

Los interrogantes válidos son acuciantes. Y aquí se preguntan los autores (insistimos en recalcar que el libro data de 1980): *“¿Se estudia o proyecta una política para hacer frente a una eventual falta de oferta de trabajo en los próximos años? ¿Cuál es la política demográfica más conveniente para nuestro país?”.* Y hay otros, igualmente apremiantes,

que promueven nuestra inquietud, pertenezcamos o no a la tercera edad.

Si se ha duplicado en nuestro país la población de ancianos durante los últimos veinte años, el fenómeno de por sí es suficiente para movilizar estudios prospectivos y escapar –si fuera posible– a la improvisación y a la inestabilidad.

Como con el pico del embudo, llegamos al meollo del asunto: el drama que se vislumbra en el anciano abandonado, que vive en soledad o sin afectos ¿está suficientemente dimensionado? Nadie quedará insensible a la lucha por los derechos de nuestros mayores, que serán los nuestros si las estadísticas se cumplen.

A este libro le sucedería, en 1986, “Gerontología y Geriatría” de los mismos autores, que pone una vez más de manifiesto la particular preocupación de Fustinoni por el estudio de los problemas inherentes a la ancianidad.

En este libro integral de 248 páginas todo está señalado y los capítulos son imaginarios andariveles sobre teclas negras, teclas que dan los sonidos de la vejez. O sea: hay lección, ejemplo, historia, recuerdos y acaeceres, pero sobre todo vida, que no es más que un otoño lleno de esplendores (cuando se lo mira de cerca), y que sólo tiene por invierno la acechanza de la enfermedad (que es dueña de cualquier edad).

Es un libro abarcador porque asume esa rosa de los vientos que es la vejez, tantas veces indefensa a todas las acechanzas: el propio padecer físico y espiritual, el abandono afectivo y social, el desamparo económico, la injusticia de ciertos juicios, la fragilidad de un existir en precariedad hasta el olvido y la marginación.

Todo el texto es una acabada lección escrita en lenguaje directo pero cálido, decantado por la experiencia y tamizado por el conocimiento y la sabiduría.

El título de los sucesivos capítulos lo expresa todo: las edades de la vida, la vejez en la historia, en el orden espiritual y social, desde el punto de vista económico y filosófico, patología varia de la vejez, y otros tantos.

Las estadísticas referidas al envejecimiento y la enfermedad y las causas endógenas que producen el desgaste biológico están debidamente analizadas. La obra recomienda pautas importantes referidas a la preparación psicofísica de los seres humanos que transitan hacia esa época crucial de su existencia.

“Gerontología y Geriatría” resume años de trabajo e investigación en el tema y es un libro significativo y muy valioso.

Libros de humanismo médico

Oswaldo Fustinoni incursionó de manera brillante en el humanismo médico. De ello dan cuenta sus libros “Médicos en las letras argentinas” (1981) e “Historia de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires” (1995), escritos en colaboración.

En el primero traza las figuras médicas de Gregorio Aráoz Alfaro, los estadistas (Eduardo Wilde y Guillermo Rawson), las vinculadas con lo social (Manuel T. Podestá y Francisco A. Sicardi) y el teatro (Gonzalo Bosch, Pedro B. Aquino, José E. Riú, Faustino J. Trongé, Arturo Lorusso y Enrique T. Susini),

los historiadores (Pedro Mallo y Eliseo Cantón) y, por último, los poetas, políticos y filósofos.

En cuanto al libro “Historia de la Academia Nacional de Ciencias” (316 páginas), se debe recalcar que tuvo su origen cuando se vio en la necesidad de acudir a algunos documentos con el fin de adoptar resoluciones como presidente de la Academia y comenzó a leer ciertas actas que llamaron poderosamente su atención.

La aparición de esa historia se fundamentó en el hecho de hacer conocer el origen y el desarrollo, la evolución y la labor de la Academia, y describió con absoluta objetividad los hechos ocurridos en ella a lo largo de sus sesenta años de existencia (a la fecha de publicación).

Todo se fundamentó y documentó en este libro. En los primeros capítulos se analizó el concepto de “cultura” y “ciencia” y lo concerniente a la misión que tienen las corporaciones académicas y su papel fundamental en la guía del conocimiento, la evolución y la investigación en el terreno de la ciencia, las artes y las letras.

En los capítulos siguientes se buceó en la lectura de las actas que se pudieron disponer (ya que las primeras desaparecieron), al abrigo de las cuales se refleja el curioso origen de la Corporación.

En “Sus Sitiales” se analizaron los valores más destacados de cada personalidad nominada como “patrono del sital”. En cuanto a las “Presidencias de la Academia” se esbozó acotadamente la vida, acción y obra de los distintos presidentes que la ejercieron: Ángel H. Roffo, Alois L. G. R. Bachmann, Mario A. Rivarola, José Arce, Ramón Loyarte, Juan Carlos Rébora,

José Peco, Horacio C. Rivarola, Manuel F. Castello, Egidio S. Mazzei, Eugenio Pucciarelli, Miguel S. Marienhoff, Osvaldo Fustinoni y Oscar A. Quihillalt.

En los últimos capítulos se pasó revista a la labor académica en sus sesenta años de existencia, las finanzas y la administración, y las Secciones, Institutos y Centros de la Academia.

Con motivo de la presentación de esta historia, precisamente en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Fustinoni hizo uso de la palabra y en su tramo final expresó lo siguiente:

“Quedaríamos satisfechos si este modesto esfuerzo resulta útil a los señores académicos y muestra la relevancia de la labor de quienes nos han precedido durante los sesenta años transcurridos”.

Como comentamos en otras partes del libro, Fustinoni publicó en distintos diarios de Buenos Aires artículos sobre historia de la medicina. Prologó varios libros médicos como “Psicopatología y Cáncer” de José Schavelzon (1965), “Geriatría” de Víctor R. Miatello (1978), “Clásicos de Medicina y Cirugía” de Alfredo Buzzi (1993), “Enfermedades de transmisión sexual y S.I.D.A.” de Rolando Hereñú (1992), “Temas de Patología Infecciosa” de Olindo A. L. Martino (1995) e “Historia del Hospital de Clínicas” de Federico Pérgola y Florentino Sanguinetti (1998), entre otros. Prologó asimismo “Rodolfo Mondolfo: su pensamiento filosófico, histórico y social” (1984). Fue miembro del comité orientador de la revista “Búsqueda”, dirigida por Marcos Aguinis, junto con Manuel

Antín, Antonio Berni, Gregorio Klimovsky, Ricardo Monti, Syria Poletti, Ariel Ramírez y Gregorio Weinberg.

Entre las revistas –además de sus numerosos editoriales en la “Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires”– prologó el número 62 de “Historia”, dirigida por Armando Alonso Piñeiro, donde asimismo colaboró con un artículo titulado: “Apuntes para una historia de la sanidad naval argentina” (Nº 75, 1999).

Fustinoni colaboró y es mencionado en más de un centenar de revistas y libros publicados. Basta la ayuda de un buscador de la moderna red (que revolucionó la tecnología en los últimos 20 años) para ponerlo de manifiesto. Entre las revistas cabe señalar: “Leoplán”, “Primera Plana”, “Análisis”, “Atlántida”, “Periscopio”, “Para Ti”, “Vosotras” y “Revista de La Nación”. Entre los libros, “Israel visto por ojos argentinos”, “La Facultad de Medicina como Centro de Intercomunicación Médica”, que corresponde al simposio sobre dicho tema realizado entre el 20 y 24 de septiembre de 1977, “Historia crítica de la literatura argentina” de Noé Jitrik, “Las generaciones argentinas” de Jaime Perriau y “El Caso Eva Perón” de Pedro Ara, en el que le cupo a Fustinoni –en 1955– una muy activa participación. Debemos decir por último que la poeta Emma de Cartosio le dedicó un poema de su libro “Cuando el sol selle las bocas” (1987) y que la actriz Mecha Ortiz en su libro autobiográfico (1982) lo cita en varias ocasiones como su médico personal. Muchos hombres de ciencia, escritores, poetas y artistas le autografiaron sus libros con palabras por demás elogiosas.

Decía Thomas Carlyle: “Todo cuanto la humanidad ha hecho, ha pensado, ha logrado o ha sido perdura mágicamente conservado en las páginas de los libros”. Y en los libros de Osvaldo Fustinoni perdurará la imagen de su talento, su claridad meridiana y su máspreciado deseo de enseñar algo de medicina, pero mucho más de vida, nobleza y bondad, ya que en ésta se encierran todos los géneros de sabiduría.

Bibliografía

1. *Insuficiencia Suprarrenal. Estudio experimental*. Tesis de Doctorado presentada por el Dr. Osvaldo Fustinoni. Establecimientos tipográficos de A. Guidi Buffarini, Buenos Aires, 1938.
2. *Semiología del Sistema Nervioso*. Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1997.
3. A 60 años de un tratado argentino de semiología neurológica príncipe. *Geriatría Práctica*, VI (2): 32, 1996.
4. *Síndromes Clínicos (en esquemas)*. Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 2000.
5. Síndromes Clínicos (en esquemas). Comentario bibliográfico. *Medicina Internacional*, 15 (3): 46-47, 1999.
6. *Tratado de Patología Médica*, 4 tomos. Editorial López y Etchegoyen. Buenos Aires, 1945 (Tomo I), 1947 (Tomo II), 1948 (Tomo III) y 1953 (Tomo IV).
7. *Tratado de Patología Interna*, 3 tomos. Editorial López y Etchegoyen. Buenos Aires, 1957 (Tomo I), 1960 (Tomo II) y 1965 (Tomo III).

8. *Auscultación del Pulmón. Estudio fononeumográfico*. Editorial López y Etchegoyen, Buenos Aires, 1952.
9. *Semiología Médica Fisiopatológica*. Editorial CTM, Buenos Aires, 2008.
10. *La Facultad de Medicina de Buenos Aires*. Editorial Macchi, Buenos Aires, 1969.
11. *La Tercera Edad*. La Prensa Médica Argentina, Buenos Aires, 1980.
12. *Gerontología y Geriatría*. López Libreros Editores, Buenos Aires, 1986.
13. *Médicos en las letras argentinas*. La Prensa Médica Argentina, Buenos Aires, 1986.
14. *Historia de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires*. Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Buenos Aires, 1995.

CAPÍTULO 6. EL HUMANISTA

Oswaldo Fustinoni encarnó en nuestro medio al médico humanista para quien según la sentencia clásica nada de lo humano le fue ajeno. Los múltiples aspectos de su personalidad y las tan diversas actividades que desarrolló justifican considerarlo como un médico humanista, en el sentido que Burckhardt daba al humanismo: “el descubrimiento del hombre en cuanto hombre y consiguientemente la reafirmación de todo lo humano, tanto en el sentido del individualismo como en el sentido de la ‘humanidad’, pero sustituyendo la noción renacentista del individuo por la más completa de la persona y haciendo del humanismo no un culto a una entidad abstracta —la humanidad— ni una exaltación del individuo considerado como átomo social, sino un imperativo de respeto a la personalidad humana, al hombre en cuanto portador del espíritu”.

Fustinoni se destacó como humanista, hecho que no llama la atención dada su personalidad polifacética y su acendrada formación cultural. Fue secretario y presidente del Instituto Popular de Conferencias de “La Prensa” —en cuyo ámbito participó con varias conferencias—, redactó varios libros de índole humanística, trazó numerosas semblanzas de importantes figuras del historial médico, presentó a destacadas personalidades del quehacer científico y cultural como el caso de Pedro Laín Entralgo, que disertó en dos oportunidades en su cátedra, varias veces desglosó el complejo panorama de

la deshumanización médica, y obtuvo importantes distinciones –entre ellas el “Reconocimiento de la Nación Argentina por su trayectoria en las Ciencias Médicas en beneficio de la Humanidad”– por su quehacer en pro del acto de jerarquizar el ámbito profesional, inclusive allende las fronteras: más de treinta distinciones honoríficas, premios y reconocimientos, otorgados por instituciones públicas y entidades privadas de once países de América y Europa.

El Instituto Popular de Conferencias

Fustinoni no sólo colmó su necesidad interior sino que la proyectó a la comunidad, en especial a través del Instituto Popular de Conferencias de “La Prensa”. Universidad Libre, lo llamó Loudet, porque ocuparon su tribuna espíritus abiertos e inteligentes, sin otro propósito que ilustrar a las nuevas generaciones con respecto a nuestra gloria histórica, vigorizar la nacionalidad, fortalecer el amor al terruño y a las instituciones de la República y la fuerza de los ideales contra los poderes corrompidos.

El 8 de julio de 1914, en uno de los salones del tradicional edificio de Avenida de Mayo de “La Prensa”, su entonces director, Ezequiel P. Paz, invitó a un grupo de caracterizados intelectuales y ciudadanos argentinos, los doctores Estanislao S. Zeballos, Rodolfo Rivarola, Carlos Ibarguren, Ángel Gallardo, David de Tezanos Pinto, Juan B. Señorans, Adolfo D. Holmberg y el ingeniero Carlos M. Morales, a fundar en el ámbito del diario, pero con total autonomía de éste, un vasto centro cultural que, mediante conferencias a cargo de estudiosos, contribuyera a fomentar la educación espiritual del pueblo.

La idea fue aceptada con entusiasmo y nació así el Instituto Popular de Conferencias. Días después se realizó otra reunión, con la asistencia de las mismas personalidades excepto Paz, quien se excusó de formar parte de la Comisión Directiva de la nueva entidad, a fin de asegurar su absoluta independencia con respecto a “La Prensa”, característica que se quiso mantener desde un principio y que formó parte de los propósitos esenciales de la fundación.

Se aprobaron en esa misma sesión las disposiciones reglamentarias y se constituyó el primer Consejo Directivo del que fue elegido presidente el doctor Estanislao S. Zeballos, quien desempeñó ese cargo hasta el 4 de octubre de 1923, en que falleció durante un viaje a Inglaterra. El vicepresidente fue el doctor Ángel Gallardo y el secretario el doctor Adolfo Dago Holmberg. Las restantes personalidades ocuparon las vocalías.

Organizado administrativamente el Instituto, su primer acto público se efectuó el 8 de julio de 1915 en el Salón Dorado de “La Prensa”, ante crecida y calificada concurrencia. El doctor Zeballos expuso la obra que se proponía realizar el Instituto y puso en posesión de la tribuna a quien sería el primero de sus oradores: el doctor Rodolfo Rivarola, miembro del Instituto y decano —a la sazón— de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El tema de la conferencia inicial fue: “Problema político de la educación”. En 1916 el número de conferencias fue de 13, en 1917 de 15, y desde entonces los oradores oscilaron entre 20 y 25 por año, con un total de 834 en 1960 y de 856 al término de 1961.

De ahí en más desfilaron por el Instituto figuras relevantes del pensamiento nacional e internacional: Antonio Alice, Miguel de Andrea, Gregorio Aráoz Alfaro, José Arce, Ángel J. Battistessa, Adolfo Bioy, Jorge Luis Borges, Arturo Capdevila, Ernesto de la Cárcova, Antonio Cunill Cabanellas, Baldomero Fernández Moreno, Pedro Figari, Arturo Frondizi, Osvaldo Fustinoni, Ángel Gallardo, Enrique de Gandía, Bernardo Houssay, José Ingenieros, Osvaldo Loudet, Victoria Ocampo, Julio H. G. Olivera, Alfredo Palacios, Athos Palma, Alberto Prando, Juan Carlos Rébora, Ángel Roffo, Ricardo Rojas, Francisco Romero, Carlos G. Romero Sosa, Marcos Victoria y Estanislao Zeballos.

Las disertaciones, que regularmente se publicaban en el diario al día siguiente de ser pronunciadas, eran luego compiladas en “Anales” cuya colección de decenas de volúmenes constituye una valiosa obra de consulta.

Más aún: tanta repercusión tenían, que en la década de 1930, a través de la entonces LR4 Radio Splendid, se transmitían a todo el país las palabras de los oradores, que eran aguardadas con el mismo interés que en la metrópoli.

Los días de las conferencias, que se conocían entonces como “los viernes del Instituto”, se reunían en salones culturales de muchas ciudades de provincia núcleos crecidos de interesados en escuchar las disertaciones.

Esa labor incesante y meritoria se prolongó sin interrupción, semana tras semana –entre mayo y octubre de cada año– hasta la clausura del diario, en 1951, durante el gobierno de Perón. Cuando en 1956 la Revolución Libertadora lo devolvió a sus dueños legítimos, el acto de reapertura del Instituto

—el 18 de mayo de ese año— constituyó una velada cultural inolvidable.

El público que desbordó el Salón Dorado se prolongaba por todos los rincones del edificio y llegaba hasta la calle, hasta tal punto que se debió instalar altoparlantes para seguir la conferencia que entonces estuvo a cargo del doctor Cupertino del Campo.

Esta breve pero detallada síntesis del historial del Instituto sirve de marco para destacar la importancia que revestió dentro de las manifestaciones culturales que el país ofrecía. Fustinoni no sólo fue secretario, bajo la presidencia del doctor Osvaldo Loudet, sino asimismo presidente designado en 1993 para “reabrir el año próximo (léase 1994) las actividades académicas, en coincidencia con el octogésimo aniversario de su fundación”. Lamentablemente, aunque con su Consejo Directivo conformado, circunstancias ajenas impidieron su reapertura.

Fustinoni ocupó la tribuna del Instituto Popular de Conferencias en numerosas oportunidades. El 9 de septiembre de 1949 disertó acerca del tema “Discernimiento histórico y valoración de las doctrinas médicas”. El 7 de agosto de 1959 se refirió al tema “La vida prolongada y sus problemas”. El 29 de septiembre de 1967 disertó acerca de “Los estudios médicos en la República Argentina. Origen, desarrollo y proyección”. El 2 de junio de 1978 lo hizo —en condición de secretario honorario del Instituto— para tratar el tema “Los médicos argentinos en la literatura vernácula”, que posteriormente ampliaría para publicarlo en forma de libro.

Capdevila y el presbítero Cucchetti. René Favalaro

Osvaldo Fustinoni cultivó la amistad de personalidades de las letras y de artistas: constituía un alimento espiritual.

Arturo Capdevila (1889-1967), el autor de “Melpómene”, “El poema de Nenúfar” y “Córdoba Azul”, fue, además de poeta, historiador y escribió muchos libros dedicados a aspectos del derecho (era abogado), viajes, amenas evocaciones, ensayos sobre los más diversos temas, filología, crítica literaria, teatro, novelas y cuentos. Incluso varios libros de ciencias médicas como: “El cáncer” (1961), dedicado “al comprensivo, al amplio, al sagaz y alto maestro Dr. Osvaldo Fustinoni”, y “Revisión Microbiana” (1963), que con pluma de tinta negra reza: “Este es el libro, Dr. Osvaldo Fustinoni, maestro grande tan querido y admirado, de que le anticipé alguna noticia cuando me honró escuchándome”.

En “Pláticas Médicas Atenienses (con el Dr. Astianax)” (1962), libro de sátira, crítica y meditación, la dedicatoria dice: “Quiera el alto maestro amigo, Dr. Osvaldo Fustinoni, honrar con su benévola atención este libro, cuya plática 30 –página 181– le está particularmente dedicada, como sincero homenaje”. En efecto, la plática 30 se titula: “Donde habla un simple fauno ante los dioses” y dice así:

“Ningún tema en especial habíase acordado para esa mañana, una de las últimas de mi residencia en Atenas. Y sucedió que, a causa de esa misma libertad, nos entretuvimos buen rato en movedizo plan de vagaroso diálogo en torno de todo y de nada. Pero luego la conversación tomó su camino a partir de una súbita pregunta del Dr. Astianax, tan deseoso

siempre de informaciones precisas en su múltiple interés por los valores médicos de las grandes capitales del mundo.

“La pregunta fue:

“–¿Quién es y cómo es el Dr. Osvaldo Fustinoni?

“Ventura singular fue la mía al poder satisfacer el deseo del ateniense. Allí pude diseñar la figura de este maestro en su fresca juventud como heredero de una gloriosa cátedra en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires: la cátedra y el Instituto de Semiología en que brillan nombres ilustres. Categoría altísima la del joven director del célebre Instituto, que empero no se acartonó de exterior importancia, antes se volvió más ágil, si cabe, en la integridad de su ser. Maestro –rasgo esencial– de brindar su tribuna a toda nueva voz digna de ser escuchada, para que en ella resuenen ante profesores y alumnos todos los promisorios mensajes de la gente de Esculapio, así sólo la encontrase en la vecindad de su santuario.

“–¡Por los dioses! –exclamó aquí el Dr. Astianax–. ¡Y quién me diera un día en Atenas un Dr. Fustinoni que llamándose así, me brindara tan bella oportunidad para decir cuanto callo y habré de seguir callando para las órbitas oficiales!...”

Párrafo aparte merece la profunda amistad que Osvaldo Fustinoni mantuvo con el presbítero Carlos Cucchetti, acrecentada con motivo del viaje que hicieron juntos a Caracas, del 1º al 3 de junio de 1974, con motivo de la “Primera Conferencia Continental de Institutos de Relaciones Culturales América Latina-Israel”, oportunidad en la que la delegación argentina fue integrada por Fustinoni como presidente del Consejo Consultivo del Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino-Israelí.

El presbítero Cucchetti creó la “Confraternidad Judeo-Cristiana” en la Argentina, de tal modo que, anticipándose a los decretos y pensamientos del Concilio Vaticano II, comenzó una intensa labor ecuménica que trascendió los límites nacionales y adquirió un reconocimiento casi universal. Realizó una tarea tesonera y precursora, y colaboró en los principales periódicos y medios del país en defensa de los judíos perseguidos. Fue discípulo y heredero intelectual de monseñor Gustavo Franceschi, en cuya sobremesa, a lo largo de diez años, había aprendido todo lo que no le habían enseñado los libros teológicos y filosóficos, y quien con voz ronca le decía: “Padre Cucchetti, estamos en el pretorio”. Sucedió a monseñor Miguel de Andrea en su sitial de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, a quien Cucchetti en su discurso de incorporación definió como “luz de luz en las tinieblas”. Recordaba siempre Cucchetti que el Papa Juan XXIII, en audiencia, le había dado un beso en la mejilla por su labor de acercamiento entre judíos y cristianos.

Fustinoni y Cucchetti solían almorzar a menudo en restaurantes del distinguido barrio de la Recoleta. Voy a hacer una confidencia. Fustinoni era médico de cuerpos, Cucchetti era médico de almas. Pero ocurría que Fustinoni atendía como médico al sacerdote Cucchetti, y el sacerdote Cucchetti a Fustinoni. Por supuesto, no nos iban a decir sus enfermedades. Eso es secreto profesional.

Cucchetti estuvo muy delicado de salud y siempre diría que su médico y amigo le salvó la vida en una oportunidad.

Cucchetti hizo uso de la tribuna del Instituto Popular de Conferencias de “La Prensa”, el 10 de octubre de 1980, para

referirse a: “Juan Pablo II: un llamado a la conciencia”. Fustinoni tuvo a su cargo la presentación.

Hombre de vastísima cultura y fina inteligencia, poeta y campeón del ecumenismo, luchador incansable, tenaz y valeroso en favor de la convivencia fraterna y la comprensión humana, noble y leal amigo, alimentó con creces la sensibilidad de Osvaldo Fustinoni.

René Favalaro siempre tuvo sentimientos de profundo respeto y sincera admiración por la figura de Fustinoni. A lo largo de los años compartieron almuerzos, eventos científicos de distinta índole, premios y homenajes. Y los unió también el mismo espíritu humanista y el gusto por la historia y los avatares de la medicina en el viejo Buenos Aires. Ambos recibieron el “Reconocimiento de la Nación Argentina por la trayectoria en las Ciencias Médicas en beneficio de la Humanidad” y el premio “Maestro de la Medicina Argentina”.

Al recibir Favalaro este último, el 19 de junio de 1986 –Fustinoni lo hizo en 1979–, expresó entre otras cosas lo siguiente: “...hay que saber: a) olvidarse de las malévolas e injustificadas censuras; b) nunca medrar con la mentira para defender lo que supuestamente y a sabiendas es falso de toda falsedad; c) por sobre todas las cosas erradicar la envidia, sin duda el más bajo y denigrante de los sentimientos. Nunca la tuve con mis pares, ni con mis colaboradores inmediatos, ni con los residentes que aprendieron y siguen aprendiendo a mi lado. Por el contrario, me siento inmensamente feliz si algún joven supera lo realizado. ¡Desgraciado aquel que deja germinar la envidia en el centro de su intelecto!”. Lo dicho por Favalaro adquiriría un carácter totalmente contrapuesto en

Osvaldo Fustinoni, que fue generoso como pocos y se prodigó siempre en beneficio de los demás. Así lo reconocía en una carta que le dirigió a Fustinoni, el 26 de abril de 1986:

“Estimado Profesor Fustinoni: No sé como agradecerle todo el tiempo que me ha dedicado. He sido notificado de que el premio que otorga La Prensa Médica se debe a su iniciativa y es lógico imaginar que mi nominación en la Academia Nacional de Medicina también lleva su firma por lo cual quiero hacerle llegar todo mi reconocimiento. Reciba mi saludo más cordial. René G. Favaloro”.

Cuando falleció Osvaldo Fustinoni –el 25 de mayo de 2000– Favaloro acudió al cementerio de la Chacarita para darle el último adiós, ataviado con un poncho marrón. Dos meses después sobrevendría su trágico final.

Favaloro siempre recordó a sus maestros: Federico Christmann, Fernando D’Amelio y José María Mainetti en el Hospital Policlínico de La Plata; Ricardo Finochietto en sus sesiones de postgrado del Hospital Rawson, y el Dr. Donald Effler de quien aprendió los basamentos de la cirugía cardiovascular. Pero también recordó a Osvaldo Fustinoni, a quien siempre respetó como verdadero maestro de la medicina.

Láin Entralgo, Jiménez Díaz

Fustinoni mantuvo una particular amistad con personalidades de la talla de Pedro Láin Entralgo, Gregorio Marañón, Carlos Jiménez Díaz, Agustín Pedro-Pons, Paul Ghaliounghi, Jean Hamburger, y los cardiólogos Lenègre y Mativa, a muchos de los cuales recibió y presentó en el Instituto de Semio-

logía “Gregorio Aráoz Alfaro”, con motivo de conferencias, clases magistrales o inauguración de cursos en la cátedra a su cargo.

El 31 de agosto de 1961 y posteriormente el 25 de noviembre de 1964 visitó el Instituto de Semiología para dictar conferencias el doctor Pedro Laín Entralgo, profesor titular de Historia de la Medicina de la Universidad de Madrid y una de las figuras internacionales de mayor prestigio en esta disciplina. En ocasión de la última visita –al presentarlo– expresó Fustinoni:

“Hace tres años justo, el 31 de agosto de 1961, tuvimos el privilegio y la gran satisfacción de haber oído a Pedro Laín Entralgo en los mismos muros de este viejo hospital. Dije en esa ocasión que aquí mismo había resonado la voz de Gregorio Marañón, Carlos Jiménez Díaz, Agustín Pedro-Pons; expresé también que se completaba así una constelación importantísima de la medicina española con la presencia de Pedro Laín Entralgo. El Dr. Laín Entralgo es profesor de Historia de la Medicina en la Universidad de Madrid. Pero no es un historiador frío de los textos antiguos; no ha buscado en los cadáveres de la historia. Él trata de desentrañar de los mismos lo que tienen de hálito vital. Él ha dicho: ‘busco en la historia la verdad; la verdad por la historia’. Y él, que se dice a sí mismo afilador de las inteligencias médicas, sitúa en el plano de la realidad esto que es la historia de la medicina.

“El Dr. Laín es antropólogo. Es antropólogo porque bucea y vive la historia del hombre. Su palabra es dulce como un cantar y tiene la precisión de una saeta; pero además

tiene algo más: está enriquecida por esa verdad ecuménica que es el conocimiento de la historia universal. Es, he dicho, antropólogo, y hoy nos va a hablar, precisamente, de la 'Antropología de la Exploración Física'.

Prosige Fustinoni: *"Lain Entralgo es un hombre sensible a la belleza y a la vida; siente y siente tanto, que él mismo ha dado en nuestro país una serie de conferencias sobre lo que denomina: la amistad.*

"Es en nombre de esa amistad que le ofrezco esta tribuna, que si es modesta en su resonancia, tiene el calor vigoroso de la amistad de la intelectualidad argentina y de su Universidad. Lain Entralgo es un español, pero más yo diría es un pedazo de España que habla hoy en el Instituto de Semiología. Nos trae todo lo que puede aportar España, en uno de los máximos exponentes de su intelectualidad. Así desde las vistas de ese Escorial donde la presencia de los sepulcros numerados son todo un capítulo de su historia; desde los recuerdos de la tierra granadina hasta la púrpura brillante de los claveles que decoran todos los balcones de Andalucía; desde las tierras secas y aparentemente inhóspitas de Castilla siempre presente en las sonoridades de las montañas, y las ciudades vascas donde pueden oírse gemir los instrumentos típicos de esa región; todo se ve, se oye, se vislumbra en la palabra galante de Lain, y todo es así en él. Pone la espontaneidad en sus cosas, y es aquí, en la Argentina, un argentino redivido de España, porque él lo siente así. Es en nombre de todo esto, en nombre de lo que este historiador dice, que 'todo médico —que quiera serlo— debe ser patólogo y no un epígono', como lo afirmó en su famoso libro 'La historia clínica',

que nos va a hacer sentir lo que es conocer la propia historia y la propia técnica a través de su saber histórico”.

En su condición de decano de la Facultad de Ciencias Médicas, Fustinoni presidió la comitiva argentina que concurreció del 3 al 8 mayo de 1965 a “La semana de la Medicina Argentina” en Madrid. Dio cinco conferencias: “La fiebre hemorrágica argentina”, “La insuficiencia renal crónica y su tratamiento”, “Casos insólitos de la insuficiencia renal aguda (en la aortografía y la intoxicación por tetracloruro de carbono)”, “16 casos de pericarditis crónica constrictiva estudiados y operados en el Instituto de Semiología” y “La enseñanza de la medicina en la Facultad de Medicina de Buenos Aires”, mesa redonda en el paraninfo central de la Facultad de Medicina de Madrid.

La reunión con Jiménez Díaz en Madrid motivó el artículo titulado “Una vida médica ejemplar: Carlos Jiménez Díaz”, por Osvaldo Fustinoni, que publicó “La Nación” de Buenos Aires, el 1º de octubre de 1967, y de manera resumida dice así:

“En una tibia mañana madrileña del mes de mayo del anteaño pasado, acompañado con las ráfagas que del Manzanares hacían vibrar las hojas de los árboles con sus copas repobladas, me encaminaba hacia la Clínica de la Concepción, en donde me aguardaba su director para una entrevista acordada el día anterior.

“En efecto, a poco de llegar a España en mi condición de decano de nuestra Facultad y presidiendo una delegación de

profesores argentinos –los doctores Mario M. Brea, Guillermo Di Paola y Eduardo de Robertis– para realizar un ciclo de conferencias en lo que se denominó ‘La semana de la Medicina Argentina’, se me apersonó un joven médico que dijo ser enviado por Carlos Jiménez Díaz. Me pidió encarecidamente, en su nombre, que lo visitara en su clínica, ya que él, impedido de asistir a nuestras conferencias, deseaba honrar a nuestra Facultad en la persona de su decano”.

Jiménez Díaz había visitado el servicio de Fustinoni, el Instituto de Semiología, cuando éste desempeñaba las funciones de médico asistente, en 1943, y había mantenido luego una cordial amistad epistolar y honda admiración intelectual a través de la lectura de sus trabajos, publicaciones y libros.

Continúa Fustinoni: *“Puntualmente fui, pues, a la hora convenida, y apenas traspuesto el umbral del Instituto de la Clínica de la Concepción, grande fue mi sorpresa al encontrarme allí al Dr. Carlos Jiménez Díaz ubicado en un carro de ruedas, más que viejo, envejecido, pálido el rostro, en color acorde con un fino y blanquecino pijama que cubría su cuerpo, con las cuencas oculares rodeadas por unas sorprendentes ojeras que permitían descubrir una mirada brillante, inquieta, que inmediatamente reconocí.*

“Quise esperarlo aquí –me dijo inmediatamente–, ya que al no poder ir a oírlo en su conferencia, como hubiera sido mi deseo, quiero demostrarle mi admiración y mi amistad hacia usted y hacia los médicos de su país”.

Jiménez Díaz atravesaba los inconvenientes que le había deparado un accidente automovilístico que casi concluye con su vida.

“Don Carlos –le dije–, sepa usted que este momento quedará indeleble en mi memoria y al agradecerle a usted su gesto, quiero testimoniarle que los médicos argentinos, por intermedio de su decano, se complacen de saber que usted está muy bien y esperan que, Dios mediante, nos permita por muchos años gozar de sus enseñanzas.”

Luego se encaminaron a su despacho, seguidos por una numerosa corte de colaboradores, y allí frente a su escritorio, rodeado de libros y de algunos retratos, Jiménez Díaz habló largamente de los proyectos que se iban a cumplir a breve plazo para dar fin a la obra de su Instituto. Después de visitar Fustinoni las instalaciones del servicio, al retornar, horas después, tras una larga y minuciosa recorrida por laboratorios, salas y consultorios, al filo del mediodía, Jiménez Díaz tomó un libro de un anaquel próximo, *“y con un tono melancólico en su expresión –agrega Fustinoni– me dijo: ‘Le entrego en este momento, fresquísimas aún las tintas, este ejemplar, que es el primero que sale de mis manos, como el máximo homenaje que pueda tributarle, y ahora que ha visto y recorrido el Instituto, conozca su historia, que es una historia de esfuerzo y de tenacidad’”*.

Continúa Fustinoni: *“Al despedirnos me tendió sus brazos y tratando de incorporarse me dijo: ‘Vea usted que ya estoy*

muy bien'. Pero una humedad particular de su mirada delataba su emoción.

“Fue mi última entrevista con Carlos Jiménez Díaz.

“Al retornar a mi hotel no sabía qué admirar más, si el espectáculo de su victoriosa fortaleza para demostrar el triunfo de su espíritu sobre su cuerpo, su brillante personalidad apenas lesionada por el tremendo accidente sufrido, o su gran cordialidad y su admiración por la medicina argentina, en la persona de este modesto cultor.

“Pero sí pensé que Carlos Jiménez Díaz era todo lo que se había mostrado esa mañana: espíritu cordial, personalidad desbordante, capaz de vencer cualquier obstáculo y antagonismo y de sobreponerse a cuanto pudiera significar un impedimento para el logro de sus objetivos, talento natural, tenacidad y por sobre todo un gran corazón”.

Finaliza Fustinoni: “Seguramente Don Carlos, desde el cementerio municipal de Nuestra Señora de la Almudena donde yace, desde el ‘lumen gloriae’ en que está gozando, ilumina con su propia luz, que es su propia vida, la realidad circundante. Que ella no se apague, en la luz que preste a sus discípulos y que rodea su obra, que persevere y dure para su gloria, que es la de España y la de la medicina.

“Y quede para mí el recuerdo de aquella mañana de mayo madrileño, de divina primavera, en que usted, Don Carlos, incorporándose sobre su cuerpo enfermo, con una humedad particular en la mirada, me decía: ‘Trabajemos con la misma decisión y disconformidad de los primeros días, y sin descanso. Así nos sentiremos más felices’. Y yo, desde aquí, le digo mejor que nadie, sé realmente que ésta era su absoluta verdad”.

El decanato de la Facultad de Ciencias Médicas

Fustinoni ejerció el decanato de la Facultad de Ciencias Médicas entre el 15 de noviembre de 1962 y el 2 de agosto de 1966. Recordará siempre el día de su asunción como decano: *“Los estudiantes protestaron enérgicamente, en razón de que era una época en que las actitudes extremas estaban agudizadas. En 1962 la juventud estudiantil estaba muy en-fervorizada políticamente y era difícil controlarla. A pesar de que me considero un hombre profundamente democrático, los estudiantes pensaron lo contrario y creyeron que conmigo llegaba la reacción. Lo que sucedía era que los estudiantes tenían un candidato que coincidía con sus inquietudes y por eso se soliviantaron. Yo fui electo por los profesores y los egresados. Gané por mayoría, y la minoría no aceptó la elección provocando desmanes.*

“Lo curioso es que aquellos mismos que me atacaron, cuando en 1966 finalicé mi mandato, me aplaudieron. Pero hay más, durante mi permanencia en el cargo me ayudaron mucho en el Consejo”.

Fueron años de intensa actividad. La Facultad hizo significativos progresos tanto en los aspectos docentes como en los científicos: provisión de cátedras mediante concursos públicos de antecedentes y oposición; creación de nuevas cátedras, cursos y carreras; incorporación de docentes con dedicación exclusiva; visitas de eminentes profesores extranjeros; adquisición de equipos técnicos para la investigación experimental y la atención de pacientes; promoción de residencias médicas; becas para estudiantes y graduados; reorganización y ordenamiento administrativo. El equipamiento del Hospital Escuela

“José de San Martín” por vía de la denominada Comisión Ley 13.333 –art. 6– recibió en esa época un decisivo impulso.

No fueron épocas fáciles. El 28 de junio de 1966 una Junta Militar desplazó a las instituciones del país y “sacó” al Dr. Illia de la presidencia de la Nación. Poco después entregó el poder al general Juan Carlos Onganía, en ese entonces comandante en jefe del Ejército, que había jurado fidelidad a los tres poderes nacionales. Dirigió el país con una concepción franquista, por ende autoritaria, y como no podría ser de otra manera, la emprendió contra la Universidad: las mentes estudiosas y libres no le convenían. Hizo entrar a las fuerzas militares y policiales a hacha y fuego (en la modernidad reemplazados por agresivos bastones) en todas las facultades.

El 29 de julio de 1966, un mes después del golpe militar indicado, la policía desalojó –con violencia– cinco facultades de la Universidad de Buenos Aires siguiendo órdenes del dictador. Cuatrocientos estudiantes y docentes fueron detenidos: 1400 de ellos renunciaron poco después. Se había producido el vaciamiento intelectual de la Argentina.

Ese 29 de julio era viernes. A las tres y media de la tarde, las radios difundieron el decreto ley 16.912: los rectores de las universidades se transformaban en *interventores*, es decir, delegados del Ministerio de Educación. Se prohibía toda actividad política y se anulaba el sistema de gobierno tripartito integrado por estudiantes, docentes y graduados. El decreto firmado por Onganía daba 48 horas de plazo a autoridades y profesores para aceptar; en caso contrario, los cargos serían considerados vacantes.

El artículo 3 de ese decreto decía: “Los rectores o presidentes de las Universidades Nacionales y los decanos de sus respectivas Facultades ejercerán funciones administrativas, siendo sus actos provisionales, correspondiendo al Ministerio de Educación el ejercicio de las atribuciones reservadas por sus estatutos a los Consejos Superiores o Directivos”.

Grupos de estudiantes y profesores ocuparon cinco facultades: Arquitectura, Ciencias Exactas, Filosofía y Letras, Ingeniería y Medicina. Se usaron los bancos como barricadas, se cerraron los portones de acceso y algunas ventanas. La idea era resistir durante ese fin de semana.

Pero Onganía ordenó desalojar las facultades esa misma noche. Así ocurrió lo que tristemente se conocería en la historia argentina como “la noche de los bastones largos”. El jefe de la Policía Federal, general de brigada Mario Fonseca, cumplió la orden y envió a la Guardia de Infantería. Hubo gases lacrimógenos, bastonazos y 400 detenidos.

La represión más dura fue contra Ciencias Exactas, que funcionaba en Perú 222. Entre los heridos estaba el decano Rolando García, el vicedecano Manuel Sadosky, Carlos Varsovsky –quien dirigía el observatorio radiocósmico de La Plata– y el geólogo Félix González Bonorino. García y Sadosky denunciaron 200 detenidos.

También en Arquitectura hubo más de un centenar de detenidos, cuando la Policía invadió el edificio atacando a culatazos y con bastones de goma a las autoridades, alumnos y docentes. En Ingeniería desalojaron a los consejeros de la facultad cuando estaban reunidos para definir su posición ante

el decreto. En Filosofía y Letras, otros 200 estudiantes fueron desalojados por la Guardia de Infantería.

La única Facultad en donde se respetó a los intelectuales fue la de Medicina. Su decano, Osvaldo Fustinoni, después de conseguir una tregua de quince minutos por parte de la policía, logró ser escuchado por los estudiantes, a pesar del caos que se había desarrollado, y consiguió que éstos abandonaran la Facultad de un modo pacífico. Nadie fue lastimado físicamente ni en su dignidad. El decano en persona custodió, desde la puerta, la salida de cada uno de los estudiantes, sin que nadie fuera molestado ni denigrado.

En una entrevista, Fustinoni relató de la siguiente manera el episodio: *“Recuerdo ‘la noche de los bastones largos’. En la Facultad de Medicina conseguí que no apalearan a nadie porque me acompañó un comisario de apellido Ansulovich. Con él a mi lado, evitamos el maltrato. Me reuní en asamblea con los estudiantes y les aconsejé que salieran tranquilos porque de lo contrario no había garantías de evitar la violencia. Les hice comprender la gravedad de la situación y el criterio que se utilizaba para solucionar los inconvenientes. Por suerte me escucharon y eso evitó hechos que luego podríamos lamentar todos”*.

No faltaron los ofrecimientos. En esa misma entrevista señala: *“Se produce el movimiento revolucionario y asume el poder el general Onganía. La Universidad se pronuncia contra el movimiento y el general Onganía hace modificar el reglamento universitario transformando a los decanos en simples administradores. El ministro me solicita que permanezca en mi cargo y propone que queden también los doctores*

Marco Aurelio Risolía (decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales) y asimismo Antonio Pires (decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria) para que haya continuidad. Mi respuesta fue clara y precisa: ‘no me puedo quedar, usted me transforma en administrador, y como me debo al claustro que me designó para esta función, no me quedaré’.

“A continuación reuní a mis pares y les informé de mi decisión, así como los motivos de la misma”.

Algunos decanos tuvieron la misma suerte que Fustinoni con sus alumnos, como ocurrió con el de la Facultad de Ingeniería; otros no pudieron evitar los palazos, empujones y patadas que se distribuyeron a diestra y siniestra, también para los profesores y ayudantes.

Oswaldo Fustinoni renunció a su decanato el 2 de agosto de 1966.

En los considerandos de la renuncia, en una carta dirigida al entonces ministro del Interior e interino de Educación, Dr. Enrique Martínez Paz, se lee:

“Atento a la opción establecida por la ley 16.912, pongo en conocimiento del señor ministro que no acepto continuar en el ejercicio de mi cargo de decano de la Facultad de Ciencias Médicas, por cuanto dicha ley modifica sustancialmente la que ha regido hasta ahora para el gobierno de las universidades argentinas.

“Elegido en virtud de las disposiciones de dicho estatuto, entiendo que no debo continuar en el desempeño de un cargo

en el que estuve comprometido moralmente, al cumplimiento estricto de sus disposiciones.

“En todo momento mi trayectoria demuestra que en el ejercicio de mi cargo sólo me ha guiado el bien entendido interés universitario, o sea, la mejor enseñanza por los mejores profesores para promover el auténtico progreso de nuestra patria.

“Sólo deseo que Dios inspire acertadamente a las nuevas autoridades para que nuestras universidades no vean interrumpida su labor creadora y de investigación, dentro de normas de libertad académica, de autonomía y de respetuosa convivencia.

“Sin más, saludo a Ud. con mi consideración más distinguida,

Oswaldo Fustinoni”.

La pasión por el arte. Sus viajes

Fustinoni fue un apasionado del arte y las manifestaciones del espíritu, como lo revelaron sus asiduas concurrencias a las veladas del Teatro Colón, donde gozó sobre todo del género operístico (su ópera predilecta era “La Bohème” de Puccini); o su pinacoteca de autores argentinos, lograda pausadamente, o su colección de relojes de esmalte a los que, personalmente, cuidaba con esmero.

Recuerda Carlos Duelo Cavero en un reportaje: *“Fíjese ese óleo –me indica Oswaldo Fustinoni–. ¿Quién diría usted que es el autor de esta ‘marina’? ¡Quinquela Martín! Que yo*

sepa, es el único cuadro suyo que aparte de no tener nada que ver con la Boca tampoco guarda ninguna relación con el estilo inconfundible del Quinquela más conocido. Fue un hallazgo increíble. Un día el Maestro se enteró que yo lo tenía y desde entonces no cesó de perseguirme, porque quería comprármelo a toda costa. Como puede apreciar no me desprendí de la 'rareza'".

Continúa Duelo: “La palabra, cálida y amena, de nuestro entrevistado tiene la virtud de hacer de la tarea del periodista una misión particularmente grata. En un momento dado nos toma del brazo y nos conduce hasta otro de sus ‘orgullos’: una vitrina que contiene una preciosa colección de relojes de esmalte –algunos de pie– en miniatura, fruto de los numerosos viajes de Fustinoni por el mundo. ‘...Y todos funcionan a la perfección aunque, claro, darles cuerda diariamente me tomaría demasiado tiempo’ –agrega risueñamente Fustinoni–”.

Cabe destacar que el artista plástico Emilio Centurión (1894-1970) retrató a Osvaldo Fustinoni en la década de 1950, curiosamente con cabello y ojos claros.

Fustinoni viajó por el mundo en cumplimiento de tareas académicas, científicas y universitarias, participó en congresos, brindó conferencias o recorrió centros universitarios y de salud. Fue representante de la Facultad de Ciencias Médicas al III Congreso Internacional de Gerontología en Londres (19 al 23 de julio de 1954), que constituiría el germen de la creación de la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriátrica, el 25 de abril de 1951; invitado por la Universidad Central de Caracas, Venezuela, para dictar un ciclo de conferencias (29 de junio de 1963), universidad que lo designó Huésped de

Honor; invitado por la Organización Mundial de la Salud y la Oficina Sanitaria Panamericana a Medellín, San Salvador y Monterrey, para tratar problemas de organización y educación médica (1963), y –en calidad de decano de la Facultad de Medicina– a la reunión de Universidades del Cono Sur en Santiago de Chile y al IV Congreso Latinoamericano de Facultades de Medicina en Poços de Caldas (1964); invitado como Huésped Oficial por los gobiernos de Francia, Bélgica, Holanda e Israel, a visitar sus países en misión cultural (octubre de 1964); invitado por la Facultad de Medicina de Madrid para dictar conferencias en “La Semana Argentina” (2 al 9 de mayo de 1965) –como comentamos anteriormente, Fustinoni participó con cinco conferencias–; invitado por la Comisión Oficial de Sanidad Panamericana como observador de la IV Reunión de directores de Salud Pública, realizada en Puerto Rico (14 al 19 de noviembre de 1965); invitado por la Facultad de Villarreal, Perú, para informar sobre la organización de una Facultad de Medicina (20 al 25 de octubre de 1967); invitado por la Fundación “Carlo Erba” de Milán para pronunciar la conferencia “Diálisis en la insuficiencia renal crónica” (17 de abril de 1969), que se continuó con una mesa redonda con la participación de distinguidos nefrólogos italianos; invitado por el Instituto Central de Relaciones Culturales Israel-Iberoamérica, España y Portugal, con sede en Jerusalem, para disertar sobre el tema “Los valores humanos de nuestro tiempo” (5 de mayo de 1969); invitado a la “Primera Conferencia Continental de Institutos de Relaciones Culturales América Latina-Israel” que se realizó en Caracas (Venezuela), conformando la delegación argentina en carácter de presidente del Consejo Consultivo del Instituto de Intercambio Cultural y

Científico Argentino-Israelí (1º al 3 de junio de 1974); invitado por la Academia Real de Suecia (1986) para establecer convenios culturales con la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires.

Debe consignarse que en materia de vinculaciones con las Academias de Ciencias de otros países de América Latina, Fustinoni concurrió, en representación de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, a la reunión organizada por la Academia de Ciencias de América Latina, con sede en Caracas (Venezuela), que se llevó a cabo en Río de Janeiro (Brasil) el 12 y 13 de mayo de 1988, y en calidad de presidente de la Corporación a la realizada por la reunión de Academias de Ciencias y Asociaciones Científicas Iberoamericanas en La Paz (Bolivia) entre el 21 y 23 de octubre de 1992. En esta ciudad fue declarado Huésped de Honor en el Palacio Consistorial. Por último, como presidente de la Academia Nacional de Medicina, asistió a la XVI Reunión de las Academias del Plata, en Montevideo, y a la Primera Reunión Conjunta de Academias Chileno-Argentina los días 26 y 27 de mayo de 1995.

Los ojos de Fustinoni siempre han mirado a Francia. En diciembre de 1957 como invitado especial del gobierno de Francia para visitar y estudiar los Centros de Estudio sobre Patología Renal se acercó al profesor Jean Hamburger, que era por ese entonces uno de los máximos referentes en patología renal y posteriormente vino al país con sus discípulos –en julio de 1960– a dictar en la cátedra de Fustinoni un curso sobre patología renal. Aprovechando ese acontecimiento, el 15 de septiembre del mismo año (en segunda sesión), a propuesta

de Fustinoni, fue fundada la Sociedad Argentina de Nefrología que lo tuvo como primer presidente, rivaliza hoy en día con las principales sociedades del mundo y lleva a cabo una importante tarea que honra al país.

Fustinoni recordará así su permanencia en París:

“He visitado las facultades de medicina (nueva y vieja), recorrí los distintos anfiteatros y laboratorios, me hice cargo de su funcionamiento y escuché algunas clases. Igualmente concurrí a los siguientes servicios hospitalarios: Hospital Bichat, servicio del profesor Justin Bezançon; Hospital Necker, servicio del profesor Jean Hamburger, por quien fui solícitamente atendido. Conversamos de temas sobre los que ambos trabajamos, y en esa oportunidad entregué al profesor Hamburger un libro con trabajos desarrollados en el servicio a mi cargo en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires y vinculados con la patología renal, acerca de la cual considero al profesor Hamburger una autoridad de prestigio mundial; Hospital Broussais-Charité, servicios de los profesores De Gennes y Pasteur Valery-Radot, donde observé el desarrollo de los trabajos prácticos de la clínica propedéutica, materia a la cual dedico mis afanes de profesor. En el servicio del profesor De Gennes escuché algunas conferencias del ciclo para graduados, dedicadas a temas de secreción interna. Igualmente concurrí a los hospitales Saint-Antoine y Beaujon (nouvel hôpital), el cual me interesó vivamente por su moderna concepción.

“Al margen de esta actividad puramente profesional, he tenido el placer y el honor de ser recibido en audiencia espe-

cial por el señor rector de la Universidad de París, Dr. Jean Sarrailh, con quien conversé largamente sobre organización universitaria, a la cual, por razones de mis funciones de delegado al Superior Gobierno Universitario de mi país, he dedicado preferente atención. La amabilidad y gentileza del profesor Sarrailh han creado en mí una deuda de gratitud, pues no sólo me ha ilustrado de palabra acerca de la organización de la Universidad local, sino que ha puesto en mis manos elementos de incalculable valor, que no dudo formarán un valioso acopio informativo que servirá indudablemente a los fines de nuestra futura organización.

“Como complemento de estas actividades, la frecuentación con todas las manifestaciones culturales de París (museos, teatros, monumentos) y el trato de algunos hombres representativos de la cultura francesa han contribuido a aquilatar lo importante de nuestras vinculaciones y el positivo valor que para la cultura de nuestro joven país tiene la influencia de la ciencia y el arte de Francia”.

Posteriormente vinieron a Buenos Aires los profesores Mativa y Lenègre, éste uno de los más importantes profesores de cardiología, de renombre mundial. Si a todo esto se añade que Fustinoni fue condecorado por el general Charles de Gaulle –con motivo de su visita a la Universidad de Buenos Aires– con la “Orden al Mérito” y las “Palmas Académicas” en 1965, se comprenderá aún más su amor por Francia.

De sus viajes posteriores, muchos a países de Latinoamérica –para asistir a congresos de gerontología y geriatría o bien como delegado de la Academia Nacional de Medicina o repre-

sentante de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, según ya se comentó—, debe destacarse el que realizó del 5 al 15 de abril de 1990 a Londres, invitado por el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (C. A. R. I.), para restablecer relaciones culturales con el Reino Unido después del litigio por las Islas Malvinas. En esa delegación estuvo acompañado por importantes personalidades de nuestro país: Juan R. Aguirre Lanari, Adolfo Gass, Hortensia D. T. Gutiérrez Posse, Alicia Jurado, Carlos M. Muñiz y Rafael Squirru.

Marilina Rébora

Armando Maccagno, cuando definió a Fustinoni como verdadero “arquetipo” —en ocasión de serle otorgado en 1995 el Premio “Arco de Triunfo” por el Hospital Francés—, dijo: “El arquetipo debe ser fuerte intelectual, ética y moralmente, pero con esa fortaleza interior que sólo puede lograrse si se nutre de sensibilidad y ternura, y Fustinoni encontró una fuente inagotable en Marilina Rébora”, su fiel y abnegada compañera. Podría alguien decir algo de ella mejor que sus poesías...

*Alguien dijo que recuerdas
un niño de Murillo,
y en verdad que lo pareces
por tu gracia y por tus rizos.
Tienes cabellos castaños,
ensortijados y finos
con algo de oro en las sienas,*

*como si fuera rocío.
La tez pálida y morena,
negros ojos expresivos
que miran llenos de asombro,
como miran los del niño.
Estabas con tus juguetes,
de pie sobre el ancho piso,
cuando te vi de repente
junto al blanco corderillo;
y al mismo tiempo la imagen
que tuviera en el olvido
apareció viva y fuerte,
tan clara como un prodigio.
Sin perder un solo instante,
entré de un salto al recinto
y trepando como pude
saqué el Cristo de su sitio,
colocándolo a tu lado
según era mi designio.
Y después, en un arranque
de ternura y de cariño,
orgullosa más que nunca
de mi hijo y de mi niño,
exclamé dándote un beso
en ese rostro tan lindo:
'Eres el San Juan Bautista
más delicioso que he visto'.*

(“Mi hijo”, Marilina Rébora)

Dijo Fustinoni de Marilina Rébora: “Le debo toda la educación de mis hijos y los sinsabores de la vida diaria. Y sin quejas, porque me alentaba a seguir en mi camino a pesar de que mi actividad me alejaba irremediabilmente del hogar”.

Espíritu selecto el de Marilina Rébora, a quien Manuel Mujica Láinez definió como “poeta auténtica, alguien que vive con misteriosa, con apasionada hondura, que es capaz de provocar en sus sonetos una verdadera sucesión de emociones”, nutrió de manera tajante la personalidad humanística de Osvaldo Fustinoni.

La tolerancia

Fustinoni hizo un culto de la tolerancia. Resultan paradigmáticas las palabras pronunciadas al recibir el Premio “Barón Hirsch”, en 1979, premio que no sólo tributa un homenaje a la memoria del filántropo, sino que, al mismo tiempo, honra a figuras egregias, judías o no judías, que han sido útiles a los fines morales y culturales de la comunidad judía. Dijo Fustinoni en esa oportunidad:

“Bienvenido es para mí el ecumenismo, pues da a mi propio sentimiento su verdadera dimensión.

“Quieran entonces los hombres todos oír el llamado de ese gran Pontífice Juan XXIII a través del Concilio Vaticano II.

“Entonces no se repetirán Dachau, ni Treblinka, ni Auschwitz, y tendremos conciencia de nuestra propia dignidad

y que se puede vivir en pacífica armonía sin tener en cuenta color, religión o credos.

“Asistiremos así a la superación del Hombre.

“Y en nuestro credo monoteísta serán igualmente respetados los nombres de Abraham, de Moisés, de Jeremías y de Mahoma, y los de Pedro, Pablo y Lucas.

“Y en Jerusalem, la eterna Jerusalem, confraternizaremos cristianos, judíos y mahometanos en plena libertad y liberados de la esclavitud de esa pasión malsana que es el odio.

“Resultarán proféticas las palabras del insigne Rubén Darío:

*Y se verán contruidos los
muros de las iglesias todas,
todas igualmente benditas,
las sinagogas, las mezquitas,
las capillas y las pagodas.*

Seguidamente agregó Fustinoni: “Es entonces cuando nosotros, en nuestra bendita tierra, podamos decir en el presente y en el futuro que estamos orgullosos de pertenecer a un país donde se respeta la dignidad de cada ser humano; se promueve la consolidación de la familia; se practican los distintos credos religiosos con libertad; donde el deber y el trabajo son altamente estimados, y la generosidad y la hospitalidad no son palabras vanas; donde las verdades conquistadas por la ciencia no cambian de naturaleza con el clima, el idioma y las costumbres ni pueden crear antagonismos de razas, partidos o creencias.

“En que la ciencia que es el gran patrimonio de la humanidad no sea puesta al servicio de opiniones o intereses de circunstancias efímeras y deleznales como el hombre mismo.

“Deseamos también que en nuestro país el dogma de la fraternidad y de la solidaridad no sean una quimera destinada a esfumarse sin ruido, ni un sueño brillante que desaparezca como las visiones de la fiebre; al contrario, que ese dogma que aparece como una luz indeleble en los horizontes del mundo moral, cuando agoniza el paganismo, surja como el credo de la humanidad escrito en caracteres inmortales con la sangre del mártir divino, en la roca solitaria del Calvario, para recibir ahora la sanción de la ciencia contemporánea que –a no dudarlo– sea la verdad del mañana, la gran verdad del porvenir”.

Fustinoni fue invitado a Israel en cuatro oportunidades. Visitó el Centro Médico de Hadassah-Universidad Hebrea y el Hospital Central de Neguev, y fue recibido por el decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Tel-Aviv, profesor Shimon Bitter. Mantuvo un encuentro con David Ben Gurion, quien le preguntó por qué los países de América Latina, que tenían la misma lengua, las mismas costumbres y el mismo origen, no formaban un solo país, a lo que respondió que eran problemas de orden político más que problemas de orden nacional: *“Fue el resultado del caudillismo sudamericano imperante en la época de la consolidación de los países”*. Diría posteriormente que ese encuentro con Ben Gurion había sido muy gratificante.

Dejó escritas estas palabras: *“Jerusalem se lleva en el alma o se es ciego de entendimiento. Jerusalem se convierte en todo en la Historia del Hombre, la Historia de la Guerra y la Paz, de la sabiduría y de la sangre derramada. Así veo a Jerusalem, edificada en el nudo de los montes de Judea, como la estampa viviente del Estado de Israel”*.

Poco antes de morir, Fustinoni manifestó estos conceptos: *“La religión es una necesidad para la vida humana. Es un freno para las pasiones, un freno para las malas tendencias. Todas las religiones son humanitarias, son beneficiosas para el individuo. Ciencia y religión pueden estar unidas. Ahora lo que no se puede es hacer de la religión o de la ciencia un fanatismo. La ciencia puede estar al servicio de la humanidad, como la religión está al servicio de la humanidad también. Hay que saber utilizarla”*.

La automatización y la ética médica

Fustinoni incursionó en los distintos terrenos que hacen a la vida de los hombres. Su profundo amor a la humanidad lo llevó al estudio del dolor físico y moral. Algunos de los conceptos vertidos por él al incorporarse a la Academia Nacional de Medicina hablan por sí mismos de su personalidad de médico humanista, de un ser humano sensible:

“Juan Pablo II en su primera encíclica nos advierte sobre los progresos tecnológicos desbocados que amenazan a la humanidad con la próxima autodestrucción imaginable. Dice en Redemptor Hominis: ‘El progreso de la técnica y el desa-

rrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el dominio de la técnica, exige un desarrollo proporcional de la moral y de la ética’.

“Mientras tanto esto último parece por desgracia haberse quedado atrás. Por eso este progreso, por lo demás tan maravilloso, en el que es difícil descubrir auténticos signos de la grandeza del hombre que nos han sido revelados en sus gérmenes creativos en las páginas del Génesis, no puede menos que engendrar múltiples inquietudes.

“La primera inquietud se refiere a la cuestión esencial y fundamental: este progreso, cuyo autor es el hombre, ¿hace la vida del hombre sobre la Tierra más humana en todos sus aspectos? ¿La hace más digna del hombre? Y esto es lo verdaderamente esencial: si el hombre en el contexto de este progreso se hace de veras mejor, es decir, más maduro espiritualmente, más consciente de la dignidad de su humanidad, más responsable, más abierto a los demás, particularmente a los más necesitados y a los más débiles, más disponible a dar y prestar ayuda a todos”.

Todo ese tecnicismo ha traído en el devenir del tiempo modificaciones en el ejercicio profesional de la medicina que la han deshumanizado y han debilitado el sentido de la moral médica.

Son palabras de Fustinoni: *“Hoy los aparatos han reemplazado al médico en muchos actos; por ejemplo, se sacan los electrocardiogramas por computadora... El laboratorio donde antes había un químico, que hacía uno y otro análisis, va desapareciendo. Hay aparatos automatizados donde se in-*

troduce un centímetro cúbico de sangre y le hacen al paciente cuarenta o cincuenta análisis. El individuo es reemplazado por la máquina que efectúa los diagnósticos, y según exageraba alguien, dentro de poco habrá que preguntarle a las máquinas el tratamiento por seguir. Personalmente, creo que eso no va a ocurrir nunca, porque siempre hará falta una cabeza que componga las cosas. Es cierto que las enfermedades son siempre las mismas, pero los enfermos son todos distintos. El evidente y saludable progreso tiene que ser tamizado por una cabeza pensante.

“Hay dos cualidades que el médico no debe nunca dejar de tener: esperanza y paciencia. La paciencia es lo único que lo va a llevar a un conocimiento verdadero de su enfermo; la esperanza es lo único que lo ayuda a triunfar sobre la angustia de la muerte, que es, por otra parte, la angustia propia del individuo”.

La posición de Fustinoni fue siempre clara en cuanto a los temas médicos relacionados con la moral y la ética. Mientras ejercía la presidencia de la Academia Nacional de Medicina y se le pidió por su opinión dijo en forma contundente: *“El aborto es liquidar una vida humana”*, y señaló los muchos procedimientos que existen para evitar el embarazo, incluso uno de ellos aceptado por la Iglesia Católica. *“No podemos permitir que se mate a una persona. Yo creo que la felicidad más grande que puede tener una mujer es quedar embarazada y criar a su hijo. Eso es lo que filosóficamente define a la condición femenina”.*

Durante la presidencia de Fustinoni, la Academia Nacional de Medicina efectuó las declaraciones públicas en torno del aborto provocado, la mala práctica médica y la fertilización asistida, y a su propuesta, el plenario aprobó por unanimidad designar los 35 sitios con los nombres de ilustres miembros del pasado médico del país, que ocuparon un sillón en su época con carácter fijo y permanente.

En una última entrevista concedida, que fue publicada en mayo de 2000, y en referencia a la práctica médica actual, expresó: *“Creo que la que se hace ahora es otra medicina. Antes era una medicina personal. Los protagonistas éramos dos: el médico y el enfermo. Ahora somos tres: los terceros en discordia son las sociedades comerciales o corporativas que tienen un interés sumamente distinto del que existía en la relación médico-paciente y que han distorsionado totalmente el ejercicio de la medicina. Todas estas instituciones de prepago constituyen un factor donde lo único que se mira es la ganancia. No interesa la salud, lo que interesa es poder establecer pautas, que generalmente llaman ‘ajustes’, y que hacen sobre el trabajo médico”*. Veinte años antes había pronunciado estas palabras, tan de actualidad: *“La socialización de la medicina ha creado un tremendo problema. El acto médico es un acto singular de dos personas: una que sufre y que se entrega a la otra para que alivie sus males. Es un binomio: el médico y el enfermo. La medicina socializada es un trinomio: la sociedad, el médico y el enfermo, que se desdobra en dos binomios, sociedad-médico y médico-enfermo. El primero es de orden administrativo-contable. Se trata de ver a tantos enfermos en el día, porque de lo contrario no conviene. Y el segundo*

también se perturba porque a ese médico se le exigen exámenes rápidos y, a veces, ni revisa a sus pacientes, porque tiene que cumplir con treinta o cuarenta enfermos. Por otra parte, el individuo que está en una institución socializada exagera sus derechos y exige del médico una serie de circunstancias que no exigiría si tuviera que pagarle (...) La socialización así encarada trae la deshumanización del acto médico, que es lo único que importa”.

Poco antes había reflexionado lúcidamente acerca de la medicina de los últimos dos tercios del siglo XX, la situación del ejercicio de la profesión y la clonación humana:

“No escapa a nadie la acelerada irrupción de conocimientos nuevos, mejores fundamentos para identificar con certeza la etiopatogenia de diversas enfermedades, recursos complementarios de diagnóstico antes inimaginados, tratamientos (tanto de tipo quirúrgico como medicamentoso) de eficacia considerable. Aunque el desarrollo de la medicación antibacteriana y de vacunas preventivas (como fue el caso de la de la polio) fueron logros de mediados de este siglo, también es cierto que la medicina ha progresado más en los últimos treinta años que en los precedentes de la misma centuria. Pero no cabe ninguna duda de que han sido y son tan vertiginosas las novedades, que los médicos no siempre pueden y logran seguir el ritmo, porque cuesta adaptarse a muchos cambios y además resulta difícil valorar las verdaderas ventajas de cada nueva tecnología. Aparatos y equipos van siendo reemplazados por otros de nueva generación, cada vez con menor intervalo de tiempo.

“En la década de 1940 un médico clínico con sus conocimientos, su destreza semiológica clásica y su estetoscopio, ayudado por un puñado de análisis de laboratorio nada complicados y algunas placas radiográficas, disponía del bagaje suficiente para un diagnóstico acertado. La medicación, por lo común fórmulas magistrales, podía no ser eficaz en casos graves, pero no se disponía de otros medios. Surgían las sulfamidas que comenzaron a combatir ciertas infecciones bacterianas con éxito. Piensen ustedes cómo, en qué magnitud impresionante, se ha transformado el ejercicio de nuestra profesión. Todo lo nuevo en materia de recursos diagnósticos y terapéuticos ha multiplicado los costos. Por otro lado, los médicos han tenido que ir adaptándose a nuevas pautas de estirpe económica que fueron modificando su antiguo ‘modus vivendi’. El médico resulta ser el eslabón débil de una cadena de rubros económicamente mucho más robustos. Debí acortar el tiempo de las consultas, tuvo que empezar a correr de un lugar de trabajo al otro, descuidar su actualización, y dejar a un lado el descanso y hasta su familia. ¿No es esto, que sufren particularmente los profesionales noveles, socialmente peligroso? Y para completar el cuadro sombrío, se instaló ya la moda (algunos la llaman ‘la industria’) de los juicios civiles y penales por ‘mala práctica’ en el ejercicio de la profesión médica.

“Desde luego, el progreso tecnológico-científico es imparable. La curiosidad humana no tiene límites. El deseo, muchas veces ilusorio, de mejorar los conocimientos y gozar de sus aplicaciones, impulsa a ciertos extremos muy peligrosos. La manipulación del átomo y la energía nuclear aportó

fuentes de electricidad a bajo costo, dotó a la medicina de medios de diagnóstico y terapéuticos muy promisorios para el control de la salud humana. Pero, al mismo tiempo, no fue precisamente beneficiosa para las poblaciones de Hiroshima y Nagasaki. Tampoco para la de Chernobyl. Lo que trato de decirles es que la ética, el filtro moral de lo que se haga con los genes humanos y todo lo demás, es lo único que puede poner algún freno al mal uso de esas mutaciones genéticas provocadas y a la ya factible clonación de seres humanos. El tema de la clonación motivó en 1997 una declaración pública de la Academia Nacional de Medicina que dice así: ‘La Academia Nacional de Medicina reconoce a la clonación como un verdadero logro científico, pero considera conveniente dejar establecido que su aplicación a la especie humana con fines reproductivos debe ser sometida previamente a una discusión ética multidisciplinaria, destinada a preservar el más absoluto respeto por la vida y la dignidad humanas, dentro de un ambiente que ofrezca a la ciencia la libertad que necesita para seguir indagando los misterios de la naturaleza’.

El médico y el silencio

El médico es el gran protagonista del drama diario de la enfermedad y de la muerte. Verdadera misión de sacrificio, templanza, abnegación, altruismo y piedad, sin los cuales no existe la medicina. ¡Cuántas veces en la noche cerrada o al clarear de la aurora, en soledad, en la quietud del silencio, el médico da rienda a sus pensamientos y devaneos en torno de su paciente o del amigo que sufre!

En la quietud del silencio, reitero. Meditando el silencio –al decir de Marcos Victoria– que oye en la intimidad de sus entrañas. Porque así como existe *el silencio de la naturaleza* –el piar de los pájaros o el canto del benteveo, que seductor nos sorprende a veces como risa de niño, diáfana, cristalina, es menester oírlo con los ojos cerrados–; *el silencio de la pintura* –silencio que nos inunda al contemplar “Les très riches heures du Duc de Berry” de los hermanos Limbourg, “La encajera” de Vermeer o “La Virgen de la verja de rosas” de Stephan Lochner–; *el silencio de la música* (que está escrita en el pentagrama del silencio) –silencio majestuoso, embriagado de Dios, que precede a las “Pasiones” de Bach o al “Parsifal” de Wagner, o aquel de Debussy, el sueño de sueños con que está escrito su “Pelléas et Mélisande”–; *el silencio de las flores* –viene a mi memoria el poema “The sick rose” de William Blake: la rosa en silencio inclina su frente para morir–; *el silencio de los ángeles* –como los que pintara de rodillas Fra Angelico– y *el silencio de las miradas*, existe *el silencio en las noches insomnes del médico...* En la alta noche –cuando quizá “Cíclope nos mira con su ojo de luna llena”–, donde a veces el médico deberá tomar decisiones que sólo las podrá resolver con su conciencia, y aceptar la entera responsabilidad de la salud de quienes le han hecho el honor de confiársela.

El ejercicio de la medicina es una escuela de amor al prójimo –con el conocimiento necesario para poder ejercerla–, de comprensión sin reparos, de resignación ante el destino, de sacrificio permanente sin gratitud y sin premio, de estoicismo y templanza ante la adversidad, de humildad en los triunfos, de

valor y coraje frente a la fragilidad de la vida. Así lo entendió y lo enseñó Osvaldo Fustinoni.

Recuerda Félix Luna: “Todavía me parece verlo llegar a mi casa en momentos difíciles, poniendo tranquilidad y orden allí donde reinaba el miedo y la incertidumbre. Creo que el doctor Fustinoni, en su larga vida, fue como el paradigma del buen médico, aquel que no sólo alivia y cura sino que da esperanza”.

Vivimos actualmente una época de oscurecimiento del pasado y de iconoclasia, que la juventud cree que es menester menospreciar en alas de nuevos ideales.

Pero no debemos olvidar que hay una ley biológica inexorable según la cual no se nace de la nada, ni se edifica en el aire, sino sobre firmes basamentos, y los fundamentos de un país son sus viejas tradiciones, sus glorias y sus derrotas, la continuidad de sus ideales, la obra de las generaciones pasadas y de las presentes, aunque estén ya en la ruta del ocaso.

Al subir las escalinatas del Louvre, ya divisamos la esplendorosa “Victoria de Samotracia” con sus alas desplegadas, en firme actitud de vuelo que escapa del horizonte en que se asienta para ir a otros más lejanos. Seguramente quiera significar volar siempre a lo alto, sin medida y sin pensar. Quizá pueda resumir la concepción de la vida y obra de Osvaldo Fustinoni. Mirar siempre hacia arriba, no cejar en la lucha, alcanzar lo inalcanzable, contra viento y marea, volar siempre a lo alto. Volar, volar...

Al evocar a Osvaldo Fustinoni como humanista señorero de la medicina, pretendemos señalarlo como ejemplo de reflexión

a la juventud que debe respetar si aspira a servir a la grandeza de la nación.

Bibliografía

1. Discurso del académico presidente Dr. Julio H. G. Olivera, pronunciado el 26 de mayo de 2000 en las exequias del Dr. Osvaldo Fustinoni. *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires* 2000: 847-849.
2. Reinicia sus actividades el Instituto Popular de Conferencias. *La Prensa*, 3ª sección, pág. 7, 30 de diciembre de 1993.
3. Instituto Popular de Conferencias. *La Prensa*, sección 4ª, 8 de octubre de 1961.
4. *Instituto Popular de Conferencias (1914-1947)*, Buenos Aires, s/f.
5. Capdevila A. *El Cáncer*. Bibliográfica Omeba. Buenos Aires, 1961.
6. Capdevila A. *Pláticas Médicas Atenienses (con el Dr. Astianax)*. Bibliográfica Omeba. Buenos Aires, 1962.
7. Capdevila A. *Revisión Microbiana*. Bibliográfica Omeba. Buenos Aires, 1963.
8. Cucchetti C. Juan Pablo II: un llamado a la conciencia, *La Prensa*, 13 de octubre de 1980.
9. Laín Entralgo P. Antropología de la exploración manual. *El Día Médico* 37: 1189, 1965.
10. Fustinoni O. Una vida médica ejemplar: Carlos Jiménez Díaz. *La Nación*, 1º de octubre de 1967.

11. PÉRGOLA F. El decanato de Osvaldo Fustinoni en la Facultad de Medicina de Buenos Aires. *Medicina Internacional* 7-8: 47-64, 2001.
12. ALBANO E. Entrevista al profesor Osvaldo Fustinoni: longevidad, una proyección al futuro. *Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires* 37: 26-38, 2000.
13. Un golpe muy duro contra la inteligencia: a 30 años de la noche de los bastones largos. *Clarín*, Educación: 2-5, 28 de julio de 1996.
14. MACCAGNO A. Premio Arco de Triunfo: el arquetipo de hoy. *Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires*, Vol. X, N° 37: 18-21, septiembre de 2000.
15. DUELO CAVERO C. Chequeo a la fama. Doctor Osvaldo Fustinoni: enseñar a la juventud, remozar a la vejez. *Jano. Medicina y Humanidades*. Edición Argentina, N° 22: 18-24, diciembre de 1982.
16. “*para ud. doctor.*” Revista de Clínica y Terapéutica, N° 17, 1960. En la tapa: Dr. Osvaldo Fustinoni, Profesor Titular II Cátedra de Semiología. Sala IV. Hospital de Clínicas. Óleo del pintor argentino Emilio Centurión (1894-1970).
17. *Antecedentes, títulos y trabajos del Dr. Osvaldo Fustinoni*. Buenos Aires, 1978 y 1991.
18. Realizó ayer su primera reunión ordinaria la Sociedad Argentina de Nefrología. *La Prensa*, 25 de noviembre de 1960.

19. Distinción para el Doctor Fustinoni. *La Nación*, 28 de septiembre de 1965.
20. Fueron investidos nuevos miembros de la Orden de las Palmas Académicas de Francia. *La Prensa*, 1º de diciembre de 1965.
21. El Embajador de Francia impuso a intelectuales argentinos distinciones otorgadas por su país. *Clarín*, 1º de diciembre de 1965.
22. Rébora Marilina. "A mi hijo." *No me llames Poeta*, Editorial Alhora, Buenos Aires, 2001.
23. Entrega del Premio Barón Hirsch al Dr. Osvaldo Fustinoni. *Museo Judío de Buenos Aires*, 28 de marzo de 1980.
24. Radunsky I, Grynberg C. Profesor Doctor Osvaldo Fustinoni: una trayectoria de vida dedicada a la ciencia y la cultura. *Vivencias*, Buenos Aires, 1995.
25. *Jersusalem vista por ojos argentinos*. Embajada de Israel. Buenos Aires, 1997.
26. El médico debe volver a dialogar con su paciente: reportaje al Dr. Osvaldo Fustinoni. *Revista Hadassah* 9: 20-21, 1997.
27. Incorporación del académico titular doctor Osvaldo Fustinoni (sitial número 1). *Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, separata del Vol. 57, 1er. semestre, 17 de mayo de 1979.
28. Vázquez ME. Función e incógnitas de la medicina actual: reportaje al Profesor Osvaldo Fustinoni. *La Nación*, sección cuarta, página 4, 6 de abril de 1980.

29. Yankilevich A. Los Mayores en la Salud y en la Sociedad. Reportaje al fundador de la geriatría y gerontología en nuestro país, doctor Osvaldo Fustinoni. *Hospital y Comunidad*, Vol. 3 (1): 238-243, mayo de 2000.
30. Allegro LAF, Hereñú RC. Entrevista al Doctor Osvaldo Fustinoni. *Revista de la Sociedad de Ética en Medicina*, Nº 5, Buenos Aires, 2000.
31. Luna F. “Carta personal al Dr. Juan Carlos Fustinoni.” Buenos Aires, 25 de abril de 2001.
32. Rébora Marilina. *Las Confidencias*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1977.

CAPÍTULO 7.

EL ACADÉMICO DE CIENCIAS

Osvaldo Fustinoni se incorporó a la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires el 7 de octubre de 1982. La medalla y el diploma le fueron entregados por el doctor Miguel S. Marienhoff, presidente de la institución. El doctor Segundo V. Linares Quintana pronunció el discurso de recepción del flamante académico. La tarea –dijo– le era honrosa, grata y difícil y aclaró los conceptos:

“Honrosa, ya que se trata de un científico eminente, que ha desarrollado una faena en el área de las ciencias médicas que le ha valido amplio renombre en el país como en el exterior.

“Grata, por el profundo afecto y admiración que el recipiendario ha sabido ganarse por sus excepcionales condiciones humanas, y en el caso mío alcanzan al grado de una sincera y fraternal amistad.

“Y difícil, en fin, por cuanto en el breve lapso de que dispongo me resultará poco menos que imposible referirme en profundidad a las múltiples facetas de su labor científica y cultural. De todos modos, mi preocupación queda en cierta medida disipada por cuanto el doctor Fustinoni no requiere presentación alguna ante tan selecto como calificado auditorio”.

Linares Quintana siguió con su alocución reseñando la labor de Fustinoni, sin dejar de mencionar las palabras de Osvaldo Loudet cuando –entre otros conceptos remarcables– dijo

que “sus clases constituyen una fiesta para la inteligencia”. ¿A qué otra cosa puede aspirar un pedagogo nato?

No se puede continuar el relato sin glosar qué es la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. De origen privado, fue fundada en Buenos Aires el 8 de octubre de 1935, por un grupo de 18 figuras prestigiosas pertenecientes a distintas ramas de la ciencia: los doctores Gonzalo Bosch, Alois Bachmann, Juan Ubaldo Carrea, Alejandro Raimondi, Ángel H. Roffo, José Peco, Celso Rojas, Emilio Ravignani, Mario A. Rivarola, Horacio G. Rivarola, Ernesto Restelli, Ernesto T. Raynelli y Eduardo Giuffra, los ingenieros Eduardo Latzina, Manuel F. Castello y Enrique Butty, el profesor Ernesto Nelson y el capitán de fragata Héctor R. Ratto.

El estatuto de la Academia fue aprobado en sesión el 30 de octubre de 1935 y por asamblea el 31 de octubre de 1944. No obstante estos inicios y en relación con las actas faltantes (27 en total), los orígenes de la Academia de Ciencias de Buenos Aires aparecen confusos o, por lo menos, poco claros en lo que se refiere a su institucionalización. Pero dos décadas después de su nacimiento, la Academia modificará su nombre. No lo hará en su esencia, en la estructura conceptual de su razón de ser, pero el agregado de “Nacional” indicará claramente que se suprime su carácter privado.

En efecto, por el decreto-ley 4382 (Boletín Oficial del 15 de diciembre de 1955) las Academias, “por su propia existencia y libre actividad, son juntamente con las Universidades, el signo más alto del grado de cultura de un país y constituye (n) el órgano adecuado de la sociedad para la manifestación,

progreso y acrecentamiento de las ciencias, las artes y las letras”, y eran merecedoras de consideración.

El 2 de mayo de 1960, el presidente de la República, Dr. Arturo Frondizi, oficializó por decreto N° 2245 a la Academia, que hasta entonces se llamaba Academia de Ciencias de Buenos Aires y pasó a llamarse Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires.

Discurso de incorporación

Hecha la disgresión necesaria para aclarar someramente los comienzos de esta Academia, Osvaldo Fustinoni en su discurso de incorporación se refirió al tema: “La República Argentina frente a la Tercera Edad en el presente y en el futuro”. Comenzó con un homenaje al patrono del sitial académico, efectuando una semblanza del académico Juan Ubaldo Carrea, que lo había precedido. Ya entrado en tema, destacó que, si bien la vejez como manifestación biológica es similar en todas las épocas históricas, su problemática ha variado con la extensión de la expectativa de vida en el mundo contemporáneo. Luego se ocupó de reseñar la situación de los ancianos en la antigua China, entre los judíos, en Grecia –donde subrayó la diferente concepción del tema por parte de Platón y de Aristóteles–, en Roma, y en la civilización occidental a partir de la Edad Media hasta el presente. Se detuvo después en el análisis de los factores demográficos que muestran el predominio progresivo de la proporción de ancianos sobre la población total, fenómeno que situó en un comienzo en Francia, a mediados del siglo XIX, y pasó a indicar la situación de nuestro país a partir del censo de 1869. Afirmó que en 1980 la

población de más de 60 años era de 3.340.007 personas, o sea, el 12,31 por ciento del total de los habitantes del país.

Fustinoni pasó a considerar seguidamente la creación de la gerontología y la geriatría como disciplinas independientes dentro de la medicina y se refirió a los antecedentes de los sistemas de seguridad social, para adentrarse luego en la descripción del sistema argentino de protección al anciano y al jubilado. Explicó la amplia cobertura que ofrece PAMI y señaló la necesidad de implementar sistemas de apoyo laboral al jubilado, para lo cual es ideal comenzar unos tres años antes del retiro, a fin de prepararlo para realizar tareas de tiempo parcial. Finalmente, Fustinoni se detuvo en explicar los distintos sistemas de seguro social vigentes en el mundo y mencionó la reciente realización en Viena de una Asamblea Mundial sobre Envejecimiento, convocada por las Naciones Unidas, en donde se adoptaron medidas de prevención y se recomendó su aplicación en todos los países, si se tiene en cuenta que los ancianos resultan todavía útiles a la sociedad y no una carga. Por último, encaró una revista de la legislación mundial referente a los ancianos. Subrayó la necesidad de revertir la tendencia declinante de la tasa de natalidad en la población argentina como medio de compensar el envejecimiento de la población debido al alargue de la expectativa de vida. En cuanto a la atención del geronte, reclamó una vigorosa acción gubernamental tendiente a rescatar el sentido de la vida del anciano y evitar la creación de clases degradadas en su condición social y las marginaciones francamente misericordiosas.

Dijo textualmente Fustinoni:

“De acuerdo con los trabajos previos que para la Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento se han realizado, se pueden obtener las siguientes conclusiones:

“1) El envejecimiento de la población representa una consecuencia inevitable del desarrollo socioeconómico.

“2) Los cambios en estructura por edad de la población tienen importantes implicancias para ese desarrollo económico y social, y hacen necesario un proceso de ajuste de la economía y de la sociedad a estos cambios.

“3) Urge modificar la baja tasa de natalidad que registra la República Argentina que hace, unido al envejecimiento de la población, que se afecte desfavorablemente la fuerza laboral, por desequilibrio progresivo entre el número de habitantes que ingresa al trabajo y el que se retira del mismo, o sea que los que se retiran están en un número cada vez mayor con respecto a los que ingresan. Este desequilibrio se ha hecho más notorio desde mediados de la década del ‘70.

“Respecto de la posible acción gubernamental para este problema –que desde ya no es una solución fácil y a corto plazo–, se plantean los siguientes interrogantes:

“a) ¿La Secretaría de Seguridad Social tiene en cuenta esta situación en los planes referentes a jubilaciones?

“b) ¿El Ministerio de Trabajo realiza estudios o proyecta una política para hacer frente a una eventual falta de oferta de trabajo en los próximos años?

“c) ¿Se contempla esta situación dentro de la política migratoria de nuestro país?

“d) ¿Cuál es la política demográfica más conveniente que debe adoptar la República Argentina?”

“e) ¿Se ha meditado sobre la conveniencia de estimular el crecimiento de la población por medio de medidas tendientes a lograr el aumento de la población atrayendo inmigrantes?”

“Si consideramos la extensión territorial de nuestro país, sus grandes recursos económicos, muchos de ellos todavía potenciales, sus extensas fronteras, la muy baja densidad de la población de vastas extensiones del territorio nacional como la Patagonia, es acuciante encarar esa política demográfica adecuada para que no nos veamos abocados en el año 2000 a problemas de orden político, especialmente con aquellos países con los cuales poseemos fronteras comunes.

“4) En el orden de los problemas humanitarios de la ancianidad podemos afirmar con cierta satisfacción que en los últimos 30 años se ha avanzado decididamente, desde un nivel prácticamente nulo, en la solución de los más variados problemas que pueden afectar a las personas de edad avanzada. Hace 30 años la geriatría no contaba en nuestro cuerpo médico con ningún cultor, en cambio hoy ya existe un buen número de especializados en esa rama del quehacer médico.

“Contamos con centros médicos y hospitales oficiales y privados, con servicios dedicados especialmente a la atención de ancianos inclusive, con hospitales geriátricos y con unidades y centros geriátricos y gerontopsiquiátricos. Se cuenta también con sociedades científicas, tanto en nuestra capital como en algunas provincias, que realizan una activa labor en los campos de la geriatría y de la gerontología. Tanto oficial

como privadamente se han desarrollado sistemas modernos institucionalizados para la atención de las personas de edad avanzada.

“5) Lo realizado hasta ahora es aún insuficiente, y si bien en el tiempo transcurrido existe un progreso rápido y sostenido, es mucho lo que queda todavía por hacer para situarnos al nivel de las naciones más adelantadas en la materia.

“En este sentido se hace necesario dictar una ley dedicada particularmente a la ancianidad, así como también la creación de servicios que permitan la permanencia de personas de edad avanzada en sus hogares o junto a su familia, de acuerdo con la tendencia actual a que las necesidades específicas de las personas de edad avanzada, en el aspecto social y psicológico, sean atendidas en un medio familiar activo y afectuoso, en el que el geronte aprecie que tiene un papel por desempeñar y se sienta útil dentro del núcleo familiar.

“6) Los medios para solucionar los diversos problemas de la senectud no pueden ser estáticos o incólumes, pues a medida que se avance se verá que algunas soluciones propuestas o empleadas pueden caer en la obsolescencia y requerir ser reemplazadas por otras más eficaces, lo que supone un estímulo a la imaginación y a la creatividad de gerontólogos y geriatras.

“En pocas palabras, la batalla del envejecimiento requerirá tácticas y estrategias cambiantes y dinámicas”.

Su labor en la Academia

La labor de Osvaldo Fustinoni en la Academia fue fecunda. Asiduo concurrente a las sesiones, impulsó sus inquietudes a través de conferencias, comunicaciones a plenario, organización de seminarios, mesas redondas, jornadas y simposios, y de nombramientos de miembros titulares que reemplazaron a los fallecidos, como también de miembros correspondientes nacionales y extranjeros. Presentó a los académicos Luis Federico Leloir (1985), Andrés O. M. Stoppani (1988), Mario Roberto Alvarez (1997) y Jorge Aja Espil (1996).

El 17 de abril de 1989 fue elegido presidente de la Institución, y el 15 de abril de 1991, reelecto para un segundo período. La actividad desarrollada durante esas dos presidencias quedó plasmada en la “Memoria” que editó la misma Academia en 1993. Durante esos cuatro años, la Institución sufrió la pérdida de dos de sus figuras más conspicuas: el almirante Carlos Castro Madero, quien fue presidente de la Comisión Nacional de Energía Atómica, y el contralmirante Rodolfo N. M. Panzarini, decano de la Academia.

En la “Memoria”, Fustinoni desliza una amarga queja referente a la designación de nuevos académicos: *“...muchas veces lo fue con el quórum estricto para sesionar, lo que no permitió en algunas circunstancias el nombramiento de académicos, por no alcanzarse los dos tercios de académicos necesarios que exige el estatuto. Se debió esperar en ciertas ocasiones hasta tres reuniones, retardando así la incorporación”*.

Desde que asumió la presidencia se incorporaron los siguientes académicos titulares: Carlos M. Gelly y Obes, Roberto Martínez Ruiz, Luis F. Rocha, Esteban A. Takacs,

Alejandro C. Paladini, Pedro Cattaneo y Pedro N. Stipanovic; correspondientes nacionales: Simón Gershanik, Víctor Poggi, Roberto J. Walton, Jorge E. Bosch, Adolfo Carpio, Ricardo Maliandi, Víctor R. Martínez, Ernesto M. Saleme; correspondiente extranjero: Ilya Prigogine; eméritos: Francisco Malvicino y José E. Rivarola.

Durante su gestión, los académicos e invitados especiales dictaron conferencias, acorde con sus respectivas especialidades, que posteriormente fueron publicadas en los “Anales”. También se desarrollaron 27 eventos científicos que trataron problemas de actualidad.

Fustinoni no desdeñó la labor bibliográfica y durante su presidencia se publicaron los “Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires”, y se solucionó de tal modo un problema de atraso que existía en su presentación. También se publicaron los siguientes libros: “Aspectos fiscales de la inflación”, “Escritos de filosofía: violencia II” y “Escritos de filosofía: antropología filosófica (Nos. 13 y 14)”, y las siguientes separatas: “La escuela intermedia según el proyecto Saavedra Lamas” (Carlos M. Gelly y Obes), “Homenaje de las Academias Nacionales al Dr. Miguel A. Cárcano, en el centenario de su nacimiento 1889-1989”, “La interpretación de la ley y la justicia” (Roberto Martínez Ruiz), “Benzodicepinas naturales” (Alejandro C. Paladini), “Un raro caso de encefalitis necrótica aguda y sus implicaciones médico-legales” (Mariano N. Castex, Daniel Silva y Jaime de la Parra), “La ley penal y los regionalismos culturales” (Víctor R. Martínez), “Ciencia, tecnología y recursos forestales” (Esteban A. Takacs), “Voces de hombres y máquinas” (Luis F. Rocha), “Glíceros naturales:

conocimiento de sus funciones, usos actuales y potenciales” (Pedro Cattaneo), “Charles de Gaulle y la energía atómica” (Oscar A. Quihillalt), “Galileo Galilei y el empirismo lógico” (Carlos Barea), “Una introducción a los sistemas caóticos” (Luis F. Rocha), “En el centenario del nacimiento del maestro Athos Palma” (Roberto García Morillo), “José Arce, a 110 años de su nacimiento” (Osvaldo Fustinoni), “Cincuenta años de entomología argentina” (Luis De Santis), “El envejecimiento: su determinismo biológico e implicancias” (Osvaldo Fustinoni, Andrés O. M. Stoppani, Juan Carlos Borkowski, Jorge Curutchet Ragusín, Ernesto Chalita y Miguel Ángel Acánfora), y “Vida y obra de Laënnec” (José E. Burucúa).

Quedaron en prensa: “Anales” (Tomo XXI, 1987), “Anales” (Tomo XXII, 1988), “Anales” (Tomo XXIII, 1989), “Anales” (Tomo XXIV, 1990), “Anales” (Tomo XXV, 1991), “Anales” (Tomo XXVI-a, 1992), “Anales” (Tomo XXVI-b, 1992), “Escritos de Filosofía” (Nos. 21 al 28), “Separata Anales 1992”, y numerosas separatas.

Una de las grandes preocupaciones de Fustinoni fue cumplir con el estatuto de la Academia, que en su artículo 4° inciso d) establece como fin “instituir recompensas, becas, premios o estímulos para los autores de obras o tratados científicos o técnicos y sus aplicaciones”. Con ese objeto se dirigió a las instituciones privadas y logró las becas “Bunge & Born”, “CEDIQUIFA” y “CILFA”, que se agregaron a las ya financiadas por la Academia. Se llegó así al número de ocho becas. Ello significó crear un centro de investigación para jóvenes becarios, que respondieron ampliamente a las expectativas creadas: “*Se dictó por parte de la ‘Comisión*

de Becas' un reglamento especial para su otorgamiento. Un aspecto importante de esta reglamentación es el hecho de que cada becario debe tener un director de investigación que controle el desarrollo de su trabajo. Se llamó a concurso y se seleccionaron los aspirantes por la respectiva Comisión que integraron los académicos titulares: Roberto García Morillo, Luis A. Santaló, Andrés O. M. Stoppani y Oscar A. Quihillalt”.

Asimismo se constituyeron los jurados y se tramitaron los concursos de los Premios “Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires”, “Ciencias de la Educación” e “Historia de las Ciencias”, correspondientes al período 1989-1992.

Fustinoni continuó la tarea de su antecesor, el académico Miguel S. Marienhoff, de organizar la biblioteca: “*Estaba constituida hasta entonces por una cantidad de libros que se reunían en forma desordenada, sin criterio determinado. Dada la pluralidad de composición de nuestra corporación, existían libros de variada extracción: literarios, filosóficos, novelas, etc. Dentro de los científicos había una gran heterogeneidad, no sólo por la diversidad referida, sino también por su importancia*”. Se depuró la biblioteca existente, labor especialmente a cargo de los académicos Luis A. Santaló y Mariano N. Castex, y se contrató una especialista en bibliotecología: Josefa Sabor, profesora titular de la materia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. También se improvisó una sala de lectura en la hemeroteca. Desde el 30 de abril de 1989, en que se contaba con 9810 libros y revistas, se pasó el 30 de marzo de 1992 a 17.535 libros.

Se debe destacar asimismo la creación del Grupo Interdisciplinario de Investigaciones Forenses y del Grupo Interdisciplinario de Investigaciones en Ciencias Sociales.

Ni bien asumió la presidencia, en septiembre de 1989, se establecieron contactos con las representaciones diplomáticas de distintos países a fin de lograr cooperación e intercambio científico, y se obtuvieron respuestas favorables de las siguientes embajadas: Austria, Bélgica, Canadá, España, Estados Unidos, Italia, Países Bajos (Holanda) y Suecia. La Academia se afilió además a la “American Association for the Advancement of Science”. En materia de vínculos con las Academias de Ciencias de otros países de América Latina, Fustinoni concurreó a la reunión organizada por la Academia de Ciencias de América Latina con sede en Caracas (Venezuela), que se llevó a cabo en Río de Janeiro (Brasil) el 12 y 13 de mayo de 1988, y a la realizada por la Reunión de Academias de Ciencias y Asociaciones Científicas Iberoamericanas en La Paz (Bolivia), entre el 21 y el 23 de octubre de 1992. En La Paz fue declarado “Huésped de Honor” en el Palacio Consistorial de la ciudad de Nuestra Señora de La Paz. Dejó especialmente asentado en la “Memoria” que *“esos viajes no significaron gasto alguno para la Academia”*.

Los contactos con las autoridades nacionales de ese momento, como el caso de los profesores Antonio Salonia y José M. Castiñeira de Dios, fueron fluidos.

El edificio de la Avenida Alvear 1711 constituye una dependencia de la Secretaría de Cultura de la Nación. Fustinoni, en su afán de encontrar cierta autonomía para el funcionamiento de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos

Aires, hizo gestiones ante el Ministerio de Educación, y pudo obtener, bajo la forma jurídica de un “comodato” por veinte años, la ratificación del otorgamiento del citado ámbito físico a través de la resolución 1501/15-8-90. La gestión continuó con la posibilidad de una venta, que nunca llegó a concretarse.

Las comunicaciones científicas que se presentaron a la Academia fueron importantes, tanto en cantidad como en calidad, y sería tedioso un desarrollo puntual de los temas. Durante 1989 se presentaron ocho; en 1990, siete; en 1991, otro tanto; y en 1992, otras ocho. En 1989 se dictaron trece conferencias; en 1990, diez; en 1991, doce; y en 1992, veinticuatro. La presidencia de Osvaldo Fustinoni fue prolífica en jornadas, seminarios, simposios y mesas redondas. Algunas jornadas tuvieron varios días de duración. Asimismo se otorgaron 45 auspicios a reuniones científicas.

Las instituciones tienen la impronta de sus conductores. Nuestro país ha sufrido la triste experiencia de aquellas que languidecieron e incluso se extinguieron ante la pasividad y la escasa cultura de trabajo de los encargados de motivar a los demás miembros. No fue el caso de Osvaldo Fustinoni, quien le impuso a todas las instituciones que le tocó presidir su entusiasmo, su capacidad y el deseo de que florecieran para bien de la cultura nacional. “Todas las condiciones de la felicidad se hallan realizadas en la vida del hombre de ciencia”, dijo alguna vez Bertrand Russell, y Fustinoni así lo demostró en su labor en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires.

Bibliografía

1. Discurso de recepción del académico Dr. Segundo V. Linares Quintana. *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires*. Tomo XV, 1981 / Tomo XVI, 1982, Buenos Aires, 1987.
2. Fustinoni O, Pérgola F. *Historia de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires*. Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Buenos Aires, 1995.
3. Fustinoni O. La República Argentina y la Tercera Edad. Serie Conferencias, N° 5, Separata de *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1983.
4. Discurso de incorporación del académico Dr. Osvaldo Fustinoni. *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires*. Tomo XV, 1981 / Tomo XVI, 1982, Buenos Aires, 1987.
5. El Dr. Fustinoni es académico de Ciencias. *La Nación*, 10 de octubre de 1982.
6. *Memoria de la presidencia del Dr. Osvaldo Fustinoni (período 1989-1992)*. Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Buenos Aires, 1993.

CAPÍTULO 8.

EL ACADÉMICO DE MEDICINA

La Academia Nacional de Medicina recibió a Osvaldo Fustinoni como académico de número el 17 de mayo de 1979, y coronó de esta manera la brillante carrera a la que estaba destinado y había abrazado con tanto fervor. El nuevo académico ocupó el sitial número 1, vacante desde el fallecimiento del profesor doctor Emilio Julio Palacio, ocurrido el 6 de septiembre de 1977. Cabe destacar que Fustinoni era miembro correspondiente nacional desde el 22 de octubre de 1959.

En la apertura de la sesión el presidente de la Academia, doctor José Enrique Rivarola, se refirió a la personalidad de Fustinoni y luego le hizo entrega del diploma y la medalla. Seguidamente el académico doctor Osvaldo Loudet presentó al flamante beneficiario. Por último leyó su discurso de incorporación Osvaldo Fustinoni.

“A un destacado médico humanista –señaló el doctor José E. Rivarola, refiriéndose a Palacio–, le sucede hoy un no menos eminente cultor de la misma especialidad.

“El doctor Fustinoni con su recia personalidad llegó, tanto por su labor en el Hospital de Clínicas, como en la docencia y en el ámbito científico, a alcanzar los más altos cargos, que culmina hoy con su incorporación a nuestra Academia.

“La vida del médico tiene múltiples facetas que lo lleva a enfrentar distintos caminos. Los más fáciles no tienen el sa-

bor de la lucha, el ejercer la profesión sin mayores esfuerzos. Los más difíciles, cubiertos de escollos y más transitados, son aquellos que impelidos por la voz de la conciencia, obligan a los médicos a estudiar siempre, a perfeccionarse, a enseñar y dar a conocer su experiencia. Fustinoni ha recorrido en demasía este último. De ahí la profusión extraordinaria de sus trabajos científicos de primer orden y de los títulos honoríficos que ostenta.

“Maestro, en el más amplio sentido del vocablo, ha formado una escuela que honra a la medicina argentina”.

Al presentar a Fustinoni, Osvaldo Loudet recordó la personalidad de Emilio Julio Palacio y se refirió en forma breve a la historia de la clínica médica en nuestro país, porque —dijo— “incluye la historia de la semiología y de los ejercicios clínicos, que después sirvió de introducción a la clínica médica general”.

Más adelante señaló que “los estudios clínicos de Fustinoni se refieren especialmente a la hipertensión arterial, la nefrología, la neumología, la insuficiencia suprarrenal, las afecciones de la vejez, la terapéutica anticoagulante y la quimioterapia aplicada a diversas afecciones. Muchos de sus trabajos han sido elaborados ‘en equipo’, hecho indispensable en la época actual, en que los problemas no son únicos sino múltiples. Talentosos docentes han integrado sus equipos. Recordemos algunos nombres: Dassen, Cossio, Fongi, Moia, Gotlieb, Burucúa, Buzzi, Miatello, Rospide. Integraron grandes equipos y fueron jefes de otros equipos”.

Después de referirse a su obra publicada, agregó Loudet:

“Fustinoni es un eximio pedagogo. Sabe enseñar. Sus gestos son sobrios y adecuados y lo ayuda una voz agradable y suave como sus sentimientos. Jamás sus oyentes caen en el sueño o en el aburrimiento. Sus alumnos están siempre despiertos. Sus clases constituyen una fiesta para la inteligencia. En los últimos tiempos se ha dedicado a los problemas de la vejez y ha de haber comprobado que los que hablan mucho viven poco.

“El nuevo académico respeta la clínica del pasado en lo que tiene de sabiduría más profunda, ya sedimentada, permanente e inmovible.

“En su larga y fecunda docencia, Fustinoni ha sido en clínica médica clásico, determinista, experimental, pero no científico. Lo pueden afirmar sus alumnos y lo demuestran sus publicaciones que no son catálogos de citas. Siguió las normas esenciales de la escuela clásica: saber observar y respetar las defensas naturales; hizo clínica determinista porque estudió las causas próximas y lejanas; hizo clínica experimental porque ensayó nuevos medicamentos y puntualizó sus resultados positivos o negativos; pero hizo sobre todo clínica humana aliviando el dolor físico y moral, teniendo siempre presente al hombre dolorido con sus angustias y esperanzas”.

Discurso de incorporación

Tras recordar la historia de las academias desde la época de la antigua Grecia y la memoria del doctor Palacio, Osvaldo Fustinoni se refirió a quienes prestigiaron con su presencia el sitial número 1 de la Academia Nacional de Medicina.

Tras otras consideraciones el orador señaló que *“si alguno de los grandes hombres que me precedieron en este ilustre sillón se levantarán de sus históricas tumbas, y bucearan de nuevo en este mundo de la medicina, creerían estar quizás en otro planeta, tan grandes son las modificaciones y los adelantos de nuestra disciplina. Es que ésta sigue pareja con la velocidad alcanzada por el progreso humano.*

“Si un habitante de la Edad de Piedra, hace 20.000 años, con la vida suficiente para ello, hubiera querido dar la vuelta al mundo a pie, único medio disponible a su alcance, hubiera necesitado unos 300 años. Cuando 10.000 años más tarde aparece el primer avance tecnológico, la rueda, hubiera necesitado 200 años o algo menos. Cinco mil años después, con la introducción del remo y la vela, los egipcios y los griegos hubieran empleado 50 años. Al cabo de cuatro mil quinientos años, con el perfeccionamiento de la navegación, Juan Sebastián Elcano empleó 3 años. Trescientos años después la invención de la máquina a vapor redujo el periplo a unos pocos meses. Setenta años más tarde el avión emplea pocas semanas y en 30 años reduce el término a unos pocos días, y hoy el satélite artificial lo cumple en escasas horas. El acmé de esta velocidad está dado cuando los astronautas americanos pusieron su planta en la Luna y millones de seres los contemplaban por televisión. Pero si este progreso los llenara de asombro, algo semejante les pasaría con la medicina.

“Un historiador inglés de la universidad ha dividido a ésta en dos períodos: el precientífico y el científico, aunque sin límites muy precisos. El primero llega casi hasta el final del siglo XVIII y cuenta con pocos elementos científicos: la

anatomía bastante adelantada gracias a Vasallo y Hunter, la fisiología en pañales, con la excepción del descubrimiento de la circulación de la sangre por Harvey en 1628, y la patología apenas naciente con los estudios 'post-mortem' de Morgagni; la terapéutica con el conocimiento de algunas drogas naturales, principalmente de origen vegetal, como el opio que se usaba empíricamente. El campo de la cirugía era limitadísimo y consistía en la amputación de miembros, que se efectuaba en gran escala, en la extirpación de tumores externos, en la operación de la piedra de la vejiga y la apertura de abscesos. Abrir una articulación o la cavidad abdominal o torácica significaba casi de manera segura la muerte, a causa de la infección, y rara vez los médicos se atrevían a intervenir. No podían evitar el dolor de las intervenciones y la habilidad del cirujano era emplear el menor tiempo posible para ahorrar sufrimientos.

“A fines del siglo XVIII se hizo el gran despegue con el descubrimiento de la vacunación antivariólica de Jenner, que implicó el primer paso del principio de la inmunidad. Ya en el siglo XIX, el descubrimiento de los anestésicos significó la segunda gran etapa en el progreso científico de la medicina con Wells, Morton y Simpson que utilizaron el protóxido de nitrógeno, o gas hilarante, el éter o el cloroformo.

“En el siglo XIX el mayor progreso científico lo constituyó la bacteriología con Luis Pasteur y el papel de los microbios en la génesis de las enfermedades, confirmado por otro extraordinario hallazgo, el de la antisepsia por Lister en 1867”.

Más adelante agregó que *“en estas últimas décadas se produce lo que yo llamaría el gran cambio. ¿Cómo se produce ese gran cambio? Podríamos quizás decir que una fecha clave fue el año 1935, cuando Domagk comunica los éxitos con el Pron-tosil como destructor de estafilococos y estreptococos en los tejidos vivos, el cual dio comienzo a una serie de medicamentos que iban a seguir apareciendo y fueron las denominadas ‘drogas mágicas y milagrosas’ por su efectividad”*.

Prosiguió seguidamente Fustinoni: *“De aquí en más, se descubrieron otras sustancias sintéticas llamadas genéricamente sulfamidas, que se mostraron extraordinariamente eficaces contra otras infecciones, como la sulfapiridina, el sulfatiazol, la sulfadiacina, y otras más.*

“Muchas enfermedades cambiaron entonces su perfil clínico. Recordaremos solamente la fiebre tifoidea, que de largos ‘septenarios’ redujo su evolución a pocos días con el amplio empleo de los antibióticos, así como la neumonía, la blenorragia y otras más. Pero aún nos esperaban otras sorpresas. Las sulfamidas, utilizadas ampliamente desde 1935 hasta la Segunda Guerra Mundial, tenían aspectos indeseables y ciertas infecciones escapaban a su acción. Surgen entonces los antibióticos, primero la penicilina, después de 1945 la estreptomycinina, la aureomicina en 1948, y luego todos los otros, y en 1952 se introduce la isoniacida, que asociada a la estreptomycinina revoluciona el tratamiento de la tuberculosis, no sólo en su localización pulmonar sino también en otras localizaciones, como la ganglionar, renal y meníngea. Las intervenciones quirúrgicas debidas a esta enfermedad se tornan menos necesarias, y una brusca caída de las ci-

fras de mortalidad y la disminución de la morbilidad hacen vislumbrar, aunque un poco lejanamente, la posibilidad de su desaparición. Más adelante aparecen la rifampicina y el etambutol, que hacen aún más eficaz el tratamiento”.

Tras referirse al progreso tecnológico en las diversas ramas de la medicina, la incorporación del microscopio electrónico, el trasplante renal y la fecundación “in vitro”, ya concluyendo su oratoria Fustinoni afirmó que “*si los ilustres manes de los no menos ilustres maestros que me precedieron en el sillón número 1 de esta venerable Academia volvieran corporizados a ocuparlo, quizás no supieran cómo enfrentarse con los variados problemas que la tecnología y el progreso han incorporado al acto médico. Quizás hasta fuesen malos técnicos y se sorprenderían con el maquinismo y la aparatología que han complicado su oficio, y no sabrían cómo emplearlos.*

“Pero también creo que cumplirían su labor médica con eficacia porque descubrirían que nada ha variado en su ética y moral. Nada habría cambiado respecto de las reglas y preceptos a los cuales sujetaban su conducta.

“Juan Pablo II en su primera encíclica nos advierte sobre los progresos tecnológicos desbocados que amenazan a la humanidad con la próxima autodestrucción imaginable. Dice en ‘Redemptor hominis’: ‘El progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el dominio de la técnica, exigen un desarrollo proporcional de la moral y de la ética’.

“Mientras tanto esto último parece por desgracia haberse quedado atrás. Por eso este progreso, por lo demás tan maravilloso, en el que es difícil descubrir auténticos signos

de la grandeza del hombre que nos han sido revelados en sus gérmenes creativos en las páginas del Génesis, no puede menos que engendrar múltiples inquietudes.

“La primera inquietud se refiere a la cuestión esencial y fundamental: este progreso, cuyo autor es el hombre, ¿hace la vida del hombre sobre la Tierra en todos sus aspectos más humana? ¿La hace más digna del hombre? Y esto es lo verdaderamente esencial: si el hombre en el contexto de este progreso se hace de veras mejor, es decir, más maduro espiritualmente, más consciente de la dignidad de su humanidad, más responsable, más abierto a los demás, particularmente a los más necesitados y a los más débiles, más disponible a dar y prestar ayuda a todos”.

Finalizó Fustinoni: *“No dudo de que los hombres que ocuparon este sillón número 1 así lo habrían hecho. Espero yo continuar haciéndolo”.*

Cabe destacar que los antecesores de Osvaldo Fustinoni en el sillón fueron Justo García Valdez, Vicente López y Planes (autor de nuestra Canción Patria), Francisco Javier Muñiz, Guillermo Rawson, Manuel Porcel de Peralta, Pedro Lagleyze, Pedro Bénédict, Fernando Pérez, Juan M. Obarrio, Marcelino Sepich y, su más inmediato, Emilio Julio Palacio.

La labor en la Academia

Su labor en la Academia fue intensa y coronó su accionar como presidente en el período 1994-1996. Presentó a los académicos Michelle Bonduelle (de la Universidad de París, el 19 de octubre de 1979), Héctor Gotta (1º de julio de 1982),

José Emilio Burucúa (19 de noviembre de 1985), Eduardo de Robertis (12 de junio de 1986), Domingo A. Passanante (3 de agosto de 1989) –antes lo había hecho con motivo de su clase inaugural, cuando se hizo cargo de la 2ª Cátedra de Medicina, el 1º de julio de 1970–, Jorge A. Insúa (9 de agosto de 1990) y Alfredo Larguía (24 de octubre de 1996). Habló en el centenario del nacimiento de los académicos Emilio Julio Palacio y Marcelino Sepich.

Bajo su presidencia, Fustinoni permaneció fiel a los postulados y finalidades de la prestigiosa institución en el ámbito de la medicina: a) Estudiar y dilucidar las cuestiones científicas y técnicas relacionadas con la medicina y ciencias conexas; b) Evacuar las consultas que le formularen los poderes públicos nacionales, provinciales o municipales, o los que, por la vía jerárquica correspondiente, puedan hacerle las universidades o los institutos docentes oficiales; c) Dedicar preferente atención a los problemas relacionados con la salud pública y propulsar para ello todas las actividades que tiendan a su mejoramiento; d) Fomentar la investigación científica en el país en sus múltiples aspectos médicos, con el establecimiento de recompensas o estímulos diversos a los autores de obras o trabajos que versen sobre temas de medicina o ciencias conexas, y difundir esa producción científica nacional, en la medida que lo permitan sus posibilidades; e) Intervenir cuando su dictamen sea requerido por los tribunales o jurados que se constituyeren para juzgar el mérito de trabajos científicos; f) Establecer y mantener relaciones con las instituciones y personas dedicadas al estudio de las ciencias médicas o conexas, en el país o el extranjero; g) Expresar opinión sobre asuntos de interés

trascendente relacionados con las ciencias médicas, conexas o afines; h) Fomentar, por todos los medios a su alcance, el culto de la dignidad en el ejercicio profesional y en las actividades científicas de la medicina; i) Mantener una tribuna que permita a sus miembros y a personalidades de la ciencia invitadas la exposición pública de sus ideas, y j) Mantener una biblioteca médica para uso de sus miembros y del público, de acuerdo con las normas que fije el reglamento interno.

Referente al punto g) y específicamente respecto de la divulgación de temas médicos, que es importante en el mundo moderno, pero también puede ser vehículo de falsas expectativas y curas mágicas, Fustinoni expresó: *“Si bien se reconoce la necesidad de la educación sanitaria de la comunidad, debe evitarse el estímulo de falsas expectativas que puedan confundir a los pacientes, orientándolos por caminos equivocados”*. La advertencia se centra en aquellos medios que difunden *“tratamientos que no han cumplido aún con las normas legales y con todos los requisitos exigidos por la investigación clínica”*.

El problema al que apunta Fustinoni es el riesgo de crear situaciones confusas con anuncios rimbombantes sobre posibles avances en determinadas enfermedades de gran trascendencia social (cáncer y SIDA, a la cabeza).

En 1980, la Academia opinó en un pronunciamiento que, con raras excepciones, la difusión de temas médicos “no sólo afecta a la ética profesional de los médicos que se prestan a propagandas directas o indirectas; también se da conocimiento de técnicas, drogas y procedimientos nuevos, que sin estar

avalados por una experiencia seria y responsable estimulan falsas expectativas”.

Enemigo confeso de la falta de rigor con que se tratan temas médicos en televisión, Fustinoni afirma que el público no tiene la culpa de esta situación, sino que es víctima de ella.

Y vuelve a sentenciar: *“Reconocemos la necesidad de la educación sanitaria de la comunidad, y que todos deben conocer los grandes progresos de la medicina. Pero es necesario que, sin menoscabo de la libertad de expresión, se controle la seriedad y la calidad de los temas que se tratan. Nosotros tenemos posición tomada sobre los temas más controvertidos y lo hacemos con palabras comprensibles para todos. ¿Por qué ningún medio nos consulta y se arriesga a dar informaciones sin seguridad ni rigor?”*.

Bajo la presidencia de Osvaldo Fustinoni se llevaron a cabo las siguientes reuniones y homenajes, y se aprobaron otras tantas declaraciones:

“Homenaje organizado por el Instituto de Investigaciones Hematológicas en memoria del Dr. Alejandro Pavlovsky, en ocasión del 10º aniversario de su fallecimiento” (9 de mayo de 1994).

“Declaración sobre el atentado perpetrado a la AMIA” (22 de julio de 1994).

“Declaración sobre el aborto provocado” (28 de julio de 1994).

“Declaración sobre la situación del CONICET y la CNEA” (6 de octubre de 1994).

“Jornadas sobre Aspectos Disciplinarios en Educación Médica” y “Conmemoración del 50° aniversario de la Fundación de la Hemofilia” (20 de octubre de 1994).

“XVI Reunión Conjunta de las Academias del Plata”, en Montevideo (27 y 28 de octubre de 1994). Tema: “Medicina Perinatal”.

Curso: “Detección de la Patología Psiquiátrica en la Práctica Médica” (3 de noviembre de 1994).

“Declaración sobre Mala Práctica Médica” (aprobada por el plenario académico de la Academia Nacional de Medicina en sesión privada del 24 de noviembre de 1994).

“Entrega de diplomas a los miembros de la Fundación Rafael y Marcelino Herrera Vegas” (25 de noviembre de 1994).

“Homenaje al académico honorario extranjero Alberto B. Sabin, creador de la vacuna oral que erradicó la poliomielitis en el continente americano, en ocasión del 2° aniversario de su fallecimiento”, juntamente con el Rotary Internacional (distrito 4890). En él hablaron los Dres. Osvaldo Fustinoni y Mario A. Copello (3 de marzo de 1995).

“Primera Reunión Conjunta con la Academia Chilena de Medicina”, realizada en Santiago de Chile, juntamente con las “IV Jornadas de Historia de la Medicina” organizadas por la Academia Chilena de Medicina (26 y 27 de mayo de 1995).

Seminario: “Las carnes en la nutrición y salud humana”, juntamente con la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria y la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (26 de julio de 1995).

“Homenaje al Dr. Emilio Astolfi en el 10º aniversario de su fallecimiento” (22 de agosto de 1995).

Seminario: “Fronteras entre lo normal y patológico en la vejez”, juntamente con la Universidad de Belgrano (24 y 25 de agosto de 1995).

“Declaración sobre Fertilización Asistida” (23 de septiembre de 1995).

“XVII Reunión Conjunta de las Academias del Plata” (2 y 3 de noviembre de 1995). Temas: “Dermatología”, “Clínica y Tecnología. Sus relaciones con la enseñanza”, y “Especialidades”.

Jornada: “Accidente cerebrovascular (stroke) isquémico. Tratamiento y prevención”, juntamente con el Consejo de Stroke de la Sociedad Argentina de Cardiología (11 de abril de 1996).

Simposio: “Los pueblos indígenas y la salud”, juntamente con la Sociedad Argentina de Pediatría (18 al 20 de abril de 1996).

Seminario: “Encefalopatías espongiiformes en los animales y el hombre”, juntamente con la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria (29 de abril de 1996).

Durante la presidencia de Osvaldo Fustinoni la Academia se puso al día en materia de informática. Sea por donación o adquisición, casi todos los sectores de la Academia dispusieron de computadoras, muchas de ellas en red, para facilitar y centralizar las tareas. Paralelamente, a fin de poder hacer frente a esta renovación, se capacitó al personal.

Declaraciones efectuadas por la Academia

Como ya fue señalado, entre las declaraciones efectuadas por la Academia Nacional de Medicina a la opinión pública en el curso de la presidencia de Osvaldo Fustinoni, se deben mencionar las siguientes: “Aborto provocado” (28 de julio de 1994), “Mala práctica médica” (24 de noviembre de 1994) y “Fertilización asistida” (23 de septiembre de 1995).

Aborto provocado

“La Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires expresa a la comunidad su opinión sobre el aborto provocado. Cumple con ello uno de los objetivos fundamentales que figuran en sus estatutos, cual es: ‘Expresar opinión sobre asuntos de interés trascendente, relacionados con las ciencias médicas, conexas o afines’.

“La vida humana comienza con la fecundación, esto es un hecho científico con demostración experimental; no se trata de un argumento metafísico o de una hipótesis teológica. En el momento de la fecundación, la unión del pronúcleo femenino y del masculino da lugar a un nuevo ser con individualidad cromosómica y con la carga genética de sus progenitores. Si no se interrumpe su evolución, llegará al nacimiento.

“Como consecuencia, terminar deliberadamente con una vida humana incipiente es inaceptable. Representa un acto en contra de la vida, pues la única misión de cualquier médico es proteger y promover la vida humana, nunca destruirla. Esta convicción está guardada en la cultura mundial y muy notablemente en el ‘Juramento Hipocrático’.

“Siendo el derecho a la vida el primero de los derechos personalísimos, toda legislación que autorice el aborto es una negación de estos derechos y por lo tanto de la medicina misma.

“Con los adelantos tecnológicos actuales en reproducción humana para combatir la mortalidad perinatal, salvando fetos y recién nacidos enfermos, resulta un absurdo la destrucción de un embrión o un feto.

“Se utiliza como argumento para promover aborto el crecimiento desmedido de la población mundial, que impediría el desarrollo económico de los pueblos. Al respecto, cabe señalar que los cálculos realizados no se han cumplido, y que el desarrollo económico debe dirigirse a buscar nuevos canales de producción.

“También se utiliza para promover el aborto legalizado la mayor morbimortalidad materna del aborto clandestino. Se debe puntualizar que, si bien la morbimortalidad materna es mayor en estos últimos, no es exclusivo de ellos, pues el daño también es inherente al procedimiento mismo por la interrupción intempestiva y artificial del embarazo.

“Hay experiencia mundial en que la legislación del aborto no termina con el clandestino, pues es un procedimiento que se prefiere ocultar. La disminución de muertes maternas esperada con la legalización se acompañará de mayor número de abortos, es decir, mayor número de muertes fetales. Hay experiencia mundial que a la legalización del aborto sigue la legalización de la eutanasia en recién nacidos.”

Mala práctica médica

“Los últimos años se han caracterizado por un permanente y creciente número de demandas judiciales por mala práctica médica.

“Lo que ocurre hoy en nuestro país es el inicio de un proceso que muy dramáticamente han vivido varias de las naciones llamadas desarrolladas y obliga a esta Academia a hacer un llamado a la reflexión.

“El asedio permanente al accionar médico, en la mayoría de los casos injustificado, ha de llevar a corto plazo a la parálisis de la iniciativa; se corre el grave riesgo de no ver más actitudes ‘salvadoras’. Todo aquello que exigía inventiva, criterio, habilidad para salvar una vida, obligaba a crear en el momento, a escaparse de los parámetros establecidos, de las pautas preexistentes porque el caso estaba más allá de lo previsto.

“A corto plazo los médicos se verán compelidos a no enfrentar situaciones complejas y aun las más simples, con las graves consecuencias que ello significa.

“Experiencias en otros países muestran que con el tiempo el hombre hasta podrá llegar a morir, sin que se encuentre a alguien que haga algo por él, sin que haya un esfuerzo por salvarlo, todo por temor a una demanda judicial. Pero la realidad es que para el hombre enfermo, aun dentro de esta penosa y paradójica realidad, el médico sigue siendo el mismo médico; ha variado su ‘aquí y ahora’, de acuerdo con las características de la época, pero no ha cambiado en su esencia. El médico, ayer, hoy y mañana, seguirá siendo el mismo, por naturaleza,

y aun a pesar de algunos sistemas aberrantes de salud. Nunca ha cerrado ni cerrará sus manos, los oídos ni el corazón a la necesidad de ayuda, comprensión y amor al prójimo.

“No caben dudas de que en algunas oportunidades existen verdaderas ‘malas prácticas’ y ellas merecen su tratamiento en la justicia como corresponde. También es cierto que frente a ellas se deben analizar y resolver adecuadamente los múltiples factores que las predisponen.

“Las autoridades, las fuerzas empresarias y políticas, la comunidad y los profesionales deben luchar denodadamente por restablecer una relación médico-paciente que sea un vínculo válido para que la asistencia médica en el siglo XXI ofrezca al hombre las mejores garantías. Para que ello ocurra a partir de una mejor formación profesional, el médico no puede ni debe permanecer ajeno a esta nueva circunstancia, provocada por el permanente y creciente número de demandas judiciales injustificadas, y que en la generalidad de los casos lo involucran sin razón.

“A los que no quieran o no sepan ver el peligro les corresponderá la responsabilidad histórica de un futuro incierto para la salud de la comunidad.”

Fertilización asistida

“La puesta en marcha del proceso de formación de una vida humana se inicia con la penetración del óvulo por el espermatozoide; la nueva célula resultante (cigoto) contiene su propio patrimonio cromosómico donde se encuentra programado biológicamente su futuro. Este hecho científico con

demostración experimental es así dentro o fuera del organismo materno.

“Se deben promover y respetar los derechos personales, y considerar en forma igualitaria la vida del embrión como la del padre y la madre.

“La fertilización asistida sólo debe ser realizada dentro de la pareja casada, varón y mujer, con el material genético de ambos. Esto excluye la maternidad subrogada.

“Se considera fundamental el consentimiento verdaderamente informado del matrimonio para la realización de la fertilización asistida. Información referida a los procedimientos, riesgos y resultados esperados, de éxito y fracaso.

“La crioconservación de embriones impone a éstos un destino incierto, porque produce la muerte de hijos en etapa embrionaria, en un porcentaje variable de acuerdo con los distintos centros de fertilización asistida, y porque no garantiza la transferencia de todos ellos al útero materno, lo cual significa selección y descarte. Esto implica desinteresarse de la suerte de estos embriones a los que no se les reconoce ningún valor intrínseco.

“La aplicación de técnicas de reproducción asistida tiene como resultado un gran aumento de los embarazos múltiples con muchos embriones. Esto significa problemas de mortalidad fetal y retardo del desarrollo, así como efectos dañinos en la salud psicofísica y social de ambos padres. Por estos motivos es conveniente que las técnicas en fecundación asistida se ajusten a imitar la fecundación natural, en cuanto al número de óvulos fertilizados.

“La fertilización asistida puede ser considerada dentro de los límites citados como solución a la esterilidad de un matrimonio, pero no debe ser utilizada con fines experimentales sobre el embrión.”

Nominación de sitaliales

A propuesta de Fustinoni, el plenario académico aprobó por unanimidad designar los 35 sitaliales con los nombres de ilustres miembros del pasado médico del país, que ocuparon un sillón en su época con carácter fijo y permanente. Así lo dejó asentado Osvaldo Fustinoni:

“El 24 de noviembre de 1994, el plenario de la Academia Nacional de Medicina resolvió por unanimidad nominar los 35 sitaliales que constituyen ya su cuerpo.

“Con ello, la Academia rinde su homenaje a las ilustres figuras del pasado que a su vez ocuparon un sillón en su época.

“Recorrer su nombre significa instalarse en la historia de las ciencias médicas de nuestro país.

“Creada por Bernardino Rivadavia, a la sazón ministro de Gobierno del brigadier general Martín Rodríguez, en 1822, con 15 académicos de número, la Academia, en sus 174 años de existencia, ha cumplido con los fines que motivaron su creación. Su larga trayectoria es el resultado de afanes, del esfuerzo de quienes contribuyen y contribuyeron con su acción y su trabajo al progreso y la dignidad del arte médico.

“Rivadavia, con su espíritu renovador, elaboró un extenso plan de reformas administrativas, financieras, militares y religiosas, y estableció el equilibrio entre sociedad y gobierno.

“Dentro de esa febril actividad, Rivadavia emitió un decreto con fecha 9 de abril de 1822, de amplitud excepcional, denominado ‘Arreglo de la Medicina’, donde en medio de numerosas creaciones y reglamentaciones incluye un articulado pertinente por el cual queda constituida la Academia de Medicina, de la que podían ser miembros todos los profesionales del arte de curar, de historia natural y ciencias físicas en general. Una semana después, el 16 de abril de ese año, se concreta la fundación de la Academia por un decreto, firmado por Martín Rodríguez y por Rivadavia, en el que se especifica que contará con 15 miembros que se llamarán ‘de número’ y 6 miembros ‘correspondientes’, que serán elegidos por los profesores de las facultades de Londres, París, Filadelfia, Lima y México. Pretendió Rivadavia con ello vincular a la naciente medicina nacional con los centros que estimaba más desarrollados de la época.

“Así nació la Academia de Medicina. Sus miembros fundadores fueron sin duda Miguel Gorman, el célebre médico del Protomedicato, y el presbítero Antonio Sáenz, encargado de organizar la Universidad, fundada también por Rivadavia el 9 de abril de 1822, pero su ejecutor y el factor importante de su realización fue el genial Bernardino Rivadavia.

“Con vicisitudes, la Academia tendría una gran actividad, que fundamentalmente sería la docente, con responsabilidad junto con el Consejo de la Facultad de Medicina, hasta que en un decreto del 17 de agosto de 1906, siendo presidente

don José Figueroa Alcorta, queda la Academia separada de la Universidad, adjudicándosele actividades científicas, aunque por el valor de sus investigaciones cumple también un fin docente.

“Son muchas las personas que se preguntan qué papel desempeñan las academias en el desarrollo de la ciencia, de las letras y de las artes. Por lo que respecta a la de medicina, se puede asegurar que cumplió y cumple una labor importante en el desarrollo de la ciencia médica.

“En efecto, de acuerdo con su estatuto, estudia las cuestiones científicas y técnicas relacionadas con la medicina y ciencias conexas, evacua las consultas que formulan los poderes públicos, dedica preferentemente atención a los problemas atinentes a la salud pública, fomenta la investigación científica, establece vínculos con las instituciones afines, expresa opinión en aspectos trascendentes de la ciencia médica, fomenta el culto de la dignidad de la profesión y ofrece su tribuna a todos los expertos que deseen exponer sus temas de investigación.

“Mantiene una biblioteca pública para sus miembros y para el público, de acuerdo con normas regidas en el reglamento.

“Sus institutos de investigación, de trascendencia internacional, y alguno de referencia mundial, reúnen un importante número de investigadores que se dedican con profunda vocación. Sus investigaciones científicas reflejan una tarea de esclarecimiento de importante trascendencia. Sus logros son difundidos a través de cursos y revistas internacionales.

“La luminosidad de quienes formaron sus claustros –una larga lista de estudiosos que contribuyeron al desarrollo científico del país, en lo que hace a la medicina: grandes clínicos, grandes cirujanos, grandes especialistas y grandes investigadores– dio valiosos aportes a la ciencia médica nacional y mundial.

“Tres Premios Nobel, los académicos de número doctores Bernardo A. Houssay y Luis F. Leloir, y el académico honorario doctor César Milstein, han incorporado al acervo mundial el resultado de sus investigaciones y dieron a la medicina aportes originales, fruto de sus inquietudes por la investigación.

“Cabe al doctor Houssay el carácter de pionero de la investigación en nuestro país, no sólo en lo que se refiere a la investigación en el campo de la medicina, sino también en la investigación básica y aplicada. A él se le debe el importante desarrollo que hoy se lleva a cabo en nuestra patria.

“En 1947 la Academia Sueca le otorgó el Premio Nobel de Medicina por los descubrimientos de la parte desempeñada por el lóbulo posterior de la hipófisis en el metabolismo de los azúcares.

“Muy posteriormente en 1970 el destacado discípulo de Houssay, el doctor Luis Federico Leloir, recibió el Premio Nobel de Química por su descubrimiento de los nucleótidos azúcares y su papel en la biosíntesis de los hidratos de carbono.

“En 1984 se le concede el Premio al doctor César Milstein por sus investigaciones sobre los anticuerpos monoclonales.

“La creación del CONICET por inspiración de Houssay ha significado dar vida a la investigación en nuestro país, poniendo su énfasis en los jóvenes, que luchan denodadamente en el silencio de los laboratorios y en la clínica hospitalaria, transformando a la ciencia hipocrática en la única razón de sus angustias, dando luz y voluntad a la inteligencia que vive en la penumbra del anochecer.

“La biografía de cada uno de los patronos de los sitiales nos llevaría a trazar la larga historia científica del país. Basta citar sus nombres para recordar sus meritorias acciones en bien de la ciencia y de la humanidad:

SITIAL NOMBRE DEL SITIAL

- 1. Francisco Javier Muñiz*
- 2. Martín Marcos Torino*
- 3. Eduardo Braun Menéndez*
- 4. Francisco C. Argerich*
- 5. Bernardo A. Houssay*
- 6. Luis Güemes*
- 7. Pedro N. Rojas*
- 8. José Penna*
- 9. Carlos E. Ottolenghi*
- 10. Gregorio Aráoz Alfaro*
- 11. Eduardo Wilde*
- 12. Guillermo C. Rawson*
- 13. José M. Ramos Mejía*

14. *Eliseo Cantón*
15. *Domingo Cabred*
16. *Oswaldo Loudet*
17. *Marcial I. Quiroga*
18. *Alejandro Cabanne*
19. *Manuel Porcel de Peralta*
20. *Marcelino Herrera Vegas*
21. *Emilio Astolfi*
22. *Enrique B. Del Castillo*
23. *Ricardo Finochietto*
24. *Mariano R. Castex*
25. *Mauricio González Catán*
26. *Marcelo Viñas*
27. *Luis F. Leloir*
28. *Alberto Peralta Ramos*
29. *Nerio Rojas*
30. *Juan Aníbal Domínguez*
31. *Norberto Quirno*
32. *Bernardino Maraini*
33. *Juan Carlos Ahumada*
34. *Alejandro Raimondi*
35. *Juan Carlos Navarro*

“Nuestro país se enorgullece de estos nombres, que se enraízan con el nacimiento de nuestra nación.

“Estas figuras ilustres del pasado, que dan nombre a nuestros sitios académicos, hacen que sus espíritus rondan por los mismos, dando a sus actuales ocupantes inspiración y guía que les servirán para cumplir con su elevada misión. Se trata de un homenaje póstumo y se cumple con un acto de gratitud. Surgen así de las sombras del pasado aquellos hombres que en su momento adquirieron renombre por sus condiciones morales e intelectuales, que les sirvieron para cumplir con su elevada misión.

“Los pueblos que ignoran su pasado pierden la posibilidad de su futuro. La gratitud ennoblece a los pueblos. Así lo entendió el plenario de la Academia Nacional de Medicina al aprobar por unanimidad nominar sus sitios”.

Galería de bustos

En ocasión de un homenaje al académico Juan José Bertervide en el centenario de su nacimiento, el 9 de noviembre de 1995, acto durante el cual se descubrió una escultura de la cabeza del hombre de ciencia donada por su familia, Osvaldo Fustinoni hizo uso de la palabra e improvisó la siguiente alocución (se insiste que es una “improvisación” y se transcribe tal cual), que sirve a manera de prólogo del libro “Galería de Bustos. Su historia” del profesor Alfredo Buzzi:

“Cuando voy desde mi despacho de la presidencia de la Academia hacia la biblioteca a través del amplio corredor, y observo los bustos y las cabezas de las personalidades que están inmarcesibles en el bronce, me pasa algo muy particu-

lar. Siento una inquietud singular; me parece que algunos de ellos a veces se corporizan, toman actitudes como si estuvieran allí, y me parece por los efluvios de mi alma que necesito conversar con ellos y, a veces, me detengo.

“Muchas veces, por ejemplo, me detuve ante el busto de Castex o ante los de Houssay, Cantón, Finochietto, y me detuve porque de alguno de ellos tenía reminiscencias, aunque a otros no los conocí. De los primeros me llegaban fecundas páginas que yo había leído, como las que leí de Sicardi, que me contó, naturalmente en la fantasía, de sus peculiaridades, de sus luchas que había tenido en Bragado, de las dificultades con que había tenido que ganarse su vida, del tiempo que había pasado en Italia mandado por su padre, y después de las dificultades que tuvo para poder vivir cuando estaba en Flores y sobre la posibilidad de escribir el libro que es una reseña extraordinaria de ese tiempo.

“Y lo veo a Cantón y hablo con Cantón, y me cuenta la historia que escribió sobre la Academia de Medicina y la Facultad de Medicina, libro extraordinario del cual conversamos muchas veces, y también en mi fantasía recorrí y conversé con él de su actuación como Decano, como Rector, como Diputado y Senador.

“Y conocí también y hablo con Martín Torino, médico extraordinario y luchador, a quien se le debe algo muy particular en vinculación precisamente con Cantón; Martín Torino luchó desesperadamente para obtener la autonomía de esta Casa. Esta Casa dependía de la Universidad en todo lo que se refiere, no al edificio sino a la Academia, en todo lo que se relaciona con la posibilidad de poder efectuar algunas

cosas, y él luchó para que la Academia fuera independiente. Presentó un proyecto que llevó a Cantón, este lo llevó a la Cámara y así nació prácticamente la autonomía de las Academias, separándolas de la Universidad de Buenos Aires y de la Facultad de Medicina.

“Y también hablé con Teodoro Alvarez, que nació allá por el ‘18; conocidas son las vicisitudes que transitó. Era un hombre extraordinario. Tuvo sus dificultades porque se desempeñó en la época de Rosas y naturalmente era una época muy difícil de recorrer, pero era un hombre que estaba alejado totalmente de la política y consagrado exclusivamente a su vocación de médico. Me contaba que había operado todo lo que se podía operar: el abdomen, que había ‘sacado’ fibromas, como se decía en esa época, y que había sido el primero que operó las cataratas en el país, y que además operaba todo lo que se puede decir, hasta oído; era uno de esos hombres universales a que nos acostumbraron los antiguos profesores de la época romántica de la medicina. Y así converso con todos los que se encuentran allí.

“Recuerdo a Houssay, bajo cuya dirección realicé mi tesis, de un ‘papelito’ que sugería buscar tal bibliografía o realizar tal experimento, y a Mariano Castex, de extraordinaria personalidad y memoria, recorriendo rápidamente los pasillos, con paso apresurado, y conversando conmigo sobre los más variados temas.

“Y los hermanos Finochietto, artífices del bisturí, glorias de la cirugía argentina, creadores de escuelas médicas, grandes formadores de cirujanos.

“Converso también con Pirovano, el del busto más grande que acompaña a los anteriores, como si quisiera simbolizar que corresponde al más grande cirujano del siglo XIX de Latinoamérica. Me cuenta de sus comienzos en la botica ‘Del Cóndor’, ya que antes de sus estudios de Medicina, lo hizo en Farmacia.

“Recibido en 1872, fue becado por el Superior Gobierno Provincial y partió en 1873 hacia París, donde permaneció dos años. Entonces intercambiamos impresiones sobre esa maravillosa ciudad, en la que se instala en la ‘Rive Gauche’ del saber de París, ‘le Quartier Latin’. Me habla de su amor por los niños, de sus pasos por las diversas cátedras de nuestra Facultad. Relata su incorporación al Hospital de Niños y recuerda a Ricardo Gutiérrez, cuando juntos actuaban en el Hospital de París, y luego reflexiona sobre sus últimos años en el campo, criando y mejorando su ganado.

“Me encuentro, asimismo, con Diógenes Decoud, el egregio cirujano que ejerció la titularidad de la cátedra de Clínica Quirúrgica en el antiguo Hospital San Roque, hoy Hospital Ramos Mejía, en la que fuera sucedido por el profesor Pedro Chutro.

“Al enfrentarme con el busto de Santiago Ramón y Cajal quedo impactado por la inmensa sapiencia de ese hombre de ciencia, Premio Nobel de Medicina y creador de una trascendente escuela de neurohistología.

“Y así, cobrando vida estos hombres, retemplo mi espíritu, caminando por el corredor de los bustos.

“Los miro, me asombro, los admiro y pienso: ¡cuánta gloria, cuánta sapiencia, cuántas cosas han pasado en esta

Academia, cuánto han dejado, cuánto han iluminado con sus talentos, con sus trabajos, con sus aportes científicos, cuánto han hecho y cuánto han luchado!

“Y hoy vamos a tener el busto del académico Juan José Beretervide y entonces hablaré con Beretervide algún día y recordaré sus anécdotas...”.

Renovación de autoridades

Osvaldo Fustinoni finalizó –pleno de realizaciones– la presidencia de la Academia Nacional de Medicina, el 30 de abril de 1996. En la última parte del discurso pronunciado en el acto de cambio de autoridades, manifestó:

“Hace cerca de 2400 años, en la apacible Atenas, centro de la cultura del mundo y donde se reunían sabios, artistas, escultores y oradores, surge un hombre que dejó su nombre rodando desde entonces por el mundo. Tal hombre se llamaba Sócrates. De temperamento difícil y de carácter hiriente se creó muchas enemistades. Sobre su vida y su obra existen opiniones favorables como las de su discípulo Platón y Jenofonte y otras adversas como la de Aristófanes.

“Los diálogos socráticos de Platón permiten conocer la vida de este personaje, que actuó en el siglo IV antes de Jesucristo. Acusado de crear nuevos dioses y corromper a la juventud, fue juzgado por 500 ciudadanos, de los cuales 281 lo condenaron a muerte, por ínfima mayoría.

“En la prisión, rodeado por sus discípulos, disertando sobre la inmortalidad del alma, bebió el fatal brebaje que

ocasionó su muerte. Pudo haber huido, pero no quiso salvarse del injusto fallo, por permanecer fiel a sus ideas. Desde entonces, muchas interpretaciones se han realizado de la trágica muerte.

“Se lo acusó de despreciar la democracia y abominar del concepto elitista de ésta. En 1983, se efectuó en las aulas de la Universidad de Georgetown, en la ciudad de Washington, un nuevo juicio a Sócrates. En este juicio, su autor Stone Izzi F., brillante e ingenioso columnista de la prensa norteamericana, realizó un enjuiciamiento a las élites. Jorge Aja Espil, en una enjundiosa conferencia sobre este nuevo juicio a Sócrates, se formula la siguiente pregunta: ‘¿Cabe admitir que la elevación del espíritu individual o colectivo roce el noble sentimiento democrático?’ Aja Espil dice rotundamente, no.

“El elitismo no es antidemocrático, pues dice que las élites deben estar al servicio de todos.

“La obsesión del antielitismo consiste en menospreciar el valor de la persona individual para exaltar el vigor de la masa. Esta aversión al elitismo es el veneno que bebió Sócrates.

“El pecaminoso argumento de que las Academias son instrumentos de las minorías selectas, y por tanto antidemocráticas, es el mismo que condena la memoria de Sócrates.

“Quiero con esto reivindicar a las Academias, que sufrieron también el envenenamiento de Sócrates en nuestro país en 1952. Pero agrega Aja Espil que ‘la inmortalidad académica produjo el milagro de la resurrección en 1955’.

“Nuestra Academia es fundamentalmente democrática y su élite está conformada por los valores individuales de sus

miembros, que no fueron nunca discriminados desde ningún punto de vista. Nada ha rozado su conformación intelectual. Ni ideologías, ni uniformes, ni sotanas, ni gobiernos, ni presión alguna han intentado introducir una cuña en su sólida estructura.

“Siempre la Academia, desde su creación por Bernardino Rivadavia, ha luchado para ser libre e independiente. En 1952, cuando creyó avasallada su independencia, cerró sus portones que así permanecieron 3 años. Ha forjado su propia estructura, de acuerdo con las épocas que le tocara vivir, pero siempre imbuida de su espíritu independiente y democrático. Esa es su gloria y su destino. Así la encontré y así la entrego. Limpia y pura como la recibí.

“Renuevo aquí lo que dije al llegar a la presidencia de la Academia. He sido fiel a mi compromiso académico. He respetado y he hecho respetar el estatuto de la Academia. Creo haber cumplido con el deber y haberme consagrado con fervor a la labor que exige la presidencia de esta Institución”.

Dijo Platón: “Dondequiera que se ama el arte de la medicina se ama también a la humanidad”. Osvaldo Fustinoni a través de su fiel compromiso académico lo demostró con creces.

Bibliografía

1. Incorporación del Académico Titular Dr. Osvaldo Fustinoni (Sitial N° 1). *Boletín de la Academia Nacional de Medicina*, Vol. 57, 2do. semestre, 1979.

2. La Academia Nacional de Medicina recibió al Dr. Osvaldo Fustinoni. *La Prensa*, 19 de mayo de 1979.
3. La Revolución que recién se inicia. *La Razón*, 18 de mayo de 1979.
4. Renovación de autoridades. Palabras del señor presidente entrante, Dr. Osvaldo Fustinoni. *Boletín de la Academia Nacional de Medicina*, Vol. 72, 1er. semestre, 1994.
5. Jáuregui GR. *La Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, 1972-1999*. Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, Buenos Aires, 1999.
6. La Academia Nacional de Medicina al servicio de la Ciencia. *La Nación*, 14 de junio de 1994.
7. La TV quiere curarse en salud. *La Nación*, Sección 4^a: Espectáculos, 5 de noviembre de 1995.
8. Fustinoni O. Sitiales Académicos. *La Nación*, Sección 7^a: Cultura, pág. 3, 26 de marzo de 1995.
9. El académico Juan José Beretervide en el centenario de su nacimiento. Palabras de apertura del acto por el señor presidente de la Academia, Acad. Osvaldo Fustinoni. *Boletín de la Academia Nacional de Medicina*, Vol. 73, 2do. semestre, 1995.
10. Buzzi A. *Galería de Bustos. Su Historia*. Colección Academia Nacional de Medicina, Vol. VIII, Buenos Aires, 2000.
11. Palabras del señor presidente saliente, Acad. Osvaldo Fustinoni. *Boletín de la Academia Nacional de Medicina*, Vol. 74, 1er. semestre, 1996.

CAPÍTULO 9.

SUS ÚLTIMOS AÑOS. EPÍLOGO

En mayo de 1998 Osvaldo Fustinoni comenzó a padecer un cuadro caracterizado por aceleración del tránsito intestinal y pérdida de peso. Los especialistas consultados pensaron –en primera instancia– en un cuadro de “síndrome de malabsorción intestinal”. Sería el propio Fustinoni quien se haría el diagnóstico, al palpase una vesícula biliar distendida (signo de Courvoisier-Terrier): carcinoma de cabeza de páncreas. El eximio semiólogo de los “casos difíciles”, el clínico infalible no se había equivocado. Esa misma tarde llamó a su familia al consultorio de la calle José E. Uriburu 1578 –su consultorio de siempre– para comunicarles el diagnóstico.

Decidió viajar a Estados Unidos en octubre de ese año –acompañado por su hijo Osvaldo–, donde el profesor James Madura de la Universidad de Indiana lo sometió el día 5 de ese mes a una duodenopancreatectomía. Regresó muy optimista. Mantuvo un mínimo estado general durante casi un año y medio después de la operación. Siguió asistiendo a reuniones y plenarios académicos, continuó ejerciendo sus funciones de vicepresidente 1º de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (para las que fue electo), y publicando con la lucidez de siempre sus editoriales en la “Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires”.

Poco después se internó en el Hospital Naval, donde recibió las visitas de sus amigos, colegas y discípulos. La enfermedad haría estragos: ya no había cura.

Oswaldo Fustinoni falleció, lúcido y sereno, el 25 de mayo de 2000. Dos días antes demostró una memoria a toda prueba.

Lo asistieron con magnanimidad y abnegación los doctores: Julián Arabehecy, Víctor Pérez, Oswaldo Tiscornia, Vicente Gutiérrez Maxwell, Jorge Manrique, Luis D. Suárez, Rolando Hereñú, Carlos Galli Mainini, Guillermo Mazzoccoli, Miguel Falasco y Sebastián Cosenza.

Dice Vicente Gutiérrez Maxwell: “Uno de mis recuerdos más impactantes es cuando visité a Oswaldo Fustinoni en su consultorio, me anticipó su diagnóstico presuntivo y me pidió que le palpara la vesícula, que él ya se había palpado. Hablamos pausadamente de su pronóstico y de las posibilidades terapéuticas que para cirugía radical constituían una responsabilidad demasiado grande para cualquier cirujano argentino. Después me comentó el contacto con James Madura, un gran cirujano americano. Madura me contó los detalles de la operación y la suerte de haber podido reseca el tumor, con un postoperatorio ideal. Aquí visité de nuevo a Fustinoni, preocupado por su diarrea y anorexia. Guardo una carta de agradecimiento como otro apreciado recuerdo. Después lo vi varias veces en sus días finales, en el Hospital Naval, en una cama junto a la ventana. Era impactante su resignación y la última vez volvió a insistirme que yo aceptara ser consultor de Cirugía del Hospital Naval. Desde entonces tengo el placer de co-dirigir la residencia de cirugía, una de las mejores de nuestro país. Esa fue para mí su última enseñanza, aunque

siempre tengo presente sus palabras cuando me incorporé a la Academia Nacional de Medicina”.

Fustinoni fue un manantial de consagración al enfermo y a la medicina. No sólo examinaba el cuerpo sino sabía leer el alma. No fue sólo Maestro de Maestros, sino también Maestro de la Vida. Porque enseñó un estilo genérico de enfrentarse con el incesante y variado universo.

¿Cómo no recordar con unción esta vida ejemplar?

Decía Loudet que “así como existe un arte de vivir, existe también un arte de morir constituido por un acatamiento a las leyes naturales”. ¿Y en qué consistía para Fustinoni este acto de morir? En haber amado a sus semejantes, ayudado a quien le tendió una mano sin importarle su condición, no haber negado consuelo a las doloridas almas de sus pacientes y haber conservado la integridad ética y moral sin dobleces ni claudicaciones de ningún tipo.

Su vida y su muerte armonizan en estas reflexiones. Murió como vivió, con el entendimiento –como él mismo escribiera– de que “*la vida humana es una parábola que comienza con el nacimiento y termina inexorablemente con la muerte*”. En su vida se conjugan el cumplimiento del deber, la perseverancia en el trabajo, la pasión por lo bueno y por lo justo, la lucha por las causas más nobles del espíritu y el profundo deseo de amar y brindar siempre lo mejor de su persona.

Horacio, en sus Odas, nos dice *Non omnis moriar*. Yo no moriré del todo, pues mi obra me sucederá. Pocas veces he estado convencido de algo como de pensar esto en relación con Fustinoni.

Como hijo:

Quisiera decir que te alejaste un día
luego de un pasaje que dejó su estela.
Pero vivirá siempre tu espíritu fuerte
como todo aquel que no tuvo muerte.

Porque Osvaldo Fustinoni murió... Pero quedó en un Réquiem de Rilke, en ese reloj sin agujas que es la Eternidad...

Cuando en la Divina Comedia Dante visita el Infierno, al descender al séptimo círculo del abismo ígneo, encuentra allí a Brunetto Latini, quien fuera su maestro en vida y le imparte su postrer consejo:

*Se tu segui la tua stella,
non puoi fallire a glorioso porto.*

*Si tu sigues tu estrella,
no puedes sino arribar a glorioso puerto.*

Osvaldo Fustinoni, como una flor particular que florece de vez en cuando, siguió su estrella y arribó a glorioso puerto.

Bibliografía

1. Gutiérrez Maxwell V. Comunicación personal, 2 de marzo de 2010.

2. Fustinoni O. Osvaldo Loudet: vida, obra y pensamiento. Anticipo de *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*, Tomo XV, 1986.
3. La muerte con dignidad. *Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires*, X (37): 44-48, septiembre de 2000.
4. Alighieri D. *La Divina Commedia* nell'arte del cinquecento. Fratelli Treves Editori, Milano, MCMVIII.

**CURRÍCULO ABREVIADO
DEL DR. OSVALDO FUSTINONI
(1909-2000)**

Actuación como estudiante

1927. Practicante del Instituto Jenner.

1930. Practicante del Hospital Rawson. Servicio del Profesor José Destéfano.

1931. Practicante menor interno del Hospital de Clínicas (por concurso de calificaciones).

1932. Practicante mayor interno del Hospital de Clínicas (por concurso de calificaciones).

1932. Terminó la carrera el 17 de diciembre, habiendo ingresado a la Facultad en marzo de 1927. En mérito a las calificaciones obtenidas y por decreto del 3 de septiembre de 1941, le fue concedido el *Diploma de Honor*.

Durante la actuación estudiantil formó parte de comisiones del Centro de Estudiantes de Medicina y fue miembro del Comité de Redacción de la Revista del Centro de Estudiantes de Medicina y Círculo Médico Argentino.

Actuación como médico

a) Labor hospitalaria

- 1932-1937. Médico asistente de la sala IX, Hospital de Clínicas (Prof. Tiburcio Padilla).
- 1933-1936. Médico asistente de la sala XXVI, Hospital Muñiz (Prof. Raúl Vaccarezza).
- 1936. Jefe de Consultorios Externos del Instituto de Semiología.
- 1938. Médico rentado de la sala IV, Hospital de Clínicas.
- 1943-1944. Jefe de Clínica (honorario) del Instituto de Semiología.
- 1949-1950. Vicepresidente de la Asociación Médica del Hospital de Clínicas.
- 1951. Presidente de la Asociación Médica del Hospital de Clínicas.
- 1954-1956. Subdirector del Instituto de Semiología.
- 1956-1975. Director del Instituto de Semiología Profesor “Gregorio Aráoz Alfaro”.
- 1972-1973. Director Académico del Hospital Escuela “José de San Martín”.

b) Labor docente

- 1932. Desde entonces y hasta la actualidad ha colaborado en la enseñanza de la semiología en la cátedra de los profesores Pedro Cossio y Tiburcio Padilla, con el dictado de trabajos prácticos en calidad de encargado de los distintos seminarios (respiratorio, nervioso, circulatorio y digestivo) y de jefe de trabajos prácticos.

- 1937. Ayudante de cátedra de Semiología (Prof. Padilla).
- 1938. Solicita la adscripción, que le es concedida previa prueba de competencia efectuada el 10 de noviembre.
- 1938-1942. Jefe de Trabajos Prácticos de la cátedra del profesor Padilla.
- 1944. Con fecha 8 de febrero se lo designa Docente Libre de Semiología, con antigüedad al 16 de noviembre de 1943.
- 1946-1952. Jefe de Trabajos Prácticos de la cátedra del profesor Padilla.
- 1947. Profesor Adjunto de Semiología y Clínica Propedéutica de la Facultad de Ciencias Médicas (UBA), propuesto por unanimidad, con fecha 30 de diciembre de 1947.
- 1956. Profesor Titular de Semiología y Clínica Propedéutica de la Facultad de Ciencias Médicas (UBA), con fecha 13 de diciembre de 1956.
- 1957-1975. Continúa en el desempeño de la cátedra.
- 1975. Profesor Titular Emérito de la Facultad de Ciencias Médicas (UBA), con fecha 10 de marzo de 1975.

c) Labor científica

- Miembro fundador de la Sociedad Argentina de Endocrinología y Enfermedades de la Nutrición.
- Miembro del Comité Redactor y fundador de la revista “Medicina”.
- Miembro fundador de la Sociedad Argentina para el Estudio de la Esterilidad (10 de junio de 1947).
- Miembro fundador de la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriatria (25 de abril de 1951).

- Médico consultor en Clínica Médica del Hospital Naval Buenos Aires, por concurso, desde 1953.
- Representante de la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA al 3er. Congreso Internacional de Gerontología en Londres (19 al 23 de julio de 1954).
- Director de “Manuales Médicos Modernos”, de los cuales se han publicado los siguientes tomos: “Auscultación del Pulmón”, “Electrocardiografía”, “Exploración del Abdomen”, “Vectocardiografía”, “Exploración funcional del aparato respiratorio”.
- Presidente de la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriatria (abril de 1955).
- Subsecretario de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación, designado el 26 de septiembre de 1955.
- Presidente de la Sociedad de Medicina Interna de Buenos Aires (1957).
- Consejero de la Facultad de Ciencias Médicas (UBA), 5 de noviembre de 1957.
- Invitado especial del gobierno de Francia para visitar los Centros de Estudio de Patología Renal (diciembre de 1957).
- Representante al Honorable Consejo Superior (UBA) por elección del 5 de diciembre de 1957.
- Vocal de la Comisión Ley 11.333 –art. 6–, según decreto del Poder Ejecutivo Nacional de fecha 21 de mayo de 1958.
- Miembro Honorario Nacional de la Sociedad de Medicina Interna de Buenos Aires (22 de octubre de 1958).
- Vocal del Consejo Directivo del Instituto Popular de Conferencias de “La Prensa” (1959).

- Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Medicina (22 de octubre de 1959).
- Miembro da Honra de la Facultad de Porto Alegre, Universidad de Rio Grande do Sul, Brasil (agosto de 1960).
- Miembro fundador de la Sociedad Argentina de Nefrología (15 de septiembre de 1960).
- Miembro Honorario de la Academia Mexicana de Gerontología y Sociedad Mexicana de Geriátría (1° de septiembre de 1960).
- Presidente de la Sociedad Argentina de Nefrología (octubre de 1960).
- Consejero de la Facultad de Ciencias Médicas (UBA), enero de 1961.
- Miembro Honorario de la Sociedad de Geriátría del Uruguay (21 de marzo de 1961).
- Decano de la Facultad de Ciencias Médicas (UBA), 15 de noviembre de 1962.
- Interventor de la Facultad de Odontología (UBA), 2 de marzo de 1963.
- Invitado por la Universidad Central de Venezuela para dictar un ciclo de conferencias (29 de julio de 1963).
- Huésped de Honor de la Universidad Central de Venezuela (1° de agosto de 1963).
- Miembro Honorario Nacional de la Sociedad Argentina de Nefrología (1° de agosto de 1963).
- Presidente del Consejo Consultivo del Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino-Israelí.
- Invitado Oficial del gobierno de Israel a una visita a su país (1964).

- Invitado como Huésped Oficial por los gobiernos de Francia, Bélgica y Holanda a visitar sus países en misión cultural (30 de octubre de 1964).
- Invitado por la Facultad de Medicina de Madrid para dictar conferencias en “La Semana Argentina”, 2 al 9 de mayo de 1965.
- Presidente de la Comisión Ley 11.333 –art. 6–, según decreto del Poder Ejecutivo Nacional de fecha 14 de junio de 1965.
- Presidente de la Asociación de Facultades de Medicina de la República Argentina (1965-1967).
- Invitado especial por la Facultad de Villarreal (Perú) para informar acerca de la organización de una Facultad de Medicina, 20 al 25 de octubre de 1967.
- Presidente del Comité Ejecutivo del Congreso de la P. A. M. A. (26 al 30 de noviembre de 1967).
- Miembro Honorario de la Sociedad Venezolana de Geriatría y Gerontología (24 de septiembre de 1968).
- Miembro Honorario de la Sociedad Argentina de Historia de la Medicina (7 de octubre de 1969).
- Socio Honorario de la Sociedad Brasileira de Geriatría y Gerontología (6 de mayo de 1970).
- Miembro de la Comisión Directiva de la Liga Argentina contra la Tuberculosis (junio de 1970).
- Director Académico del Hospital Escuela “José de San Martín” (1972-1973).
- Presidente de la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriatría (1973-1975).
- Miembro de Honor de la Sociedad de Gerontología de Colombia (1975).

- Secretario Honorario del Instituto Popular de Conferencias de “La Prensa” (1977).
- Miembro del Consejo Asesor Editorial de EUDEBA (mayo de 1977).
- Presidente del jurado del Premio Bunge y Born de Medicina 1978 (octubre de 1977).
- Presidente de la Fundación Cultural Argentina para la Tercera Edad (1978).
- Académico de Número de la Academia Nacional de Medicina (31 de agosto de 1978).
- Huésped de Honor de la ciudad de Azul, provincia de Buenos Aires (15 de junio de 1979).
- Presidente del 2º Congreso Argentino de Gerontología y Geriatría (9 al 14 de septiembre de 1979).
- Académico de Número de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (7 de octubre de 1982).
- Miembro de Honor Extranjero de la Sociedad Uruguaya de Gerontología y Geriatría (30 de junio de 1983).
- Invitado por la Real Academia Sueca para formalizar convenios culturales con la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (1986).
- Miembro Correspondiente Extranjero de la Academia Nacional de Medicina de la República de Venezuela (4 de junio de 1987).
- Presidente de la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriatría (1987-1989).
- Representante de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires a la reunión de la Academia de Ciencias de América Latina (Río de Janeiro, 12 y 13 de mayo de 1988).

- Presidente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (1989-1993).
- Integrante de la comisión del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales para establecer relaciones culturales con Inglaterra (Londres, 5 al 15 de abril de 1990).
- Presidente de la Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (junio de 1990).
- Consultor Honorario del Hospital de Clínicas “José de San Martín” (noviembre de 1990).
- Miembro del Consejo Honorario de la Universidad Maimónides (noviembre de 1991).
- Representante de la Academia Nacional de Ciencias a la reunión de Academias de Ciencias y Asociaciones Científicas Iberoamericanas (La Paz, 21 al 23 de octubre de 1992).
- Presidente del Instituto Popular de Conferencias de “La Prensa” (diciembre de 1993).
- Presidente de la Academia Nacional de Medicina (1994-1996).
- Miembro Honorario Extranjero de la Academia Chilena de Medicina (18 de octubre de 1995).
- Miembro de la Academia Universitaria Franco-Argentina (noviembre de 1995).
- Académico Honorario Extranjero de la Academia Nacional de Medicina de la República Oriental del Uruguay (11 de octubre de 1996).
- Miembro Ilustre de la Asociación Médica Argentina (30 de noviembre de 1998).
- Presidente de Honor del Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino-Israelí (1999).

Premios

- Diploma de Honor (3 de septiembre de 1941).
- Mención especial de la Sociedad de Medicina Interna al trabajo sobre “Cirrosis biliar xantomatosa” (14 de mayo de 1954).
- Premio de la Fundación “Mariano R. Castex” a la Docencia Universitaria” (13 de diciembre de 1974).
- Premio “Maestro de la Medicina Argentina” (8 de junio de 1979).
- Premio “Barón Hirsch” (25 de octubre de 1979).
- Premio “Laurel de Plata” del Rotary Club ‘a la personalidad del año 1978’ (15 de diciembre de 1979).
- Premio “Ignacio Imaz” (1980).
- Premio “ENCOTEL” (14 de octubre de 1985).
- Premio “Maestro de la Gerontología Argentina” (15 de noviembre de 1989).
- Premio “Manzana de las Luces” (15 de diciembre de 1989).
- Premio “Arco de Triunfo”, Hospital Francés (14 de diciembre de 1995).
- Premio “Diego Alcorta”, Sociedad Argentina de Humanismo Médico (27 de noviembre de 1996).
- Premio “Rioplatense”, Rotary Club Internacional (Montevideo, 7 de mayo de 1996).

Distinciones

- Condecorado por el Gobierno de Francia en el grado de “Oficial de la Orden del Mérito” (22 de enero de 1965).

- Condecorado por el Gobierno de Francia con las “Palmas Académicas” (27 de agosto de 1965).
- Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Tucumán (18 de mayo de 1983).
- Doctor Honoris Causa de la Universidad Argentina “John F. Kennedy” (4 de junio de 1996).
- Condecorado por la Armada Argentina con la “Cruz Naval Laureada a los Servicios Distinguidos” (18 de abril de 1997).
- “Mayor Notable Argentino.” Medalla y diploma otorgados por la Honorable Cámara de Diputados de la Nación (25 de septiembre de 1997).
- “Reconocimiento de la Nación Argentina por su trayectoria en las Ciencias Médicas en beneficio de la Humanidad.” Otorgado por el Superior Gobierno de la Nación, el 5 de mayo de 1999, en ceremonia oficial realizada en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno.

Publicaciones

Semiología del Sistema Nervioso, un tomo de 517 páginas (edición 2006). Editorial “El Ateneo”.

Primera edición: 1936

Segunda edición: 1939

Tercera edición: 1941

Cuarta edición: 1943

Primera reimpresión, 1946

Segunda reimpresión, 1947

Quinta edición, 1949

Sexta edición, 1953
Primera reimpresión, 1955
Segunda reimpresión, 1957
Séptima edición, 1959
Reimpresión, 1965
Octava edición, 1972
Novena edición, 1974
Reimpresión, 1976
Décima edición, 1978
Primera reimpresión, 1981
Segunda reimpresión, 1983
Tercera reimpresión, 1985
Undécima edición, 1987
Duodécima edición, 1991
Decimotercera edición, 1997
Decimocuarta edición, 2006
Traducido en 1941 al idioma portugués

Insuficiencia Suprarrenal (estudio experimental). Tesis de doctorado. Un tomo de 135 páginas. Editor A. Guidi Buffarini, Buenos Aires, 1938.

Síndromes Clínicos (en esquemas), en colaboración con Tiburcio Padilla. Un tomo de 285 páginas (edición 2001). Editorial “El Ateneo”.

Primera edición, 1943
Segunda edición, 1944

Tercera edición, 1945
Cuarta edición, 1947
Quinta edición, 1948
Sexta edición, 1950
Séptima edición, 1951
Octava edición, 1953
Novena edición, 1956
Décima edición, 1962
Undécima edición, 1974
Duodécima edición, 1976
Decimotercera edición, 1978
Decimocuarta edición, 1983
Decimoquinta edición, 1985
Reimpresión, 1988
Decimosexta edición, 1990
Primera reimpresión, 1993
Segunda reimpresión, 1996
Decimoséptima edición, 1997
Primera reimpresión, 2000
Segunda reimpresión, 2001

Tratado de Patología Médica (en colaboración con Rodolfo Dassen, Pedro César Rospide y Enrique G. Fongi). Editorial López y Etchegoyen.

Tomo I, 827 págs., 28 figs., 1945
Tomo II, 1036 págs., 312 figs., 1947

Tomo III, 940 págs., 293 figs., 1948

Tomo IV, 872 págs., 223 figs., 1953

Auscultación del pulmón (estudio fononeumográfico). Un tomo de 128 páginas. Editorial López y Etchegoyen, 1952.

Semiología Médica Fisiopatológica (en colaboración con Pedro Cossio y Pedro C. Rospide). Un tomo de 1072 páginas (edición 2001). CTM Servicios Bibliográficos.

Primera edición, 1955

Reimpresión, 1960

Segunda edición, 1966

Tercera edición, 1970

Cuarta edición, 1973

Reimpresión, 1975

Quinta edición, 1978

Reimpresión, 1979

Sexta edición, 1982

Primera reimpresión, 1987

Segunda reimpresión, 1989

Tercera reimpresión, 1991

Cuarta reimpresión, 1992

Quinta reimpresión, 1994

Sexta reimpresión, 1996

Séptima reimpresión, 1997

Octava reimpresión, 1998

Séptima edición, 2001
Primera reimpresión, 2004
Segunda reimpresión, 2005
Tercera reimpresión, 2008

Tratado de Patología Interna (con Enrique G. Fongi y Pedro C. Rospide). Editorial López y Etchegoyen, 1957.

Tomo I: 1338 págs., 653 figs., 1957
Tomo II: 1212 págs., 495 figs., 1960
Tomo III: 1373 págs., 420 figs., 1965

La Facultad de Medicina de Buenos Aires (con Federico Pέργola y Oscar Pέργola). Un volumen de 214 páginas. Ediciones Macchi, 1969.

La Tercera Edad (en colaboración con Domingo A. Passanante). Un volumen de 272 páginas. La Prensa Médica Argentina, 1980.

Los médicos en las letras argentinas (en colaboración con Federico Pέργola). Un volumen de 108 páginas. Biblioteca de Humanismo Médico. La Prensa Médica Argentina, 1981.

Gerontología y Geriatría (en colaboración con Domingo A. Passanante). Un volumen de 248 páginas. López Libreros Editores, 1986.

Historia de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (en colaboración con Federico Pέργola). Un volumen de 316 páginas. Estudio Sigma, 1995.

Más de 200 trabajos científicos.

Más de 200 conferencias pronunciadas.

7 Tesis Doctorales apadrinadas.

Homenajes y distinciones post-mortem

Homenaje a la memoria del Académico Titular y ex Presidente, Dr. Osvaldo Fustinoni, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 25 de octubre de 2000.

Homenje al Señor Académico, Profesor Doctor Osvaldo Fustinoni, Asociación Médica Argentina, 30 de octubre de 2000.

Se establece el Premio Bienal “Profesor Dr. Osvaldo Fustinoni”, Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, 2001.

Se establecen becas de investigación para graduados universitarios “Dr. Osvaldo Fustinoni”, CEDIQUIFA, 2001.

Premio Homenaje “Profesor Doctor Osvaldo Fustinoni”, Quálitas, Academia Nacional de Medicina, 26 de septiembre de 2001.

Acto académico en memoria del Profesor Emérito, Doctor Osvaldo Fustinoni e inauguración de un busto recordatorio de la escultora argentina Alicia Rescio de Batalla, Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, 28 de mayo de 2002.

Sesión Pública Extraordinaria de la Academia Nacional de Medicina, conferencia: “Osvaldo Fustinoni, el humanista” por parte del Dr. Juan Carlos Fustinoni e inauguración de un

busto recordatorio de la escultora argentina Eliana Molinelli, 20 de agosto de 2002.

Acto en memoria del Profesor Emérito, Doctor Osvaldo Fustinoni, Fundación Internacional Raoul Wallenberg y Casa Argentina en Jerusalem, 26 de septiembre de 2002.

Premio Konex de Honor 2003.

Conferencia: “Osvaldo Fustinoni, hombre del Humanismo” por el Dr. Juan Carlos Fustinoni, Asociación Biblioteca de Mujeres, 20 de octubre de 2004.

Homenaje al Profesor Emérito, Doctor Osvaldo Fustinoni, en el centenario de su nacimiento, y presentación del libro: “Osvaldo Fustinoni: una trayectoria fecunda” de los doctores Alfredo Buzzi y Federico Pégola, Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, 25 de agosto de 2009.

Sesión Pública Extraordinaria de la Academia Nacional de Medicina con objeto de recordar la memoria del señor académico Osvaldo Fustinoni en el centenario de su nacimiento. Palabras recordatorias del Acad. Osvaldo Fustinoni por el Acad. Leopoldo F. Montes, 15 de septiembre de 2009.

Homenaje al Profesor Dr. Osvaldo Fustinoni, www.intramed.net, 21 de abril de 2010, y www.gerontogeriatrics.org.ar, 1º de mayo de 2010.

Homenaje a los 10 años del fallecimiento del señor académico Osvaldo Fustinoni y presentación del libro: “Mi padre, Osvaldo Fustinoni (1909-2000)” del doctor Juan Carlos Fustinoni, con prólogo de Magdalena Ruiz Guiñazú y Guillermo Jaim Etcheverry, Academia Nacional de Medicina, 10 de agosto de 2010.

NOTAS Y DISCURSOS

EL DECANATO EN LA FACULTAD DE MEDICINA DE BUENOS AIRES (1962 – 1966)

El citado artículo fue escrito por el profesor doctor Federico M. Pégola con bibliografía y material que le fue suministrado por el Dr. Juan Carlos Fustinoni, quien tuvo a su cargo la compaginación y redacción de las mencionadas referencias, y el agregado actual de una carta que su padre le enviara al señor rector de la Universidad de Buenos Aires, profesor doctor Julio H. G. Olivera, que se transcribe íntegra, el 1º de octubre de 1964. Publicado en *Medicina Internacional* 7-8 (17): 47-64, 2001 y en la *Revista de la Asociación Médica Argentina* 1 (115): 38-44, 2002.

Aunque la palabra “decano” suele aplicarse al miembro más antiguo de una comunidad, en nuestro medio universitario se le asigna al director de una facultad. No obstante, por su connotación simbólica, no es redundante decir que tiene su origen en el término latino *decanus*, que significaba el jefe de diez monjes de un monasterio, como lo atestigua *deán*, que representa a diez. Con ello podríamos establecer que un decano dirige a diez monjes, pero en este caso no enseña el dogma religioso sino las provisorias pero siempre perfeccionables verdades de la ciencia. Aquí ya no son diez sino varios centenares de profesores.

El logro académico más elevado: ser el jefe de los profesores, o bien, dirigir una facultad, constituyó un justo cargo para la equilibrada personalidad de Osvaldo Fustinoni.

Formar médicos fue el desvelo de todos los gobiernos, incluso los de la época de la colonia que tuvo el Río de la Plata. Sobre todo, formar buenos médicos. Harto conocida es la parábola de Bernardo A. Houssay cuando decía que un médico mal preparado era más peligroso que una fiera salvaje, contra la cual el hombre –conociéndola– toma sus recaudos y se cuida. Dar piedra libre para la práctica de la medicina, conociendo la idoneidad del postulante, constituyó un desafío para los Estados. Fueron los Reyes Católicos los que instituyeron el Protomedicato en España, que, con considerable atraso, llegó a las colonias, y a Buenos Aires recién a fines del siglo XVIII. Luego sería el turno del Instituto Médico Militar, en épocas de la patria en guerra, y con la Reorganización Nacional surgiría la Universidad de Buenos Aires.

El Estado delega en las autoridades de la Facultad de Medicina el control de calidad de sus médicos. Una gran responsabilidad que el jefe de los profesores, en este caso el profesor Fustinoni, no eludió en ningún momento.

El 15 de noviembre de 1962, Osvaldo Fustinoni –en ese entonces profesor titular de Semiología y Clínica Propedéutica y figura de prestigio en las ciencias argentinas– es designado decano de la Facultad de Medicina por el voto de ocho consejeros, dos más que los obtenidos por el doctor Julio Pintos. Para el cargo de vicedecano el Dr. Germán H. Dickman había logrado nueve votos, tres más que su inmediato sucesor: el Dr. Felipe de Elizalde. Los estudiantes –a los que luego Fustinoni defendería con vehemencia en circunstancias terribles para el país– no asistieron a la reunión del Consejo Directivo y, cuando Fustinoni accedió al sitial de la presidencia, grupos

de alumnos reformistas arreciaron en sus protestas. Luego se generaría una gresca entre grupos antagónicos con rotura de vidrios y sillas. Hacia la medianoche, el tumulto había cesado. El saldo, un herido leve que fue curado en la guardia del Hospital de Clínicas.

En esa oportunidad, el profesor Fustinoni no pudo hablar en el estrado; su mesura y ecuanimidad, ayudada por la moción del profesor Luis Munist, que presidía el acto, de pasar a los salones contiguos, descomprimió la situación académica, aunque los grupos de revoltosos persistieron en el lugar.

Al día siguiente, el matutino “La Nación”, además de narrar los hechos mencionados, realizó una breve semblanza de la personalidad de Fustinoni: “Graduado en 1932 con diploma de honor en la Facultad de Medicina local, se dedicó preferentemente a la clínica médica. Fue designado profesor adjunto de Semiología y Clínica Propedéutica en 1947. En la actualidad es director del Instituto de Semiología ‘Gregorio Aráoz Alfaro’ y profesor titular de la materia desde 1956. La mayor parte de su carrera científica la desarrolló en el Hospital de Clínicas. En sus antecedentes docentes figuran 76 trabajos científicos, los libros “Insuficiencia Suprarrenal”, “Semiología del Sistema Nervioso”, en colaboración con el Dr. Rodolfo Dassen, y varios otros, también en colaboración. Numerosas intervenciones en congresos, conferencias y labor docente conforman sus actividades, que compartió con tareas en la subsecretaría de Salud Pública en 1955 y como miembro del Consejo Superior”.

El diario “La Prensa” también glosó la trayectoria del doctor Fustinoni, relató los lamentables hechos de violencia y

agregó el dato de que el herido, con lesiones cortantes y fractura del hueso de la nariz, había sido el doctor Fermín García Marcos que, accidentalmente, se encontraba en el vestíbulo de la Facultad.

Al día siguiente, Fustinoni todavía no había entrado en funciones y la prudencia aconsejaba esperar el momento oportuno. En efecto, los alumnos aguardaban en los pasillos, sin saber con qué finalidad y, abortada la ceremonia que oportunamente había sido anunciada para las 16 horas, comenzaron a retirarse.

Nuevamente la intolerancia había hecho presa de una institución de la educación y la cultura. La crónica del diario “La Nación”, además de dar cuenta del daño de un “hermoso reloj, considerado una verdadera obra de arte”, decía que “en los pasillos el personal no docente y de maestranza, de brazos caídos, añadía a ese clima de desazón y angustia el cuadro de su inactividad a través de una huelga, que, iniciada el 29 de octubre, pareciera que va a durar toda la vida. Entretanto, los desperdicios, papeles, colillas de cigarrillos y el polvo se van amontonando en pasillos, corredores y laboratorios de investigación. Se camina sobre residuos. Y ello ocurre precisamente en la Facultad de Medicina, donde tanto se preconiza la lucha contra la falta de higiene y contra los microbios. Y, para peor, donde funciona también una Escuela de Salud Pública, como signo negativo de todos los estudios que en ella se promueven”. Una cierta connotación irónica, no exenta de ingenuidad, demuestra cómo las acciones de los médicos son observadas con lente de aumento e indica la cautela que deben animarlas así como las palabras que se pronuncian.

Fue ésta, como queda bien pintada, la Facultad que debió gobernar Osvaldo Fustinoni.

Pero los conflictos no terminaban, todavía no había asumido oficialmente, y ya al flamante decano lo afectaba otra dificultad. El 18 de noviembre los periódicos daban cuenta de que las medidas de fuerza del personal no docente obligaban al doctor Eduardo Casterán, director del Hospital de Clínicas, a evacuar este nosocomio. El mismo Fustinoni, en una frustrada reunión del Consejo Universitario, puso en conocimiento del Dr. Risieri Frondizi, rector de la Universidad de Buenos Aires, la afligente situación de los enfermos internados que debían ser trasladados.

En esos mismos días una inicua resolución del Centro de Estudiantes de Medicina repudiaba al nuevo decano y solicitaba su renuncia.

Todos estos problemas no eran nuevos, pero acallados los desbordes estudiantiles, a mediodía del 19 de noviembre de 1962, Fustinoni asumió el decanato y fue Luis Munist quien ofreció un cuadro de situación hartamente preocupante: presupuesto insuficiente, se necesitaban ocho millones de pesos para libros y solamente se recibían 580.000, cifra que alcanzaba para algunas suscripciones a revistas; escasa iluminación en las salas de lectura por falta de accesorios eléctricos, etcétera. En esa oportunidad, Fustinoni expuso —en breves conceptos— el criterio que inspiraría su gestión y el propósito que lo impulsaba a coordinar voluntades y esfuerzos para perfeccionar lo logrado. Las adhesiones al pedido de Fustinoni se sucedieron en esos días, tanto de agrupaciones que lo hicieron en la prensa escrita como las que le llegaron individualmente.

Decano y presidente de la Comisión Ley 11.333, que estaba encargada de poner en funcionamiento el Hospital Escuela “José de San Martín” que reemplazaría al viejo Hospital de Clínicas, el 21 de febrero de 1963 inauguró el servicio de la cátedra de Radiología y Fisioterapia, a cargo del profesor Pedro A. Maissa. Fustinoni expresó en esa oportunidad que, merced a la múltiple actividad del profesor Maissa y del profesor Risieri Frondizi, que fue presidente de la mencionada comisión, había sido posible –con el apoyo de los restantes miembros y de entidades de bien público– realizar esa nueva etapa en cumplimiento de los fines expuestos.

Las turbulencias no terminarían. El 4 de abril de 1963, el profesor Tiburcio Padilla, ministro de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación, debía presidir un acto de la “Liga Argentina Contra el Cáncer” en el aula magna de la Facultad. Manifestantes del Partido Socialista Argentino de Vanguardia, según lo indicaban las crónicas periodísticas, generaron un disturbio de proporciones y adoptaron una actitud agresiva contra el mismo funcionario, que culminó con el incendio de su automóvil particular estacionado en las inmediaciones. Los grupos radicalizados se aferraban a cualquier manifestación académica para hacerse notar.

Reiteramos, era esa la Facultad que le tocaba dirigir a Fustinoni. “Correo de la Tarde”, periódico de la época, había titulado el hecho “Grave atentado comunista”, mientras la nota decía que “el doctor Tiburcio Padilla fue soezmente insultado por un grupo de revoltosos de tendencia marxista, agredido con tomates y posteriormente su automóvil incendiado”.

Las reuniones del Consejo Directivo de la Facultad fueron, a veces, interrumpidas por la acción de las barras que buscaban el desorden, en ciertas oportunidades ayudadas por alumnos del colegio secundario. El Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, presidido por su rector, el doctor Julio H. G. Olivera, dio a conocer un escrito en estos términos: “declara su más enérgico repudio a la utilización de manifestaciones de violencia como medio para influir en las decisiones de los organismos de esta Universidad. Actitudes tales atentan singular y especialmente contra las normas representativas y democráticas que dan sustento y sentido al gobierno tripartito que hoy rige en la Universidad de Buenos Aires”.

No obstante, la administración de la Facultad no ofrecía problemas para la actividad incansable de Fustinoni. El 12 de abril de 1963 concurría a la sexta reunión de la “Asociación de Facultades de Medicina de la República Argentina”, que tenía lugar en la ciudad de Tucumán, justamente en la Facultad de Medicina de esa provincia.

Por esos meses, Fustinoni concurría como invitado especial –junto con Bernardo A. Houssay– a la inauguración del Departamento de Investigaciones Científicas de la Maternidad Ramón Sardá.

A mediados de 1963, el doctor Fustinoni es entrevistado por un grupo de estudiantes de medicina que se expresan en un medio periodístico y allí explica muy bien su llegada al decanato: *“Mi candidatura como decano fue sostenida por un núcleo ampliamente mayoritario de profesores titulares y adjuntos de la Facultad, como expresión auténtica de un mo-*

vimiento democrático en base a sustentar análogos principios universitarios y enfoques semejantes acerca de la marcha de la Escuela.

“A poco que se analice quiénes éramos estos profesores, se observará que lo constituimos aquellos que desde 1956 sostuvimos la necesidad de un profundo cambio en la orientación pedagógica de la Facultad. Así vinieron el examen de ingreso, no con criterio ‘limitacionista’ sino de selección, hecho ya sostenido en mi conferencia inaugural de la cátedra, el plan de las unidades hospitalarias, la intensificación de la enseñanza práctica y el sistema de residencias médicas. Igualmente sostuvimos la necesidad de la Escuela de Graduados. Algunos de estos problemas han sido enfocados y otros se encararán, y si bien están en el tapete de la discusión, no podrá negarse que constituyen una inquietud pedagógica que la reputo interesante y necesaria. No creo haber tropezado con inconvenientes, salvo los naturales de un proceso electorario democrático y de sentido universitario. Tampoco comparto la idea ‘que en los tres claustros se deseara entregar el decanato a alguien menos resistido’, ya que en el de profesores, por ejemplo, la resistencia –de existir en tal sentido– no sería sino de un grupo minoritario y nunca el claustro, como lo demostró la elección. No sé si se podrá sostener lo mismo con ‘el claustro de graduados’, o decir igualmente que en un sector determinado de graduados existiría dicha ‘resistencia’. Por otra parte pienso que el término no se aviene a la realidad de los hechos, sino que se trata de polarizaciones hacia quien, se interpreta, realizará su acción en identidad de pensamiento con el votante. En cuanto al sector estudiantil,

creo que ha sido consecuencia de una prédica interesada en deformar la verdad”.

Para agregar ante otra pregunta: *“Considero equivocado el concepto en que se me involucra como ‘antiestudiantil’ y ‘limitacionista’. El análisis desapasionado de mi currículo y mi acción en la Universidad, tanto como profesor, delegado al Consejo Superior o consejero de la Facultad, y de mis escritos al respecto, o la lectura de la conferencia con que inauguré mi labor de profesor titular, bastarían para desvirtuar esos calificativos”.*

Ese mismo año deberá sufrir la desaparición de quien fuera su gran amigo y jefe durante mucho tiempo y a quien sucediera en la conducción del Instituto de Semiología: el profesor Tiburcio Padilla. Como decano de la Facultad le tocó hablar durante sus exequias y expresó: *“Larga sería la enumeración de los actos fecundos de esta vida consagrada al bien público, a la pasión por enseñar, a la elevación moral de sus conciudadanos y al servicio de la patria”.* Dijo también cómo fue separado de su cátedra *“por no doblegarse ante el imperio de medidas que interpretaba como agresivas a su dignidad”.* Haciendo suyas las palabras que Jefferson dijo de Washington: *“Fue un sabio, fue un hombre bueno, fue un gran hombre”.* Todo ocurría el 3 de julio de 1963. *“Había compartido –como recordaba– ideales, angustias, sinsabores, tiempos de derrota, y desde entonces aprendí a su lado lo que es trabajo, dignidad de conducta, fe en el triunfo de los ideales, amor por la patria, la bondad infinita del perdón y la tolerancia, y el valor por el desvalido y el desheredado.”* Padilla se había cruzado en su camino cuando estaba recién recibido, en 1932,

“*huérfano en el azar de las circunstancias*”, como dijera para señalar la página paterna que constituyó para él.

En ese mismo mes viajó a Venezuela para dictar una serie de conferencias.

La labor académica fue incesante; en octubre del mismo año tuvo el honor de inaugurar el XXXIV Congreso de Cirugía y dar la bienvenida a las delegaciones extranjeras en el aula magna de la Facultad de Medicina. Otro evento, en ese mismo mes, el Primer Congreso de Endocrinología y Metabolismo, lo tuvo en el estrado junto con Bernardo A. Houssay y Arturo Oñativia. También le tocaría hablar en la inauguración del II Congreso Interamericano de Arteriosclerosis, donde expresó que el evento “*estaba destinado a luchar contra la plaga más mortífera junto con el cáncer y el hambre*”. Se estaba adelantando a lo que en época finisecular sería una verdadera epidemia.

También haría uso de la palabra en la inauguración del Segundo Seminario Latinoamericano de Salud Mental, donde destacó su preocupación por crear una cátedra de psicología médica, hecho que finalmente consiguió merced a su perseverancia, rasgo saliente de su personalidad.

Ese mismo año –1963– la Biblioteca Central de la Facultad de Medicina “Dr. Juan José Montes de Oca” cumplió 100 años de existencia. Creada el 21 de enero de 1863, por iniciativa del presidente de la casa de estudios quien le dio el nombre, el recordatorio de su onomástico tuvo lugar meses después. Se destacaba que, de 1444 volúmenes en 1884 y 49.817 en 1919, en su centenario el número de ejemplares ascendía a 650.000. Muchos habían sido los médicos, o los familiares de

éstos al fallecer, que habían hecho aumentar el patrimonio de la biblioteca.

Poco después, Fustinoni destacaría la importancia de los medios audiovisuales en el estudio de la medicina y haría intentos por la creación de una “cineteca” y de un centro que aglutinara todos los esfuerzos en ese sentido. En la biblioteca, señaló, existe un servicio de producción de diapositivas.

Cumplía un año en el cargo de decano cuando, en las dependencias del Automóvil Club Argentino, en la sede central de Buenos Aires, se celebró una cena en ocasión de festejarse el 3 de diciembre el Día del Médico. Lo curioso: en la cabecera de la mesa había cuatro médicos, pero uno era el presidente de la Nación, Dr. Arturo Umberto Illia. Los restantes: el ministro de Asistencia Social y Salud Pública, Dr. Arturo Oñativia; el decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, Dr. Osvaldo Fustinoni, y el presidente de la Confederación Médica de la República Argentina, Dr. Sergio Provenzano. También estaba presente el presidente del CONICET y Premio Nobel de Medicina, Dr. Bernardo A. Houssay.

Consecuentemente con su prédica sobre los problemas medicosociales, Fustinoni publicaba en los primeros meses de 1964 un trabajo en el diario “La Nación” destinado a esclarecer a la opinión pública acerca de la trayectoria de su casa magna de educación médica, titulado “Un edificio y su espíritu. La primera ubicación de la Facultad de Medicina de Buenos Aires”. Iniciaría así una serie de artículos que culminaría con el referido al nuevo Hospital de Clínicas: “El Hospital Escuela José de San Martín”.

Mientras tanto, la palabra del decano seguía siendo escuchada en diversos foros de la capital del país y del interior. En junio de ese año se referiría en el Hospital Naval de Río Santiago al tema: “Genética y Medicina, importancia de la genética en la patología y en la clínica”. Pocos días después viajó a la república hermana de Chile para asistir a una reunión de representantes de universidades del Cono Sur de América.

Los ánimos, empero, no estaban acallados en los tormentosos momentos que le tocaron vivir a Fustinoni como decano. El 18 de junio de 1964 la Facultad fue ocupada y las autoridades recibieron expresiones adversas dirigidas, sobre todo, a la comisión del Curso Premédico. El claustro de profesores titulares en su totalidad apoyó la gestión del decano por medio de las siguientes expresiones: “hacer pública una declaración de solidaridad con la actuación del decano, profesor Osvaldo Fustinoni, destacando los relieves de su personalidad moral; su condenación a la ocupación de la Facultad realizada el 18 del corriente, y los actos de violencia que se sucedieron, incompatibles con la condición universitaria; su repudio a las manifestaciones adversas manifestadas contra la comisión del Curso Premédico; su decisión de no seguir manteniendo relaciones con entidades que utilizan la calumnia contra docentes; y la necesidad de no realizar concesiones en el currículo de estudios que puedan comprometer la capacitación de los futuros egresados”.

Pero el viaje a Chile había dado sus frutos. Eso es lo que le interesaba a Fustinoni: lograr mejoras para la capacitación y la enseñanza. En efecto, el diario chileno “El Mercurio”, en su edición del 1° de julio de 1964, titulaba así una noticia:

“Cuatro universidades del Cono Sur intercambiarán profesores y graduados”. En ese amplio programa, refrendado por el decano Fustinoni, se encontraban –además de la nación anfitriona–, nuestro país, Uruguay y Perú. El convenio, de nueve puntos, fue firmado por los representantes de estos cuatro países. El convenio contenía, además, acuerdos sobre el estudio de la realidad universitaria en los países mencionados, prestación de asistencia técnica mutua, funcionamiento de Escuelas de Temporadas Internacionales en forma simultánea, intercambio de alumnos y publicaciones. Los avatares que padecieron estas regiones posteriormente, sobre todo Chile y la Argentina, con gobiernos militares despóticos, no permitió que ese importante acuerdo trascendiera más allá de sus primeros momentos.

Todos estos hechos auspiciosos, amables, de perfeccionamiento científico y cultural, deberían haber sido el marco del desarrollo de la actividad de un decano de la categoría del profesor Osvaldo Fustinoni. Quienes lo conocíamos sabíamos que ese era su deseo más caro: la educación y la cultura. No obstante, la intemperancia se encontraba en las calles de Buenos Aires, con un pueblo al que le costaba vivir en democracia y cuya actitud produjo a posteriori los hechos más sangrientos que recuerda nuestra vida institucional y una mancha indeleble en la historia de la Nación Argentina.

El 30 de septiembre de ese año fueron ocupadas las facultades de Derecho y Ciencias Económicas. El viejo conflicto del personal no docente de nuestra Facultad, al que nos hemos referido anteriormente, logró el apoyo de 14 centros estudiantiles, que se solidarizaron con las demandas de un

mayor presupuesto universitario (la paradoja es que el del gobierno del Dr. Illia fue el más alto de la historia de los gobiernos argentinos del siglo) y colaboraron estrechamente con las exigencias gremiales de ese personal. Los hechos que luego se trasladaron a la Facultad de Medicina se iniciaron en la de Farmacia y Bioquímica. Personal ajeno a esa Facultad comenzó a realizar tareas de limpieza, ante los desperdicios que cubrían los recintos, tarea que se realizó normalmente en las primeras horas. Luego, el desastre: afiliados a la Asociación Personal de la Universidad de Buenos Aires (APUBA) desbarató esa tentativa arrojando tierra y basura en las instalaciones, mientras los alumnos ocupaban el lugar. En esas circunstancias, el decano doctor Zenón Lugones solicitó la colaboración policial para poder continuar con las tareas de limpieza. Los estudiantes reaccionaron inmediata y violentamente contra la presencia de la policía, aduciendo que se había violado la autonomía universitaria. Allí comenzó un pandemonio con carros de asalto, camiones hidrantes, barricadas y el intercambio de proyectiles.

Alrededor de las 18 horas, mientras el profesor Fustinoni se encontraba en su despacho del primer piso, se escucharon fuertes detonaciones que correspondían a bombas de gases lacrimógenos y se vio a la policía penetrar en el establecimiento. Los mismos alumnos pusieron al tanto al decano de la aparición policial y de una actitud verdaderamente no complaciente de aquélla hacia los estudiantes. Pocos minutos después, Fustinoni se comunicó con el rector, doctor Julio H. G. Olivera, y le reiteró la afirmación de que la Facultad no había sido tomada, añadiendo: *“La situación en la planta baja es*

intolerable; el local está inundado por los gases. Parece que han detenido a varios muchachos. Esperaré aquí en el decanato y hablaré con el juez". Al querer interiorizarse de los problemas, el decano fue increpado duramente por la policía, que incluso trató de identificarlo. Finalmente, cuando acudió el comisario de la seccional, se retiraron los efectivos.

Referente a este conflicto, en una carta que el profesor Fustinoni enviara al rector, doctor Julio H. G. Olivera, el 1° de octubre de 1964, que pone a prueba su valentía y su coraje para enfrentar este tipo de situaciones, expresa lo siguiente:

“En cumplimiento de su pedido, acerca de los acontecimientos ocurridos ayer en la Facultad de Ciencias Médicas, me hago un deber informar a Ud. lo siguiente:

“Siendo aproximadamente las 15.20 horas, me constituí en mi despacho, previo recorrido por las instalaciones de la Facultad, donde todas las actividades se desarrollaban normalmente dentro del marco de dificultades creadas por la huelga del personal no docente, que ya conoce el señor Rector.

“Debo consignar que me llamó la atención al pasar frente a la Facultad de Farmacia, la presencia de gran despliegue policial apostado allí, formado por elementos de la guardia de infantería, un camión Neptuno y un camión del cuerpo de bomberos. En las esquinas de Charcas y Junín, y Junín y Paraguay se había congregado gran cantidad de público, entre el que parecía haber estudiantes.

“Pocos minutos después, instalado ya en el decanato, me llegó la versión de que al paso de los efectivos policiales fren-

te a la puerta de nuestra Facultad, los estudiantes desde su interior, comenzaron a proferir gritos, entre los que se oían las palabras ‘presupuesto’ y ‘autonomía’. Comprobé, desde los ventanales del decanato, que efectivamente circulaban un camión Neptuno y un carro de asalto, frente al edificio sobre la calle Paraguay.

“Aproximadamente a las 16.30 horas, en medio de una gritería pude observar que los estudiantes trataban de impedir el tránsito de los vehículos policiales, colocando transversalmente uno de los automóviles detenidos frente a la Facultad, y colocando obstáculos de madera –bancos y caballetes– a tal fin.

“Por intermedio del doctor David Gotlieb, mi secretario privado, insté a los alumnos que se encontraban en el hall de entrada, a que depusieran esta actitud; poco después volvió a circular el camión Neptuno, y atrás el carro de asalto, del cual descendieron algunos efectivos que despejaron la calzada.

“Como quedara el coche Neptuno estacionado frente a la Facultad y esto fue interpretado por los estudiantes como una actitud amenazante, se suscitó una airada protesta, y profiriendo gritos hostiles, y ocultos detrás de las puertas de calle, con las mangueras contra incendio comenzaron a arrojar agua hacia el exterior.

“Inmediatamente tomé las disposiciones siguientes: ordené que se cortara el suministro de agua que alimentaba las mangueras; llamé a algunos consejeros estudiantiles para instarlos a que depusieran esta actitud una vez más; y me comuniqué con el señor Rector por primera vez en la tarde,

informándole de estos acontecimientos y solicitándole si sería posible obtener de las autoridades policiales el retiro de sus efectivos, ya que esto apaciguaría los ánimos, pues no se había tomado en la Facultad ninguna medida de ocupación por parte de aquéllos, ni se impedía el acceso o la salida de la Casa. Esta situación se prolongó hasta las 17 horas, cuando al retirarse la policía de las inmediaciones, varios grupos de estudiantes abandonaron la Facultad, quedando sus puertas abiertas, y dentro del hall algunos alumnos.

“Entretanto, en la Facultad se desarrollaban normalmente las clases.

“Debo consignar que el agua de las mangueras no pudo ser cortada inmediatamente, en virtud de que por la huelga del personal no docente, se debió recurrir al personal de la Comisión Ley 11.333 –art. 6º–, que se hallaba ocupado en la Facultad de Farmacia, según me fue manifestado. Tuve conocimiento de que en esos momentos, en la planta baja, grupos de estudiantes eran arengados por dirigentes de distintas agrupaciones, en relación con el problema vigente del déficit presupuestario.

“Consigno que permanentemente mantuve informado al señor Rector de toda esta situación.

“A las 17.45 horas aproximadamente, cuando todo hacía presumir que la situación se había normalizado, se escucharon violentos golpes y fui sorprendido por fuertes gritos de ‘autonomía’ por grupos de estudiantes que irrumpieron en mi despacho. Varios de ellos, evidentemente exaltados, me expresaron que la policía había entrado en la Facultad y estaba deteniendo a estudiantes y lanzando bombas de ga-

ses lacrimógenos. En medio de la gritería intenté dirigirme hacia la planta baja donde se desarrollaban estos episodios, resultándome imposible, por no poder atravesar el corredor del primer piso a causa de una intensa nube de gases lacrimógenos.

“Regresé a mi despacho, donde aconsejé a los alumnos que se refugiaron dentro, y hablé una vez más con el señor Rector quien me expresó que se comunicaría con el señor ministro del Interior a fin de solicitarle el retiro de los efectivos policiales. Intenté igualmente comunicarme telefónicamente con el señor comisario de la Seccional 19^a. para la misma gestión, sin conseguirlo por no encontrarse en la comisaría. También hice idéntica gestión ante el ministerio del Interior, donde atendido por un señor que dijo llamarse Gauna, luego de informarse, dijo que me llamaría.

“Poco después recibí el llamado del señor decano de Farmacia, Dr. Zenón Lugones, quien me manifestó que en su Facultad no existía en esos momentos ninguna anormalidad, y en virtud de su ofrecimiento, le solicité que intercediera ante las autoridades policiales para que se retiraran del edificio.

“Alrededor de las 18.15 horas tuve una nueva conversación telefónica con el señor Rector quien me comunicó que el señor ministro del Interior le había manifestado que la Facultad había sido allanada por orden del juez federal Dr. Jorge Alberto Aguirre, y que la policía a partir de ese momento no procedería a efectuar más detenciones.

“Informé de esta conversación a los estudiantes, quienes en medio de protestas manifestaron que la policía seguía deteniendo a todos los alumnos que salían de la Facultad.

Ante ese hecho y siendo las 18.20 horas, acompañado por el secretario privado y varios consejeros estudiantiles, descendí a la planta baja con el objeto de hacer conocer al encargado de las fuerzas policiales de la resolución que el ministro del Interior había comunicado al señor Rector.

“En la puerta de calle, frente al pelotón que la custodiaba, pedí la presencia del jefe de los efectivos y se me apersonó un señor comisario inspector, a quien haciéndome conocer, le solicité que no se detuvieran más estudiantes que quisieran salir de la Casa. Permanecí con mis acompañantes allí unos quince minutos y comprobé la salida de numerosos alumnos que lo hacían sin dificultad.

“Retorné al decanato, donde manifesté a los estudiantes que podían retirarse normalmente, a lo cual se negaron en acto de solidaridad con los que permanecían detenidos en los carros celulares que continuaban apostados en la esquina de Uriburu y Paraguay, cuya libertad solicité sin éxito, ya que se me informó que estaban a disposición del juez federal.

“Nuevamente solicité al señor Rector que intercediera por estos detenidos. En ese instante concurrieron al despacho del decanato, el señor decano de la Facultad de Farmacia y Bioquímica, doctor Zenón Lugones, y el señor interventor de la Facultad de Odontología, doctor Eduardo Casterán, con quienes, después de intercambiar opiniones, resolvimos trasladarnos al rectorado para informar verbalmente al señor Rector de lo ocurrido.

“Después de la conversación mantenida con el señor Rector y como es de su conocimiento y a su pedido, me trasladé a la Comisaría 19^a. acompañado del asesor legal de la

Facultad, Dr. Villalba, donde dejando constancia de no haber solicitado en ningún momento la intervención policial relatada, expuse al señor juez los hechos ocurridos. Gestioné igualmente la libertad de los estudiantes detenidos, en un total de veintiséis, trámite ya efectuado telefónicamente por el señor Rector, a lo que el juez me contestó que los dejaría inmediatamente en libertad una vez llenados los requisitos procesales. Al retirarme, el señor comisario Héctor Bianchi, me solicitó que intercediera ante los alumnos para que se avinieran a dicho trámite, al cual se negaban, para poder así obtener su libertad. Con el doctor Villalba y el consejero Tieffenberg acudimos a la habitación donde se hallaban reunidos y los instamos a que así lo hicieran, a lo que accedieron.

“He mandado realizar un sumario administrativo de lo acontecido en la Facultad, a fin de deslindar las responsabilidades que pudieran derivar de estos hechos, y que oportunamente elevaré al señor Rector.

“Serían aproximadamente las 22 horas, cuando me retiré a mi domicilio, con la penosa impresión de la jornada vivida.

“Saludo al señor Rector con mi consideración más distinguida”.

Estos episodios condujeron a una situación enojosa entre quienes prefirieron descargar sus responsabilidades sobre la entrada del personal policial a la Facultad de Medicina, que, aparentemente, dimanó de una orden judicial a raíz de un pedido del doctor Zenón Lugones.

Al día siguiente, los estudiantes realizaron una marcha hacia el Congreso de la Nación, y decretaron un paro univer-

sitario para reiterar su solicitud de un mayor presupuesto y su apoyo al personal no docente.

Poco tiempo después, vuelta la normalidad, el profesor Fustinoni viajó junto con el decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, doctor Marco Aurelio Risolía, a visitar universidades de París, Holanda, Bélgica e Israel. En París se le anunció a Fustinoni que recibiría la condecoración de la “Orden al Mérito”.

Durante su decanato se creó el Comité Permanente de Educación Médica que, con la Secretaría Técnica, cumpliría la función de programación y orientación de un plan dinámico de estudios. Fustinoni se ocupó de las –por entonces– 26 Unidades Hospitalarias, y les otorgó autoridad a los profesores titulares para que planificaran y supervisaran la enseñanza, y les dio asimismo la máxima autoridad pedagógica. Se interesó también en la marcha de las escuelas de Enfermería y Obstetricia, y la habilitación del Hospital Escuela “José de San Martín” fue una de sus mayores preocupaciones. En 1964, el Departamento de Graduados contabilizó 331 cursos, con la asistencia de 5000 profesionales.

Con respecto a las Unidades Hospitalarias que funcionaban, además de los hospitales de la Universidad, en 25 nosocomios municipales, Fustinoni decía en un reportaje: *“Cada Hospital se ha transformado así en un centro de enseñanza, con la ventaja importante para el alumno de disponer de mayores elementos para su práctica médica, por el acicate que significa para el médico que enseña la preparación de clases, trabajos prácticos y ejercicios manuales, y con la ventaja para el enfermo de un estudio más cuidadoso de su*

proceso, por la preocupación de los profesores y alumnos en la pesquisa de su enfermedad. Se conforma así en cada hospital una unidad profesor-alumno-enfermo que redundaba en beneficio del conjunto y transforma a aquél en un centro de enseñanza”.

Durante su decanato, el profesor Fustinoni bregó denodadamente por encarrilar el estudio y la investigación médica por senderos académicos, pero eran tiempos difíciles (¿cuándo no lo fueron en la Argentina?) y tuvo que soportar la injuria de que una denominada Legión Argentina Nacional Sindicalista lo acusara de proteger a grupos guerrilleros. Los infundios también involucraron a los profesores Mauricio Goldenberg, Eugenio Koremblit, José Luis Romero, Gino Germani, Manuel Sadosky y Rolando García. Era la habitual táctica de difamar para que algo quedara. El Consejo Superior Universitario, reunido hasta altas horas de la madrugada, escuchó a algunos de los difamados y desestimó por “descabellado, fantasioso y absurdo” –como dijo Fustinoni– los dichos de tal asociación. Hecho que pasó rápidamente al olvido.

El 27 de agosto de 1965, el gobierno francés hizo efectivo su adelanto y le confirió al profesor Fustinoni la dignidad de comendador de la “Orden de las Palmas Académicas”. Esa distinción se concretaría el 30 de noviembre en el edificio de la representación diplomática de Francia.

Ese mismo año se lo designó para concurrir –en 1966–, junto con los decanos de Medicina del Norte y del Litoral, a la Primera Conferencia Panamericana de la “Asociación de Facultades de Medicina” que se realizaría en Bogotá.

La personalidad de Fustinoni fue por demás vigorosa y siempre midió sus actos con la vara de la justicia. No quería que a sus determinaciones las acompañara la sombra de la sospecha. El 21 de abril de 1966, ante una votación que terminó empatada en el Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Médicas, a raíz de la designación de un profesor para un cargo docente, consideró que se hallaba ante una falta de confianza, razón por la cual, después de referirse a su trayectoria en el campo docente, puso su renuncia al alto cargo a disposición del cuerpo.

No estuvo solo en su actitud. Lo acompañaron, también con su renuncia, los profesores –amigos entrañables y personas de bien– Héctor Gotta, José Monserrat, Felipe de Elizalde y José Pángaro. Fustinoni no solamente había presentado su renuncia sino que, visiblemente molesto porque en esa votación el vicedecano se había abstenido, abandonó su sitial. Después se agregarían –solidarios con el decano– a la lista de renunciantes Enrique Strajman, Mario Brea y Roberto Mancini.

En los días sucesivos, la falta de quórum impidió las reuniones del Consejo Directivo que debían tratar la renuncia. No obstante, era ‘vox populi’ que se solicitaría su retiro. En realidad, el problema principal consistía en que se cuestionaba que el decano integrara un jurado en una terna para concurso. Las diversas agrupaciones sostenían que de ninguna manera se cuestionaba la labor y la personalidad del decano Fustinoni sino el procedimiento realizado.

Por resolución de los tres claustros, llevada a cabo en una reunión en minoría del Consejo Directivo de la Facultad,

una delegación encabezada por el vicedecano, profesor Germán H. Dickman, y los consejeros Parodi por los profesores; Soma Pena por los graduados y Scorofitz y Riva Posse, por los estudiantes reformistas y humanistas, respectivamente, lo entrevistó para disuadirlo de su actitud. Satisfecho con las explicaciones del caso, el profesor Fustinoni retiró su renuncia y el conflicto se solucionó.

Expresó el decano que su resolución no había sido temperamental sino obedecía al firme propósito de que el decanato sea respetado como institución. *“Entiendo por otra parte –agregó–, que los concursos deben ser solucionados en un plano de conducta universitaria y no respondiendo a tendencias o facciones que impidan elegir a los mejores”*.

El lunes 25 de abril de 1966, cumpliendo con las formalidades, la renuncia fue rechazada por el Consejo Directivo y allí se conoció el texto que decía que la renuncia se debía a *“razones de moral universitaria reñidas con el mismo sentido ético de mi conciencia de profesor de esta casa de estudios. Sea mi última voluntad en homenaje a la Facultad que me formó y a la Universidad a la que di lo mejor de mi esfuerzo”*.

Ese mismo día, Juan Rivas, del diario “La Capital” de Rosario, publicó una nota que, dado su contenido, consideramos conveniente reproducirla en su totalidad. Con el título de “Autoridad y jerarquía son reclamadas desde un decanato”, dice así: “Posiblemente esta noche en sesión extraordinaria, quede favorablemente solucionada la crisis de la Facultad de Ciencias Médicas. El desenlace de esta cuestión podría tener una significación ejemplar, y si así fuera sería plausible que

un criterio semejante prevaleciera ampliamente sobre todas las actividades universitarias.

“El decano, profesor Osvaldo Fustinoni, presentó su renuncia al interpretar como expresión de desconfianza el resultado por empate de una votación realizada para que participara como jurado en un concurso para designación de profesores.

“Varias gestiones se hicieron con el objeto de hacerle ver que estaba equivocado y se dijo que su actitud era únicamente el resultado de una apreciación de hipersensibilidad. Sin embargo, el profesor doctor Fustinoni dijo hoy que su actitud no es temperamental. ‘Responde, simplemente –s subrayó–, al propósito de que el decanato sea respetado como institución. Entiendo, por otra parte, que los concursos deben ser solucionados en un plano de conducta universitaria y no respondiendo a tendencias o facciones que impidan elegir a los mejores’.

“Son muy satisfactorias tales aspiraciones, que acaso permitan corregir algunas deficiencias. El curso premédico ya se ha iniciado, sin que, por ejemplo, los alumnos tengan todavía profesor en Física. Subsisten, además, muchos de los serios inconvenientes registrados en años anteriores. El referido curso, subdividido en varias comisiones, se desarrolla en condiciones increíbles, que se quieren disculpar por diversas razones. Cada comisión –hay varias– se reúne en aulas con 170 o más alumnos, en tanto que solamente hay 80 asientos. Los alumnos, en las clases de la mañana –lo mismo ocurre con las de la tarde, y sobre todo con las de la noche– comienzan a reunirse a las 7 para precipitarse a las 8, cuando se abren las puertas, como un malón en procura de comodidad. Los que lo hacen, para

hacer honor a la descortesía de los tiempos actuales, son siempre varones, y la mayoría de las mujeres no tiene más remedio que quedarse de pie y hacinada en el fondo, durante dos o tres horas, con la consiguiente molestia para tomar nota y seguir atentamente al profesor.

“Debe recordarse también, que a fines del año pasado hubo una especie de escándalo, que fue motivo de un sumario, por las irregularidades denunciadas en el concurso de los instructores. Ante escribano público se labró un acta para dejar constancia de una imputación sobre venta de preguntas para exámenes. El proceso seguido para la presentación de las solicitudes de aspirantes estuvo igualmente signado este año por inconvenientes e incertidumbres de toda índole: la atención de los jóvenes, en la sección de ingreso, dejó de ser un dechado de corrección y estuvo lejos de constituir una lección de orden y de ejemplo para estudiantes secundarios que anhelaban incorporarse al nivel universitario.

“Todas estas comprobaciones y denuncias, unidas a otras más que se registran en otras casas de estudio, no pueden sino desalentar y enervar a la juventud, y de especial manera a la que pisa por primera vez el umbral universitario. En lo que respecta a las condiciones de admisión premédica y al habitualmente sospechoso bajo índice de aprobados posteriores, que llegaría, según estadísticas, apenas al 5 por ciento, por más que se aduzca la observancia de un loable y estricto criterio selectivo, todo tiene la apariencia de responder a la necesidad de introducir limitaciones, en razón de la precariedad de recursos para atender a los planteles universitarios. En un país cuyo interior necesita tantos médicos esto es grave. Hace

pocos días, precisamente, las autoridades universitarias organizaron un acto público para reclamar la colaboración económica, señalando el bajo porcentaje nacional en este aspecto.

“La crisis, que se resolvería esta noche, sin involucrar, naturalmente, un panorama tan vasto, demuestra que la posición asumida por el profesor Osvaldo Fustinoni pone, de algún modo, sobre el tapete la necesidad de jerarquizar y ordenar el ámbito universitario, imponiéndole autoridad y con vistas a garantizar la calidad y eficiencia del cuerpo docente en todos sus grados. Las observaciones que se hacen sobre las fallas de la vida de las universidades no deben ser dirigidas exclusivamente, desde luego, a ciertos detalles de los claustros médicos de Buenos Aires, sino que envuelven, en mayor o menor medida, a todas las facultades de Buenos Aires y también a las del resto del país –las excepciones que se saquen el sayo–, donde las ambiciones y los intereses extraformativos introducen factores de perturbación que tendrían que ser definitivamente desterrados si se anhela una Universidad ordenada, propicia para la investigación, técnicamente eficiente y de trascendente sentido ético”.

Rivas observa a Buenos Aires desde la provincia de Santa Fe, advierte sobre problemas de diversa índole –hasta incursiona en la falta de caballerosidad de los varones jóvenes– pero configura el transcurrir de la Facultad porteña. Tal vez no profundiza el problema que encaró Fustinoni. El intento no obstante tiene valor.

No fueron épocas fáciles. Lo hemos dicho. Lo peor estaba por ocurrir. Una Junta Militar desplazó a las instituciones del país y “sacó” al Dr. Illia de la presidencia de la Nación. Poco

después entregó el poder al general Juan Carlos Onganía, en ese entonces comandante en jefe del Ejército, que había jurado fidelidad a los tres poderes nacionales. Dirigió el país con una concepción franquista y por ende autoritaria, y, como no podría ser de otra manera, la emprendió contra la Universidad: las mentes estudiosas y libres no le convenían. Hizo entrar a las fuerzas militares y policiales a hacha y fuego (en la modernidad reemplazados por agresivos bastones) en todas las facultades. En la Teoría de los Dos Demonios, ellas estaban carcomiendo la vida de la Nación.

El 29 de julio de 1966, un mes después del golpe militar indicado, la policía desalojó –con violencia– cinco facultades de la Universidad de Buenos Aires siguiendo órdenes del dictador. Cuatrocientos estudiantes y docentes fueron detenidos; 1400 de éstos renunciarían poco después. Se había producido el vaciamiento intelectual de la Argentina.

En una entrevista, Fustinoni relató de la siguiente manera el episodio: *“Recuerdo ‘la noche de los bastones largos’. En la Facultad de Medicina conseguí que no apalearan a nadie porque me acompañó un comisario de apellido Ansulovich. Con él a mi lado, evitamos el mal trato. Me reuní en asamblea con los estudiantes y les aconsejé que salieran tranquilamente porque de lo contrario no había garantías de evitar la violencia. Les hice comprender la gravedad de la situación y el criterio que se utilizaba para solucionar los inconvenientes. Por suerte me escucharon y eso evitó hechos que luego podríamos lamentar todos”*.

No faltaron los ofrecimientos. En esa misma entrevista señala: *“Se produce el movimiento revolucionario y asume*

el poder el general Onganía. La Universidad se pronuncia contra el movimiento y el general Onganía hace modificar el reglamento universitario, transformando a los decanos en simples administradores. El ministro me solicita que permanezca en mi cargo y propone que queden también los doctores Marco Aurelio Risolía (decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales) y asimismo Antonio Pires (decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria) para que haya continuidad. Mi respuesta fue clara y precisa: no me puedo quedar, usted me transforma en administrador, y como me debo al claustro que me designó para esta función, no me quedaré.

“A continuación, reuní a mis pares y les informé de mi decisión, así como los motivos de ésta”.

Algunos decanos tuvieron la misma suerte que Fustinoni con sus alumnos, como ocurrió con el de la Facultad de Ingeniería; otros no pudieron evitar los palazos, empujones y patadas que se distribuyeron, a diestra y siniestra, también para profesores y ayudantes.

El profesor Osvaldo Fustinoni renunció a su decanato el 2 de agosto de 1966.

Bibliografía

1. En tres facultades fueron elegidas sus autoridades. *La Nación*, 16 de noviembre de 1962.
2. La situación en Ciencias Médicas. *La Nación*, 17 de noviembre de 1962.

3. Universidad. *La Razón*, 19 de noviembre de 1962.
4. Asumió sus funciones el nuevo decano de la Facultad de Ciencias Médicas, Dr. Osvaldo Fustinoni. *La Prensa*, 20 de noviembre de 1962.
5. Hubo serio desorden durante un acto en la Facultad de Medicina. *La Nación*, 5 de abril de 1963.
6. Ocurrieron graves disturbios ayer en un acto en la Facultad de Medicina. *La Prensa*, 5 de abril de 1963.
7. Inauguróse un laboratorio de investigación científica en la Maternidad Ramón Sardá. *La Prensa*, 22 de mayo de 1963.
8. Inició su labor el Congreso de Cirugía. *La Nación*, 8 de octubre de 1963.
9. En la Facultad de Ciencias Médicas fue inaugurado el XXXIV Congreso de Cirugía. *La Prensa*, 8 de octubre de 1963.
10. Se inauguró el Primer Congreso de Endocrinología y Metabolismo. *La Prensa*, 21 de octubre de 1963.
11. Inicióse el Congreso de Aterosclerosis. *La Nación*, 28 de octubre de 1963.
12. En la celebración del Día del Médico participó anoche el Primer Magistrado. *La Prensa*, 4 de diciembre de 1963.
13. Apoyo docente al decano de la Facultad de Medicina. *La Nación*, 30 de junio de 1964.
14. Los profesores de Medicina condenan una ocupación. *La Prensa*, 30 de junio de 1964.
15. Cuatro universidades del Cono Sur intercambiarán profesores y graduados. *El Mercurio*, 1º de julio de 1964.

16. Integración regional de universidades en países del Cono Sur. *El Mercurio*, 2 de julio de 1964.
17. Fueron ocupadas ayer las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas y hubo disturbios en Medicina. *La Prensa*, 1º de octubre de 1964.
18. El conflicto universitario. *La Razón*, 2 de octubre de 1964.
19. Habilitará este año el Hospital Escuela la Facultad de Medicina. *Clarín*, 8 de febrero de 1965.
20. Reunión de decanos de Facultades de Medicina. *Clarín*, 30 de octubre de 1965.
21. Fueron investidos nuevos miembros de la Orden de las Palmas Académicas de Francia. *La Prensa*, 1º de diciembre de 1965.
22. El Embajador de Francia impuso a intelectuales argentinos distinciones otorgadas por su país. *Clarín*, 1º de diciembre de 1965.
23. Ayer renunció el decano de la Facultad de Medicina. *La Nación*, 22 de abril de 1966.
24. Renunció anoche el decano de la Facultad de Ciencias Médicas. *La Prensa*, 22 de abril de 1966.
25. La renuncia del decano no pudo tratarse en Medicina. *La Prensa*, 23 de abril de 1966.
26. Crisis universitaria. *La Razón*, 23 de abril de 1966.
27. Retiraría su renuncia el Dr. Fustinoni. *La Nación*, 24 de abril de 1966.
28. Resolverá el conflicto en Medicina. *La Prensa*, 24 de abril de 1966.

29. Hay principio de solución en la crisis universitaria. *La Razón*, 25 de abril de 1966.
30. No se aceptó la renuncia al Dr. Fustinoni. *La Nación*, 26 de abril de 1966.
31. Fue rechazada la renuncia del decano de Ciencias Médicas. *La Prensa*, 26 de abril de 1966.
32. Medicina: rechazan la renuncia del decano y de los consejeros. *Clarín*, 26 de abril de 1966.
33. Autoridad y jerarquía son reclamadas desde un decanato. *La Capital*, 26 de abril de 1966.
34. Albano E. Longevidad, una proyección al futuro. Entrevista al Profesor Dr. Osvaldo Fustinoni. *Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires*. Vol. X, N° 37: 26-38, septiembre de 2000.

DISCURSO DE INCORPORACIÓN A LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, 17 DE MAYO DE 1979

Continuando la tradición de esta ilustre corporación, comparezco hoy ante vosotros para hacerme cargo del honroso título de académico titular, después de haber sido durante 20 años miembro correspondiente, en el ámbito solemne de esta histórica Academia, fundada por Bernardino Rivadavia en 1822.

Hace más de 9 lustros que pisé los umbrales de la vieja Facultad de la calle Córdoba, con el ánimo embargado por una mezcla de azoramiento y timidez, alegría y confianza para abrazar la carrera médica, llevado por una verdadera vocación, y hoy al ocupar con inocultable satisfacción tan alta posición, me siento abrumado por el peso de la herencia espiritual que mis esclarecidos predecesores de este sitio número 1 me han transmitido.

Pero entre tantos sentimientos que experimento en este instante, hay uno, el de la gratitud, que quiero especialmente destacar y que tiene varios destinatarios.

En primer lugar al señor presidente de la Academia Dr. José E. Rivarola, que al entregarme el diploma y la medalla, ha pronunciado palabras que comprometen mi agradecimiento. Al profesor y académico Dr. Osvaldo Loudet que acaba de efectuar mi presentación, y lo ha hecho con el brillo y el talento oratorio que todos admiramos, exagerando mis cua-

lidades, porque es una modalidad de su grandeza de alma y de su ingénita bondad, acentuada por la honda amistad y el frecuente trato que nos vincula desde hace tanto tiempo y que me ha permitido admirar sus grandes dotes de maestro, sus altos merecimientos intelectuales y la bondad de su corazón; a los señores académicos que con su voto han decidido mi incorporación, tanto más cuanto han sabido sopesarlo frente a apreciados colegas y queridos amigos, que hubieran sin duda honrado a esta Academia como los que más; a mis maestros, que con sus enseñanzas y el ejemplo de sus vidas contribuyeron a mi formación intelectual y moral; a los muchos y apreciados amigos que me brindaron siempre su adhesión entusiasta; a los estudiantes por la simpatía y el respeto que siempre me exteriorizaron aun en épocas de luchas universitarias y de enfrentamientos doctrinarios, y finalmente a los integrantes de mi hogar que con serenidad y tolerancia a mis muchas impacencias, supieron crear el ambiente para el logro de mis ideales.

Las Academias, cofradías de doctos y eruditos, son los recintos donde desde la época de la antigua Grecia se reúnen los talentos más insignes de una generación.

Iniciadas por Cicerón, continuadas por los romanos que le sucedieron y perfeccionadas por los renacentistas, deben quizás su ilustre prosapia a la estirpe de sus fundadores: Ptolomeo I, que funda la de Ciencias de Alejandría, Richelieu la Academia Francesa en 1635, Cosme de Médicis la Florentina en 1499, Felipe V la Española de la Lengua en 1714 y la de Medicina en 1733, y Pedro el Grande en 1724 la Academia de Ciencias de Rusia.

La nuestra, de tan noble tradición, sufrió a lo largo de su historia los vaivenes de la política nacional. Pero en cualquiera de sus períodos congregó siempre lo mejor y más esclarecido de su tiempo.

Hoy, autónoma e independiente, en un ambiente de serenidad, es un verdadero rompeolas de muchas impaciencias y es su deber irrenunciable, apoyándose en su pasado glorioso, proyectarse hacia el porvenir en los valores inmutables que se llaman Ciencia, Verdad, Patria, Libertad y Progreso.

Así, pues, esta Academia, a la cual me incorporo en la fecha, rinde culto a esa brillante tradición y quiere que reglamentariamente se cumpla con la sabia disposición de honrar a quien lo ha precedido en el sitial, en cuanto es depositario de saberes pretéritos.

Pero no lo hace con el criterio peyorativo de perpetuar lo vetusto y estereotipado, sino para honrar ese pasado en lo que tiene de guía a un futuro renovador y promisorio.

Cábeme pues la obligación y la honra de ocuparme de quien fuera mi insigne predecesor, el doctor Emilio Julio Palacio.

Después de trazar una emocionada semblanza de éste, como también de los otros ilustres nombres que ocuparon y prestigiaron el sillón número 1: Justo García Valdéz, Vicente López y Planes, Francisco Javier Muñiz, Guillermo Rawson, Manuel Porcel de Peralta, Pedro Lagleyze, Pedro Bénédict, Fernando Pérez, Juan M. Obarrio y Marcelino Sepich, continuó:

Comencé mis estudios en la Facultad de Medicina de Buenos Aires en 1927. Sólo existían entonces Facultades de Medicina en Buenos Aires, Rosario, Córdoba y La Plata (hoy se agregan Mendoza, Tucumán, Corrientes y algunas privadas). Ya entonces se tropezaba con el problema de la plétora estudiantil. Funcionaba la Facultad en el viejo edificio, hoy asiento de la Facultad de Ciencias Económicas, donde se enseñaban las materias básicas. Las materias clínicas lo eran en el viejo Hospital de Clínicas, hoy demolido y reemplazado por el monumental Hospital Escuela “José de San Martín”.

La Facultad de Medicina pasaba por una de sus etapas más gloriosas.

En sus cátedras enseñaban las personalidades más sobresalientes de la medicina argentina; mencionaremos algunos nombres so pena quizás de cometer el delito de omisión: Houssay en Fisiología; Bachmann en Microbiología; Escudero y Castex en Clínica Médica; Segura en Otorrinolaringología; Baliña en Dermatología; Arce, Chutro y los Finochietto en Cirugía; Nerio Rojas y Loudet en Medicina Legal.

La asistencia a clase era libre, pero los trabajos prácticos eran obligatorios; razones de diversa índole provocaban a veces interrupciones, que llegaban a ser prolongadas por huelgas estudiantiles; en ciertas materias fundamentales: Anatomía, Fisiología, Histología, Semiología, los trabajos prácticos eran intensivos y provechosos. Vivíamos la postguerra de la Primera Guerra Mundial y se notaba la influencia de los descubrimientos y experiencias que esa carnicería humana había provocado en la medicina.

Todavía ejercía un dominio importante la escuela médica francesa y la alemana también, pero algo menos. Los textos y revistas eran principalmente de origen francés, aunque empezaba a surgir una importante bibliografía nacional. Comenzaba ya a percibirse una creciente influencia de la escuela médica anglosajona, especialmente la norteamericana, que iba a acentuarse en los años sucesivos, para hacerse francamente dominante después de la Segunda Guerra Mundial, hasta el punto de que los médicos que en busca de perfeccionamiento se dirigían a Europa cambiaron de rumbo haciéndolo a Estados Unidos.

No tenía en mis alforjas más pergaminos que mi entusiasmo y en mis antecedentes más títulos que mi vocación.

Escasos los medios materiales con que se desarrollaban las actividades de mi hogar, desempeñaba el cargo de celador del Colegio Nacional Pueyrredón de donde había egresado y costaba mis estudios con la magra paga que ese cargo deven-gaba y que me robaba horas para asistir con toda regularidad a los exigentes trabajos prácticos de los primeros años, a pesar de lo cual mi cumplimiento era correcto.

Mis lecturas se efectuaban en la vieja biblioteca de la Facultad, donde mi presencia era habitual hasta horas de la noche. Cumplido con éxito el ciclo básico, ingresé al Hospital de Clínicas como Practicante Interno en esa magnífica escuela de formación médica en que aprendí al lado de grandes compañeros el inestimable valor de la amistad y me acerqué a los más altos exponentes de la ciencia médica por esos años.

Mi espíritu había quedado ya desde el ciclo básico impresionado por la figura señera de Bernardo A. Houssay. Su

erudición, la sencillez de su trato, el fiel cumplimiento en el horario, la seriedad de los trabajos prácticos y sus acotaciones sobre la vida universitaria, habían calado hondo en mí, acerca de la verdadera enseñanza universitaria alejada de la recitación verborreica. Sus demostraciones prácticas eran convincentes y esclarecedoras.

Graduado en 1932, ingresé como médico al servicio de la vieja Sala IX que regenteaba desde hacía poco tiempo el profesor Tiburcio Padilla. Paralelamente frecuenté el Instituto de Fisiología después de solicitar al profesor Houssay autorización para desarrollar un tema de tesis. La labor fue ímproba. No disponiendo del tiempo que Houssay quería que se consagrara a estos estudios sufrí algunas reprimendas que paternalmente me propinara. En ese ambiente de trabajo fecundo y viendo trabajar al Maestro y a los entonces jóvenes investigadores: Braun Menéndez, Orías, Foglia, Taquini, Fasciolo, Lanari y tantos otros, al cabo de tres años de prolijos y concienzudos estudios culminé mi trabajo de tesis sobre la “Insuficiencia suprarrenal del sapo *Bufo arenarum*”. Más de 3000 animales suprarrenolectomizados, innumerables análisis químicos y hormonales, muchas pesquisas bibliográficas y la severa y minuciosa dirección del profesor Houssay me permitieron dar cima a mi trabajo. En ese clima fecundo para la ciencia médica argentina aprendí lo que fue más importante par mi futuro: el sentido de responsabilidad, la fidelidad a los principios, la valoración de lo realizado a través de una severa e intensa consulta bibliográfica, a prescindir de conclusiones apresuradas, a tamizar la propia experiencia con la ajena. Allí mi contacto con tan destacado núcleo de hombres, el alto ma-

gisterio del profesor Houssay, la honestidad de su admirable vida me permiten decir hoy que no creo que haya existido alguien a quien se le deba más y que haya contribuido más vigorosamente al progreso de la medicina vernácula. Hous-say enseñó con el testimonio de su vida, con la honestidad de su conducta y con la fidelidad a sus sanos principios. Sin alejarme en espíritu del Instituto de Fisiología seguí mi periplo clínico, como dije, en la vieja sala del antiguo Hospital de Clínicas. Allí se definió mi futuro.

Su jefe, Tiburcio Padilla, accedió muy joven a la cátedra, en 1931. Animado de un desbordante optimismo y sin arredrarse ante la vasta materia y la pobreza material de la vieja Sala IX, asiento de la segunda cátedra de Semiología, comienza su obra de gran profesor. Allí quiso el destino que le conociera y comenzara nuestra inquebrantable amistad que durara hasta su muerte.

Junto al Dr. Padilla, sus dos jefes de Clínica, los Dres. Pedro Cossio y Rodolfo Dassen, jóvenes, entusiastas, eruditos, con distintas modalidades de trabajo pero con un mismo fervor docente, volcaban su dinámico quehacer ante nosotros, los médicos recién graduados, ahítos de ciencia y de conocimientos.

En esa vieja sala, Tiburcio Padilla, discípulo dilecto del eminente semiólogo Gregorio Aráoz Alfaro, de quien heredó el arte de enseñar con deleite, de desarrollar los pequeños y grandes síntomas, de comprenderlos y jerarquizarlos, para reunirlos en cuadros definidos de lógica coherencia y armonía, se consagró por entero a la cátedra.

Sin inquietudes que emponzoñen las conciencias ni gestos epilépticos que traduzcan histriónicas actitudes, Padilla comienza a plasmar en realizaciones sus ideas de semiólogo. Sabe bien que no hacen falta los grandes escenarios para las buenas obras y huye siempre de la luz de las candilejas, que ciegan y no dejan ver con claridad, y es hostil a los aplausos que repugnaron a su espíritu.

Y así silenciosamente organiza según su concepto la asistencia de los enfermos y la enseñanza de la materia. Se rodea de médicos capaces y se comienza a trabajar con fervor de ascetas y vocación de monjes. Pronto, los trabajos de la cátedra alcanzan gran prestigio y logran vasta repercusión en la literatura vernácula y foránea. Basta sólo recordar –para evitar enumeraciones que huelgan en estas circunstancias– que ellos posiblemente constituyeron el pilar donde se asienta el prestigio actual de la Escuela Cardiológica Argentina, amén de importantes trabajos de clínica médica.

Las clases de Padilla eran concisas y despojadas de teorías que ocultan la ignorancia, y sólo enseña lo útil, lo necesario, ciñéndose en un todo a la fisiopatología que determina los signos y los síntomas. No falta nunca a sus clases ni busca pretexto para no dictarlas, pero su afán docente desborda de la clase magistral y sólo encuentra eco en el “Tratado de Semiología” cuya dirección comparte con Pedro Cossio y que ha enseñado a muchas generaciones de médicos y lleva el conocimiento de la Escuela Médica Argentina allende la patria.

Enriquece la iconografía de la cátedra con ilustraciones, diapositivas, esquemas y gráficos, dotándola de un material valiosísimo que perdurará en el tiempo.

Forma un elenco docente y su cátedra es un almacigo de profesores, que llegan a las posiciones después de una verdadera disciplina y no atrapando las ocasiones que las violaciones de los reglamentos o las conjuraciones de capilla pudieran brindarles. Así esa cátedra, de la que nunca me separé en mi carrera médica, dio numerosos profesores titulares, adjuntos, docentes autorizados, consejeros, decanos, ministros de salud pública, subsecretarios y altos funcionarios, y de su seno salieron numerosísimas tesis de doctorado, trabajos, publicaciones, libros, muchos de ellos premiados y con altísimas distinciones y cuya enumeración omito por razones de tiempo.

Paralelamente, organiza el Instituto, ya trasladado a su nueva sede, la sala IV, y que por su sugerencia y en homenaje a su maestro se la designa con el nombre de Aráoz Alfaro, en su fase asistencial. Sus consultorios de especialidades: cardiología, gastroenterología, endocrinología, hematología, medio interno, hepatología son verdaderas cátedras de postgrado y escuela donde se formaron distinguidísimos especialistas que a su vez crearon escuela, y sus hombres dirigentes constituyen el núcleo que permitió crear por primera vez en el país, servicios de dichas especialidades. Y todo silenciosamente, sin acompañarse jamás de ruido de platillos, sin buscar el aplauso, y creando a su alrededor un clima de templanza que hacía grata la tarea y fértil el estudio.

Padilla –consagrado por entero a su cátedra– no descuida sus inquietudes de científico y obtiene distinciones como el Primer Premio Nacional de Ciencias por su libro “Electrocardiografía”, pionero en los estudios cardiológicos del país.

No comprendió la denominada política universitaria y por ello nunca fue consejero ni tuvo actuaciones directivas, pues no las buscó ni era proclive a las efímeras luces de las posiciones. Severo examinador, jamás pospuso el resultado de un examen a una recomendación o a una conveniencia, pues nunca halagó al estudiante embotando su espontaneidad con la hipocresía ni enseñándole con la calumnia.

Nunca firmó un trabajo de sus discípulos, y cuando las circunstancias lo llevaron a funciones de gran responsabilidad como la presidencia del Departamento Nacional de Higiene, una banca en el Parlamento o el Ministerio de Salud Pública, dejó huellas de su paso con realizaciones que por conocidas no menciono.

Los enfermos cardíacos gozaban de su fervorosa preferencia. Los interrogaba con paciencia, los auscultaba con devoción, los interpretaba con exactitud. En toda su actuación se movía con gran sobriedad, pero con un gran dominio de sí mismo, con una bondad sin retaceos.

Padilla fue en su vida un ejemplo de conducta y laboriosidad. Cuando la atmósfera de la Universidad fue irrespirable, se alejó de ésta. En la Facultad realizó una gran obra. Creó discípulos. Formó Escuela. En esta Academia fue notoria su acción. Amó la vida. Amó la ciencia. Apuntó siempre a los ideales más altos. Modesto como los hombres auténticamente grandes, le molestaban las lisonjas y los homenajes. Atravesó en su vida zonas de sufrimiento que nunca comentaba y que agrandaban su estatura moral. Fue un hombre de ciencia y un hombre de mundo. Se dio por entero a sus enfermos y a sus amigos. Defendió la justicia. No fue un engolado ni un “ma-

gister dixit". Fue esencialmente bondadoso y un gran espíritu cristiano. Lo vi en sus últimos instantes partir de la vida con gran resignación, con aquella serenidad que conocíamos sus allegados y en la cual nadie sospecharía la dulce melancolía de su ternura. Valga este homenaje a quien fue un gran señor de la clínica.

Padilla tuvo como jefe de clínica a un hombre excepcional que no puedo dejar de mencionar por la influencia que ejerció en mi formación. Fue el doctor Rodolfo Dassen. Hombre de salud precaria y a quien la naturaleza lo compensó dándole una contextura espiritual sin puntos débiles, inteligencia clara, sensibilidad exquisita, voluntad férrea, carácter indómito, todo disimulado bajo una corteza de espinas, con una reciedumbre de carácter adusto y severo.

Obstinadamente intolerante con todo lo que se apartara un ápice de la justicia, de la ética profesional o social. Rígidamente en sus dogmas morales, defensor consustanciado de los principios democráticos, jamás se separó de ellos aun cuando esta conducta lo llevara al sacrificio de sus más caras aspiraciones.

Dassen vivió la época de la transición de la medicina en que nacía la especialización, que al parcelar el organismo en sus múltiples facetas y profundizar sus estudios conduce a un diagnóstico firme y seguro. Dassen no se incorpora a los que desdeñan el examen físico y juntan informes, protocolos, exámenes de laboratorio y el uso de técnicas cada vez más complejas para edificar un diagnóstico, y erguido como pionero de la vieja clínica, dotado de singulares condiciones para la técnica del examen y con profundos conocimientos derivados

de sus copiosas lecturas, en los varios idiomas que conoce, se levanta contra aquellos superespecializados que desdeñan la psiquis y olvidan que un hombre es un conjunto y no un número de piezas que reunidas lo reconstruyen.

Comienza entonces una lucha de titán y en homenaje a sus ideas no se da descanso. Polemiza, discute, escribe, comenta, rechaza, construye, ironiza, pero siempre al servicio de una noble causa y ciñéndose a su idea directriz. Se le teme porque no se le conoce, se lo discute porque no se lo lee, se duda porque se le alejan, no lo quieren porque no se le acercan. Y él se entrega en cuerpo y alma a sus enfermos y a sus discípulos. Prolijo en el examen, llegando al preciosismo, erudito sin empaque, de criterio sereno y objetivo, llegaba al diagnóstico con sencillez y aclaraba las dudas donde se veían nebulosas. Desempeñaba el ejercicio profesional, no por gusto sino como una necesidad, obligado por los gastos de mantenimiento de su biblioteca y por requerimiento de sus colegas y discípulos que deseaban conocer su opinión frente a casos clínicos difíciles. Su vocación era el Hospital donde no dejaba de concurrir ni los domingos. A este hombre le debo el aprendizaje de la técnica semiológica. Era un semiólogo insuperable. No escapaba a su sagacidad ningún rincón del organismo que no fuera objeto de su requisitoria semiológica. Era el gran pilar sobre el cual edificaba su diagnóstico. “Para poder diagnosticar hay que saber examinar”, decía. Autor de importantes tratados, su contribución al progreso de la medicina se tradujo en varias obras fundamentales. Dassen sirvió a la medicina con altruismo y devoción. Fue un hito de progreso en el intento de promover el examen prolijo del enfermo. Si hoy viviera quizás

hubiera modificado su rígida conducta. Quizás no comprendiera este momento. No ambicionó riquezas ni honores. Tuvo amigos y enemigos. Luchó siempre por lo noble de la vida. Fue un mentor y un maestro. Fue un médico. Al rendir la memoria de estos hombres, cumplo con un imperativo de mi conciencia por lo mucho que les debo en mi formación.

Pero si estos hombres fueron pilares fundamentales en mi preparación científica, no puedo olvidar en lo mucho que también contribuyeron los que navegábamos al mismo ritmo formativo: mis compañeros de la primera hora, Domingo A. Passanante, Antonio B. Arroyo y Sadoc Nino, que en rumbos distintos alcanzaron grandes situaciones y desarrollaron una magnífica carrera profesional.

En el Internado del viejo Hospital de Clínicas compartí los mejores momentos de mis días. De esa gran escuela, a la que se deben muchas de las grandes figuras médicas, conviví con algunos destacados profesores y académicos que hoy tengo el honor que me acompañen. Vivíamos entonces los años azules de los grandes ideales. Soñábamos con una Facultad idealizada. Éramos severos jueces de nuestros profesores. Pero me cabe decir que a esa generación se le debe el honor de algunas significativas realizaciones en el campo de la enseñanza y la investigación. Rescato un nombre por su gravitación: Alfredo Lanari. Con él compartimos muchas luchas. Estudioso, sereno, con una severa disciplina y una rígida concepción universitaria, preconizaba lo que fue norma de su posterior conducta: el profesorado *full-time*. Cumplió cabalmente con su promesa. La fundación de la revista “Medicina”, la modificación del plan de estudios, la creación de las Unidades

Hospitalarias, la fundación de EUDEBA, la residencia, la carrera de investigador, la creación de numerosos institutos de investigación fueron otros tantos de los logros a los que contribuyó esa generación. Lamentablemente, el profesorado *full-time* no fue seguido por muchos y de haber sucedido quizás no se hubiera lesionado la enseñanza tanto como lo ha sido en estos últimos tiempos. Largo sería enumerar la lista de todos los valores de esa generación de ex practicantes del Hospital de Clínicas y quizás si lo hiciese cometería muchos delitos de omisión. Prefiero sólo decir que creo que cumplieron con una idea de moral universitaria y una concepción principista que desgraciadamente hemos visto disiparse en los tiempos que corren como consecuencia de actitudes demagógicas.

Si alguno de los grandes hombres que me precedieron en este ilustre sillón se levantara de su histórica tumba y buceara de nuevo en este mundo de la medicina, creería estar quizás en otro planeta, tan grandes son los progresos y las modificaciones de nuestra disciplina. Es que ésta marcha pareja con la velocidad alcanzada por el progreso humano.

Si un habitante de la edad de piedra, hace 20.000 años, con la vida suficiente para ello, quisiera dar la vuelta al mundo a pie, único medio disponible a su alcance, hubiera necesitado para ello unos 300 años. Cuando 10.000 años más tarde aparece el primer avance tecnológico, la rueda, hubiera necesitado 200 años o algo menos. Cinco mil años después, con la introducción del remo y la vela, los egipcios y los griegos hubieran empleado 50 años. Cuatro mil quinientos años más tarde, con el perfeccionamiento de la navegación, Juan Sebastián Elcano empleó 3 años. Trescientos años después, la invención de la máquina a

vapor redujo el periplo a unos pocos meses. Al cabo de setenta años el avión emplea pocas semanas y en 30 años reduce el término a unos pocos días, y hoy el satélite artificial lo cumple en escasas horas. El acmé de esta velocidad es cuando los astronautas americanos Armstrong y Alwyn pusieron su planta en la Luna y millones de seres lo contemplaron por televisión. Pero si este progreso nos llena de asombro, algo semejante pasa con la medicina.

Un historiador inglés de la medicina, Hayward, ha dividido a ésta en dos períodos: el precientífico y el científico, aunque sin una delimitación muy precisa. El primero llega casi hasta el final del siglo XVIII y cuenta con pocos elementos científicos: la anatomía bastante adelantada gracias a Vesalio y Hunter, la fisiología en pañales, con la excepción del descubrimiento de la sangre por Harvey en 1628, y la patología apenas naciente con los estudios *post-mortem* de Morgagni; la terapéutica con el conocimiento de algunas drogas naturales, principalmente de origen vegetal, como el opio que se usaba empíricamente. El campo de acción de la cirugía era muy limitado y consistía en la amputación de miembros, que se efectuaba en gran escala, en la extirpación de tumores externos, en la operación de “la piedra” de la vejiga y la apertura de abscesos. Abrir una articulación o la cavidad abdominal o torácica significaba casi de manera segura la muerte, a causa de la infección, y rara vez se intervenía. No se podía evitar el dolor de las intervenciones y la habilidad del cirujano consistía en emplear el menor tiempo posible para ahorrar sufrimientos.

A fines del siglo XVIII se hace el gran despegue con el descubrimiento de la vacunación antivariólica por Jenner, que implicó el primer paso del principio de la inmunidad; ya en el siglo XIX el descubrimiento de los anestésicos significa la segunda gran etapa en el progreso científico de la medicina con Wells, Morton y Simpson, que utilizan el protóxido de nitrógeno o gas hilarante, el éter o el cloroformo.

En el siglo XIX el mayor progreso científico lo constituye la bacteriología con Luis Pasteur y el papel de los microbios en la génesis de las enfermedades, confirmado por otro hallazgo, el de la antisepsia por Lister en 1867. Estos dos hechos permitieron el gran desarrollo de la cirugía, complementados por el método aséptico de Von Bergman, que en vez de combatir los gérmenes con la antisepsia permite eliminarlos con la asepsia. Hacia fines de ese siglo, la radiología es otro de los grandes progresos para el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades. La fisiología, con el empleo del método experimental y el auxilio de la bioquímica y de la física, experimenta a lo largo de este siglo XIX un avance extraordinario con el conocimiento de la respiración, la circulación, la digestión y el metabolismo. Claude Bernard sienta el principio de la constancia del medio interno, la homeostasis de Cannon. A principios de este siglo la ciencia descubre que las glándulas de secreción interna tienen un papel importante dentro de la economía de los organismos vivos y se inicia la endocrinología. Se identifican las hormonas, aislándose la adrenalina, la tiroxina, la hipofisina y la insulina, esta última en 1922 por Banting y Best.

Se descubren en los 25 primeros años de este siglo las vitaminas que permiten curar el beri-beri, el escorbuto, la pelagra, etc. Otros grandes pasos en el orden terapéutico se logran con el empleo de la transfusión de sangre, resueltos los problemas de compatibilidad con los grupos sanguíneos y de coagulación con el empleo del citrato de sodio por el médico argentino Luis Agote en 1915. Igualmente la farmacología comienza en esta época a producir preparados químicos de síntesis, cuyo primer ejemplo es el *Salvarsan* de Ehrlich.

Hasta aquí había llegado el avance de la medicina, percibiéndose un ritmo acelerado de progreso cuando comenzamos nuestros estudios, pero sin embargo nos íbamos dando cuenta de que, a pesar de los enormes progresos realizados, la medicina afrontaba grandes problemas y carecía de métodos eficaces para resolverlos. La causa de muchas enfermedades se desconocía, la fisiología patológica era prácticamente ignorada, y aun para aquellas en que se conocía la causa o su fisiopatología, no se disponía de medios eficaces de tratamiento, y muchos trastornos no se podían diagnosticar por carecer de procedimientos de exploración adecuados.

Veamos como ejemplo qué ocurría con algunas enfermedades.

La tuberculosis era una enfermedad realmente social con una morbimortalidad impresionante que diezmaba familias y afectaba preferentemente a personas jóvenes. Se conocían algunos hechos fundamentales: su causa, patogenia y fuentes de transmisión, pero los métodos de tratamiento eran inseguros y muchas formas clínicas tenían un pronóstico fatal, como el caso de la tuberculosis miliar aguda y la meningitis

tuberculosa. En la tuberculosis cavitaria, el neumotórax artificial de Forlanini conseguía buen éxito en ciertos casos, pero exigía una aplicación reiterada y exponía a complicaciones. Para colapsar las lesiones había que recurrir en algunos casos a intervenciones quirúrgicas, algunas de las cuales, como las toracoplastias, eran mutiladoras y deformantes. Esto, desde entonces, ha sufrido un cambio fundamental.

La sífilis era también una enfermedad muy difundida; se conocía su causa y manera de adquirirla, la evolución con sus períodos: primario, secundario, terciario y cuaternario, y un medio serológico de diagnóstico, y se contaba con ciertas drogas de acción eficaz. Eran frecuentes la sífilis cardiovascular, especialmente la aortitis, el aneurisma y la insuficiencia aórtica; y la sífilis nerviosa, ya sea en la forma cerebrospinal, de tabes dorsal o parálisis general progresiva. Ciertos cuadros de filiación dudosa, como algunas hepatomegalias crónicas o parálisis, motivaban el “tratamiento específico”, como se denominaba en la jerga hospitalaria al tratamiento antiluéptico. Todo este panorama también se ha revertido.

La fiebre reumática hacía también muchos estragos, y era frecuente la internación de portadores de valvulopatías de este origen, que en algunos casos se complicaba con un estado febril prolongado, la denominada “endocarditis lenta”, posteriormente “bacteriana subaguda”, y su diagnóstico implicaba sentencia de muerte, pues no se poseía ningún tratamiento para eliminarla.

La actual hepatitis viral aguda se describía con el nombre de “ictericia catarral” y, aunque algunos autores sospechaban un origen infeccioso, se desconocía su etiología viral, su patogenia, su modo de propagación y su diagnóstico enzimológico.

Recién comenzaba a conocerse el infarto agudo de miocardio, cuya descripción clínica y patológica había hecho Herrik en 1911 y que se confundía muchas veces con la angina de pecho prolongada; su reconocimiento fue posible con el empleo de la electrocardiografía que recién empezaba a utilizarse, existiendo en ese entonces muy pocos aparatos.

La anemia perniciosa hasta el año 1926 era absolutamente fatal, cuando Minot y Murphy descubrieron que su tratamiento efectivo consistía en la ingestión de 200 gramos de hígado de mamífero casi crudo, y este hecho permitió a Castle aclarar su patogenia dos años más tarde: la carencia del llamado factor intrínseco que impide la absorción de vitamina B12.

La hipertensión arterial carecía de un tratamiento reductor eficiente; de ahí el compromiso con que se observaban las formas severas y malignas.

La oligoanuria por insuficiencia renal aguda –debida a infecciones graves, sublimado de mercurio o quemaduras– producía elevadísima mortalidad por el desconocimiento de las perturbaciones del medio interno y su manera adecuada de corregirlas, y por la ausencia de los procedimientos de diálisis, hoy ampliamente usados y con técnicas muy depuradas.

Valgan estos pocos ejemplos.

La clínica médica aún no se había resquebrajado en múltiples especialidades; se mantenía monolítica, pero ya se advertía su fragmentación.

La cirugía presentaba muchas limitaciones; ramas como la neurocirugía, la cirugía toracopulmonar y sobre todo la cirugía cardiovascular estaban en embrión, y lejos de sospecharse

que la última de ellas tuviera el importante desarrollo de hoy, culminando con la cirugía extracorpórea.

En las especialidades ocurría otro tanto. Recordemos solamente los adelantos de la neurología, urología, cardiología, nefrología, etcétera.

En el orden sanitario, la región noroeste y parte del noreste de nuestro país padecía de una epidemia palúdica importante: la enfermedad de Chagas, y se desconocía su gravedad.

Podríamos seguir multiplicando los ejemplos.

En la terapéutica todavía se usaban mucho las fórmulas magistrales.

En estas últimas décadas se produce lo que yo llamaría *el gran cambio*. ¿Cómo se produjo ese gran cambio? Podríamos quizás decir que una fecha clave fue el año 1935, cuando Domagk comunicó los éxitos con el *Prontosil* como destructor de estafilococos y estreptococos en los tejidos vivos, iniciando así una serie de medicamentos que iban a seguir apareciendo y constituyeron las denominadas “drogas mágicas” por su efectividad.

De aquí en más se descubrieron otras sustancias llamadas genéricamente “sulfamidas” (*sulfapiridina, sulfatiazol, sulfadiazina, etc.*), que se mostraron extraordinariamente eficaces contra otro tipo de infecciones.

Muchas enfermedades cambiaron entonces su perfil clínico. Recordemos la fiebre tifoidea, que de largos ‘septenarios’ redujo su evolución a pocos días, con el empleo de los antibióticos, así como la neumonía, la blenorragia, etc. Pero aún nos esperaban otras sorpresas. Las sulfamidas, utilizadas amplia-

mente desde 1935 hasta la Segunda Guerra Mundial, tenían aspectos indeseables y ciertas infecciones escapaban a su acción. Surgen entonces los antibióticos, primero la *penicilina*, después de 1945 la *estreptomina*, la *aureomicina* en 1948, y luego los restantes, y en 1952 se introduce la *isoniacida*, que asociada a la estreptomina revoluciona el tratamiento de la tuberculosis, no sólo en su localización pulmonar sino también en otras, como la renal, ganglionar o meníngea. Como consecuencia de ello, las intervenciones quirúrgicas debidas a esta enfermedad se hicieron menos necesarias, y una brusca caída de las cifras de mortalidad y la disminución de la morbilidad vislumbraron la posibilidad de su desaparición. Más tarde aparecen la *rifampicina* y el *etambutol*, que hacen aún más eficaz el tratamiento.

Junto a los antibióticos y las sulfamidas aparecen las otras drogas mágicas: la ACTH y la *cortisona*, y la investigación farmacológica va descubriendo, día tras día, nuevas formas terapéuticas como las drogas psicotrópicas, antidepresivos, ansiolíticos, diuréticos poderosos, drogas antiarrítmicas, y cambia la terapéutica de cuarenta años atrás.

La tecnología nos ha suministrado elementos de diagnóstico y terapéutica de valor indiscutible como el riñón artificial, la circulación extracorpórea, que permitió el avance de la cirugía cardiovascular, y con este brillante triunfo de la terapéutica y la profilaxis, el médico ha podido disponer de recursos diagnósticos de imponderable valor. El cateterismo cardíaco; la angiografía cerebral, coronaria, renal y periférica con medios contrastados; la cinecoronariografía, la vectocardiografía, la ecocardiografía; la electromiografía, la cente-

llografía, la tomografía computada; las punciones-biopsia de pleura, riñón e hígado; los nuevos métodos bioquímicos; el fotómetro de llama que al dosar los electrolitos rápidamente permite estudiar con prontitud los desequilibrios del medio interno; la electroforesis, la inmunoelectroforesis, la inmunofluorescencia; los dosajes hormonales; el dosaje de enzimas, que ha permitido un nuevo diagnóstico semiológico. Así se han podido diagnosticar enfermedades que antes se ignoraban o permanecían sin aclarar.

La incorporación del microscopio electrónico que proporciona un poder 100.000 veces más que el óptico vino a enriquecer el conocimiento de la estructura celular en estado normal y patológico. El perfeccionamiento de las técnicas citológicas ha facilitado el estudio de los cromosomas en el campo de la genética y la herencia, describiéndose un núcleo de nuevas enfermedades y aclarándose el mecanismo de otras. Se ha descubierto la patología del tejido conjuntivo, ubicándose dentro de ella una serie de enfermedades en la que juegan un papel patogénico los mecanismos autoinmunes.

Asimismo en las últimas décadas, para tratar la insuficiencia renal crónica surgió la idea de injertar o trasplantar un riñón sano o de cadáver a una persona viva. Es el denominado “trasplante renal”, del cual se llevan efectuados un número importante, con supervivencias muy prolongadas. Se han intentado también trasplantes de otros órganos. Estas técnicas de trasplante han conmovido los terrenos biológicos y crearon problemas morales y religiosos, especialmente en lo que se refiere al donante y a cuándo establecer el criterio de muerte en una persona. El espectacular acontecimiento de los docto-

res Patrick Steptoe y Robert Edwards que lograron fecundar “in vitro” el óvulo de una mujer con el espermatozoide de su cónyuge, para luego implantarlo en el cuerpo uterino de aquella, donde tuvo un desarrollo normal, creando así el llamado “bebé de probeta”, agrega un elemento más a los hechos extraordinarios con que se enfrenta hoy la ciencia médica.

Pero, ¿qué ha sucedido con el médico clínico ante el fecundo y extraordinario progreso tecnológico y terapéutico que ha conmocionado el quehacer médico?

He aquí el nudo de un problema que indudablemente ha repercutido en la labor médica y en el concepto que el médico tiene y siente de sí mismo. Creo oportuno, en la solemnidad de este acto y en el recinto de tan altas resonancias que es la Academia, reflexionar sobre el alcance de algunas modificaciones.

Los cambios tienen un ritmo tan acelerado que el médico se ve en dificultades para tener una información adecuada, y no basta ya estar subscripto a una o dos revistas o la adquisición periódica de algún tratado para estar al día con la medicina.

Los cursos de actualización y la concurrencia a jornadas y congresos, que tienen en la actualidad un auge extraordinario, constituyen casi una obligación. Por otra parte, el médico ha visto restringida su acción individual y tuvo que integrarse con otros colegas, en equipo. Muchos enfermos no pueden ser seguidos en forma ambulatoria y se requiere su internación. En los nosocomios se han creado las unidades de cuidados intensivos y coronarios que exigen una aparatología costosa, y atención y vigilancia asiduas y permanentes. El costo de los aparatos, medicamentos y honorarios es muy elevado, y una

parte de la población ve alejada su posibilidad económica. Consecuencia de esto es el sistema previsional y de obras sociales, a las cuales tampoco tienen acceso todas las personas. Esto ha traído también las denominadas “organizaciones privadas” (prepagas), que por medio de una cuota mensual variable, según los servicios que presta, pone al enfermo a cubierto de casos de emergencia seria. Los médicos han visto mermar sus clientelas privadas, por lo que se ven forzados a trabajar en organismos como los citados, y deben atender a un número elevado de pacientes y reciben por regla general una retribución insuficiente.

Todo esto ha traído en el devenir del tiempo modificaciones del ejercicio profesional que lo han deshumanizado, y debilitado el sentido de moral médica.

Esta deshumanización se ha producido por haberse roto el contacto íntimo del médico con el enfermo o en otras palabras por la oposición a la medicina de la persona.

Ha contribuido a ello la socialización de la medicina, que ha transformado el binomio médico-enfermo en un trinomio, sociedad-médico-enfermo. La sociedad asegura la salud; el médico es el agente. De los tres factores del trinomio, el médico es el que le da la realidad y lo transforma en dos binomios: sociedad-médico y médico-enfermo. Aquí, el enfermo está antes que la persona y falta esa atmósfera de simpatía, de amor y de consuelo que debe circundar la tarea hipocrática. Aquí, el alma del médico y el alma del enfermo no constituyen un binomio intransferible. El resultado de todo esto es que el médico aparece como un intermediario entre la sociedad y la persona por examinar. El factor introducido por la sociedad es

así un factor administrativo-contable y un elemento que juega contra la excelencia y la calidad del acto médico, porque su tendencia es a multiplicarlo y no a aumentar su minucia y su valor. Es un factor de despersonalización. La medicina, de esta manera, resulta más de naturaleza cuantitativa y transforma la labor del médico en un acto superficial y rápido.

Otro factor importante es la multiplicación de especialidades, que ha traído como consecuencia la postergación del médico general, reemplazado por los especialistas. Va desapareciendo la imagen del médico de familia. Muchas personas consultan directamente al especialista que se dedica a mirar su partecita. Las especializaciones ya son ultraespecializaciones: el ecografista, el mediodinternista, etcétera.

Un nuevo elemento de despersonalización es la automatización de la medicina. En estos últimos tiempos han aparecido los autoanalizadores. Los perfiles psicológicos se establecen rigurosamente. Los monitores advierten las distintas situaciones clínicas. Las computadoras electrónicas pedirán los exámenes complementarios.

Todos estos factores han modificado sustancialmente el perfil del médico y deshumanizado su arte, contribuyendo poderosamente al debilitamiento de la responsabilidad médica.

La sociedad actual muestra inequívocamente una declinación general del sentido de responsabilidad. La multiplicación de agentes del Estado, las nacionalizaciones, los torrentes de textos legislativos y reglamentarios están matando el espíritu de iniciativa. El cuerpo médico no escapa a estas contingencias. La vocación filantrópica es cada día más rara. En una encuesta realizada una gran proporción de estudiantes mani-

fiesta seguir la carrera porque es un “medio rápido de ganar dinero”. La especialización no escapa a esta regla. La técnica encarna cierto automatismo y una cierta rigidez de espíritu forma una pantalla a la responsabilidad. Así, pues, un enfermo resulta más bien un alarde técnico que un caso humano. Y el estudio es a veces realizado por una máquina electrónica. Pero, a pesar de todo, la mente humana con su inteligencia debe tamizar estos conocimientos. Siempre será necesario el espíritu crítico.

Al señalar las nuevas formas que los progresos médicos han introducido en la labor médica y su repercusión en los aspectos éticos, trataremos de sentar algunas conclusiones que nos permitan sortear, a los médicos, como en el pasado, las acechanzas que para nuestra conciencia y nuestro sentido moral nos acarrearán los actos médicos que debemos realizar.

Si bien las leyes y normas de la sociedad en que el médico actúa le señalan los límites a que debe sujetar su actividad, no todo puede ser contemplado por dichas leyes y normas, y es entonces que debe preguntarse si su conducta se ajusta a los principios de la ética o moral.

En primer lugar, el médico no puede ver sólo la faz científica de las enfermedades o el interés que puedan tener para el desarrollo de la ciencia, y prescindir de la realidad del enfermo o del dolor.

El médico debe buscar perfeccionar sus conocimientos continuamente y aunque no se puede pretender que domine toda la patología, debe desconfiar de sus lagunas.

La ignorancia es la tara mayor del médico y no puede ser compensada por sentimientos bondadosos o piadosos.

Un procedimiento que el médico desconozca por no estar al día, por haber omitido la lectura de un libro o una revista importante puede traducirse en resultados perjudiciales para sus pacientes. El médico que no se mantiene actualizado debe tener el valor, la franqueza de abandonar la medicina.

Igualmente no debe encerrarse en dogmatismos porque sabemos que el progreso científico barre con las verdades dogmáticas y un dogmatismo excesivo resulta una forma de ignorancia. Frente a los métodos insuficientemente probados debe tener una actitud de desconfianza, pero tanto la prudencia como la cautela no pueden excluir el espíritu de decisión.

También por encima de su reputación o del prestigio del médico debe primar el interés del enfermo; por ello, no debe tener el orgullo de empecinarse en un diagnóstico o un tratamiento si las circunstancias lo hacen dudoso, y no vacilar en consultar a los que puedan reunir mejores conocimientos, mayor habilidad quirúrgica o especialización, sin preocuparse de lo que pueda pensar la familia o el paciente.

Como hemos consignado, una serie de nuevos conocimientos y progresos domina el campo médico. Parecería que una nueva ética tendría que reglar entonces la conducta del médico.

Pero entonces debemos formular una consideración básica. Por encima de lo legal, de lo jurídico, está el interés del enfermo, y recordar que el fin de la medicina es curar la enfermedad, aliviar el sufrimiento y prolongar la vida.

Por consiguiente, la conducta del médico ha de ceñirse a la premisa fundamental de lograr el bien del paciente o hacer para ello lo más que le sea posible.

Pero a veces debe tomar decisiones que sólo las puede resolver con su conciencia, y aceptar la entera responsabilidad de la salud y la vida de quienes le han hecho el honor de confiársela. La respuesta a los interrogantes que estas situaciones le plantean no la encontrará en los textos. El móvil que anima a esa respuesta no puede ser más que íntimo, guiado por la imagen que el mismo médico se haya hecho del mundo de los hombres, de la importancia que da al coloquio singular médico-enfermo, de la responsabilidad médica y finalmente de las reglas de conducta que denominamos ética o moral.

Señoras y Señores:

Si los ilustres manes de los no menos ilustres maestros que me precedieron en el sillón número 1 de esta venerable Academia volvieran corporizados a ocuparlo, quizás no supieran cómo enfrentarse a los variados cambios que la tecnología y el progreso han incorporado al arte médico. Quizás hasta fuesen malos técnicos y se sorprenderían con el maquinismo y la aparatología que han complicado su oficio, y no sabrían cómo emplearlos. Pero también creo que cumplirían su labor médica con eficacia, porque descubrirían que nada ha variado en su ética o moral. Nada habría cambiado de los preceptos y reglas a los que sujetaron su conducta.

Juan Pablo II en su primera encíclica nos advierte sobre los progresos tecnológicos desbocados que amenazan a la humanidad con la máxima autodestrucción imaginable. Dice en *Redemptor Hominis*: ‘El progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el

dominio de la técnica, exigen un desarrollo proporcional de la moral y de la ética’.

Mientras tanto, esto último parece, por desgracia, haberse quedado atrás. Por eso este progreso, por lo demás tan maravilloso, en el que es difícil descubrir auténticos signos de la grandeza del hombre –que nos han sido revelados en sus gérmenes creativos en las páginas del Génesis– no puede menos que engendrar múltiples inquietudes.

La primera inquietud se refiere a la cuestión esencial y fundamental: este progreso, cuyo autor es el hombre, ¿hace la vida del hombre sobre la Tierra, en todos sus aspectos, más humana? ¿La hace más digna del hombre? Y esto es lo verdaderamente esencial: si el hombre en el contexto de este progreso se hace de veras mejor. Es decir, más maduro espiritualmente, más consciente de la dignidad de su humanidad, más responsable, más abierto a los demás, particularmente a los más necesitados y a los más débiles, más disponible a dar y prestar ayuda a todos.

Señores Académicos:

Al elevarme a la categoría de miembro de número y designarme para ocupar el sillón número 1 habéis adquirido, los que me votaron, una gran responsabilidad frente a los que no lo hicieron. No seré yo quien quebrante esta responsabilidad con mi conducta y mi actuación. Trataré, desde ya lo prometo, de sujetar mi actuación a esos altos postulados de la ética y la moral. Así lo demanda la tradición de esta Honorable Acade-

mia. Así lo exigen los altos merecimientos de aquellos que me precedieron. Así lo prometo en este solemne acto.

Sea esto para bien de la Academia, para honra de vosotros y para honor de la Patria.

**DISCURSO PRONUNCIADO CON MOTIVO
DE LA ENTREGA DEL PREMIO “MAESTRO
DE LA MEDICINA ARGENTINA”,
SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA,
8 DE JUNIO DE 1979**

Una íntima satisfacción embarga hoy mi espíritu al recibir la honrosa designación de “Maestro de la Medicina”, que no empequeñece la emoción que siento y me obliga a declarar como primeras palabras mi agradecimiento a “La Prensa Médica Argentina” y a sus asesores por mi elección, y al Dr. Alfredo Lanari, a quien honré en sus merecimientos científicos hace muy pocos días y que, al valorar mis defectos y virtudes, no ha podido frenar los impulsos de una vieja amistad, y rompiendo los diques de su reconocido equilibrio, ha aumentado, en lo que a mí refiere, los méritos para esta distinción.

Pero no puedo negar que igualmente halaga mi espíritu el estar acompañado por los doctores José E. Rivarola y José María Mainetti, de tan brillante trayectoria en la pediatría y la cirugía del país, a la vera de quienes me cobijo para acrecentar méritos y títulos que honren tanto al premio como a los premiados.

Dentro del periodismo médico de nuestro país “La Prensa Médica Argentina”, fundada en 1914 por un caballero italiano, Arsenio Guidi Buffarini, a instancias de los doctores Mariano R. Castex y Carlos Bonorino Udaondo, ha sido el órgano publicitario que ha dado cabida plena, desde sus inicios, a la cada vez más pujante bibliografía médica nacional, llevando

su conocimiento a los más apartados rincones de nuestro territorio y al exterior. Esta acción se ha mantenido sin desmayos ni claudicaciones a lo largo de 65 años, primeramente por su creador, luego por don Aniceto López y, en la actualidad, por su hijo, y es por la gestión de este último que “La Prensa Médica Argentina” ha instituido en los últimos tres años los galardones que otorga anualmente con la designación de “Maestro de la Medicina”; y no es casual que la ceremonia se cumpla en la sede de la ilustre Sociedad Científica Argentina, verdadera sociedad de sabios, en cuya casi secular nómina de componentes se registran los nombres más preclaros de nuestros matemáticos, naturalistas, físicos y químicos, en cuyas sesiones se han tratado trabajos de importancia trascendental y cuyos “Anales” constituyen una de las publicaciones científicas de mayor prestigio y relevancia.

Señores:

Mucho he meditado sobre esta honrosa distinción de Maestro, pensando si merecía tal título. He aquilatado mis méritos desde la ya lejana promoción, y luego de esa larga trayectoria vital, en la que logré sucesivamente los títulos de doctor, profesor y académico, creía con ello colmadas mis aspiraciones, y ahora me sorprende el de “Maestro de la Medicina”, que conmueve las fibras más íntimas de mi ser y trae a mi memoria el recuerdo del gran Sarmiento, que habiendo alcanzado las más altas magistraturas de la Patria: senador, ministro, gobernador y presidente de la República, confesaba que su título máspreciado, aquel por el cual se sentía más ufano, era el de Maestro. Ahora en un rendimiento de cuen-

tas he anotado lo que estimo de positivo en un largo accionar docente y profesional.

Maestro, según la acepción clásica y oficial en el concepto moderno, es el pedagogo que posee una capacidad especial no solamente para transmitir conocimientos de determinado arte, oficio o ciencia, sino para orientar y desarrollar aptitudes vocacionales.

Analizadas las dos conclusiones de la definición estimo que, en cuanto a la primera, todo profesor la tiene en una escala mayor o menor; en cuanto a la segunda, es a mi juicio lo que justifica fundamentalmente el título de tal.

Maestro es ante todo una actitud de *dar*, y por eso se ha dicho, con razón, que enseñar se parece mucho a amar. El amor más sublime es un amor desinteresado; y el que enseña prodiga su saber sin ningún retaceo, con la única guía de que los discípulos obtengan el máximo aprovechamiento.

Con estas premisas, poco después de mi graduación comencé a enseñar la técnica del examen semiológico, al lado de verdaderos maestros como fueron los doctores Tiburcio Padilla y Rodolfo Dassen. Aprendí de ellos la técnica rigurosa del examen del enfermo y la transmití en la medida de mis capacidades. Con ello cumplía el *minimun* del deber docente. Pero a medida que transcurría el tiempo, descubría en mis maestros aptitudes que no escapaban a mi observación. Entre estas se destacaban el entusiasmo desbordante por enseñar; una amplia cultura general; un estricto cumplimiento en la labor, que transformaba en obligación para los demás la fiel observación del horario; una gran disciplina y contracción; una real vocación, estado intelectual gracias al cual se dedi-

caban con tesón y placer a inculcar sus conocimientos; una fidelidad ejemplar al trabajo y un deseo sincero de transformar a sus alumnos en discípulos.

Descubría igualmente, en la conducta personal de mis mentores, rectitud, honestidad, recato, espíritu sereno y ecuanimidad en el juicio, todo ello enmarcado dentro de una personalidad cautivante y pareja.

El trato frecuente y diario me había demostrado que mantenían una generosa disposición para procurar el bien ajeno, y que eran impenetrables al más mínimo egoísmo y desconocían esa perversa condición humana que es la envidia.

Jamás percibí en ellos una claudicación a los más elementales principios de la ética y moral. Jamás los vi firmar un artículo de sus discípulos ni asignarse méritos ajenos.

Ante estas excelsas condiciones, pienso que eran verdaderamente *Maestros*.

Por eso hoy me pregunto si, aquilatados mis méritos, merezco yo también, para mi orgullo, ese honroso título de Maestro.

Reconozco haber sentido la inquietud de enseñar y creo haber cumplido con mi vocación; he tratado de ser justo y sobrio en mis obligaciones docentes; me ha guiado siempre el deber de conservar la dignidad de la cátedra y he contenido muchas de mis pasiones. ¿Por qué he de ocultarlas si las tengo? Recordando con esto que, para ejercer la docencia y enseñar a los demás, es necesario conocerse a sí mismo.

Los alumnos que han concurrido a mis clases, quizás menguadas y áridas en sí mismas, son testigo del afecto con que mantuve con ellos mis conversaciones cotidianas, duran-

te las cuales, a veces apartándonos de los tópicos asignados, nos internábamos en el dominio de los sentimientos y la imaginación para juzgar sobre hechos que hacían a la vida misma o al quehacer universitario. Pienso por ello que si he tenido la fortuna de dejar en el corazón de mis alumnos un recuerdo de aquellas pláticas amistosas, unidas por el amor a la ciencia, serán benévolos conmigo y escucharán atentos estas confidencias.

Confidencias que –después de larga separación y al volver a pensar en ellos en esta simpática ocasión, con la fuerza incontestable de los años que pasan– me hacen rendir cuentas de una vida dedicada a la juventud, que quizás contribuyó al bien de mis semejantes.

He vivido intensamente la vida de nuestra Universidad. En mis lecciones he volcado lo mejor de mí mismo. En la función de decano de la Facultad de Medicina hice el sacrificio de mi propia persona y nombre. Estuve alejado de la pasión de la figuración. La ejercí como un deber de conciencia mientras hubo calumnias que recibir, injurias que soportar y agresiones que repeler.

La vida de la Facultad es un poema interminable de renovaciones y desgarramientos siempre dolorosos. Toda existencia nueva se alza sobre las ruinas de otra antigua y toda generación humana al aparecer sobre la Tierra observa el renacer de cada aurora, mientras se aleja, lejos del sol que se esconde, la generación que se va. Sólo la inteligencia y los conocimientos son inmortales y he aquí el rol de los maestros en transmitir esa verdad, como deber ineludible de su condición.

Por eso mi recuerdo va en forma particular a los jóvenes que han pasado por nuestra cátedra y por la Facultad que es nuestra casa.

Ellos que han oído nuestras lecciones, que han observado nuestra conducta, que han juzgado nuestras capacidades, y que al terminar sus estudios profesionales, cuando traspasan los umbrales de nuestra casa y se lanzan a la vida profesional, liberada la inteligencia de las tutelas y direcciones magistrales y van a ejercer por primera vez su pleno imperio sobre la salud del hombre, con las armas que la ciencia y nosotros les otorgamos, en el combate de la vida real, serán los que juzguen quiénes han sido sus verdaderos maestros.

Y pensarán que no sólo las técnicas y los conocimientos son los que valen, si no se ponen en actividad las fuerzas morales que los gobiernan, así como las leyes físicas gobiernan y dirigen la naturaleza. Lo importante no es sólo la instrucción de la inteligencia sino la educación de los sentimientos y la formación del carácter.

Así, pues, despertar a los jóvenes, los hombres del mañana, a la vida de la ciencia y el trabajo, inculcarles la virtud, la honradez y el civismo; las pasiones por lo bueno y por lo justo, procurando hacer de cada uno un *hombre bueno*, como lo pretendían los filósofos estoicos; sembrar en el alma la benéfica semilla de la verdad y el amor al género humano, consiguiendo que eleven la mirada por encima de los intereses materiales, para que –dándose cuenta de su situación– puedan fijar una línea de conducta; predicarles las virtudes sencillas, la humildad, la probidad, la sinceridad que Jesús trajo al mundo: esa será la labor de los maestros.

Así se moverán en una sociedad edificada sobre los indestructibles cimientos de la justicia, la libertad, la fraternidad, y serán una generación fuerte de corazón, modelada en el trabajo y la bondad. Y esa será la gloria de los maestros.

Y he aquí lo que sería a mi juicio un *Maestro*.

No sé si los que han discernido este premio han encontrado en mí alguna de estas condiciones.

Sólo sé, señores, que después de largos años de labor en nuestra Facultad, ilustrada por el saber y la capacidad de tantos maestros inolvidables y ciudadanos eminentes, que fueron a su vez guías e iluminadores de la juventud por los senderos de la vida, ha llegado para mí la hora del superior estímulo, la recompensa más alta que podía esperar mi ambición, el honor de contarme entre los miembros de esta cofradía de Maestros de la Medicina y el obsequio de poder, en esta ocasión excepcional, confundir los efluvios de mi alma con los queridos compañeros laureados, como si todos juntos aspiráramos el aroma vivificante que parece condensarse en este día, de tan grata recordación.

Señores, muchas gracias.

**DISCURSO CON MOTIVO DE RECIBIR EL PREMIO
“BARÓN HIRSCH”, MUSEO JUDÍO,
25 DE OCTUBRE DE 1979**

Mucho me honra recibir de manos de los organizadores y a través de las palabras sobredimensionadas del Dr. Manuel Ordóñez, el premio que lleva el nombre ilustre del Barón Mauricio de Hirsch.

Es una distinción muy alta, que cobra dimensiones resonantes si pensamos que con él han sido galardonados los espíritus más selectos de la intelectualidad argentina como lo son el presbítero Dr. Carlos Cucchetti, campeón del ecumenismo, de quien sería innecesario valorar su incansable, tenaz y valerosa campaña en pro de la convivencia fraterna y la comprensión humana; la insigne artista y recitadora Berta Singerman, verdadera embajadora de nuestros poetas, quien paseó por el mundo, con su voz privilegiada, a los más elevados exponentes de la poesía que produjo el intelecto humano; el eminente filósofo Dr. Jorge L. García Venturini, lúcido y claro, de quien se dijera que sabe exponer con precisión pedagógica el idealismo de Platón y el realismo de Aristóteles, y, pasando por la “filosofía *perennis*” de Santo Tomás de Aquino, a semejanza de su gran maestro Jacques Maritain, comentar lo “sagrado” entre el teísmo y el ateísmo del existencialismo moderno de Heidegger; y quien me honró con su presentación, el Dr. Manuel Ordóñez, el paladín de las justas causas, siempre alerta a las cosas del espíritu, siempre abierto

a la grandeza moral, siempre puro en el pensamiento, y siempre generoso en la acción.

La presentación que me ha efectuado, magnificada por su palabra galana, corrobora mi afirmación.

Tremenda genealogía agranda sin duda mi figura, carente de las virtudes y méritos de estos ilustres predecesores, y compromete mis palabras, que parecerán, así, un pálido reflejo de las que pronunciaron, en semejante ocasión, estas voces argentinas de tan alto contenido espiritual.

Pero, precisamente por eso, mi honra es mayor, al saber que estas ilustres personalidades me acuerdan su amistad, concediéndome con ello un aval, del que me siento muy orgulloso.

Y si menciono a estos predecesores es para medir, en su verdadera dimensión, la importancia que ha adquirido este premio, que, creado por el fundador y director del Museo Judío de Buenos Aires, el Dr. Salvador Kibrick, al jerarquizarlo a través de los nombres citados, compromete mucho más mi gratitud que desde ya manifiesto, en este acto de convivencia entre judíos y cristianos.

Adquiere, con el acto, esta casa, como se dijera en galana palabra, la idea de un improvisado parlamento de la cultura, de nuestra cultura, un parlamento del espíritu, que dando trascendencia y sentido a este homenaje corona los nobles fines de hacer conocer, exaltar y difundir los valores culturales, espirituales y éticos de la judeidad de todas las épocas y países.

Y es así como este galardón adquiere un significado muy especial, por cuanto toda la comunidad judía asume el reconocimiento a personalidades que pertenezcan o no pertenezcan

(como es mi caso) a su propio seno, y tanto más que con sentido ecuménico distingue a quienes se hayan hecho acreedores por su labor de convivencia fraternal.

Paradigma de filántropo fue el Barón Mauricio Hirsch.

Nacido en Munich el 9 de diciembre de 1831, en el medio de una familia acaudalada, se consagró con éxito a las finanzas industriales y a la construcción de ferrocarriles en Austria, los países balcánicos y Turquía, consolidando una inmensa fortuna.

Con motivo de sus frecuentes viajes se sintió dolorosamente impresionado por la miseria e ignorancia de los judíos que vivían en el Imperio Otomano, así como también por los *progroms* terribles que se llevaban a cabo en el Imperio Ruso.

El Dr. Einhorn, al trazar la vida épica del ilustre bacteriólogo judío Haffkine (de Odesa, Rusia), cuyo nombre se une al de otros insignes científicos en la investigación de dos terribles enfermedades infecciosas, esencialmente epidémicas, como el cólera y la peste bubónica, recuerda cómo uno de esos *progroms* motivó que el mismo Haffkine tuviera que dejar su país natal, profundamente impresionado por lo que sucedía con sus hermanos de raza.

Esos *progroms* ocurridos en 1881 motivaron un histórico editorial del gran periódico inglés “The Times” de Londres, publicado en enero de 1882, que daba la alarma sobre lo que acontecía en Rusia con los habitantes de religión judía.

En ese editorial se relata la serie de atrocidades cometidas en diversas ciudades de la inmensa Rusia, que abarcan “un área igual al de las islas británicas y Francia sumadas, extendiéndose desde el Mar Negro hasta el Báltico”. Esas escenas

de horror sólo se podrían haber visto, por ese entonces, en tiempos de guerra.

Hombres indefensos asesinados, tiernos niños muertos, hogares incendiados, violaciones, saqueo de negocios en calles enteras habitadas por judíos, pillaje en la propiedad de miles de familias judías, granjas arrasadas, y todo esto consumado por hordas descontroladas y ante la vista indiferente de las autoridades, limitándose las fuerzas policiales a ser espectadoras silenciosas de los hechos.

Como ejemplo puede citarse lo ocurrido en la localidad de Smiello, donde fueron muertos 13 hombres, heridos 20, y 1600 habitantes quedaron sin hogar.

El editorial causó en Gran Bretaña y en el mundo occidental profunda impresión, una de cuyas exteriorizaciones fue el mitín público que tuvo lugar el 1º de febrero de 1882 en la Mansion House de Londres, presidido por el Lord Mayor de dicha ciudad, donde se leyó una carta del arzobispo de Canterbury en la que manifestaba su horror; también se leyó otra carta del famoso poeta Tennyson que expresaba su indignación por los actos de barbarie consumados contra los judíos, y entre los oradores se oyó la palabra del más elocuente de los católicos británicos, el obispo general de Londres, cardenal Manning, que entre sus afirmaciones más importantes destacó el carácter degradante de las leyes de Rusia relativas a los judíos, la interrelación que existía entre el antisemitismo ruso y el de Alemania, y la importancia de la Biblia como lazo entre cristianos y judíos.

El mitín de Londres dio lugar a otros que acontecieron en numerosas ciudades de Inglaterra como Liverpool, Edimburgo y Manchester, entre otras.

En Francia se formó un comité en ayuda de los judíos perseguidos de Rusia que encabezó el gran escritor Victor Hugo, acompañado por el historiador Ernesto Renan, el gran orador León Gambetta, los políticos Waldeck Rousseau y Sadi Carnot –que llegaría a ser el tercer presidente de la República Francesa–, y Fernando de Lesseps, famoso constructor del Canal de Suez.

Es curioso que, aunque los gobiernos de Inglaterra y Francia se sentían también conmovidos por estos hechos, mantenían oficialmente una actitud reticente por las necesidades de su política exterior, que convenía a dichos países evitar malquistarse con el Imperio Ruso para no alterar el equilibrio de fuerzas frente a Alemania.

Sin embargo esta consideración no influyó para que el futuro “Tigre” Clemençeau condenara incisivamente los *progroms* como una reaparición de los tiempos medievales en Rusia.

También en los Estados Unidos de Norteamérica se conmovió mucho la opinión pública y ello tuvo expresión en dos mítines públicos, uno en Nueva York –presidido por el alcalde de la ciudad– en febrero de 1882, y otro en Filadelfia, el 4 de marzo del mismo año.

En el primero, el alcalde Grace recordó una expresión del Pontífice Romano: “Es una gran pena que los judíos deban tener una situación más miserable bajo príncipes cristianos que sus antepasados bajo los faraones”.

La consecuencia de los *progroms* y la reacción causada en el mundo civilizado fue la migración en masa más grande de la historia judía, la creación de fundaciones de colonización judía en Palestina, el aflujo de judíos orientales a Europa Central y Occidental, la migración de judíos a Sudáfrica y Argentina, y finalmente el gran éxodo hacia los Estados Unidos, donde hoy en día se encuentra afincada la mitad de la población judía de la Tierra.

“Si los *progroms* fueron una terrible catástrofe, sin embargo dieron origen a una notable cadena de respuestas creadoras”, señaló Einhorn en su obra.

Al conocimiento de estos hechos por el Barón Hirsch, se unió la desgracia de perder a su único hijo en plena juventud, y ante esa circunstancia reaccionó en estos términos: “He perdido a mi hijo, mas no a mi heredero. La Humanidad recibirá mi herencia”.

Efectivamente, instado a fines de 1889 por el profesor Guillermo Loewenthal, dio realidad a un proyecto de colonización judía en la Argentina, para lo cual se constituyó una sociedad colonizadora a la que el Barón Hirsch dotó con 50 millones de francos, que constituyó el capital inicial de la “Jewish Colonisation Association” –con asiento en Londres– y cuyos fines fueron facilitar la inmigración de los judíos de los países de Europa y Asia, donde eran oprimidos por leyes restrictivas y estaban privados de derechos políticos, hacia otras regiones del mundo donde pudieran gozar de estos y otros derechos inherentes a la condición humana.

Para ello se dispuso establecer colonias agrícolas en diversos territorios de América del Norte y Sur.

La Asociación fue reconocida por el gobierno argentino como una sociedad civil con fines filantrópicos.

Los judíos de Rusia vieron en el Barón Mauricio Hirsch a un verdadero Mesías y salieron de su letargo, despertándose en ellos ancestrales fuerzas espirituales y físicas que los impulsaron a emigrar de su Rusia natal en busca de otros horizontes.

Es así como muchos de ellos se dirigieron a nuestro país, viniendo a ocupar importantes extensiones de tierra deshabitadas, que por primera vez se vieron surcadas por el arado y donde se construyeron caminos, se fundaron cooperativas, se edificaron escuelas, centros sociales, bibliotecas, hospitales, incorporándose alrededor de un millón de hectáreas al desarrollo y progreso del país.

Esta obra benefició no sólo a judíos sino también a no judíos, unidos en una convivencia cordial y productiva.

De aquellos inmigrantes que se establecieron en Entre Ríos y en Santa Fe, principalmente, descendieron muchas figuras que se destacaron en las ciencias, las artes, las letras, la industria, el comercio, la educación, la función pública, la política y las profesiones liberales.

Citaremos como ejemplo al ilustre escritor y periodista Alberto Gerchunoff, quien trazó un indeleble cuadro de las colonias judías de Entre Ríos con el sugestivo título de “Los gauchos judíos”, y a Enrique Dickman, médico y político, que tuvo una destacada actuación en el Congreso Nacional durante muchos años, representando al Partido Socialista. Y así tantos otros cuya mención omito por razones de tiempo.

Hoy, más de quinientas mil almas de origen judío se hallan incorporadas y arraigadas en nuestra tierra, tributando su esfuerzo –al igual que los de otras colectividades– a la cultura y a la civilización.

Elaboran así la grandeza nacional y, al amparo de nuestra generosa Constitución, contribuyen al asentamiento de una nación fundada en el crisol de toda raza que quiera contribuir a su engrandecimiento.

El Premio Barón Hirsch fue establecido por el Museo Judío para premiar a personalidades que se hayan destacado en forma notoria como exponentes del quehacer nacional y comunitario.

Cobra así un sentido muy especial, férvido de simpatía, en la voluntad de aventar prejuicios seculares y destruir las semillas del odio, tan caras a quienes con prejuicios raciales dictan las normas del racismo, del antisemitismo y del nacionalsocialismo.

No sé si merezco esta distinción, pero sí sé que nunca animó a mi espíritu una idea que no fuera valorar a los demás sin tener en cuenta su religión, su raza o el color de su piel.

Siempre he pensado que cada ser es una criatura de Dios y por lo tanto es acreedor al respeto de su condición humana.

Nunca sentí el antisemitismo, ni el racismo, ni la discriminación, ni las diferencias que las fortunas crean o que las pasiones alientan.

El antisemitismo es intrínsecamente perverso y constituye un retroceso en el proceso de la civilización. Y ésta no es sólo occidental y cristiana, es decir, no es una civilización limita-

da a una sola geografía y a una determinada cultura. Es más veraz hablar por ello de un espíritu de Occidente que de una civilización cristiana occidental; este espíritu de Occidente es una concepción trascendente del hombre, del mundo, de vida, de libertad.

Por lo tanto no cabe el antisemitismo.

Detrás de un antisemita hay siempre una mentalidad totalitaria.

Me pareció ver siempre en el antisemita al antípoda del demócrata, la negación del sentimiento de igualdad y la idea de la superioridad racial basada en los valores negativos de la personalidad.

El antijudío es en el fondo un anticristiano porque niega los derechos a la igualdad de oportunidades que posee todo hombre por el solo hecho de ser tal.

Con los judíos se debe vivir y convivir.

No hacerlo significa poseer sentimientos destructores de la condición humana.

Y destruir la condición humana es cercenar la libertad.

Sin libertad no puede haber progreso moral y he aquí la ética de la conciencia judeo-cristiana. Basado en esta ética he elegido a mis amigos por sus valores morales, sin inquirir ni querer saber qué religión profesan, qué medios de fortuna poseen ni de qué prosapia provienen.

Por eso entiendo que no se puede ser antisemita, ni antiárabe, ni anticristiano, y sí se puede ser *pro*, lo que equivale a profesar lo que hoy proclama y patrocina el ecumenismo, que yo sentí antes que lo estableciera el Concilio Vaticano II.

Es que el ecumenismo no es sino la actualización de un movimiento liberador o de una evolución cuyo origen brota del Génesis.

Bienvenido es pues para mí el ecumenismo, pues da a mi propio sentimiento su verdadera dimensión.

Quieran entonces los hombres todos oír el llamado de ese gran Pontífice Juan XXIII a través del Concilio Vaticano II.

Entonces no se repetirán Dachau, ni Treblinka, ni Auschwitz, y tendremos conciencia de nuestra propia dignidad, y que se puede vivir y convivir en pacífica armonía sin tener en cuenta color, religión y credos.

Asistiremos así a la superación del Hombre.

Y en nuestro credo monoteísta serán igualmente respetados los nombres de Abraham, de Moisés, de Jeremías y de Mahoma, y los de Pedro, Pablo y Lucas.

Y en Jerusalem, la eterna Jerusalem, confraternizaremos cristianos, judíos y mahometanos en plena libertad, liberados de la esclavitud de esa pasión malsana que es el odio.

Resultarán proféticas las palabras del insigne Rubén Darío:

*Y se verán contruidos los
muros de las iglesias todas,
todas igualmente benditas,
las sinagogas, las mezquitas,
las capillas y las pagodas.*

Será entonces cuando nosotros, en nuestra bendita tierra, podamos decir en el presente y en el futuro que estamos orgullosos de pertenecer a un país donde se respeta la dignidad de cada ser humano; se promueve la consolidación de la familia; se practican los distintos credos religiosos en libertad; donde el deber y el trabajo son altamente estimados, y la generosidad y hospitalidad no son palabras vanas; donde las verdades conquistadas por la ciencia no cambian de naturaleza con el clima, el idioma y las costumbres ni pueden crear antagonismos de razas, partidos o creencias.

En que la ciencia que es el gran patrimonio de la humanidad no sea puesta al servicio de opiniones o intereses de circunstancias efímeras y deleznable como el hombre mismo.

Deseamos también que en nuestro país el dogma de la fraternidad y la solidaridad no sea una quimera destinada a esfumarse sin ruido, ni un sueño brillante que desaparezca como las visiones de la fiebre; al contrario, que ese dogma que aparece como una luz indeleble en los horizontes del mundo moral, cuando agoniza el paganismo, surja como el credo de la humanidad, escrito en caracteres inmortales con la sangre del mártir divino, en la roca solitaria del Calvario, para recibir ahora la sanción de la ciencia contemporánea que a no dudarlo será la verdad del mañana, la gran verdad del porvenir.

Señoras y Señores:

Para terminar diré con Juan Pablo II, en sus palabras destinadas a la grey judía, en su reciente viaje a los Estados Unidos.

Que nuestras dos comunidades estén estrechamente relacionadas a nivel de sus identidades religiosas. Que la causa de la libertad, quintaesencia de la condición humana y aspiración universal en el mundo de hoy, también lo sea de la búsqueda de la justicia, ya que la primera no existe si no se sostiene en la segunda, ya que las dos constituyen la demanda esencial del espíritu humano.

Y que para nosotros, judíos y cristianos, quede desbrozado el camino que deben poseer el diálogo fraterno y la colaboración fructífera.

He aquí el mensaje de este Premio.

He aquí el sentido de esta cálida reunión.

He aquí cómo siento el alcance de esta distinción.

Es así cómo la vivo. Y es así cómo os la agradezco.

Quiera Dios que estas intenciones se cumplan.

“RECONOCIMIENTO DE LA NACIÓN ARGENTINA A LA TRAYECTORIA EN LAS CIENCIAS MÉDICAS EN BENEFICIO DE LA HUMANIDAD”

El miércoles 5 de mayo de 1999, el presidente de la Nación Argentina, Dr. Carlos Saúl Menem, entregó –en una ceremonia llevada a cabo en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno– la distinción honorífica “Reconocimiento de la Nación Argentina a la trayectoria en las Ciencias Médicas en beneficio de la Humanidad” a los profesores, Dr. Bernardo Houssay, Dr. Luis Federico Leloir, Dr. César Milstein, Dr. Osvaldo Fustinoni y Dr. René Favaloro.

Dicha ceremonia contó con la presencia del presidente de la Academia Nacional de Medicina, Dr. Armando Maccagno; el decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, Dr. Salomón Schächter; el presidente de la Asociación Médica Argentina, Dr. Elías Hurtado Hoyo; ministros del Poder Ejecutivo Nacional, secretarios, subsecretarios, legisladores, académicos, profesores y público en general.

Hicieron uso de la palabra el Dr. René Favaloro, el Profesor Dr. Osvaldo Fustinoni, y el Dr. Carlos S. Menem.

Las palabras pronunciadas por el Profesor Dr. Osvaldo Fustinoni fueron las siguientes:

No puede ser más grata para mi persona esta distinción tan honrosa y tanto más por compartirla con hombres como

Bernardo A. Houssay, Luis Federico Leloir, César Milstein, y mi distinguido colega y amigo Dr. René Favaloro.

Y no sólo por ello, sino por la significación de este encuentro promovido y jerarquizado por las más altas autoridades del país, que enaltecen con ello una profesión y una disciplina: la medicina, a la cual he consagrado mi vida con fervor y dedicación absoluta.

La medicina abarca tres grandes sectores del quehacer médico: la investigación, la docencia y la asistencia.

La investigación, a la cual Houssay, Leloir y Milstein han dedicado sus esfuerzos, con grandes sacrificios personales y con una vocación sin la cual no hubieran fructificado sus experiencias, ha merecido en los tres casos el premio más importante que puede otorgársele a un científico de esta especialidad: el Premio Nobel de Medicina.

Bernardo A. Houssay, nacido el 10 de abril de 1887, hijo de Alberto Houssay y Clara Laffont, fue farmacéutico a los 17 años y médico a los 23, graduado con diploma de honor en 1909. Después de su graduación, se desempeñó como médico al frente de una sala de clínica médica del Hospital Alvear, pero al ser nombrado profesor de Fisiología, primero en la Facultad de Agronomía y Veterinaria hasta 1919, y luego en la Facultad de Medicina (ambas de la Universidad de Buenos Aires), renunció a toda actividad profesional y se consagró a la docencia y a la investigación. Su cátedra de Fisiología fue la base de la creación del Instituto de Fisiología, cuna de la investigación en medicina, mereciendo por ello ser mencionado, Houssay, como el pionero de la investigación en la Argentina y fundador de una escuela.

La vida de Houssay merecería una más larga exposición que omito, pero no puedo dejar de mencionar que un grupo de hombres jóvenes, atraído por la cautivante personalidad de Houssay, se consagró con fervor y mística a la investigación en la Argentina, influenciado por el ejemplo de su maestro.

Sacrificios económicos, incomprensiones políticas y persecuciones diversas no apartaron a Houssay y a sus discípulos de la investigación. Los estudios de esta escuela sobre hipofisis, suprarrenales, hipertensión arterial, tiroides y cardiología han sido importantísimos. Originalidad, rigurosidad científica, erudición, creatividad, fueron las metas de sus desvelos. Algunos de sus trabajos han quedado como clásicos en la evolución de las ideas científicas del mundo.

Cuando en Buenos Aires se conoció que la Academia Sueca conferiría a Bernardo Houssay el Premio Nobel de Medicina en 1947 por el descubrimiento de la función de la hipofisis en el metabolismo de los hidratos de carbono, la Argentina inscribió su nombre en la lista de los países más civilizados del mundo.

En 1958 se brindó un aporte importante a la investigación en la Argentina, con la creación propuesta por el Dr. Houssay del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

Houssay, profesor, apolítico y hombre de ciencia, ha dicho: “Son deberes de la ciencia: 1) aplicar sus conocimientos al bienestar moral y espiritual de los hombres; 2) propagar lo más rápido posible estos conocimientos; 3) prestar ayuda a los pueblos menos adelantados; 4) aumentar la fraternidad y la cooperación científica entre los hombres”; y también añadió:

“La ciencia sólo puede florecer en estas tres libertades: libertad para buscar la verdad, libertad para exponerla y libertad para examinarla. Estoy convencido de que en 10, 50, 100 o 500 años Iberoamérica será centro poderoso de investigación científica original, siempre que los hombres de hoy y de mañana luchemos vigorosamente con el máximo de nuestras fuerzas para conseguirlo”.

Estas palabras de Houssay han calado hondo en la mente de muchos argentinos. Es la contribución más alta del desaparecido científico de nuestro país, quien falleció el 21 de septiembre de 1971.

Luis Federico Leloir conmovió al mundo científico cuando, en la primavera del año 1970, se tuvo conocimiento en Buenos Aires del otorgamiento de la más famosa distinción internacional otorgada a la Química: el Premio Nobel. Colmó de satisfacción a sus conciudadanos, quedando convertido en el más conspicuo representante de la comunidad científica en la Argentina. Estudioso, laborioso y modesto, sacrificó los halagos que le podían brindar su proyección social y económica en aras de la búsqueda del saber y la verdad. Al desaparecer su maestro, Houssay, tomó la antorcha de adalid de la investigación científica que ostentaba el sabio fisiólogo argentino y continuó con la tarea de impulsarla y defenderla. Bien orientado por su maestro, se consagró a los estudios bioquímicos del metabolismo de los hidratos de carbono, que desarrolló a través del tiempo, y logró descubrimientos tan notables que merecieron el Premio Nobel de Química en 1970.

No le resultó fácil, pero para ello lo ayudó su voluntad y gran tesón, para conseguir las contribuciones necesarias y

lograrlo en un país sin gran tradición científica ni recursos adecuados para obtener resultados tan valiosos.

El frío ambiente de los sótanos del viejo Instituto de Fisiología, las precarias instalaciones de las casas de las calles Costa Rica y Julián Alvarez, fueron los lugares donde se realizaron las investigaciones que merecieron el Premio Nobel.

Al final de su vida, igual que Houssay, dejó a las generaciones venideras el gran aporte del Instituto de Investigaciones Bioquímicas de Parque Centenario, para incentivar los trabajos de investigaciones bioquímicas en el país.

César Milstein, graduado en Ciencias Químicas en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, se recibió con honores en 1955 y realizó su tesis en el Instituto de Química de la Facultad de Medicina, bajo la dirección del profesor Dr. Andrés O. M. Stoppani.

Doctorado en Química en 1958 con la máxima calificación, en el mismo año obtuvo la beca del Consejo Británico para trabajar en el Instituto de Cambridge bajo la dirección de M. Dexon.

Regresó a la Argentina y organizó la sección de Biología Molecular en el Instituto Malbrán, renunció en 1962 y volvió a Inglaterra, donde trabaja en el Medical Research Council. Allí descubrió los hibridomas y los anticuerpos monoclonales. Por este descubrimiento recibió el Premio Nobel de Medicina. Obtuvo después la ciudadanía británica y continuó en Londres sus investigaciones.

En cuanto a mi colega y querido amigo, el Dr. René Favalloro, sus obras están a la vista: académico, profesor, cirujano

destacadísimo, realizador permanente. Es un argentino eminente y un hombre cabal.

Estas vidas nos muestran un camino y nos orientan en las tinieblas de la decadencia, para ser seguidas por la claridad de una aurora y el renacer de una vida, en la que la verdad, la justicia, el decoro, la honestidad y la laboriosidad, virtudes todas presentes en quienes se agasaja esta mañana, favorezcan que los principios republicanos se cumplan para bien de todos, de nuestra profesión y de la patria.

Hoy encontramos una pléyade de jóvenes investigadores que honran al país, pero existen también talentosos argentinos que por diversas circunstancias se desempeñan en el exterior. Sería una importante obra de gobierno la repatriación de esos hombres que continúan el camino de quienes motivan el homenaje de este día.

En el sector docente debo decir que en nuestro país hemos tenido grandes profesores. Yo me formé en una época romántica de la medicina, donde la relación con el enfermo terminaba en un diálogo médico-paciente. Hoy el impresionante avance tecnológico ha cambiado esa relación. Los estudios se han complicado y en la actualidad son muchos los que aspiran a una enseñanza realista y moderna. Necesitamos médicos de excelencia. La Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y las demás existentes en el país se han visto desbordadas por el número de aspirantes. Es necesario buscar soluciones congruentes, modernizar la enseñanza adecuándola a los instrumentos y técnicas de avanzada. Las modificaciones de los planes de estudio requieren una minuciosa valoración que satisfaga esas aspiraciones, dentro de las posibilidades

materiales y los medios disponibles, tarea nada fácil, pero que ha sido abordada con entusiasmo por las actuales autoridades de nuestra casa de estudios. Estoy convencido que lograrán su cometido. Los nuevos planes de estudio están en ese camino.

El tercer gran sector de la medicina está dado por la asistencia a la comunidad.

Los cambios sobrevenidos en los medios de diagnóstico, la complejidad creciente de la tecnología y los progresos de la terapéutica han modificado completamente la relación médico-paciente. Las obras sociales, las instituciones de prepago agregan más elementos que contribuyen a descolocar a la medicina de la categoría de profesión liberal. Se ha roto el binomio médico-paciente y ha sido reemplazado por el trinomio médico-paciente-institución. La certificación y recertificación periódicas han significado un avance en la organización médica del país.

No es este el ámbito para discutirlo, pero me parece indispensable que el cambio experimentado en la asistencia profesional deba ser abordado en profundidad, para que permita soluciones útiles para los asistidos y satisfactorias para la clase médica. Es de esperar que ello ocurra y lo deseo vehementemente.

Señoras y señores:

Los tres investigadores mencionados que obtuvieron el Premio Nobel deben ser para nosotros, los argentinos, un ejemplo. Sus vidas vehementes, apasionadas por la investigación, frenéticas a veces, pero altas, desinteresadas, empapadas

en el amor más inteligente que hijo de la Tierra haya profesado, brillarán siempre en el curso de la historia como un faro que oriente a los argentinos por un camino de superación.

Es obra de gobierno recordarlos e invitarnos a seguir su ejemplo como arquetipos de investigadores y hombres de ciencia.

En nombre de las tres instituciones que me encomendaron y que cubren el quehacer médico: la Academia Nacional de Medicina, la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y la Asociación Médica Argentina, agradezco a las autoridades este día de luz y de belleza.

Solamente resta agradecer, Señor Presidente, en lo propio esta distinción. Dudo si la merezco. Sé sí, y perdone la confianza, que fui fiel al Juramento Hipocrático con que inicié mi profesión. Como profesor he tratado de dar a mis alumnos todo lo que he sabido. Creo haber sido justo y he prodigado a mis enfermos lo mejor de mí mismo. He sentido el placer de la recompensa afectiva y he pensado siempre en mi patria. Hoy, en esta etapa crepuscular de mi vida, cuando la noche se me viene encima, recibir esta distinción me enaltece y depara una especial emoción y sólo me resta decir: muchas gracias Señor Presidente.

**DISCURSO DEL PRESIDENTE
DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS,
DR. JULIO H. G. OLIVERA, EN LAS EXEQUIAS
DEL DR. OSVALDO FUSTINONI,
26 DE MAYO DE 2000**

“La existencia es deber” (*Dasein ist Pflicht*) dice Goethe en Fausto. Esta excelsa concepción de la vida se reconoce en todos los actos del profesor Dr. Osvaldo Fustinoni, nuestro ilustre amigo, cuya muerte nos aflige y enluta.

¿Qué puedo expresar en estas tristes circunstancias que no esté ya en la mente y en el corazón de todos? ¿Qué homenaje puedo tributarle que no resulte opaco y deslucido frente a la constelación de más de treinta distinciones honoríficas, premios y reconocimientos, otorgados por instituciones públicas y entidades privadas de once países de América y Europa? ¿Qué alabanza puedo hacer de su obra científica más elocuente que la mención de sus doscientos trabajos publicados, entre ellos su libro ‘Semiología del sistema nervioso’ que alcanzó trece ediciones? Sólo puedo ofrecer un testimonio personal, por haber actuado durante casi medio siglo con el Dr. Fustinoni en la esfera universitaria y académica.

Desde fines de 1962 hasta 1965 ambos fuimos miembros del Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, el Dr. Fustinoni como decano de la Facultad de Medicina, yo como rector de la Universidad, elegidos por los representantes de los profesores, graduados y estudiantes. El funcionamiento del orden constitucional se había interrumpido en nuestro país, pero las Universidades pudieron continuar su obra sobre la base de sus mecanismos estatu-

tarios. El Dr. Fustinoni y yo sustentábamos principios semejantes. Creíamos en la democracia universitaria, no para ser utilizada con fines o propósitos ajenos a la misión de la Universidad, sino como una forma de asociar los esfuerzos de los tres claustros a la realización de los objetivos propios de la Universidad, en cuanto órgano de educación superior y de investigación científica.

Fueron años de intensa actividad. La Facultad de Medicina, bajo la experta y calificada conducción del Dr. Fustinoni, hizo significativos progresos tanto en los aspectos docentes como en los científicos: provisión de cátedras mediante concursos públicos de antecedentes y oposición; creación de nuevas cátedras, cursos y carreras; incorporación de docentes con dedicación exclusiva; visitas de eminentes profesores extranjeros; adquisición de equipos técnicos para la investigación experimental y la atención de pacientes; promoción de residencias médicas; becas para estudiantes y graduados; reorganización y ordenamiento administrativo. El equipamiento del Hospital Escuela General San Martín por vía de la denominada “Comisión Ley”, a la que ambos pertenecíamos, recibió en esa época un decisivo impulso con respaldo financiero internacional.

Idénticas cualidades tuvo el desempeño del Dr. Fustinoni en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, a la cual se incorporó en 1981 siendo ya miembro titular de la Academia Nacional de Medicina y cuya presidencia ejerció durante el cuatrienio 1989-1993. La gestión presidencial del Dr. Fustinoni se tradujo por un fuerte crecimiento científico de la Academia. Se establecieron nuevos vínculos con organizaciones análogas del país y del exterior; se asignaron becas para la realización de investigaciones científicas; se multiplicaron las conferencias, comunicaciones, simposios, seminarios y congresos; se alcanzó un promedio, nun-

ca registrado antes, de treinta reuniones científicas por año, y se transformó a la Corporación en una de las instituciones más activas y dinámicas de la comunidad científica nacional.

El ejercicio de la Medicina por el Dr. Fustinoni fue la prolongación de su magisterio universitario y académico. Era un extraordinario semiólogo, capaz de interpretar las combinaciones menos frecuentes de signos y síntomas, de manifestaciones objetivas y subjetivas, de trastornos funcionales y alteraciones orgánicas, y de arribar a diagnósticos precisos y acertados. Algunos de sus criterios clínicos pasaron después a la práctica médica corriente. Pero su labor de médico no sólo se distinguió por su excelencia técnica sino por su calidad humana, pues en ella se unían por partes iguales la ciencia y la ética, la eficacia, la generosidad y el altruismo. Los sentimientos de respeto y afecto que suscitaba en sus pacientes sólo eran comparables con los que despertaba en el espíritu de sus discípulos y colaboradores.

“Los romanos ¿dónde están?” preguntaba el poeta; y contestaba: “en las tumbas de Roma” (*Les Romains, où sont-ils? Dans les tombeaux de Rome*). El Dr. Fustinoni fue un gran argentino, amante de su Patria y solidario con ella, para quien el interés público constituyó siempre la primera consideración. Murió el 25 de mayo, como si la Providencia, en sus designios insondables, hubiera querido que este eminente ciudadano exhalara su último aliento rodeado de los colores patrios y los acentos del Himno. Su sepulcro se incorpora hoy al selecto número de tumbas de argentinos ilustres, hacia quienes deberá volver una y otra vez el recuerdo en busca de inspiración y guía, para discernir, a través de la densa bruma de los accidentes históricos, el verdadero rostro de la nacionalidad.

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Mayo de 2010

Como dice Guillermo Jaim Etcheverry “siempre resulta deslumbrante internarse en el intrincado laberinto que conforma la parábola de una vida humana”, y en ese sentido Osvaldo Fustinoni fue un “diferente” que tuvo como misión la existencia como deber.

En esta biografía se repasa la vida y la obra de Osvaldo Fustinoni que fue una figura señera de la medicina. Se caracterizó por su personalidad polifacética: docente, investigador, hacedor, funcionario, médico práctico, académico, humanista, conferenciante, publicista. Descolló al frente de la cátedra. Impulsó la enseñanza. Formó discípulos. Despertó inquietudes. Ayudó a todo el personal que lo acompañaba en la cátedra, a sus pacientes y a sus colegas. Su convencido sentido humanista y ético jamás admitió dobleces ni claudicaciones.

“Más allá de su destacada y fecunda labor en el campo de la medicina se puede hablar de él como de un hombre que supo pensar en los demás”, que hace –según palabras de Magdalena Ruiz Guiñazú– del recuerdo de Osvaldo Fustinoni una lección de vida.

Juan Carlos Fustinoni, destacado médico neurólogo y humanista de la medicina, rescata en este ensayo biográfico anécdotas, vivencias y distintas etapas de la vida de una de las figuras más conspicuas de la medicina, en su más sincero homenaje como hijo y discípulo.

ISBN 978-987-02-4603-9



9 789870 246039